Los Fantasmas de PEMBERLEY

Una variación paranormal de Orgullo y prejuicio

CATHERINE BILSON

Los Fantasmas de Pemberley

Una variación paranormal de Orgullo y prejuicio

Catherine Bilson

Shenanigans Press

Derechos de Autor © 2026 Shenanigans Press. Todos los derechos reservados.

Este libro y todos sus contenidos están protegidos por la ley de derechos de autor. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna manera, ya sea por medios fotográficos, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves utilizadas en reseñas u otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Para solicitudes de permiso, por favor contacte:

Shenanigans Press

PO Box 323, MORAYFIELD QLD 4506 AUSTRALIA

Correo electrónico: admin@shenaniganspress.com

Tabla de contenido

1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce
13. Capítulo Trece

14. Capítulo Catorce

15. Capítulo Quince

16. Capítulo Dieciséis

17. Capítulo Diecisiete

18. Capítulo Dieciocho

19. Capítulo Diecinueve

20. Capítulo Veinte

21. Capítulo Veintiuno

22. Capítulo Veintidós

23. Capítulo Veintitrés

24. Capítulo Veinticuatro

25. Capítulo Veinticinco

26. Capítulo Veintiséis

27. Capítulo Veintisiete

28. Capítulo Veintiocho

29. Capítulo Veintinueve

Otros libros de Catherine Bilson



Capítulo Uno

ELIZABETH BENNET SE DESPERTÓ por última vez en la cama en la que había dormido desde niña y permaneció inmóvil, escuchando. La grieta del yeso sobre el armario llevaba allí desde que tenía nueve años. Las rosas desvaídas del papel pintado no habían cambiado desde mucho antes. Todo era exactamente como siempre había sido, salvo que, después de hoy, nada de aquello le pertenecería.

Del pasillo llegaban los sonidos amortiguados de una casa sumida en un ajetreo cuidadosamente organizado. La voz de la señora Hill daba instrucciones a las doncellas. En algún lugar de abajo, el tono más agudo de su madre se alzaba en lo que podía ser deleite o desesperación; en la señora Bennet, ambas cosas eran a menudo indistinguibles. El traqueteo de la vajilla sugería que el desayuno se

estaba disponiendo con bastante más ceremonia de la que un martes de finales de septiembre solía justificar.

Elizabeth cerró los ojos. Un aliento más de aquel aire, que olía a lavanda seca, a lino viejo y al más leve rastro de humo de leña procedente de las chimeneas de abajo. Luego se incorporó, apartó las mantas y apoyó los pies en las frías tablas del suelo.

—Podrías haberte puesto primero las zapatillas —dijo la tía Irene desde la silla junto a la chimenea—. Vas a acabar con una pulmonía, y vaya desperdicio de boda sería.

Elizabeth no se sobresaltó. No se sobresaltaba ante la aparición inesperada de los muertos desde los cuatro años, cuando el fantasma del spaniel de su abuelo atravesó la pared del cuarto de los niños y ella chilló con tanta fuerza que Jane se cayó de la cama. Con los años, una aprendía a moderar aquella clase de reacciones.

—No voy a pillar una pulmonía por tener los pies fríos, tía Irene —replicó Elizabeth mientras iba a por la bata—. Y, aunque así fuera, confío en que me informaría usted de ello sin demora.

La tía Irene resopló. En realidad, era una tía chozna, o quizá aún una generación más atrás; Elizabeth hacía ya mucho que había renunciado a llevar la cuenta y se había quedado con una forma de dirigirse a ella más sencilla. Llevaba resoplando con distinguida desaprobación la mayor parte de los casi cien años transcurridos desde su muerte y, en todo caso, había adquirido aún más pericia en ello. Era una figura delgada y erguida en la silla, Bennet hasta la médula. Nunca se había casado, nunca había abandonado Longbourn y no tenía la menor intención de marcharse solo porque diera la casualidad de estar muerta. Su vestido era del estilo del

siglo anterior, la cofia rígidamente sujeta con alfileres, y su expresión la de una mujer que había visto todas las locuras que la familia Bennet podía ofrecer y aún no había terminado de llevar la cuenta.

—Está sorprendentemente serena —observó Irene— para una muchacha a punto de dejar atrás todo cuanto ha conocido.

—Estoy sorprendentemente serena —corrigió Elizabeth con suavidad — para una mujer a punto de casarse con el hombre que ama. Hay una diferencia.

—Hum. —Irene cruzó las manos translúcidas sobre el regazo—. Amor. Tu abuelo decía lo mismo de tu abuela, y ella cambió todos los muebles de sitio antes de que pasara una quincena desde la boda. Casi me dio una apoplejía. Aquel secreter había estado en el mismo lugar desde los tiempos de la reina Ana.

—Llevaba usted muerta veinte años cuando mi abuela cambió los muebles de sitio.

—Eso no significa que no tuviera yo sentimientos al respecto.

Elizabeth sonrió con ternura y afecto. Iba a echar de menos a la tía Irene casi tanto como a cualquiera de sus familiares vivos. Cruzó la habitación y se detuvo ante la silla de Irene, mirando aquel rostro afilado y familiar que nadie más en aquella casa podía ver.

—Necesito que cuide de ellos —dijo Elizabeth en voz baja—. De papá, sobre todo. Fingirá que no me echa de menos, y todos le creerán, porque fingir es uno de sus talentos. Pero usted lo sabrá.

La expresión de Irene cambió; se suavizó apenas, de un modo tan leve que lo habría negado con furia de haber sido acusada de ello.

—He cuidado de esta familia desde antes de que naciera tu abuelo, Elizabeth. No necesito que me dé instrucciones.

—Ya lo sé. Pero necesito el consuelo de darlas.

Hubo una pausa. Luego Irene inclinó la cabeza, en un gesto con más dignidad de la que muchas damas vivas lograrían en una reverencia de etiqueta.

—Muy bien. Velaré por ellos. A tu padre no le faltará compañía, lo sepa o no. —Vaciló y añadió, con una aspereza que no lograba ocultar del todo su emoción—. Y vigilaré también a ese Collins cuando venga a husmear por aquí. No queremos que eso herede antes de lo estrictamente necesario.

Elizabeth se rió a pesar de sí misma.

—No, desde luego. Aunque creo que es muy probable que papá nos sobreviva a todos por pura terquedad.

—En eso se parece mucho a tu abuelo. —Irene volvió a acomodarse en la silla, retomando su puesto de siempre—. Ahora ve a vestirte, niña. Tienes una boda a la que asistir, y no permitiré que se diga que una novia Bennet llegó tarde a sus propias nupcias.



La mañana transcurrió en una borrosa vorágine de muselina, cintas y la voz de su madre, que parecía resonar por toda la casa a la vez, como si la señora Bennet hubiera adquirido de algún modo la capacidad de estar en cinco sitios a la vez por la pura fuerza de su agitación maternal.

—¡El encaje, Hill; no, ese encaje no, el bueno! Ay, ¿dónde ha puesto Mary los libros de oraciones? ¡Mary! ¡Mary! Y, por el amor de Dios, que alguien encuentre a Kitty; se suponía que estaba planchando las cintas.

Elizabeth estaba de pie en el dormitorio de su madre mientras Sarah, la doncella más competente de la casa, le arreglaba el pelo; sus manos firmes trabajaban imperturbables en medio del caos reinante en casa de los Bennet.

—Ya está —dijo Sarah, colocando la última horquilla—. Está usted preciosa, señorita. Señora, debería decir.

—Todavía no —replicó Elizabeth, sonriendo ante la idea—. Al menos, no hasta dentro de otras dos horas.

En el reflejo vio a su madre detenida en el umbral, con una mano apretada contra el pecho y la otra aferrada a un pañuelo que aquella mañana ya estaba muy usado. Los ojos de la señora Bennet brillaban, demasiado brillantes, y el mentón le temblaba de esa manera particular que precedía bien a un gran desahogo de emoción, bien a un extenso comentario sobre lo inadecuadas que eran las cortinas de los vecinos.

—Ay, Lizzy —dijo su madre, y la voz se le quebró al pronunciar el nombre.

Sarah se retiró con rapidez y tacto, dejándolas a solas.

Elizabeth se volvió. Se había preparado para arrebatos sobre encajes, carruajes y diez mil libras al año, y por eso no estaba en absoluto preparada para la expresión del rostro de su madre, que no era de triunfo, sino de miedo.

—¿Mamá?

—Tendrás cuidado —susurró la señora Bennet, y Elizabeth comprendió al instante que no estaban hablando de encajes.

Cruzó la habitación y tomó las manos de su madre. Temblaban. La señora Bennet sabía del don de Elizabeth desde que esta tenía cinco años y saludó en el mercado a una mujer que llevaba dos semanas muerta. Los gritos —los de la señora Bennet— duraron la mayor parte de la tarde. En los años transcurridos desde entonces, su madre había afrontado aquel conocimiento del único modo que sabía: negándose a hablar de ello, fingiendo que no existía, levantando un muro de ruido, nervios y charla incesante tan alto y denso que la terrible verdad sobre su segunda hija no pudiera verse por encima de él de ninguna manera.

No había sido valentía, pero, a su manera frenética y trémula, sí había sido una forma de amor.

—Tendré cuidado, mamá —dijo Elizabeth con serenidad—. Siempre lo tengo.

La señora Bennet asintió con rápidos movimientos bruscos y luego retiró las manos para secarse los ojos.

—¡Bien! Pues eso queda resuelto. Ahora, las flores, Hill, he dicho expresamente rosas blancas, no; ay, no importa, servirán, servirán.

Y desapareció, dejando la voz tras de sí, ya entregada a otro motivo de queja, acosando a alguien por la disposición de los carruajes.

Elizabeth soltó el aire. En el espejo se vio a sí misma: el cabello oscuro recogido y rizado, el vestido nuevo de seda color crema en el que tanto había insistido su madre, con encaje de Bruselas en el cuello y los puños, y los pendientes de perlas que su madre le había prestado. La tía Irene decía que habían estado en la familia Bennet

desde antes incluso de su tiempo. Sus propios ojos claros y atentos le devolvían la mirada.

Estaba dejando Longbourn. Dejaba a sus padres y a los fantasmas que habían sido sus compañeros, parte de su familia extensa, desde la infancia. Iba a una casa que solo había visitado brevemente, a una vida que apenas podía imaginar, con un hombre al que amaba y a quien no había dicho la verdad.

Aquel pensamiento se le asentaba en el pecho como una piedra, familiar y pesada. Lo había llevado durante el compromiso, durante los preparativos, en cada momento de ternura con Darcy en que las palabras le habían subido a los labios y ella se las había tragado de nuevo. Veo fantasmas. Siempre los he visto. Son tan reales para mí como tú, y nunca se lo he contado a nadie vivo fuera de mi familia. Ni siquiera Charlotte, la amiga más íntima que he tenido jamás, lo sabe.

Hoy no. Hoy era día de alegría, del comienzo de las cosas. Se lo diría. Lo haría. Pero hoy no.

Su padre apareció en la puerta, con una expresión cuidadosamente dispuesta de leve diversión, como si acompañar a una hija a su boda no tuviera más trascendencia que escoger un libro del estante de la biblioteca.

—Bueno, Lizzy —dijo—. ¿Estás lista para hacer que un hombre ya de por sí muy orgulloso se sienta todavía más insoportablemente satisfecho de sí mismo?

—Papá.

Le tomó del brazo y notó el más leve temblor.

—¿Vamos?

El señor Bennet le dio unas palmaditas en la mano, apoyada en su manga.

—Vamos.

Hizo una pausa.

—Aunque me reservo el derecho a traerte de vuelta si resulta poco satisfactorio. Tengo de buena fuente que Longbourn no puede funcionar sin al menos una persona sensata viviendo aquí, y tu madre ya me ha informado de que yo no entro en esa categoría.

Elizabeth se echó a reír, y el sonido fue lo bastante luminoso para casi desalojar la piedra de su pecho. Casi.



La iglesia de Longbourn era pequeña, sencilla y antigua; sus muros de piedra estaban impregnados de siglos de plegarias, cotilleos y esa leve humedad que aquejaba a todos los edificios de Hertfordshire entre septiembre y mayo. Los Bennet habían sido bautizados, casados y enterrados allí desde tanto tiempo atrás como alcanzaba la memoria de cualquiera, y bastante más aún, como Elizabeth bien sabía.

Lo sabía porque se lo habían dicho.

Los fantasmas residentes de la iglesia se contaban entre sus conocidos más antiguos. El viejo reverendo Hackett, que había estado al frente de la parroquia en tiempos del rey George II y seguía considerando al actual párroco un peligroso radical por haber

predicado en una ocasión un sermón sobre la caridad. La señora Turnbull, esposa de un granjero, que había muerto en el banco de la iglesia durante un sermón de Pascua particularmente tedioso en 1742 y, sencillamente, nunca se había levantado. El joven Thomas Briggs, muerto de unas fiebres a los catorce años, que estaba prendado de Elizabeth desde que ella tenía doce y aún intentaba sonrojarse, o lo que en un espectro equivalía a tal cosa, cada vez que la veía entrar.

Todos estaban presentes aquella mañana. Ninguno podía marcharse, desde luego, pero Elizabeth sabía que no se habrían perdido su boda ni aunque hubieran podido estar en otra parte. Igual que los fantasmas de Longbourn, la querían, y llevaban semanas hablando de poco más.

Elizabeth entró en la iglesia del brazo de su padre, con Jane al otro lado, y enseguida sintió la familiar presión de la atención espectral: un hormigueo en la piel, una leve alteración del aire, como si la estancia contuviera a más personas de las que el ojo podía abarcar. Y así era, por supuesto, aunque solo ella pudiera verlas.

Jane la miró, serena y radiante de un modo que solo Jane sabía tener, y apretó el brazo de su padre. El señor Bennet, escoltando a dos hijas a la vez, parecía incapaz de decidir si sentirse orgulloso o consternado ante la idea de perder a las únicas dos hijas con las que consideraba posible mantener una conversación sensata.

La congregación de los vivos ya era bastante impresionante por sí sola. Los bancos estaban llenos: los Lucas, los Phillips, los Long, los Goulding, los Hurst y muchos otros vecinos a quienes Elizabeth conocía de toda la vida, todos mirándola con orgullosa satisfacción.

Lady Matlock estaba sentada en el primer banco junto a Lord Matlock, con una postura impecable, una expresión afable y un sombrero casi arquitectónico. Elizabeth había estado nerviosa por conocerlos, pero lord y lady Matlock habían resultado tan cordiales, tan sinceramente amables, que su inquietud se había desvanecido en apenas un cuarto de hora. Georgiana estaba con ellos, el rostro iluminado por un deleite puro.

Caroline Bingley estaba sentada con los Hurst en el banco de detrás; su vestido tenía una elegancia tan agresiva que parecía pensado menos para celebrar la ocasión que para formular una protesta formal contra ella. Su sonrisa era fija, quebradiza, y no le llegaba a los ojos. Kitty y Mary estaban sentadas con la señora Bennet, y la mirada de Kitty se desviaba bastante más a menudo de lo estrictamente necesario hacia el coronel Fitzwilliam, muy apuesto con su casaca roja.

Ante el altar aguardaban los dos novios. Bingley sonreía con tal amplitud que parecía a punto de echar a volar de pura felicidad, balanceándose ligeramente sobre los talones como si el esfuerzo de estarse quieto fuera casi más de lo que su buen natural podía soportar.

Y allí estaba Darcy.

Elizabeth contuvo el aliento. No de forma dramática ni visible, sino de esa manera pequeña y privada que se había vuelto habitual siempre que lo veía sin esperarlo. Estaba erguido, con la levita oscura impecable y las manos enlazadas a la espalda. Miraba hacia la puerta, y la expresión de su rostro era tan abierta, tan vulnerablemente esperanzada, que Elizabeth sintió un vuelco en el

corazón. Parecía un hombre que no estaba del todo seguro de que aquello estuviera ocurriendo de verdad y que se preparaba para la posibilidad de que no fuera así.

Entonces la vio, y todo su rostro cambió.

Elizabeth ya había visto sonreír a Darcy antes; sonrisas escasas y rápidas que transformaban sus facciones y desaparecían antes de que nadie pudiera apreciarlas como es debido. Pero aquello era otra cosa. Era alegría, sin máscara y sin reservas, enteramente dirigida hacia ella. Durante un instante, Elizabeth se olvidó de los fantasmas, los secretos, la piedra en el pecho, y simplemente caminó hacia él.

—Ya era hora —murmuró el viejo reverendo Hackett desde su posición habitual junto a la pila bautismal—. El alto ha estado sudando como un condenado. Y el pelirrojo no ha dejado de sonreír como un bobo desde que llegó.

Elizabeth apretó los labios con fuerza.

—Uy, pero qué guapo es —suspiró la señora Turnbull, acercándose un poco más para ver mejor a Darcy—. ¡Esos hombros! ¡Esa mandíbula! Tuve un primo con una mandíbula así, aunque era bastante más bajo y bizqueaba de una manera espantosa.

Elizabeth clavó la vista en la corbata de Darcy y pensó desesperadamente en aritmética.

—Diez mil libras al año —dijo con tono lastimero el joven Thomas desde algún lugar cerca del órgano—. Yo no tengo ni diez chelines.

—Careces de alma, Thomas —observó el reverendo Hackett—. Las prioridades, muchacho.

Elizabeth se mordió el interior de la mejilla con tanta fuerza que notó el sabor metálico de la sangre. Su padre bajó la mirada hacia ella, y

ella compuso el rostro con lo que esperaba que pareciera serenidad nupcial y no la histeria reprimida de una mujer que recibía comentarios —que nadie le había pedido— de tres feligreses difuntos durante su propia ceremonia de boda.

El señor Bennet puso primero la mano de Jane en la de Bingley, y Bingley la recibió como si le hubieran entregado una reliquia sagrada, con el rostro radiante. Después su padre se volvió hacia Elizabeth y puso la mano de ella en la de Darcy. Los dedos de él se cerraron sobre los suyos, cálidos y firmes, y apretó una vez; una comunicación privada más elocuente que cualquier palabra que el vicario estaba a punto de pronunciar.

—Carísimos hermanos —empezó el vicario, y Elizabeth se entregó a las antiguas palabras, a la piedra fresca, al calor de la mano que sostenía la suya.

Detrás de ella, los fantasmas se quedaron quietos. Ahora guardaban silencio, incluso la señora Turnbull, incluso Thomas, observando como observa la gente que comprende, quizá mejor que la mayoría, que ciertos momentos son sagrados. Habían visto crecer a Elizabeth desde aquella niña sobresaltada que podía verlos hasta la mujer que hoy estaba allí de pie, y, fuera lo que fuese hacia lo que ella caminaba, no la seguirían. Los muertos de Longbourn pertenecían a Longbourn.

Los votos se pronunciaron dos veces. La voz de Jane era suave y segura. A Bingley se le quebró la voz al decir «sí»; se rio de sí mismo, la mitad de la congregación se rio con él, e incluso a Darcy se le curvaron los labios. Elizabeth oyó su propia voz, firme y clara, pronunciando promesas que pensaba cumplir por entero, salvo una

que se le enganchó, apenas, en la garganta. Renunciar a todos los demás. No había renunciado a los muertos. Nunca había sido capaz de hacerlo, y no sabía si eso contaba. No era el tipo de pregunta que pudiera plantearle a un vicario sin dar pie a una conversación incómoda.

La voz de Darcy era grave y firme, y tenía una nota de asombro que él no parecía saber que se le oía. Cuando dijo «sí», había en ello algo que iba más allá de las palabras; no ensayado, no compuesto, sino puro, agradecido y enteramente suyo.

El anillo se deslizó hasta su dedo. Metal frío, encajaba a la perfección. El pulgar de él le rozó el nudillo al colocárselo, y el calor le inundó el brazo y le subió hasta el pecho, desplazando, al menos por un momento, el peso que llevaba allí.

—Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Entre la congregación, la señora Bennet dejó escapar un sollozo de un volumen tan magnífico que espantó a una paloma que estaba en las vigas. Lady Matlock, para su eterno mérito, ni se inmutó. La sonrisa de Caroline Bingley se había petrificado en algo tan rígido que habría hecho falta un cincel para arrancarlo de su cara. Georgiana Darcy estaba llorando, aunque Elizabeth estaba segura de que eran lágrimas de felicidad; el coronel Fitzwilliam le pasó un brazo por los hombros y le dio su pañuelo.

Las dos parejas, recién casadas, se volvieron hacia la congregación. Jane también lloraba, hermosamente, como solo Jane podía llorar, y Bingley la miraba como si el sol saliera y se pusiera en su rostro. Elizabeth se encontró con la mirada de Darcy y descubrió que él la estaba mirando a ella, no a la congregación; la miraba como

queriendo memorizar aquel instante hasta en su más mínimo detalle.

Elizabeth Darcy, extraño y nuevo todavía aquel nombre, salió de la iglesia al pálido sol de septiembre con la mano apoyada en el brazo de su marido, y no miró atrás. No lo necesitaba. Podía sentirlos mirándola; el reverendo Hackett erguido, la señora Turnbull secándose unos ojos que en realidad no podían producir lágrimas, Thomas alzando la mano en un saludo tímido y sin esperanza.

Y en la casa al otro lado del camino, tía Irene estaba sentada en su sillón junto a la chimenea fría, custodiando a una familia que no podía verla, y no abandonaría su puesto hasta que se derrumbaran los propios muros de Longbourn.



Capítulo Dos

EL DESAYUNO DE BODA en Netherfield fue más espléndido de lo que Elizabeth había esperado, aunque supuso que debería haberlo previsto. Bingley se había volcado en los preparativos con el mismo entusiasmo que ponía en todo, espoleado además por el fervor de la señora Bennet. El resultado era un comedor transformado: flores de invernadero en altísimos centros, plata, cristal y porcelana que no habrían desmerecido en un palacio, y comida suficiente para mantener a un pequeño ejército durante un asedio.

Elizabeth estaba sentada junto a Darcy en la cabecera de la mesa, muy consciente del anillo en su dedo y del extraño nuevo peso de su nombre de casada cada vez que alguien lo pronunciaba. Señora Darcy. Encontró la mirada de Jane al otro lado de la mesa y vio

reflejada en ella su propia felicidad desconcertada. Jane, sentada junto a Bingley, parecía haber sido depositada con suavidad dentro de un sueño y no tener ninguna prisa en despertar de él. Bingley le tocaba la mano una y otra vez, como para asegurarse de que estaba realmente allí, y Jane seguía permitiéndoselo.

—Estás muy callada —murmuró Darcy, inclinándose hacia ella al amparo de la conversación general.

—Estoy absorbiéndolo todo —respondió Elizabeth—. Es mucho lo que asimilar.

—¿Es demasiado?

Lo miró. La observaba como la había observado ante el altar, como si fuera la única persona en la habitación. Algo en su pecho, la conocida piedra, se desplazó y se asentó.

—No —dijo—. Es exactamente suficiente.

Los labios de Darcy se curvaron; no en la media sonrisa cautelosa a la que ella se había acostumbrado, sino en una expresión más suave. Alzó ligeramente la copa hacia ella, y Elizabeth alzó la suya en respuesta.

Desde el otro extremo de la mesa, la voz de Caroline Bingley se alzó por encima del murmullo general, brillante y quebradiza como cristal hilado.

—¡Una ceremonia encantadora! ¡Qué rústica! No se puede menos que admirar la sencillez de una iglesia de campo, ¿verdad, Louisa?

La señora Hurst murmuró algo vagamente afirmativo.

—Espero —prosiguió Caroline, deslizando la mirada hacia Elizabeth— que el paso a un ambiente más grandioso no le resulte demasiado

abrumador, señora Darcy. Pemberley es, después de todo, algo muy distinto de Hertfordshire.

—Estoy segura de que sabré adaptarme —dijo Elizabeth con amabilidad— aunque le agradezco su preocupación, señorita Bingley. Debe de ser un gran consuelo para el señor Bingley tener una hermana tan atenta a las inquietudes domésticas de los demás.

La sonrisa de Caroline se volvió más tirante. Lady Matlock, desde más abajo en la mesa, se encontró con la mirada de Elizabeth y le dedicó un gesto de aprobación sin disimulo. Elizabeth sonrió para sus adentros sobre la copa de vino.



El desayuno de bodas se prolongó entre brindis, discursos y las predicciones cada vez más llorosas de la señora Bennet sobre futuros nietos. El señor Bennet lo soportó todo tras su copa de vino, ofreciendo de vez en cuando alguna observación seca que, con satisfacción, Elizabeth advirtió que encontraba un público agradecido en lord Matlock. El coronel Fitzwilliam contó una historia sobre Darcy de niño que hizo reír a Georgiana y hizo que Darcy pareciera desear que el suelo se abriese bajo su silla. Kitty se rio tanto que derramó la limonada, y Mary dijo algo solemne sobre la santidad del matrimonio que todos fingieron cortésmente encontrar interesante.

Era, pensó Elizabeth, un buen desayuno de bodas. Miró a su alrededor, absorbiéndolo todo con cuidado, como si prensara una

flor entre las páginas de un libro para sacarla más tarde y contemplarla cuando necesitara algo hermoso que le sirviera de distracción.

La casa fue sumiéndose en el silencio poco a poco. Los invitados se fueron en una sucesión de carruajes y buenos deseos; los Bennet estuvieron entre los últimos en irse, mientras la señora Bennet alternaba sollozos y éxtasis de entusiasmo hasta que el señor Bennet la encaminó con firmeza hacia la puerta. Mary le estrechó la mano con solemnidad. Su padre le besó la frente y no se atrevió a hablar.

Jane y Bingley habían desaparecido escaleras arriba hacía ya algún tiempo. Caroline se había retirado a su habitación, alegando un dolor de cabeza provocado por el champán; Elizabeth sospechaba que el dolor de cabeza debía más a la visión de su hermano casado con una Bennet que a nada de lo que hubiera en una botella. Los Matlock y el coronel Fitzwilliam se habían retirado discretamente, y Georgiana había desaparecido con Kitty, que los acompañaría a Pemberley al día siguiente. Kitty y Georgiana parecían estar haciéndose ya muy amigas, para alivio de Elizabeth.

Elizabeth se quedó en el pasillo, ante la habitación que compartiría con Darcy aquella noche, su primera noche como marido y mujer, e intentó serenarse el corazón, que le latía con demasiada rapidez. Él estaba dentro, lo sabía, esperándola. Debería entrar. Quería entrar.

Pero antes tenía una promesa que cumplir.

Bajó por la escalera de servicio con los zapatos en la mano. Toda una vida moviéndose entre lo que otros no ven le había enseñado a moverse por corredores oscuros sin hacer el menor ruido. La casa

era distinta por la noche; despojada del bullicio del día, revelaba su esqueleto. Viejas tablas del suelo. Piedra fría. El silencio particular de un edificio que llevaba en pie doscientos años y guardaba la memoria de todos ellos en cada muro.

La biblioteca era el lugar donde se reunían. Había sido su estancia favorita desde la primera visita de Elizabeth, cuando acudió a cuidar a Jane durante su fiebre y descubrió, con una resignación nada sorprendida, que Netherfield también tenía sus propios fantasmas. La mayoría no eran más que sombras, jirones apenas visibles incluso para ella, pero algunos eran más estables. Eran lo bastante sólidos como para distinguir sus facciones y conservaban suficiente personalidad y voluntad para mantener una conversación con ella.

Eran cuatro: Sir Harold Pembury, un corpulento caballero jacobino que había construido la casa original y consideraba toda reforma posterior una afrenta personal; su esposa, Lady Cecily, que por principio discrepaba de él en todo y llevaba haciéndolo doscientos años sin dar muestras de cansancio; la vieja Margaret, un ama de llaves del siglo pasado que no dejaba de intentar quitar el polvo de superficies que ya no podía tocar; y un joven lacayo llamado Daniel que había muerto de tisis en los aposentos de los sirvientes apenas diez años antes y tenía el aire dulce, ligeramente desconcertado, de alguien que no acababa de recordar que estaba muerto.

La esperaban. Sir Harold estaba junto al fuego, Lady Cecily sentada en su sillón de costumbre, la vieja Margaret flotaba cerca de las estanterías y Daniel estaba encaramado al asiento de la ventana; su rostro delgado se animó al entrar Elizabeth.

—Ahí está —declaró Sir Harold—. La novia. Permítame ofrecerle mis felicitaciones, señora, aunque confieso que había esperado que se instalara aquí de forma permanente. Su compañía ha sido un verdadero aliciente.

—Es usted demasiado amable, Sir Harold —dijo Elizabeth, acomodándose en la silla frente a Lady Cecily—. Pero me temo que Netherfield tendrá que pasar sin mí. He venido a despedirme.

—¿Despedirse? —la vieja Margaret se llevó la mano al pecho—. Oh, pero vendrá de visita, ¿verdad? Ya que su hermana está aquí.

—Claro que vendré. Pero quería hablar con todos ustedes antes de marcharme, porque Jane será la señora de esta casa, y Jane no puede verlos, y necesito que me prometan una cosa.

Cuatro rostros espectrales la miraron con solemnidad.

—Quiero que cuiden de ella —dijo Elizabeth—. Es la mejor persona que conozco, y cuidará de esta casa y de todos los que hay en ella, vivos o no. Sabe que están aquí, aunque no pueda verlos. A cambio, necesito que se comporten.

Dejó que la mirada se posara con intención sobre Sir Harold.

—Eso significa que no darán portazos cuando desaprueben el menú de la cena.

Sir Harold pareció ofendido.

—Eso fue una vez.

—Fueron diez veces en una sola noche, Sir Harold, y la cocinera estuvo a punto de marcharse.

—Aquella mujer sirvió cordero hervido un jueves. Tengo mis principios.

—Y necesito que dejen en paz a los demás habitantes de la casa —continuó Elizabeth con firmeza—. A todos. Incluso a quienes merezcan lo contrario.

Cayó un delicado silencio. Lady Cecily se estudió las uñas, o el recuerdo de ellas.

—Se refiere —dijo— a la señorita Bingley.

—Me refiero a la señorita Bingley.

El recuerdo seguía vívido. El baile de Netherfield, tantos meses atrás, cuando Elizabeth había estado intentando disfrutar de la velada y controlar al mismo tiempo la agitación de los fantasmas que llenaban la casa. Caroline estaba dando lecciones junto a la chimenea, lanzando pullas sobre la falta de relaciones de la familia Bennet, y Sir Harold se había indignado tanto en defensa de Elizabeth que había intentado hacerle saltar la copa de vino de la mano a Caroline. No podía, por supuesto, tocarla físicamente, pero la intensidad concentrada de su indignación espectral había creado una corriente de aire lo bastante fuerte para hacer vacilar las velas y deshacer, por un lado, los rizos cuidadosamente colocados de Caroline.

Aquello no había sido más que la salva inicial. Lady Cecily, no dispuesta a ser menos que su marido en nada, se había dedicado a susurrarle directamente al oído a Caroline cada vez que esta hacía una pausa para tomar aliento, con el resultado de que Caroline se estremecía, miraba por encima del hombro y acabó quejándose en voz alta de que había corriente en el salón de baile, Bingley ordenó que revisaran las ventanas y avivaran el fuego. La estancia se volvió

insoportablemente calurosa, y la señora Bennet se abanicó con tanto ímpetu que dejó torcido el turbante de la señora Long.

Elizabeth había pasado la mayor parte de la velada negociando en susurros con cuatro fantasmas cuyas travesuras eran cada vez más imaginativas mientras intentaba bailar con el señor Collins, que no se enteraba de nada, y con el señor Darcy, que sí. Todavía no sabía cómo había conseguido sostener una conversación cortés con el señor Darcy mientras Sir Harold estaba justo detrás de él haciendo comentarios despectivos sobre lo tieso que bailaba.

—La señorita Bingley residirá aquí gran parte del tiempo —dijo Elizabeth—. Es la hermana del señor Bingley, y Jane querrá mantener la paz en la familia. La dejaréis en paz.

—Es una mujer de lo más desagradable —sentenció Sir Harold.

—Es una mujer que se ha visto obligada a aceptar que su hermano se case con una familia que considera inferior, y es desdichada —corrigió Elizabeth—. Eso no excusa su comportamiento, pero debería templar nuestra respuesta. Además, si atormentan a Caroline Bingley, ella le hará la vida imposible a Jane, y no pienso permitirlo.

No había nada que replicar a eso, y ellos lo sabían. Jane era el factor decisivo. Jane, que se había sentado junto al fuego en aquella misma estancia leyendo en voz alta novelas que sabía que Elizabeth no estaba escuchando, porque comprendía que Elizabeth necesitaba el sonido de su voz como un ancla mientras atendía asuntos que no podía explicar. Jane, que ni una sola vez le había pedido a Elizabeth que justificara lo que no podía ver. Puede que los fantasmas de Netherfield no pudieran comunicarse con Jane como lo hacían con Elizabeth, pero, al igual que cualquier otra alma que entraba en

presencia de Jane, habían reconocido su bondad innata. Elizabeth estaba bastante segura de que ya le profesaban devoción.

—Muy bien —dijo Lady Cecily, en un tono que sugería que estaba haciendo un considerable sacrificio personal—. Por la señora Bingley, nos contendremos como es debido.

—Seremos modelos de decoro —convino Sir Harold, de manera bastante menos convincente.

—Gracias —Elizabeth se puso en pie y contempló a aquella extraña asamblea de espíritus—. Cuiden de ella. Es la persona que más quiero en el mundo, y la dejo en sus manos.

La vieja Margaret se secaba los ojos. Daniel levantó la mano en un medio saludo, con el rostro joven y solemne. Sir Harold hizo una inclinación; Lady Cecily inclinó la cabeza.

Elizabeth salió de la biblioteca y subió las escaleras hacia la habitación donde la esperaba su marido, con el silencioso peso de otra despedida sobre los hombros.



Jane fue a la habitación de Elizabeth a la mañana siguiente, después de que Darcy hubiera bajado, pero antes de que el resto de la casa estuviera del todo en pie. Llamó suavemente y entró; Elizabeth, que estaba sentada ante el tocador fingiendo cepillarse el pelo cuando en realidad miraba fijamente el anillo de su dedo, intentando creer

que era real, se volvió y algo en su interior se aflojó al ver el rostro de su hermana.

No necesitaban hablar. Nunca lo habían necesitado, en realidad; no para las cosas que más importaban. Jane se sentó en el borde de la cama y Elizabeth se acomodó a su lado, y se cogieron de la mano. Durante unos minutos se limitaron a estar allí, respirando juntas, dos hermanas al borde de sus futuros separados.

—Tienes buen aspecto —dijo Jane por fin, con voz suave y cálida, apenas teñida por un leve matiz de pregunta.

Elizabeth comprendió qué era lo que en realidad le preguntaba.

—Estoy bien —respondió con sinceridad—. Es todo cuanto había esperado.

La sonrisa de Jane floreció, lenta y luminosa.

—Me alegro. Muchísimo.

—¿Y tú? ¿Bingley?

—Es... —Jane hizo una pausa en busca de la palabra y luego soltó una risita queda, llena de asombro—. Es exactamente él mismo. No sé por qué me sorprende, pero así es. Es exactamente quien yo creía que era y, de algún modo, eso es lo más asombroso de todo.

Elizabeth le apretó la mano. Afuera cantaba un pájaro; la clara y apacible mañana de septiembre le permitía ver por la ventana los terrenos de Netherfield extendiéndose en una suave sucesión de verdes ondulaciones. En una hora, o menos, iría en un carruaje camino del norte. Dejando a Jane atrás.

—Me escribirás —dijo Jane.

No era una pregunta.

—Todas las semanas. Probablemente dos veces.

—¿Y me dirás la verdad? ¿No solo la versión bonita?

Elizabeth la miró. Los ojos azules de Jane permanecieron fijos. Conocía bien los temores de Elizabeth. Pemberley era antiguo, vasto, impregnado de siglos de historia de los Darcy. Si había una casa en Inglaterra capaz de poner a prueba su particular carga, era aquella.

—Pemberley los tendrá —dijo Jane con dulzura, cuando Elizabeth no contestó—. Sabes que sí.

—Lo sé.

—Y tendrás que hacerte cargo de toda una nueva casa llena de fantasmas, sin que nadie más lo sepa. Kitty estará allí, de modo que al menos tendrás una confidente, pero, Lizzy... —Jane vaciló y luego prosiguió—. No se lo has dicho.

—No.

—Tendrás que decírselo. Quizá no hoy. Esta semana, tal vez tampoco. Pero pronto. —Jane le apretó la mano—. Te quiere. Se ha casado contigo. Le digas lo que le digas, no se apartará de ti.

—Eso no lo sabes.

—Le conozco —dijo Jane sencillamente—. No tan bien como tú, pero sí lo bastante. Es un buen hombre, Lizzy. Merece la verdad, y tú mereces compartirla.

A Elizabeth le dolió la garganta. Ya había oído aquel argumento antes, se lo había repetido a sí misma un centenar de veces, y cada vez el miedo había vencido. El miedo a ver cómo su rostro se transformaba en horror. Y, por debajo de eso, enterrada aún más hondo, estaba la certeza de que su mundo, el de los muertos, horrorizaría al hombre al que había llegado a amar con todo su

corazón. Que lo perdería por una verdad que él no creería, una verdad que no podría retirar una vez pronunciada.

—Se lo diré —dijo—. Cuando esté preparada.

Jane no la apremió. Nunca lo hacía. Simplemente siguió sosteniendo la mano de Elizabeth, y se quedaron sentadas juntas en la quietud de la mañana, con la distancia que se aproximaba suspendida entre ambas como una respiración contenida.

—Escríbeme —dijo Jane de nuevo, cuando les llegaron a través del entarimado los sonidos de la casa empezando a despertar—. Y si me necesitas, iré. Aunque tenga que atravesar barro y lluvia.

Elizabeth se rió; el sonido se le quebró en la garganta.

—Me parece recordar que ese es mi truco.

—Entonces he aprendido de la mejor de todas.

Jane la besó en la mejilla, se levantó y se alisó la falda. En la puerta se detuvo y volvió la vista atrás, y su expresión era la misma que Elizabeth había visto mil veces: amor, preocupación y la firme negativa a dejarse vencer por ninguna de las dos cosas.

—Sé valiente, Lizzy —dijo—. Pemberley no puede ser peor que soportar al señor Collins en la cena de Navidad.

Elizabeth aún se reía cuando la puerta se cerró tras su hermana. La risa la acompañó hasta el carruaje, donde Darcy la esperaba con la mano tendida para ayudarla a subir. El camino a Pemberley se abría ante ellos, largo, desconocido y lleno de fantasmas a los que aún no había conocido.



Capítulo Tres

LA COMITIVA SE REUNIÓ en el patio de Netherfield poco después de las diez: Elizabeth, Darcy, Georgiana y Kitty, con dos carruajes, un carro lleno de baúles, el ayuda de cámara de Darcy, la nueva doncella de Elizabeth y un aire general de excitación nerviosa que parecía afectar a todos salvo a Darcy, que parecía considerar la organización de un viaje de dos días hacia el norte como un asunto que requería la misma serena autoridad que aplicaba a todo lo demás.

Kitty intentaba no dar saltitos. Para la ocasión le habían dado un nuevo vestido de viaje, una sensata prenda de lana azul que la señora Bennet había juzgado «ni de lejos lo bastante elegante» y Elizabeth, que era «exactamente adecuada», y Kitty comprendía que

su mundo estaba a punto de volverse considerablemente más grande que Meryton, y rebosaba entusiasmo. Georgiana, sentada a su lado en el segundo carruaje, ya charlaba sin parar sobre la sala de música de Pemberley y sobre qué piezas podrían aprender juntas, y el rostro de Kitty brillaba con ese placer particular de saberse bienvenida. La señora Annesley, dama de compañía de Georgiana, ya había sacado un libro de su bolso y parecía perfectamente satisfecha de dejar a las muchachas a lo suyo.

Elizabeth las observó desde la ventanilla del primer carruaje y se sintió agradecida.

—Se harán bien la una a la otra —dijo Darcy, siguiendo su mirada.

Estaba sentado frente a ella, con las largas piernas dispuestas con cuidado para no aplastarle las faldas, y había algo casi tímido en su manera de mirarla aquella mañana, como si la intimidad de la noche anterior le hubiera hecho sentirse más inseguro de ella en vez de menos.

—Yo también lo creo —convino Elizabeth—. Kitty necesita a alguien que no la trate como la sombra de Lydia, y Georgiana necesita a alguien que la aparte del pianoforte y la haga reír.

—Georgiana se ríe —objetó Darcy con suavidad.

—Georgiana sonríe con cortesía y, de vez en cuando, se permite una risita. Kitty hará que se parta de risa antes de esta noche.

—La echarás a perder —dijo él, aunque sonreía.

—La mejoraré. Hay diferencia.

Esbozó una media sonrisa.

—Puede que tengas razón.

—Con frecuencia tengo razón. Ya lo descubrirás a su debido tiempo.

—Oh, ya lo sé —dijo, y la calidez de su voz le hizo desear inclinarse hacia él y besarlo, pese al decoro, a la ventanilla del carruaje y a la proximidad del cochero.

Se conformó, en cambio, con alargar la mano y apretarle la suya. Él no la soltó.

Los carruajes se pusieron en marcha. Elizabeth se volvió para echar una última mirada a Netherfield, con sus ladrillos rojos cálidos bajo el sol de la mañana, y a Jane, de pie en los escalones junto a Bingley, con la mano alzada para despedirse. Elizabeth alzó la suya en respuesta y la mantuvo así hasta que la casa desapareció tras los árboles.



La jornada del primer día fue larga, pero no desagradable. Los caminos estaban secos, el tiempo aguantaba, y el campo se desplegaba en suaves ondulaciones de verde y oro. Darcy leyó durante un rato y luego dejó el libro a un lado.

—Háblame de tu madre —dijo.

Elizabeth parpadeó.

—¿De mi madre?

—Me doy cuenta de que nunca te he preguntado nada sobre ella más allá de los hechos más elementales. En lugar de eso, me empeñé en señalar los errores de su conducta. —Se movió un poco, con un gesto incómodo—. No fui generoso.

—Fue acertado —dijo Elizabeth—. Mi madre es vanidosa y necia y ha llevado a la desesperación a medio condado. Pero también es generosa hasta el exceso con quienes quiere. Sencillamente, no piensa demasiado antes de hablar.

—Y, sin embargo, tú resultaste sensata, igual que Jane.

Se encogió de hombros.

—Leía. Todo. La biblioteca de mi padre no es grande, pero la he leído entera dos veces. Papá lo fomentaba y no me apartaba de ningún libro que despertara mi interés.

Él la escuchó mientras hablaba, haciéndole preguntas, animándola a contarle las tardes pasadas en el despacho de su padre, las conversaciones que habían moldeado su mente, la soledad de ser inteligente en una familia que no lo valoraba especialmente. Lo acogió todo sin juzgarla, y para cuando el carruaje redujo la marcha ante una posada de postas cerca de Northampton, ella había empezado a creer que quizá, con el tiempo, podría confiarle el secreto mucho mayor de su don.

Cada milla hacia el norte la acercaba un poco más a una casa que sabía, con la certeza de una larga experiencia, que estaría llena de ellos. En sus visitas anteriores había vislumbrado dos, ambos en la galería, y había procurado no dar señal alguna de haberlos advertido. Entonces no habían parecido verla; los había sorprendido desprevenidos, transparentes contra los ventanales de la galería, comentando las distintas posibilidades de matrimonio de Darcy.

—Se casará con esa Bingley —había dicho uno de ellos, un hombre vestido a la antigua.

Elizabeth había procurado no mirarlos demasiado de cerca, pero había sospechado que ambos eran de la servidumbre, a juzgar por la calidad y el corte de su ropa.

—Que Dios lo ampare —había respondido la otra. Era una mujer de mediana edad, vestida con la austeridad severa de una puritana, y su tono había sido demoledor—. Esa criatura tiene el cerebro de un gorrión y el corazón de un buitre. Lo dejaría sin una libra y sonreiría mientras lo hacía.

Elizabeth había dejado escapar un leve sonido de diversión antes de poder contenerse, pero logró disimularlo con una tos cuando los fantasmas se volvieron hacia ella. Se había escabullido deprisa, con el corazón desbocado. Después no había vuelto a pensar mucho en ello, descartándolo como un incidente aislado, un momento de descuido. Pero ahora no sería una visitante; era la señora Darcy, la nueva señora de Pemberley. Viviría allí, comería allí, dormiría allí. No podría evitar durante mucho tiempo a toda una casa de muertos.

La idea le produjo la misma sensación vertiginosa que asomarse a un precipicio: le pedían que admirara la vista, pero solo sentía el vacío.



Llegaron a la posada de postas al anochecer, un establecimiento extenso, de entramado de madera, llamado Red Hart, que llevaba dando servicio a los viajeros del Great North Road desde el reinado

de Enrique VIII, según rezaba el letrero sobre la puerta. El patio estaba atestado de carruajes en distintos estados de carga y descarga. El aire olía a caballos, tierra removida y humo de leña procedente de la cocina.

Darcy había dispuesto las habitaciones con antelación: la mejor suite y aposentos contiguos para la señora Annesley, Georgiana y Kitty. El posadero era todo reverencias y deferencia, reconociendo la calidad en cuanto la veía, y las habitaciones, cuando llegaron a ellas, estaban tolerablemente limpias y cálidas, con sábanas limpias y el fuego ya encendido. Elizabeth no encontró el menor defecto en nada de aquello.

Salvo que la posada estaba, tal como había temido, absolutamente llena de fantasmas.

No de la clase asentada, como los de Longbourn o Netherfield. Las posadas de postas atraían una clase completamente distinta: espíritus de paso, confundidos y desorientados, personas que habían muerto lejos de casa y no tenían ancla alguna que las retuviera. Iban a la deriva por los pasillos, se agrupaban en la taberna, se sentaban en rincones con expresión de extravío. la mera acumulación de todos ellos golpeó a Elizabeth como una ola de agua helada en el instante en que cruzó la puerta.

Se quedó inmóvil. Era un reflejo antiguo, tan automático como respirar; cuando los muertos la cercaban, se obligaba a permanecer quieta y dejaba que la oleada de conciencia pasara sobre ella antes de decidir cómo responder. Había una mujer vestida al estilo Tudor junto al mostrador, mirando la puerta con ansiedad, esperando a alguien que jamás entraría por ella. Un hombre con una casaca de

soldado que iba una y otra vez de un extremo del corredor al otro, como si buscara algo. Una muchacha de servicio de no más de dieciséis años, con el rostro surcado de lágrimas. Docenas más, que aparecían y se desvanecían en la percepción de Elizabeth como nubes pasando ante el sol.

La mayoría eran inofensivos. Viajeros desconcertados, personas arrastradas por la corriente de un lugar por el que cientos habían ido y venido durante siglos. No necesitaban su ayuda. Simplemente estaban allí, y seguirían estándolo mucho después de que ella se hubiese marchado.

Pero podían verla. Algunos ya se estaban volviendo hacia ella, percibiendo aquello que la hacía distinta, esa cualidad que nunca había sabido nombrar y que atraía a los muertos como polillas a la llama de una vela. La mujer Tudor la observaba desde el final del corredor. Una niña, de no más de ocho años, le tiró de la falda al pasar y dijo:

—¿Puede verme? ¿De verdad puede verme?

Elizabeth vaciló. Darcy, a su lado, la miró de inmediato.

—¿No te encuentras bien? Estás muy pálida.

—Solo estoy cansada del viaje —dijo, y sonrió, y se odió a sí misma por hacerlo.

Kitty apareció a su lado. Le enlazó el brazo en un gesto natural y afectuoso, y dijo con viveza:

—Vamos, subamos a nuestras habitaciones; quiero enseñarle a Georgiana el patrón de bordado que mamá me dio antes de salir. Señor Darcy, ¿sería tan amable de hacer que suban nuestros baúles?

Mi maleta de viaje en particular; querré asearme un poco antes de la cena.

Había sido magnífico. En el espacio de unas pocas frases, Kitty le había dado a Darcy una tarea que lo ocuparía varios minutos y había creado un motivo para que Elizabeth abandonara el abarrotado corredor, lleno de extraños espectrales. Todo ello sin dejar traslucir otra cosa que un entusiasmo alegre y ligeramente atolondrado. Arriba se mostró igual de hábil, instando a Georgiana y a la señora Annesley a que se tomaran unos momentos y usaran primero el agua de aseo; ella ayudaría mientras tanto a Elizabeth con la ropa de abrigo.

En cuanto se quedaron solas y la puerta se cerró tras ellas, la expresión de Kitty cambió.

—¿Cómo de mal? —preguntó en voz baja.

—Docenas —dijo Elizabeth, dejándose caer en la cama—. Por todas partes. Creo que la mayoría solo están de paso, pero hay unos cuantos atrapados, y pueden verme, y esa niña... —Se llevó los dedos a las sienes—. Hay una niña pequeña, Kitty. No debe de tener más de ocho años. Está sola y asustada y no entiende por qué nadie le habla.

Kitty se sentó a su lado y le tomó la mano, igual que habría hecho Jane. Kitty no podía ver a los muertos. Nunca había podido. Pero había pasado toda una vida aprendiendo a reconocer las señales: la quietud repentina, los ojos siguiendo algo invisible, la forma en que cambiaba la respiración de Elizabeth cuando el mundo espectral se acercaba demasiado; y ahora estaba allí, haciendo de Jane, como de

costumbre. Elizabeth se sintió indeciblemente agradecida de no estar sola en aquel momento.

—¿Puedes ayudarla? —preguntó Kitty.

—No lo sé. Puedo intentarlo. Pero llevará tiempo, y Darcy se dará cuenta si desaparezco.

—Deja a Darcy en mis manos —dijo Kitty con firmeza—. Puedo hacerle toda clase de preguntas sobre Pemberley. Dime cuándo necesitas ausentarte y yo me ocuparé de ello.

Elizabeth miró a su hermana pequeña, a esa muchacha a la que durante años habían despachado como necia, como la sombra de Lydia, como la Bennet en quien nadie reparaba, y vio en cambio a la persona en que se estaba convirtiendo lejos de la influencia de Lydia: serena, perspicaz, ferozmente leal.

—Gracias —dijo Elizabeth.

Kitty le apretó la mano.

—Ve a lavarte la cara. Tienes aspecto de haber visto un fantasma. —Hizo una pausa—. Aunque, claro, eso es exactamente lo que ha pasado. Varias docenas, además.



La cena fue animadísima, con Kitty dirigiendo la conversación con una destreza que habría impresionado a cualquier anfitriona curtida. Le preguntó a Georgiana por el lago de Pemberley, si se podía remar en él, si había peces, cómo era el parque en otoño. Georgiana,

encantada de tener a alguien tan interesada, habló con más soltura de lo que Elizabeth la había oído jamás, describiendo los paseos, los bosques, la huerta y los invernaderos donde los jardineros cultivaban piñas, piñas de verdad, lo que hizo que Kitty soltara un respingo tan teatral que hasta Darcy se echó a reír.

—Debes enseñarle a Lizzy todo sobre Pemberley —dijo Kitty, radiante, mirando a Georgiana—. Querrá conocer cada rincón del lugar, y tú lo conoces mejor que nadie.

—Me gustaría muchísimo —dijo Georgiana en voz baja, y había una añoranza en su voz que Elizabeth reconoció. Georgiana había pasado demasiada parte de su vida en salones bajo la supervisión de dueñas. Por amable que fuera la señora Annesley, la perspectiva de tener cerca a una hermana de una edad parecida, de contar con compañía que no fuese mera vigilancia, era claramente algo que llevaba mucho tiempo deseando.

Elizabeth se excusó poco después de la cena, alegando dolor de cabeza por el viaje. Darcy pareció preocupado, pero no insistió; Kitty se puso inmediatamente a preguntarle por las granjas de los arrendatarios y, para cuando Elizabeth salió discretamente del comedor privado, Darcy estaba enfrascado en una explicación sobre la rotación de cultivos y Kitty asentía como si aquello la fascinara.

El pasillo estaba ahora más silencioso; la mayoría de los huéspedes vivos se habían retirado ya o se habían instalado en la taberna. Los huéspedes espectrales seguían allí. Elizabeth se movió entre ellos con cuidado, murmurando saludos a los que parecían ser conscientes de ella, dando algún pequeño consuelo a quienes podía.

Cerca de la escalera de la cocina, una mujer corpulenta, envuelta en una capa de viaje, reñía a la pared con notable vehemencia.

—El pollo —anunció a nadie en particular— no estaba bien cocinado. Ya lo dije en su momento. Dije: «Señor Featherstone, este pollo está rosado», y él dijo: «Tonterías, querida mía; simplemente está jugoso», y yo dije: «Hay una diferencia muy clara entre estar jugoso y estar crudo, señor Featherstone». ¿Y me hicieron caso? No. Y ahora miren.

Se señaló a sí misma con una indignación magnífica. Elizabeth apretó los labios, murmuró sus condolencias y siguió adelante.

El soldado de la escalera resultó ser un desertor que había muerto de fiebre de camino a casa tras la guerra. Era joven, no mucho mayor que Kitty. Estaba sentado con los codos sobre las rodillas y la cabeza gacha. No quería ayuda. Quería que alguien supiera su nombre. Ella se lo pidió, y él se lo dijo: William Carver, de Sunderland. Elizabeth se lo repitió y vio cómo algo en su rostro se aflojaba. No volvió a hablar, pero levantó la cabeza, y sus ojos siguieron a Elizabeth cuando ella pasó, y ella pensó que quizá aquello bastaba.

La mujer de la época Tudor buscaba a su hijo. Elizabeth se sentó con ella un rato, escuchando, pero el hijo de aquella mujer llevaba muerto trescientos años, y no había nada que Elizabeth pudiera hacer para aliviar aquel dolor concreto salvo decir que lo sentía, y lo dijo con sinceridad.

Pero fue la niña pequeña quien tiró de ella con más urgencia.

Estaba sentada en un rincón del pasadizo de servicio, con los brazos en torno a las rodillas y la barbilla apoyada en ellas. Llevaba un

vestido de unos cincuenta años atrás, de lana recia, gastado en los puños. Tenía el pelo de un rojo dorado y, cuando alzó la vista hacia Elizabeth, los ojos del color de los cielos de abril.

—Puedo verte —dijo Elizabeth con suavidad, arrodillándose a su lado.

Las tablas del suelo estaban frías incluso a través de las faldas.

—Puedo oírte. ¿Puedes decirme cómo te llamas?

—Nell —susurró la niña—. Soy Nell Whitmore. Estaba esperando a mi padre. Salió y nunca volvió.

Elizabeth se acomodó a su lado, allí, en el rincón frío de un pasadizo de servicio en una posada de postas de la Great North Road.

—Cuéntame cómo era tu padre —dijo.

La historia de Nell llegó en fragmentos, recompuesta a partir de la comprensión infantil de unos hechos y de la confusa noción del tiempo propia de un fantasma. Su padre era un arriero, había sido arriero, había llevado ganado hacia el sur por la Gran Carretera del Norte. A veces ella viajaba con él, cuando su madre estaba enferma. Aquel día en concreto se habían detenido en el Red Hart, y su padre le había dicho que iba a enganchar el caballo al carro. Había dejado a Nell al cuidado de la posadera, con su capa de viaje y su muñeca, y le había dicho que se quedara allí.

—Era amable —dijo Nell—. Me dio pan y leche. Pero luego se olvidó de mí. Estaban pasando demasiadas cosas. Gente gritando. Fui al establo a buscar a papá.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó Elizabeth, aunque ya empezaba a sospecharlo.

—Había un carro. No lo vi. Estaba buscando a papá. Y luego... —la voz de Nell se desvaneció—. Estaba en el suelo y la posadera lloraba, y papá vino corriendo y me cogió en brazos, y dijo: «Nell, Nell, despierta, quédate conmigo», pero yo no podía. Y luego todo era extraño y confuso, y estaba completamente sola.

Elizabeth deseó poder abrazar a Nell, pero eso quedaba fuera de su don. Solo podía sentarse y escuchar.

—Pensé que volvería —susurró Nell—. Dijo que volvería. Dijo que nunca me dejaría sola. Pero vino tanta gente, y movieron los carros, y los caballos ya no estaban, y ya no sabía dónde estaba. La gente iba y venía, y yo los veía, pero ellos no podían verme, y he estado esperando, y esperando, y nunca volvió.

—Oh, Nell —dijo Elizabeth—. Lo siento muchísimo.

—Puedes verme —dijo Nell, con asombro y algo parecido a la esperanza en la voz—. Eres real. Estás viva y puedes verme.

—Puedo verte —confirmó Elizabeth—. Y te oigo. Y no estás sola.

Se quedaron así durante mucho rato. Nell habló, y Elizabeth escuchó, e hizo algo que rara vez hacía: prometer. Recordaría el nombre de Nell Whitmore. Sabría que Nell había sido querida, que la habían amado y que había importado. Era poca cosa, quizá ni siquiera un consuelo verdadero en un sentido duradero. Pero Nell alzó la vista hacia ella con una expresión cercana a la paz y dijo en voz baja:

—Gracias.

Cuando Elizabeth subió las escaleras, la cabeza le dolía de veras, las piernas le pesaban y no deseaba otra cosa que dejarse caer en la cama y dormir durante días. Pero apenas se había metido en la

cama y apoyado la cabeza en la almohada fresca cuando entró Darcy, procurando no hacer ruido hasta que vio que tenía los ojos abiertos. La preocupación en su rostro era casi peor que los fantasmas. Se sentó en el borde de la cama y la miró.

—Tu dolor de cabeza —dijo—. ¿Es muy fuerte?

—Ahora estoy mejor —mintió, y lo atrajo hacia sí.

Se movió con deliberada cautela, acomodándose entre sus brazos como si fuera mucho más frágil de lo que en realidad era. Él la estrechó sin decir nada, con los labios apoyados en su cabello. Olía a cuero, a cera de vela y a ese olor particular que era, sencillamente, Darcy.

—Tres días más —murmuró—. Y entonces estarás en casa.

Casa. Pemberley. Una casa que había resistido siglos, que había presenciado nacimientos, muertes, guerras y plagas, que había sido el hogar de generación tras generación de la familia en la que había entrado al casarse. En sus anteriores y breves visitas solo había vislumbrado dos fantasmas, pero no había estado buscando. Había procurado no ver.

Ahora no tendría ese lujo.

Elizabeth cerró los ojos, apoyó el rostro en su hombro y no dijo nada. Intentó no pensar en lo que la esperaba al final del camino.



Capítulo Cuatro

ELIZABETH RECONOCIÓ LA SENSACIÓN antes que el camino.

Había sido igual en su visita anterior, aquella tarde de verano con los Gardiner en la que había llegado a Pemberley como una turista e intentado no pensar demasiado en el hombre a quien pertenecía la casa, hasta que este apareció ante ella, para consternación suya. Entonces la casa había presionado contra su conciencia, un zumbido bajo e insistente en los márgenes de su don, más denso que nada de lo que hubiera sentido antes. En aquel momento lo había atribuido a la antigüedad del lugar, al puro peso de los siglos impregnados en sus piedras.

Ahora, cuando los carruajes tomaron el camino de entrada y el parque se abrió a su alrededor, volvió a sentirlo. El mismo zumbido,

la misma presión. Solo que esta vez no habría marcha atrás.

—Estamos cerca —dijo Darcy, y había algo en su voz que ella había aprendido a reconocer: orgullo, templado por la inquietud. Lo había oído el día en que le preguntó si podía presentarle a Georgiana, y entonces no lo había entendido. A pesar de su ansiedad, sonrió al oírlo ahora.

—Me doy cuenta —respondió Elizabeth, y lo decía en un sentido que él no podía comprender en absoluto.

El parque era ondulado e inmenso, y los robles empezaban a tornarse de color bronce. Los ciervos pacían en grupos por las laderas, alzando la cabeza al paso de los carruajes, y en el segundo carruaje Kitty se inclinó fuera de la ventanilla.

—¡Oh!

Su voz sonó a la vez admirada y ligeramente aterrorizada.

Luego los árboles se aclararon, y allí estaba.

Elizabeth ya había visto Pemberley. Había estado en aquella misma entrada y sentido el primer estremecimiento de algo a lo que aún no había estado dispuesta a dar nombre, la sensación de que aquel lugar y el hombre que lo poseía eran muchísimo más de lo que se había permitido imaginar. Pero aquella Elizabeth era otra, una visitante de paso, libre de admirar y seguir adelante. La mujer que ahora iba en el carruaje era la señora de la vasta propiedad que tenía ante sí, y el peso de ello, sumado a la presión de la presencia de la casa, se posó sobre ella como un abrigo pesado, demasiado cálido para la estación, ligeramente sofocante.

—¿Y bien? —dijo Darcy.

—Es —respondió Elizabeth, eligiendo las palabras con cuidado— exactamente tan hermosa como la recordaba. Y bastante más aterradora.

Él la miró, sorprendido.

—¿Aterradora?

—Estoy a punto de hacerme responsable de todo esto. Creo que me está permitido encontrarlo aterrador.

Su expresión se suavizó.

—No estás sola en esto. La señora Reynolds lleva muchos años ocupándose de la casa y seguirá haciéndolo. Lo único que se te pide es que seas tú misma.

—Eso —dijo Elizabeth— es precisamente lo que me preocupa.

Él no comprendió lo que quería decir, naturalmente. Creía que estaba nerviosa por la casa, el servicio, las expectativas sociales. Y lo estaba. Pero por debajo de todo aquello estaba lo que no podía decir: que el zumbido se había convertido en un rugido, que la presencia espectral que apenas había rozado en su visita como turista ahora se cernía sobre ella desde todas las direcciones, y que iba a tener que entrar en aquella casa y fingir que no sentía absolutamente nada, no fuera su marido a pensar que se había vuelto loca.

Inspiró por la nariz y expiró por la boca. Tranquila. Solo necesitaba tiempo, prudencia y que Kitty velara por ella.

Los carruajes recorrieron la avenida y se detuvieron ante las grandes puertas principales. Darcy bajó primero y ayudó a Elizabeth a apearse, y su mano era cálida y firme alrededor de la de ella. Se aferró a ella un instante más de lo estrictamente necesario.

La señora Reynolds había reunido al servicio en el vestíbulo, dispuesto en dos hileras ordenadas que se extendían desde la puerta hasta el pie de la escalera. Era una muestra de considerable formalidad: lacayos con su mejor librea, doncellas con cofias blancas, el personal de cocina con impecables vestidos oscuros y limpios delantales blancos, el mayordomo erguido con rígida atención, los jardineros y los mozos de cuadra al fondo, algo menos rígidos, pero todos con las botas relucientes de betún reciente. Todos los rostros se volvieron hacia Elizabeth cuando cruzó el umbral, y la señora Reynolds, situada a la cabeza de la fila, sonrió con una calidez que parecía del todo genuina.

—Bienvenida a casa, señora Darcy —dijo.

Era una mujer que conocía a Darcy desde que era un niño, que había servido a su padre, a su madre y a aquella casa durante décadas. La emoción que aquel momento le despertaba se leía claramente en el rostro, y Elizabeth, que se había preparado para ser juzgada, encontró en cambio bondad.

—Gracias, señora Reynolds —dijo, y lo dijo de corazón.

Comenzaron las presentaciones. La señora Reynolds la condujo a lo largo de la fila, nombrando a cada criado, su puesto y el tiempo que llevaba en Pemberley. Elizabeth hizo cuanto pudo por fijar en la memoria cada rostro y cada nombre; sonreía y, cuando podía, decía algo personal. Elogió a una doncella por lo bien colocada que llevaba la cofia, preguntó a un lacayo de aspecto juvenil cuánto tiempo llevaba en el servicio, dijo a la cocinera que Georgiana le había hablado maravillas de la cocina.

El problema era que no todos los que componían la fila estaban vivos.

Vio al primero seis puestos más allá: una doncella con un uniforme de estilo más antiguo, la cofia colocada de forma distinta a la de las demás, entre dos muchachas vivas y mirando a Elizabeth con franca curiosidad. La mirada de Elizabeth pasó sobre ella sin detenerse, sin el menor destello de reconocimiento. No podía permitirse otra cosa. No entonces.

Más adelante, un lacayo con peluca blanca empolvada cuya librea pertenecía a una generación anterior, quizá de hacía cuarenta años. Permanecía en posición de descanso, con la corrección de una larga costumbre. Una doncella de salón cuya cofia estaba desvaída de un modo que un ojo vivo no habría advertido. Una segunda doncella cuyos pies no llegaban a tocar el suelo del todo. Elizabeth tuvo que concentrarse con todas sus fuerzas para no corresponder a sus inclinaciones y reverencias como hacía con las de los vivos.

Había dos mozos de cuadra, tan parecidos que debían de ser hermanos, y no hacía tanto que habían muerto, a juzgar por el corte de sus chaquetas. Allí dentro de la casa estaban desvaídos. Sospechaba que serían más nítidos en las cuadras, pero ellos, como todos los demás sirvientes de Pemberley, no iban a perderse la ocasión de saludar a su nueva señora, los reconociera ella o no.

Al final de la fila, cerca de la escalera, había un anciano vestido como un mayordomo de una época anterior. Se mantenía erguido como si todavía cargara sobre los hombros todo el peso de la casa y no tuviera intención alguna de dejarlo simplemente porque hubiera muerto. Sus ojos siguieron a Elizabeth a lo largo de la fila, sin

perderse un solo detalle, y ella sintió su escrutinio como un peso físico. Su compostura vaciló bajo aquel escrutinio, apenas un poco: una tensión en la mandíbula que no logró reprimir del todo.

Siete. Había contado siete fantasmas en la fila, en pie entre los vivos como si jamás hubieran abandonado sus puestos, y no había dado muestra de haber visto a ninguno; pero este… sospechaba que sabía que ella los había visto.

Kitty estaba a su lado. Elizabeth no supo en qué momento se había acercado su hermana, solo que de pronto estaba allí, preguntándole a la señora Reynolds por las cocinas y diciendo algo amable sobre la altura y la grandeza del vestíbulo. La distracción fue suave, deliberada, y dio a Elizabeth el espacio de unos pocos latidos para cerrar los ojos y respirar.

Abrió los ojos y sonrió a la señora Reynolds, que le estaba explicando los preparativos del té, y se dejó conducir más adentro de la casa.



El gran vestíbulo de Pemberley era más imponente que cualquier estancia en la que Elizabeth hubiera estado jamás. El techo se alzaba sobre ellos, pintado y dorado, con una labor de yesería tan intrincada que parecía contener dramas enteros en miniatura. La escalera ascendía en una curva de roble pulido, y en las paredes colgaban retratos de miembros de la familia Darcy de siglos

pasados: hombres de rostro severo, mujeres elegantes y niños con los mismos ojos oscuros de Darcy, todos mirando desde sus marcos dorados con expresiones que sugerían que se reservaban su juicio sobre la nueva señora Darcy hasta que demostrase su valía.

Sospechaba que algunos de ellos no se hallaban confinados a sus marcos.

Darcy apareció a su lado, después de terminar de hablar con el administrador de la finca.

—¿Quieres que te enseñe la casa? ¿O prefieres descansar primero?

—Enséñamela —dijo Elizabeth, porque descansar era imposible y necesitaba conocer la forma de aquello a lo que se enfrentaba.

Él la condujo por las principales estancias, y ella procuró atender a lo que decía mientras, al mismo tiempo, iba tomando nota de los habitantes espectrales de cada estancia. El salón amarillo, con su hermoso mobiliario dorado y sus ventanas con vistas al lago, albergaba a un anciano que dormitaba en una silla junto a la ventana, con una peluca de otra época y las yemas de los dedos juntas sobre el chaleco. No se movió cuando pasaron.

La sala de música hizo sonreír a Georgiana. Elizabeth no percibió en ella nada de ultratumba, lo cual le produjo un alivio tan brusco que estuvo a punto de suspirar en voz alta.

La biblioteca era otra cosa. Los libros se alzaban desde el suelo hasta el techo; el aire olía a cuero y a antigüedad. En la butaca junto al fuego estaba sentada una mujer con un vestido anticuado, leyendo. Cuando Elizabeth entró, la mujer alzó la vista, dio por sentado que no la veían y volvió a su libro con la callada resignación de quien está muy acostumbrada a la invisibilidad.

—La biblioteca era el cuarto favorito de mi padre —dijo Darcy, caminando delante de ella, ajeno a todo aquello—. Pasaba aquí la mayor parte de las noches. Creo que te gustará.

—Estoy segura de que sí —logró decir Elizabeth, rodeando con cuidado el fantasma de una doncella arrodillada junto al hogar, atendiendo un fuego apagado hacía décadas.

Darcy siguió hablando de la colección de la biblioteca, de cómo su abuelo había adquirido la mayoría de los volúmenes y de cómo su padre había añadido la sección de historia natural y las obras completas de Shakespeare en folio. Elizabeth se obligó a escuchar, se obligó a hacer preguntas. No era difícil, a decir verdad; la biblioteca era magnífica, y en cualquier otra circunstancia la habría absorbido de verdad. Pero el fantasma que leía junto al fuego seguía alzando la vista hacia ella, y la doncella junto al hogar había empezado a tararear, un sonido bajo y sin melodía que solo Elizabeth podía oír, y el esfuerzo de fingir que no oía nada empezaba a pasarle factura.

El comedor estaba, por fortuna, vacío de fantasmas, aunque en un rincón persistía un frío que sugería que alguien había estado allí no hacía mucho. El cuarto de desayuno, pequeño, luminoso y orientado al este, contenía tan solo el más leve susurro de presencia, antiguo, asentado e inofensivo.

En la galería larga, dos niños corrían entre las ventanas, un niño y una niña vestidos con ropas de quizá un siglo antes. Eran los mismos dos que había vislumbrado durante su visita como turista, estaba casi segura, aunque entonces habían permanecido quietos y observando. Ahora estaban jugando, y cuando vieron que Elizabeth

los miraba, se detuvieron en seco, fulminados, con los ojos redondos muy abiertos por el asombro. Se obligó a apartar la vista, y al cabo de un momento volvió el susurro de su carrera.

No vio a los dos fantasmas de los criados de la galería, los que habían estado comentando las perspectivas matrimoniales de Darcy. Quizá estuvieran en otra parte de la casa. Quizá observaban desde lejos, evaluando a la mujer con la que se había casado en lugar de la criatura Bingley, y formándose una opinión. No estaba segura de querer saber cuál era.

—Aquí practicaba el baile de niño —dijo Darcy, y ella pudo oír el leve matiz de diversión en su voz—. Según me dicen, bastante mal.

—No puedo imaginarte haciendo mal nada de lo que te propongas —dijo Elizabeth.

—No me viste bailar.

—No. Pero desde entonces he bailado contigo y no he hallado defecto alguno.

Él pareció complacido, a esa manera callada en que Darcy parecía complacido, apenas distinguible de su habitual seriedad salvo para quien supiera en qué fijarse. Elizabeth estaba aprendiendo.

Para cuando llegaron al cuarto de desayuno, le empezaban a doler las sienes por el esfuerzo de mantener una compostura absoluta. Se excusó alegando el cansancio del viaje, y Darcy pareció aceptarlo sin hacer preguntas. La acompañó hasta sus habitaciones, le besó la mano y se retiró, dejándola a solas con la doncella que estaba deshaciendo sus baúles.

Elizabeth se sentó en el borde de la cama, cruzó las manos sobre el regazo y se quedó mirando la pared. Dos fantasmas la observaban

desde los rincones de la habitación: una doncella de otra época que aferraba un plumero que ya no podía usar, y un joven con librea que estaba junto a la ventana como si la protegiera de alguna amenaza que solo él podía percibir. Ambos la miraban del modo en que los criados miran a una nueva señora: con atención, sin comprometerse aún a una opinión, y Elizabeth no dio muestra alguna de haberlos visto. Todavía no. Aún no estaba preparada, y la doncella viva seguía deshaciendo con placidez sus baúles. Aquello tendría que esperar hasta que estuviera sola, de verdad sola, porque en cuanto uno de los fantasmas de Pemberley supiera que podía verlos, todos lo sabrían.

Pensó en las palabras de Jane en Netherfield. «Pemberley se los quedará. Sabes que se los quedará.» Jane había tenido razón, como tan a menudo la tenía en las cosas que más importaban. Pemberley los tenía. Pemberley tenía docenas de ellos. Y Elizabeth, que llevaba lidiando con los muertos desde que tuvo edad para comprender lo que veía, se sintió, por primera vez en su vida, verdaderamente superada.



La cena de aquella noche fue más tranquila de lo que Elizabeth había esperado, aunque la calidad de los platos servidos le confirmó que los cocineros de Pemberley estaban deseosos de impresionar a su nueva señora. Eran solo cinco en una mesa en la que habrían

cabido treinta. Darcy se sentaba en la cabecera y Elizabeth a su derecha; la señora Annesley tomó asiento más hacia el centro, y Georgiana y Kitty quedaron sentadas una frente a otra al otro lado de la mesa. Las velas derramaban una luz cálida sobre la plata y el cristal, y durante un rato Elizabeth casi pudo fingir que no era más que una mujer cenando con su familia, sin segunda vista y sin ningún peso espectral oprimiendo su conciencia.

Kitty estaba especialmente animada, y logró que Georgiana se explayara sobre su música y sus dibujos. Le preguntó por los invernaderos y por los jardineros que cultivaban piñas, y Georgiana se los describió con un entusiasmo sincero. La señora Annesley observaba el intercambio con serena aprobación, e intervenía de vez en cuando, e incluso Darcy pareció relajarse poco a poco; la rigidez que llevaba en compañía fue cediendo a medida que la velada iba adquiriendo un tono verdaderamente familiar.

—La señora Reynolds me dice que ha encantado a toda la servidumbre —dijo Darcy, volviéndose hacia Elizabeth—. Asegura que ha recordado todos los nombres.

—No exactamente todos —respondió Elizabeth—. Necesitaré una segunda presentación con los ayudantes de los jardineros y los mozos de cuadra. Parece haber bastantes.

—Pemberley tiene unos terrenos y unas caballerizas muy extensas.

—Pemberley tiene de todo, y en abundancia.

Sonrió, y él le devolvió la sonrisa. Por un instante, la calidez y la apacible intimidad doméstica de todo aquello hicieron que la piedra que llevaba en el pecho pareciera casi soportable.

—¿Montas a caballo, Elizabeth? —preguntó Georgiana de pronto, y se ruborizó enseguida, como si la pregunta se le hubiera escapado sin querer, antes de poder decidir si era apropiada.

—Sí, aunque no demasiado bien, y estoy segura de que las caballerizas de Pemberley empequeñecen a las de Longbourn. Mi padre tiene un caballo más viejo que yo y con ideas muy firmes respecto al galope. O incluso sobre el trote, si he de ser del todo sincera. Por lo general, mis propios pies, siempre tan prestos, me llevaban adonde quería ir más deprisa que las reticencias de Nellie.

—Mi hermano tiene la yegua más hermosa del mundo —dijo Georgiana, envalentonándose un poco más—. Se llama Athena. Es muy mansa. Estoy segura de que te dejaría montarla.

—Me encantaría.

Darcy observó aquel intercambio entre su esposa y su hermana con una expresión de cauteloso asombro, como si no se hubiera atrevido a esperarlo de verdad.

Después de cenar, Georgiana se ofreció a tocar para ellos. Se retiraron al salón de música, y ella comenzó una delicada sonata; su técnica era cuidadosa, aunque fue ganando seguridad a medida que se adentraba en la pieza. La melodía era limpia y luminosa, y Elizabeth escuchó mientras sentía que algo en su interior se aflojaba.

Se sentó junto a Darcy en el sofá. La mano de él encontró la suya en el espacio entre ambos adonde la luz de las velas no terminaba de llegar. Ella la sostuvo y sintió los dedos de él, cálidos y firmes, en torno a los suyos. Olía a lino limpio y a aquel tenue aroma amaderado que ella había empezado a asociar con el propio

Pemberley, algo de la cera o del revestimiento de madera, o simplemente el olor acumulado de siglos de roble y piedra. Se inclinó hacia él, apenas un poco, y sintió cómo él movía el brazo para acogerla; la simple naturalidad del gesto era tan cotidiana, tan doméstica, tan benditamente normal, que la gratitud le anudó la garganta.

Pero la casa respiraba a su alrededor. Lo sentía incluso entonces, incluso en aquella estancia hermosa y silenciosa: la presencia de los muertos presionando suavemente contra su conciencia. No eran hostiles. Estaban curiosos. Una nueva señora en Pemberley, y aún no sabían qué pensar de ella.

Kitty se encontró con su mirada desde el otro lado de la habitación y arqueó una ceja, apenas una fracción de movimiento. Elizabeth hizo un asentimiento casi imperceptible.

Más tarde. Ya se ocuparía de todo más tarde. Pero no esa noche. Esa noche se sentaría junto a su marido, escucharía tocar a Georgiana, vería a Kitty convertirse en alguien nuevo en aquel mundo más grandioso y sería, durante unas pocas horas más, simplemente Elizabeth Darcy, recién casada, recién llegada, recién en casa.

Los fantasmas podían esperar.



Capítulo Cinco

ELIZABETH LLEVABA CINCO DÍAS como señora de Pemberley cuando conoció a la mujer que de verdad gobernaba la casa.

Estaba en su sala de estar privada, el pequeño salón contiguo al dormitorio principal que Darcy le había dicho que tradicionalmente correspondía a la señora de la casa. Era una estancia hermosa, orientada al sur, con vistas al jardín de rosas, y Elizabeth había pasado allí las mañanas, escribiendo cartas, aprendiendo a llevar las cuentas de la casa y fingiendo que no la observaban.

Había sido cuidadosa. No había dado ninguna señal. Llevaba cinco días moviéndose con cautela por una casa abarrotada de fantasmas, esquivando a los invisibles, manteniendo el rostro impasible cuando una figura translúcida atravesaba la mesa del desayuno o un niño

muerto hacía siglos se reía en el pasillo. Kitty había estado magnífica, cubriendo cada desliz, llenando cada silencio sospechoso, apartando a Darcy y a Georgiana de las habitaciones donde el control de Elizabeth era más frágil. El sistema que habían construido en Longbourn, perfeccionado a lo largo de toda una vida de práctica, funcionaba en Pemberley con la misma eficacia de siempre. Simplemente estaba trabajando muchísimo más, con muchos más fantasmas y solo Kitty para distraer.

Elizabeth estaba escribiendo a Jane. Ya iba por el tercer borrador. El primero había sido un relato desenfadado de su nuevo entorno, lleno de descripciones de los jardines, la biblioteca y la amabilidad de la señora Reynolds, y lo había roto porque era mentira. El segundo se había ido demasiado al otro extremo y empezaba con: «Queridísima Jane, en esta casa hay más fantasmas que criados vivos, y no estoy del todo segura de cuál de los dos grupos es más exigente», lo cual habría sido catártico de mandar, pero imprudente poner por escrito. El tercer intento buscaba un término medio: noticias domésticas entremezcladas con el cuidadoso código que las hermanas habían desarrollado a lo largo de los años. «La casa tiene muchísimo carácter» significaba «hay fantasmas por todas partes». «Estoy aprendiendo a moverme por los pasillos» significaba «casi me han descubierto seis veces». «Kitty ha sido inestimable» significaba exactamente lo que decía.

Estaba componiendo una frase particularmente cuidadosa sobre los criados fantasmales alineados entre el servicio, disfrazada de observación sobre la interesante variedad de libreas que se habían

llevado en Pemberley a lo largo de los años, cuando se dio cuenta de que alguien estaba de pie en la puerta mirándola.

Levantó la vista, esperando ver a una doncella o quizá a Georgiana, y en cambio encontró a una mujer a la que no había visto nunca, ni viva ni muerta.

El fantasma era vieja, o lo había sido cuando murió. Pequeña, pero con la espalda tan recta que parecía añadirle centímetros al porte. Iba vestida de manera impecable según la moda de siglo y medio atrás; de seda gris, de corte sencillo pero inconfundiblemente costosa, con mangas al estilo de la Restauración y un justillo que había pasado de moda antes incluso de que naciera la abuela de Elizabeth. Su cabello blanco estaba recogido bajo una cofia de encaje de considerable calidad, un encaje tan fino que Elizabeth podía ver a través de él el translúcido cuero cabelludo. Tenía las manos, pequeñas y moteadas por la edad, entrelazadas a la cintura. Su rostro era un mapa de determinación: pómulos afilados, boca firme, una barbilla que parecía haberse fijado en aquella postura en algún momento del siglo anterior y no haberse movido desde entonces.

Pero fueron sus ojos los que atraparon a Elizabeth. Oscuros, sagaces y absolutamente inmóviles, examinaron a Elizabeth con la mirada crítica de un general que revisa a un nuevo recluta: a fondo, con espíritu crítico y sin la menor expectativa de sentirse impresionado.

Además, no parecía en absoluto sorprendida de que Elizabeth la estuviera mirando directamente.

Elizabeth dejó la pluma.

—Vaya —dijo el fantasma—. Así que tú eres con quien se ha casado.

Su voz era aguda y clara, y tenía la inconfundible autoridad de una mujer que había dado órdenes durante mucho tiempo y no veía motivo alguno para dejar de hacerlo solo porque estuviera muerta. Su mirada recorrió el rostro de Elizabeth, su postura, su vestido, el escritorio, la carta a medio terminar, y parecía encontrar deficiente hasta el último detalle.

—Lo soy —dijo Elizabeth—. ¿Y usted es?

—Yo —dijo el fantasma, irguiéndose hasta alcanzar toda su altura, que no era mucha, aunque de algún modo parecía que debería serlo — soy Dorothea Darcy. Fui la señora de esta casa durante setenta y siete años, bastante más de lo que nadie más logró jamás, y desde entonces he seguido ocupándome de ella, que ha sido muchísimo más tiempo aún. Los sirvientes me llaman Nana. Puede llamarme señora Darcy hasta que decida si merece algo mejor.

Elizabeth parpadeó.

—Yo soy la señora Darcy.

—Sí. Ya lo sé. Soy la señora Darcy desde 1684. Usted llega con algo de retraso.

Hizo una breve pausa, y luego añadió con visible desgana:

—Supongo que será mejor que me llame Nana. Para evitar confusiones.

Se observaron mutuamente de un extremo a otro de la habitación. Elizabeth había pasado toda su vida tratando con fantasmas de todos los temperamentos, desde los tímidos hasta los confundidos o los apaciblemente melancólicos. Había sabido manejar a la imperiosa tía Irene, a los pendencieros Pemburys y a los desconcertados

muertos de las posadas de postas. Nunca había conocido a nadie como esta.

—Se casó joven —observó Elizabeth, recordando la recitación de la genealogía de los Darcy que la señora Reynolds le había hecho mientras recorrían la galería de retratos. Dorothea Darcy había sido una novia bonita y muy joven, con un notable parecido con Georgiana, su trastataranieta, si Elizabeth no se equivocaba. Elizabeth no habría reconocido en esta mujer a aquella joven, de no ser por aquellos sagaces ojos oscuros.

—Me casé a los dieciséis. Quedé viuda a los veinte, con un hijo que aún no andaba. Los primos de mi marido descendieron como cuervos sobre un cadáver, convencidos de que una muchacha de veinte años no podría sostener una finca de este tamaño. Se equivocaban. —Nana alzó la barbilla—. Conservé Pemberley para mi hijo, lo crié para que lo sostuviera después de mí, y cuando se casó con una mujer perfectamente aceptable de una familia que yo desaprobaba, me mordí la lengua, que fue el mayor sacrificio que he hecho en una vida y en la otra. Llevo aquí desde entonces, porque alguien tiene que asegurarse de que se mantengan los criterios que establecí y, francamente, las mujeres que han venido a esta familia después de mí han sido, en conjunto, decepcionantes.

—En conjunto —repitió Elizabeth.

—Anne era aceptable. La madre de Fitzwilliam. No tenía carácter digno de mención, pero tenía gusto, quería al niño y murió demasiado joven para que yo descubriera sus defectos. Su predecesora fue un desastre. Trasladó la colección de Delft azul a la

habitación equivocada y se negó a escuchar cuando traté de decírselo.

—¿Se negó, o es que no podía oírla?

—Oh, me negué. Entonces aún estaba viva. Nadie que viva en esta casa ha podido verme ni oírme desde el día en que morí. Hasta usted, al parecer. —Los ojos de Nana se entrecerraron—. Lo cual me lleva a hacerme varias preguntas, y espero respuestas.

Elizabeth se recostó en la silla, casi aliviada por poder, al fin, decirle a alguien la verdad.

—Puedo ver a los muertos. Puedo hacerlo desde que era muy pequeña. Es un don, o una carga, según el día, y lo he llevado conmigo toda la vida. Mi familia lo sabe, pero mi marido no. Preferiría que siguiera así, de momento.

—¿Por qué?

La pregunta fue directa, y Elizabeth la respetó.

—Porque llevo casada menos de una semana, y sospecho que decirle a un hombre que su nueva esposa ve fantasmas no es el mejor cimiento para la vida en común.

—Sensato, supongo. Aunque no puedo aprobar el engaño entre personas casadas. Mi marido y yo no teníamos secretos.

—Estuvo casada cuatro años.

—Importa la calidad, señora Darcy, no la cantidad.

Se deslizó por la habitación y se acomodó en la butaca junto al fuego, arreglándose las faldas como si su cuerpo aún obedeciera a la gravedad.

—Bien. La he estado observando desde que llegó, y tengo varias cosas que señalar.

Elizabeth enarcó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Los menús son adecuados, pero poco inspirados. La señora Reynolds se desenvuelve bastante bien con el servicio, pero permite demasiada libertad a los lacayos con el pulimento de la plata; desde aquí veo las marcas. El jardín de rosas se ha dejado arruinar desde que murió el viejo Gregson, y su sustituto no tiene mano para las variedades de Damasco. Las cortinas del salón están vergonzosamente descoloridas. Y usted —la inmovilizó con una mirada que habría clavado a una mujer menos firme contra la pared — ha estado esquivando a mis fantasmas como una mujer que cruzara un campo embarrado con zapatillas nuevas.

Elizabeth no estaba dispuesta a dejarse intimidar por un fantasma.

—¿Sus fantasmas?

—Son habitantes de mi casa. Eso los convierte en mi responsabilidad. Llevo cincuenta años ocupándome de ellos, y puedo decirle que el servicio se comporta perfectamente bien siempre que no se le moleste, que los niños de la galería son inofensivos y que el caballero del salón amarillo lleva dormido desde antes incluso de que yo naciera y es poco probable que se despierte. No tiene por qué andar a hurtadillas como si esperara que fueran a saltarle encima.

—No iba a hurtadillas.

—Sí que iba. La he estado observando. Reconozco que no lo hace mal, pero todavía no conoce la casa, y hasta que la conozca seguirá cometiendo errores. Ayer estuvo a punto de dirigirse a Sarah Dunn en el pasillo de fuera de la biblioteca, y la señora Reynolds iba dos pasos detrás de usted.

Elizabeth notó que el calor le subía a las mejillas. Había estado a punto de dirigirse a la doncella espectral del vestíbulo, que debía de ser Sarah Dunn, y había faltado muy poco. Sarah se había plantado directamente en su camino, radiante, encantada, como si al fin hubiera encontrado a una señora digna de tal nombre, y Elizabeth había abierto la boca para darle los buenos días antes de recordar que la señora Reynolds caminaba justo detrás de ella. Había salido del paso fingiendo toser, lo que había llevado a la señora Reynolds a ofrecerle una tisana y después a sostener una conversación de veinte minutos con ella sobre el remedio de la madre del ama de llaves para la congestión pulmonar.

—Necesito unas normas claras —dijo Elizabeth, incorporándose—. Si vamos a compartir esta casa, usted y yo, tiene que haber un acuerdo.

—Acuerdo —repitió Nana, como si la palabra le resultara desagradable.

—El dormitorio principal queda vedado. A todos los fantasmas. En todo momento. Sobre eso no pienso negociar.

Las cejas de Nana se alzaron a una altura impresionante.

—He pasado por esa habitación libremente desde el día en que me convertí en la señora Darcy.

—Pues dejará de hacerlo. Soy una mujer recién casada, y no voy a tolerar observadores en mi alcoba, muertos o vivos.

—He cruzado esa habitación llevando en brazos al padre de su marido —dijo Nana— cuando todavía era lo bastante pequeño para ello. He recorrido ese suelo y he velado junto a esa cama en tiempos

de fiebre y de desconsuelo, y durante los nacimientos de cuatro generaciones. ¿Va a vedármela porque es usted tímida?

—Voy a vedársela porque es mía —dijo Elizabeth con voz firme—. Mi habitación. Mi matrimonio. Mi vida privada. Puede que haya velado esa cama durante más de cien años, y honro lo que ese cuidado representa. Pero ahora su señora soy yo, y se lo digo claramente: esa habitación es privada. Esto no es una petición.

Entre ambas se instaló un silencio, eléctrico y cargado. Nana estudió a Elizabeth con una intensidad que le erizó el vello de los brazos. Elizabeth sostuvo su mirada sin pestañear. Afuera, un pájaro cantó en el jardín de rosas; dentro, el fuego se removió y crepitó.

—¿Y si me niego? —dijo Nana en voz queda.

—Puedo verla —dijo Elizabeth, inclinándose hacia delante—. Puedo oírla. Llevo haciendo esto toda mi vida, y en ese tiempo he lidiado con fantasmas airados, fantasmas afligidos, fantasmas confundidos y fantasmas sencillamente obstinados. Todavía no he conocido ni a uno solo con el que no pudiera lidiar. ¿Le gustaría averiguar si usted es la excepción?

Estaba echando un farol. No tenía ni idea de si podría hacer nada con un fantasma que se negara a cooperar. Nunca había necesitado averiguarlo; la mayoría de los fantasmas respondían a una firme amabilidad, y los escasos difíciles habían resultado manejables con paciencia y constancia. Pero Nana no lo sabía, y Elizabeth había aprendido mucho tiempo atrás que la seguridad en uno mismo tenía un valor propio, tanto entre los vivos como entre los muertos.

Nana la miró fijamente. Elizabeth le sostuvo la mirada.

Entonces Nana se echó a reír.

No fue una risa leve. Fue una risa plena, rica, rebosante de deleite, que llenó la habitación e hizo vacilar las velas sobre la repisa de la chimenea, y transformó su rostro de severa autoridad en algo cálido, sorprendido y genuinamente complacido. Se le acentuaron las líneas alrededor de los ojos, su menudo cuerpo se estremeció, y por un instante Elizabeth pudo ver a la muchacha que había sido, a la novia de dieciséis años, a la viuda de veinte que se había plantado ante una jauría de primos codiciosos y les había dicho que se largaran de su casa.

—Bien —dijo Nana, acomodándose de nuevo en la silla—. Puede que, después de todo, esté usted a la altura.



Hablaron durante casi una hora, y Elizabeth descubrió dos cosas sobre Dorothea Darcy. La primera era que era la persona más dogmática que había conocido jamás, viva o muerta, y Elizabeth había conocido a lady Catherine de Bourgh. La segunda era que resultaba imposible de doblegar.

Elizabeth se había pasado la vida tratando con fantasmas. Era lo que hacía; escuchaba, ayudaba, llegaba a acuerdos, guiaba a los inquietos hacia el descanso y mantenía relaciones cordiales con aquellos que decidían quedarse. Se le daba bien. Había sabido llevar la acritud de la tía Irene, la pomposidad de Sir Harold, la cháchara

interminable de la señora Turnbull. Tenía un sistema, y el sistema funcionaba.

Nana desmanteló el sistema en menos de veinte minutos.

No era exactamente que fuese difícil, aunque desde luego lo era. Era que no se movía dentro de los límites habituales de la relación entre fantasma y médium. No necesitaba la ayuda de Elizabeth. No quería la guía de Elizabeth. No estaba confundida, ni perdida, ni de duelo, ni necesitaba que la llevaran con delicadeza. Era, y lo había sido durante ciento treinta años, la guardiana autoproclamada de Pemberley. Tenía ideas muy claras sobre cómo debía regirse la casa, y pensaba compartir hasta la última de ellas con la nueva señora Darcy.

—En el ala este hay humedades —informó a Elizabeth—. Las hay desde 1763, y nadie se ha ocupado nunca de ellas como es debido. Le sugiero que plantee el asunto a su marido a la mayor brevedad.

—Llevo casada cinco días. Aún no estoy en posición de plantear cuestiones de reparaciones estructurales.

—Tonterías. Una buena esposa se interesa por el estado de su casa.

—Una buena esposa también permite que su marido termine el desayuno antes de hablar de humedades.

—El señor Darcy, mi señor Darcy, habría recibido de buen grado una conversación así. Prestaba mucha atención a la fábrica de la casa.

—Su señor Darcy vivió en el siglo XVII y presumiblemente tenía menos distracciones en la mesa.

Nana resopló por la nariz. Fue un resoplido magnífico. Hasta la tía Irene se habría quedado impresionada.

—Además —prosiguió Nana, como si Elizabeth no hubiera hablado—, el dorado del espejo del saloncito de mañana está deslustrado. Lleva cuarenta años deslucido. Llevo mirándolo todas las mañanas desde 1772 y me ofende profundamente.

—Es usted un fantasma. No utiliza el saloncito de mañana.

—Lo uso. Y las cortinas de la biblioteca son demasiado finas. Dejan filtrar demasiado sol por las tardes, y los lomos de los volúmenes más antiguos están perdiendo color. Mi hijo gastó una fortuna en esos libros. Cualquiera pensaría que a alguien le importaría lo suficiente como para colgar unas cortinas decentes.

Elizabeth vaciló entre la exasperación y algo peligrosamente parecido al afecto.

—¿Hay algo en esta casa que merezca su aprobación?

Nana lo pensó.

—Las nuevas estufas de la cocina son muy funcionales. Lo desaprobé cuando George ordenó instalarlas, pero admitiré que son una mejora.

—Qué generosidad.

—No soy dada a los elogios vacíos, señora Darcy. Si le digo que algo es satisfactorio, puede confiar en ello por completo.

Hizo una pausa, y su voz cambió.

—Pero el rosedal... Eso no es una cuestión de gusto. Mi suegra plantó esas rosas. Yo misma las cuidé, en los años posteriores a la muerte de mi marido, cuando no tenía más que un bebé, un jardín y la voluntad de mantener con vida a ambos. Lady Anne las amaba y las cuidó, y el viejo Gregson las entendía. Sabía cuáles necesitaban

resguardo y cuáles podían soportar el viento. Su sustituto las trata a todas por igual, y se están muriendo por ello.

Elizabeth la miró y vio, bajo aquel aire imperioso, algo que reconoció. Pesar. No reciente, sino hondo; de ese que se instala en los huesos con los siglos y acaba por fundirse con quien lo carga. Las rosas no eran solo rosas. Eran las manos de Nana en la tierra, lo que la había mantenido arraigada cuando todo lo demás le estaba siendo arrancado.

—Examinaré el rosedal —dijo Elizabeth en voz baja—. No puedo prometer restaurarlo de la noche a la mañana, pero lo examinaré.

Nana la observó un momento. Hubo el más leve cambio en su expresión, tan pequeño que Elizabeth podría haberlo imaginado. Luego asintió una vez, como si acabara de firmarse un contrato.

—Ahora —dijo Nana con viveza, retomando las riendas—, el horario de la casa. La señora Reynolds tiene a la servidumbre en su sitio, pero hay despilfarro. Los lacayos pasan media mañana en tareas que podrían hacerse en la cuarta parte del tiempo si se les organizara bien. Las pinches están de cháchara. La segunda doncella ha estado saliendo con el ayudante del jardinero, y aunque no tengo nada contra el romance siempre que se conduzcan con decoro, ha estado descuidando los hierros de la chimenea de los dormitorios de arriba, embobada mirándolo desde las ventanas en vez de sacarles brillo.

—No puede pretender que saque con la señora Reynolds el asunto de los enredos amorosos de la segunda doncella.

—Espero que sea consciente de ellos. Una señora que desconoce el estado de su propia casa es una señora que el servicio manejará a

su antojo, y no al contrario.

Elizabeth no podía replicar gran cosa, porque lo irritante era que Nana tenía razón. Elizabeth había pasado cinco días aprendiendo la superficie de Pemberley; Nana le estaba ofreciendo una visión de lo que había debajo, del funcionamiento, las relaciones y los pequeños dramas que hacían marchar la casa. Era una información inestimable. También se la estaba dando del modo más irritante posible.

Al cabo de una hora, Elizabeth comprendió que su relación con Nana iba a ser distinta de todo lo que había conocido. No se parecía a ninguna relación que Elizabeth hubiera mantenido jamás con un fantasma, ni siquiera con la tía Irene. Aquello se parecía más a una colaboración, o quizá a una pugna de voluntades, entre una mujer que había llevado Pemberley durante casi ochenta años de vida y cincuenta de muerte, y otra que apenas llevaba menos de una semana oficialmente al frente.

—Vendré cada mañana —anunció Nana, levantándose de la silla—. Hablaremos de la casa, del personal, de los menús y de cualquier asunto que requiera su atención. Puede hacerme preguntas sobre la casa y su historia, y las responderé si considero que merecen respuesta. A cambio, se ocupará de las humedades del ala este y devolverá el jardín de rosas al estado que le corresponde.

—Eso no es una negociación —señaló Elizabeth—. Es una lista de exigencias.

—Sí —convino Nana con serenidad—. Las exigencias dan mejor resultado que las peticiones. Se pierde mucho menos tiempo.

Se detuvo en la puerta, volvió la vista y miró a Elizabeth con una expresión que se había suavizado en un grado mínimo y de lo más reticente.

—Tiene carácter, señora Darcy. No esperaba que fuera a caerme bien. Me reservo el derecho de cambiar de opinión, pero por ahora, puede valer.

Había desaparecido antes de que Elizabeth pudiera formular una respuesta, y Elizabeth sospechó que aquello había sido enteramente deliberado.

Elizabeth se quedó sola en su salón, rodeada por el silencio de una casa que no era, ni sería jamás, verdaderamente silenciosa. A través de la ventana, el jardín de rosas se extendía bajo ella, invadido de maleza y enmarañado; las variedades damascenas que Nana había amado estaban asfixiadas por la correhuela y el abandono. Ahora, al mirarlo de verdad, veía que en otro tiempo había sido hermoso. Veía también que podría volver a serlo.

Tomó la pluma y pasó a una hoja limpia de papel.

«Queridísima Jane», escribió. «He conocido a la persona más extraordinaria. Lleva cincuenta años muerta, tiene opiniones sobre mis cortinas y creo que quizá vaya a convertirse en mi confidente más íntima después de ti. No sé si sentirme encantada u horrorizada. Sospecho que estaré ambas cosas, en proporciones más o menos iguales, durante una buena temporada.»

Hizo una pausa, consideró la carta y añadió: «La casa tiene muchísimo carácter. Más del que esperaba. Me las arreglo. Kitty te envía su cariño.»

Selló la carta, la dejó a un lado y permaneció un momento mirando el jardín de rosas. Luego se permitió una sola risa, incrédula.
Había pasado toda la vida guiando a los muertos. En Pemberley, al parecer, los muertos pensaban guiarla a ella.



Capítulo Seis

NANA LLEGÓ A LAS siete y media de la mañana siguiente, antes de que Elizabeth hubiese terminado su chocolate.

—Llega tarde —anunció Nana, acomodándose en la silla junto al fuego como si llevara décadas usándola, cosa que, supuso Elizabeth, así era—. Llevo esperando desde las siete.

—No sabía que hubiéramos quedado a las siete.

—No quedamos en nada. Te dije que te visitaría cada mañana. La mañana empieza a las siete.

—La mañana empieza —dijo Elizabeth— cuando me tomo el chocolate. Eso no está sujeto a negociación.

Nana miró la taza que Elizabeth tenía en la mano con la expresión de una mujer que había muerto antes de que el chocolate se pusiera

de moda y no estaba del todo convencida de que mereciera tal cosa.
—En mi tiempo, nos levantábamos con el sol.
—En sus tiempos no había chocolate. Lo considero un argumento a favor de la modernidad.
Algo que podría haber sido diversión asomó fugazmente al rostro de Nana, pero lo reprimió enseguida.
—Muy bien. Las ocho y media. Pero ni un momento más tarde.
Sacó de algún lugar de su persona lo que parecía una lista de considerable longitud.
Elizabeth parpadeó. ¿Había creado Nana aquella lista por pura fuerza de voluntad? Era, sin duda, un fantasma extraordinario.
—Bien. El ala este —empezó a decir Nana.
—Ayer ya hablamos del ala este.
—No lo hablamos adecuadamente. La humedad se ha extendido desde el invierno pasado, y hay una grieta en el yeso sobre el pasillo del segundo piso que en mis tiempos no se habría tolerado. También he observado que el nuevo jardinero está podando mal el paseo de tilos. Corta demasiado cerca del tronco. Los árboles lo acusarán dentro de cinco años.
Elizabeth dejó la taza.
—Nana, ¿qué longitud tiene esa lista, exactamente? No puedo reorganizar toda la finca antes del almuerzo.
—No te pido que reorganices toda la finca. Te pido que prestes atención. Hay una diferencia.
Clavó en Elizabeth aquellos ojos oscuros y perspicaces.
—Bien. ¿Quieres que te presente a los demás o piensas seguir rondando como si tuvieras miedo de tu propia casa?

Elizabeth abrió la boca para protestar que no iba rondando, recordó que aquella discusión ya la había perdido el día anterior y volvió a cerrarla.

—¿Qué quieres decir con presentarme? —dijo en cambio.

—Has estado evitándolos. Los sirvientes, los residentes más antiguos, todos los que han intentado llamar tu atención. Saben que puedes verlos, señora Darcy. Entre los muertos las noticias corren deprisa. Sarah Dunn nunca supo guardar una confidencia en vida, y mucho menos en la muerte.

De modo que la discreción no había servido de nada. Elizabeth pensó en todas aquellas evasivas cuidadosas, en las expresiones controladas, en los cinco días fingiendo que no veía nada, y sintió una oleada de algo a medio camino entre la frustración y el alivio.

—Si ya lo saben, supongo que no tiene objeto fingir lo contrario.

—Ninguno en absoluto. Venga.

Nana se levantó de la silla.

—Te llevaré a hacer un recorrido. El de verdad, no el que te dio tu marido, que fue completamente inadecuado.

Nana condujo el recorrido entre los muertos de Pemberley con la misma autoridad enérgica que aplicaba a todo lo demás. Avanzó por los pasillos con Elizabeth detrás, y los fantasmas de la casa se presentaron con una formalidad que sugería que Nana les había dado aviso previo y que más les valía comportarse como era debido.

Primero se presentaron los sirvientes. Sarah Dunn, la doncella que atendía en la fila de recepción del vestíbulo, estaba tan encantada de ser reconocida formalmente que hizo cuatro reverencias seguidas y Nana tuvo que decirle que se serenara. Llevaba muerta doce años,

había servido en Pemberley veinte antes, y, según le dijo a Elizabeth con suma seriedad, no había permitido ni una sola vez que quedara una telaraña en ningún rincón bajo su jurisdicción.

—Era una doncella competente —admitió Nana—. Su sucesora no lo es.

—Mi sucesora —dijo Sarah, con expresión dolida— no quita el polvo detrás del reloj del rellano del segundo piso. He estado observándola.

Había más. Una cocinera del siglo anterior que rondaba la cocina y coincidía con Nana en que los fogones eran una mejora, pero desaprobaba el uso que la cocinera actual hacía de la nuez moscada. Un sirviente personal que había servido al abuelo de Darcy y comentó, con una expresión de dolorida preocupación, el modo en que planchaban las levitas del actual señor Darcy.

Elizabeth saludó a cada uno de ellos, aprendió sus nombres y preguntó cuánto tiempo habían estado en Pemberley. Era el mismo trabajo que siempre había hecho, la paciente y práctica tarea de dar reconocimiento a los muertos. En Longbourn habían sido un puñado. En Netherfield, cuatro. Allí, solo los sirvientes sumaban más de una docena, y eso antes de que Nana la condujera más allá de las dependencias del servicio.

La presentación más entretenida fue la del mayordomo y la ama de llaves, que ocupaban extremos opuestos del comedor de la servidumbre y llevaban discutiendo tanto tiempo como nadie recordaba. El señor Graves, el mayordomo de la fila de recepción, era georgiano; la señora Alcott, el ama de llaves, había muerto durante el reinado de la reina Ana. Nunca se habían conocido en

vida, pues los separaban varias décadas, pero después de muertos habían desarrollado la intimidad combativa de un viejo matrimonio, discrepando en todo, desde la temperatura adecuada para servir el clarete hasta el método apropiado para guardar la ropa blanca.

—El clarete debe subirse dos horas antes de la cena —informó el señor Graves a Elizabeth, con el aire de un hombre que enuncia una verdad sagrada.

—¡Pamplinas! —replicó la señora Alcott desde el otro lado de la estancia—. Una hora es suficiente. Dos horas y pierde cuerpo.

—El clarete no se avinagra. Estás pensando en la cerveza.

—No estoy pensando en nada por el estilo. Fui el ama de llaves de esta casa durante veintisiete años y sé perfectamente cómo se administra una bodega.

—Fuiste el ama de llaves de esta casa en un siglo sin gusto —dijo el señor Graves, y en la expresión de la señora Alcott se leía que consideraba seriamente si un fantasma podía abofetear a otro.

En la galería larga, los dos niños estaban esperando. Esta vez permanecían inmóviles, cogidos de la mano, observando cómo Elizabeth se acercaba, con los ojos muy abiertos y una expresión solemne y atenta, como si les hubieran dicho que debían portarse bien, aunque no tuviesen del todo claro por qué. El niño tendría unos diez años; la niña era uno o dos años menor, y ambos llevaban ropa de finales del siglo XVII, bien confeccionada, pero sencilla.

—Edmund y Charlotte —dijo Nana—. El hermano y la hermana menores de mi marido. Murieron de escarlatina unos años antes de que yo llegara a la casa. Desde entonces se han dedicado a perseguirse por esta galería, cosa que permito porque son niños y

los niños deben jugar, pero no consiento que crucen corriendo el comedor durante las comidas.

—Solo lo hicimos una vez —dijo el niño.

—Lo hicisteis cuatro veces en una sola semana, y el señor Darcy, el actual señor Darcy, se quejó de las corrientes.

Elizabeth los miró, aquellos rostros pequeños y solemnes, y sintió la punzada habitual que le producían los niños muertos demasiado pronto. No estaban angustiados ni confundidos; tenían a Nana, a quien debieron de ver llegar a Pemberley como una joven novia y vivir allí durante casi ochenta años. Debía de haber sido la presencia más constante de toda su existencia; desde su muerte los había aceptado como familia, velando por ellos con la misma mano de hierro que aplicaba a todo lo demás. Pero eran tan jóvenes, dos niños jugando a juegos que nadie más podía ver, y Elizabeth notó cómo se le oprimía el pecho.

—Me alegra mucho conoceros a los dos —dijo, y lo decía en serio.

A Charlotte se le iluminó el rostro con una sonrisa de oreja a oreja. Edmund mantuvo la dignidad aproximadamente tres segundos antes de preguntar:

—¿De verdad puedes vernos? ¿De verdad? ¿No solo como sombras?

—De verdad —confirmó Elizabeth—. Hasta el último detalle. Las medias no te hacen juego, Edmund.

Él bajó la vista, sobresaltado. Charlotte prorrumpió en una risa encantada, e incluso la boca de Nana se estremeció.

Desde la galería, Nana la condujo al salón de recibir amarillo, donde el anciano caballero de peluca seguía dormitando.

—Sir Roderick Darcy —dijo Nana, bajando la voz, aunque Elizabeth no estaba del todo segura de que un fantasma pudiera despertarse —. El bisabuelo de mi marido. El fantasma más antiguo de Pemberley que podemos identificar; hay unas cuantas presencias más desvaídas, claramente anteriores por su indumentaria, pero no hablan y no sabemos sus nombres. Ninguno de nosotros ha hablado jamás con Sir Roderick ni lo ha visto despierto. Simplemente se sienta, duerme y no causa molestias a nadie. Preferiría que se le dejara en paz.

—No tenía intención de molestarlo.

—Bien. Tenía fama de ser un hombre excepcionalmente desagradable cuando estaba despierto.

En la biblioteca estaba la mujer que leía, que resultó ser una antigua institutriz llamada Señorita Pardoe. Había servido a la familia en los años cuarenta del siglo XVIII, amaba la biblioteca por encima de cualquier otra estancia y, sencillamente, nunca la había abandonado después de morir de gripe en un invierno de frío feroz. Apenas levantó la vista cuando la presentaron, murmuró algo cortés y volvió a su libro con un aire que parecía indicar que ya la habían interrumpido bastante para un solo siglo.

Pero fue el jardín de rosas lo que detuvo a Elizabeth en seco.

Salieron por la puerta lateral a la mañana de octubre, con el aire fresco y cortante y el jardín extendido ante ellas en toda su gloria descuidada y enmarañada. Y allí, sentada en el banco de piedra bajo el viejo rosal trepador, estaba una mujer que Elizabeth no había visto antes.

Era muy joven, quizá de unos treinta años, e iba vestida con el elaborado estilo de la época isabelina: una gorguera rígida, un corpiño bordado, un verdugado tan ancho que ocupaba casi todo el banco. El cabello oscuro estaba recogido bajo una toca adornada con joyas, tenía las manos cruzadas sobre el regazo y sonreía.

No miraba a Elizabeth. Ni a Nana. Miraba a las rosas.

—Lady Margaret Darcy —dijo Nana, y su voz se había vuelto queda, despojada de su habitual aplomo—. La esposa de Sir Roderick. Plantó las primeras rosas de este jardín. Antes que mi suegra, antes que yo. Trazó los parterres y trajo las variedades damascenas de la finca de Kent donde nació. Desde entonces ha estado sentada aquí.

—¿No habla?

—Nunca ha hablado. Ni conmigo ni con ningún fantasma que yo haya conocido. Se sienta, sonríe y cuida de su jardín como solo los muertos saben hacer. Es la más antigua de todas nosotras, junto con Sir Roderick, y la más apacible.

Elizabeth observó a Lady Margaret durante un rato. La sonrisa del fantasma era serena, libre de toda inquietud, y estaba dirigida por entero a las rosas, que, incluso en su actual estado de abandono, seguían siendo hermosas del modo en que lo son las cosas antiguas y asentadas: los huesos del jardín visibles bajo la maleza, la estructura intacta aunque se hubieran perdido los detalles.

—Lo restauraré —dijo Elizabeth, y esta vez no era una concesión, sino una decisión—. No solo por ti. Por ella.

Nana no dijo nada. Pero inclinó la cabeza, y el gesto tuvo más peso que cualquier palabra que pudiera haber ofrecido.



El desayuno de aquella mañana fue una prueba de aguante.

Elizabeth llegó a la mesa tras pasar una hora entera siendo presentada a la habitantes espectrales de una finca con cuatrocientos años de historia. Se esperaba de ella que se sentara, comiera tostadas y mantuviera una conversación como si no hubiera ocurrido nada de importancia. Darcy ya estaba sentado, leyendo una carta de su administrador. Georgiana untaba mantequilla en el pan con la meticulosa concentración que ponía en todo. La señora Annesley tenía la mirada ligeramente vidriosa de quien no había dormido bien y todavía preferiría seguir en la cama. Kitty fue la última en llegar, un poco sin aliento, con el pelo no del todo tan arreglado como debería; había estado explorando los terrenos antes del desayuno, dijo, y había encontrado un paseo junto al río de lo más maravilloso.

—Tienes buen aspecto esta mañana —le dijo Darcy a Elizabeth, dejando a un lado la carta—. Te favorece el aire de la finca.

—Siempre he preferido el campo —dijo Elizabeth, aceptando el té del lacayo y observando de reojo al ayuda de cámara fantasma apostado detrás de la silla de Darcy, que se estremecía ante una arruga en su levita—. Aunque confieso que el aire de Pemberley es bastante más imponente que el de Hertfordshire.

—Todo en Pemberley es más imponente que en Hertfordshire —observó Kitty alegremente—. Hasta los bollos del desayuno son más grandes. Me gustaría saber cómo lo consigue la cocinera.

—Una buena cocina y un panadero diligente —dijo la señora Reynolds, apareciendo en el umbral con la correspondencia matutina de la casa—. Señora Darcy, si dispone de un momento después del desayuno, me gustaría hablar con usted de los menús para la semana próxima.

—Por supuesto —dijo Elizabeth—. También me gustaría hablar del jardín de rosas, si tiene tiempo. Parece haber estado algo descuidado.

La señora Reynolds pareció sorprendida y luego complacida.

—Así es, señora, desde que falleció el viejo Gregson. Se lo he mencionado al hombre nuevo, pero tiene sus propias ideas.

—Entonces quizá él y yo debamos tener una conversación sobre cuáles de nuestras ideas deben prevalecer —dijo Elizabeth con suavidad, y captó, por el rabillo del ojo, un destello de movimiento junto a la puerta que bien podría haber sido Nana, asintiendo.

Kitty miró a Elizabeth al otro lado de la mesa, rápida y escrutadora. Elizabeth le devolvió la mirada con la más leve sacudida de cabeza: estoy bien. Kitty le sostuvo la mirada medio instante más de lo necesario, leyendo en ella algo que la dejó satisfecha, y volvió a su desayuno.

Era impecable. Siempre lo había sido. En Longbourn, el sistema se había construido entre las hermanas a lo largo de años de práctica: las discretas comprobaciones mutuas, las distracciones calculadas, la manera en que las otras hermanas percibían cuándo la atención de

Elizabeth se había dividido entre el mundo visible y el que solo ella podía ver. Allí, en Pemberley, con mucho más en juego, con fantasmas mucho más numerosos y solo Kitty vigilándola, el sistema estaba sometido a más tensión que nunca, pero aguantaba.

Georgiana se encontró con la mirada de Kitty y sonrió, una sonrisa tímida, vacilante, como si todavía no estuviera del todo segura de que se le permitiera ser feliz.

—¿Vamos a dar un paseo hasta el lago después del desayuno? Me gustaría enseñarte el templete de cerca.

—Me encantaría —dijo Kitty, y el entusiasmo de su voz era auténtico, no fingido. Había estado observando a Georgiana con la misma atención callada que dedicaba a todo en Pemberley, y estaba aprendiendo, con rapidez, qué asuntos hacían florecer a Georgiana y cuáles la llevaban a retraerse. Londres era emocionante, pero daba miedo. Su hermano era adorado, pero también resultaba un tanto temible. La música era terreno seguro. Wickham no lo era, aunque Kitty todavía no sabía por qué. Elizabeth no pensaba presionarla en eso; Georgiana lo revelaría a su debido tiempo, o no lo haría. Kitty se movía entre todo ello con un instinto que Elizabeth encontraba discretamente extraordinario.

También estaba haciendo algo más, algo que Elizabeth no había esperado. Estaba aprendiendo Pemberley. No solo la geografía de la casa, aunque también aprendía eso, memorizando pasillos y escaleras con una rapidez que Elizabeth no había esperado de aquella hermana de la que empezaba a darse cuenta de que siempre la había subestimado un poco. Kitty estaba aprendiendo la geografía social: cómo dirigía la señora Reynolds la casa, qué sirvientes eran

de fiar, cómo operaba la timidez de Georgiana y cómo moverse a su alrededor. Estudiaba los ritmos de la gran casa del mismo modo en que en otro tiempo había estudiado los ritmos de Meryton, y se estaba adaptando a ellos con una rapidez que habría asombrado a cualquiera que siguiera pensando en ella como en la tontuela de Kitty Bennet, la sombra de Lydia.



Después del desayuno, Elizabeth paseó por los terrenos con Darcy. Él le enseñó la granja principal, las casitas de los arrendatarios visibles desde la loma, el arroyo donde había pescado de niño. Habló de sus planes para la finca con esa pasión serena que ella estaba aprendiendo a reconocer: Darcy no se entusiasmaba exactamente, sino que simplemente se volvía más preciso; sus frases se alargaban y se llenaban de detalles a medida que se intensificaba su interés. Elizabeth escuchó, hizo preguntas y descubrió que, en efecto, le interesaba de verdad. La gestión de una gran finca era un asunto que nunca había tenido ocasión de estudiar, y sin embargo atraía a esa misma parte de su mente que disfrutaba con los problemas, los patrones y la satisfacción de las cosas bien hechas.

Al mismo tiempo, también era consciente de cuatro fantasmas que los observaban desde distintos puntos del camino. El ayuda de cámara espectral, siguiendo a Darcy a una distancia respetuosa. Un jardinero del siglo anterior que cuidaba un macizo de flores que ya

no existía. Uno de los hermanos mozos de cuadra de la fila del personal, bastante más sólido allí fuera, en los terrenos, de lo que había estado en el vestíbulo, adiestrando a un caballo espectral. Y, de pie en el puente sobre el arroyo, un hombre vestido a la manera de finales de la época Tudor que los observaba pasar con una expresión de profundo desagrado.

—Ese puente —dijo a su espalda el caballero Tudor, con la indignación en la voz de quien lleva doscientos años rumiando un agravio— se construyó en el lugar equivocado. Ya lo dije en su momento. Nadie me escuchó entonces, y no creo que nadie vaya a escucharme ahora.

Elizabeth mantuvo el rostro admirablemente impasible. Darcy, caminando a su lado, le señaló un grupo de robles que había plantado su abuelo y comentó algo sobre la producción de madera.

—Hablaré con usted más tarde —murmuró Elizabeth, con el pretexto de examinar un seto, y el caballero Tudor pareció tan sobresaltado al verse oído que guardó silencio durante lo que ella sospechó que era la primera vez en dos siglos.

La mañana era hermosa, los terrenos eran hermosos, su marido era hermoso, aunque en Darcy siempre había importado menos la disposición de sus facciones que la seriedad de su atención. Le tomó la mano mientras regresaban hacia la casa. Ella la retuvo, y durante largos trechos de tiempo fue simplemente una mujer caminando con el hombre al que amaba por unos terrenos que les pertenecían a ambos, con los fantasmas reducidos a una mera conciencia secundaria, un rumor familiar en los márgenes de su percepción.

Pero entonces atravesaban una puerta; un criado espectral hacía una reverencia, o una figura translúcida cruzaba flotando el pasillo, o Nana aparecía a su lado para recordarle lo ajadas que estaban las cortinas del salón. Los dos mundos chocaban, y Elizabeth tenía que recomponer el gesto, volverse hacia Darcy, decir algo sobre el tiempo o el papel pintado como si no acabara de dirigirle la palabra una mujer que llevaba medio siglo muerta.

Aquella era su vida ahora. Aquello había sido siempre su vida, pero la magnitud que cobraba allí, en aquella casa inmensa, antigua y abarrotada de fantasmas, era algo para lo que no estaba preparada. Iba saliendo adelante. Seguiría haciéndolo. Pero el esfuerzo, la incesante representación de la normalidad, empezaba a asentársele en los huesos como un cansancio que no lograba sacudirse.

Kitty la encontró en el salón antes del almuerzo, se sentó a su lado sin decir palabra, le tomó la mano y la retuvo entre las suyas.

—Estoy bien —dijo Elizabeth.

—Lo sé —dijo Kitty—. Te tomo la mano porque quiero, no porque me necesites.

Elizabeth sonrió y sintió que el cansancio cedía, aunque solo fuera un poco, y pensó: Puedo hacerlo. Tengo a Kitty, y tengo a Nana, y tengo a un marido que me quiere aunque todavía no conozca todo de mí.

A fin de cuentas, tampoco le quedaba mucho donde elegir.



Capítulo Siete

ERA CULPA DE KITTY, lo cual era injusto, porque Kitty no había hecho nada malo.

Elizabeth había mandado llamar a la modista. Aquel era un acto de amor; aunque no se habían escatimado esfuerzos ni gastos al reunir el ajuar de Elizabeth y ella estaba bien provista para su nueva vida como señora Darcy, Kitty había llegado a Pemberley con un guardarropa apropiado para Hertfordshire, y aquello no servía. Si Kitty iba a acompañar a Georgiana a Londres en primavera, necesitaría vestidos que no la señalaran como la hija de un caballero rural en cuanto entrase en una habitación, y la modista de Lambton, muy recomendada por la señora Reynolds, había acudido a la casa

aquella mañana con muestras de tela y figurines, decidida con discreción a estar a la altura de la hermana de la señora Darcy.

Serían al menos dos horas, calculó Elizabeth. Dos horas en las que Kitty sería prendida con alfileres, medida y volteada de aquí para allá, y en las que Elizabeth estaría, por primera vez desde su llegada a Pemberley, completamente sin su red de seguridad.

No había tenido intención de ir a la galería larga. Se dirigía a la biblioteca, con la idea de pasar una hora tranquila leyendo en compañía de la espectral señorita Pardoe. Pero Edmund y Charlotte la habían encontrado en el corredor, sin aliento e insistentes, reclamando su atención del mismo modo que los niños vivos tiran de una manga.

—Lo prometiste —dijo Edmund, plantándose en su camino con la certeza inamovible de un niño que sabe que tiene razón.

Elizabeth no había prometido, en realidad, nada. Había dicho que visitaría la galería pronto, cosa que Edmund, al parecer, había interpretado como un contrato vinculante.

—Por favor —añadió Charlotte, y la palabra tenía el peso devastador de una niña que no había podido pedir nada en un siglo y medio.

Así pues, Elizabeth fue a la galería. Nunca había sabido resistirse a los niños, vivos o muertos; Darcy estaba fuera de casa, Georgiana y la señora Annesley se encontraban en el salón de música, y Sarah Dunn había prometido avisarla si se acercaba alguno de los sirvientes vivos.

La galería estaba en silencio, mientras la luz de octubre caía en largas columnas pálidas a través de los altos ventanales. Edmund y Charlotte eran allí más sólidos que en ningún otro lugar de la casa;

sus rasgos, más nítidos; su ropa, más definida; los detalles de sus rostros, lo bastante claros para que Elizabeth pudiera contar las pecas de Charlotte. Llevaban más de un siglo corriendo por aquella galería, y el lugar los conocía, los acogía, les daba consistencia.

—Háblanos de ahí fuera —exigió Edmund, sentándose en el suelo con las piernas cruzadas con aires de quien se prepara para resistir un asedio.

Charlotte se sentó a su lado y se recogió las faldas alrededor de las rodillas, imitando inconscientemente a su hermano.

—¿Del mundo de fuera?

—Más allá de los terrenos. Más allá del parque. No podemos ir más lejos del ha-ha, y Charlotte nunca ha pasado del puente.

—Fui al puente una vez —corrigió Charlotte—. Pero me hizo sentirme insustancial.

Elizabeth se acomodó en el asiento de la ventana, colocándose de manera que quedara frente a los niños, pero pudiera también ver toda la longitud de la galería. Una precaución. La puerta del extremo opuesto estaba cerrada, y Sarah Dunn la atravesaría y le haría un gesto si se acercaba alguien.

O eso creía ella.

—¿Qué queréis saber? —preguntó.

—Todo —dijo Edmund.

—Es un asunto muy amplio.

—Empieza por Londres —dijo Charlotte—. Nana dice que Londres es ruidoso, que huele a caballos y que sus calles son una ofensa a la civilización. Pero no ha estado en Londres desde que estaba viva, y de eso hace muchísimo tiempo, así que podría equivocarse.

—Nana rara vez se equivoca —dijo Elizabeth, sonriendo—. Londres es ruidoso, sí huele a caballos y sus calles son con frecuencia una ofensa a la civilización. Pero también está lleno de cosas maravillosas. Teatros y librerías y parques, y el río, y más gente de la que podrías contar aunque pasaras un año entero intentándolo.

—¿Hay fantasmas en Londres? —preguntó Edmund.

—Muchísimos, supongo. No he pasado allí el tiempo suficiente para conocerlos bien; solo he estado una o dos veces en casa de mi tío, y es nueva. No hay fantasmas en absoluto.

Aquello casi los decepcionó, así que añadió rápidamente:

—Pero hay en Londres edificios aún más antiguos que Pemberley. Algunos construidos incluso antes de que llegaran los normandos; nos detuvimos un momento en una posada de postas que se jactaba de ello. Me alegré de no tener que entrar, sinceramente.

—Allí habría muchísimos fantasmas —dijo Edmund, muy satisfecho.

Los niños seguían siendo niños, con su interés por lo gótico y lo macabro, pensó Elizabeth, ocultando una sonrisa divertida. Incluso cuando estaban muertos.

—Serían distintos, sin embargo —señaló—. Los fantasmas de Londres serían en su mayoría extraños de paso. Aquí, todos sois de la familia, o casi. Y eso no es en absoluto lo mismo.

Charlotte sonrió radiante.

—Nana dice que formamos parte de Pemberley. Dice que la casa no sería la misma sin nosotros.

—También en eso tiene razón Nana.

—Tiene razón en casi todo —dijo Edmund con resignación; había puesto a prueba esa idea muchas veces y había salido derrotado en

todas—. Dice que eres aceptable, que es lo mejor que ha dicho de nadie que no haya nacido Darcy desde Annie.

—Esa es Lady Anne —susurró Charlotte—. La madre de tu Darcy. Nana la quería mucho.

—¿Sí? —Elizabeth lo retuvo en la memoria. Nana había hablado de Lady Anne con aprobación, incluso con calidez, pero oír a los niños confirmarlo le daba otro matiz. Nana no concedía su aprobación a la ligera; su cariño, sospechaba Elizabeth, aún menos.

—Lloró cuando Annie falleció —dijo Edmund—. Yo no sabía que los fantasmas pudieran llorar. Pero Nana sí.

Elizabeth estaba a punto de responder cuando oyó, demasiado tarde, el suave crujido de una puerta. No la del extremo de la galería, la que había estado vigilando y junto a la cual Sarah Dunn estaba apostada para avisar de intrusos. La puerta que tenía detrás, la que conducía, a través de una antesala, al salón de música.

Se volvió. Georgiana estaba en el umbral, con una mano aún en el pestillo y los ojos muy abiertos.

El silencio que siguió fue el más ensordecedor que Elizabeth había conocido jamás.

La mirada de Georgiana pasó de Elizabeth al aire vacío que tenía a su lado, luego al lugar donde Edmund y Charlotte estaban sentados en el suelo, invisibles para ella, y volvió al rostro de Elizabeth. Su expresión no mostraba nada del espanto para el que Elizabeth se había preparado. Había sorpresa, sí, y curiosidad, y bajo ambas, un destello de reconocimiento, como si una pregunta que llevaba mucho tiempo consigo empezara por fin a encontrar la respuesta.

—Elizabeth —dijo Georgiana con cautela—, ¿con quién estabas hablando?

Se le ocurrieron una docena de mentiras. La acústica de la galería. Que estaba ensayando una carta en voz alta. Que hablaba sola, una mala costumbre, mortificante. Cualquiera de ellas habría servido, acompañada de la risa oportuna, del gesto adecuado con la mano. Elizabeth llevaba toda la vida dando excusas semejantes y se le daba bien.

Pero los ojos de Georgiana permanecían firmes, y no había miedo en ellos, y Elizabeth descubrió que estaba cansada hasta la médula de mentir a las personas que quería.

—¿Quieres venir a sentarte? —dijo Elizabeth.

Georgiana cruzó la galería y se sentó en el asiento de la ventana, con las manos entrelazadas en el regazo y la espalda rígida. Parecía, pensó Elizabeth, una muchacha que llevaba tiempo preparándose para algo sin saber qué era.

—Puedo ver a los muertos —dijo Elizabeth—. He podido hacerlo desde que era niña. Hay dos fantasmas en esta galería, Edmund y Charlotte, dos parientes lejanos tuyos que murieron siendo niños. Estaba hablando con ellos. Sé cómo suena eso, y sé que no tienes motivo alguno para creerme, y comprenderé perfectamente que pienses que me he vuelto loca.

Georgiana guardó silencio. Elizabeth observó su rostro, buscando el menor destello de duda, el amago de repliegue, esa cuidada inexpresividad que significaría que la había perdido.

—No creo que te hayas vuelto loca —dijo Georgiana despacio—. Creo que acabas de explicarme algo que llevo años preguntándome.

—Miró a lo largo de la galería, recorriendo con la vista las ventanas, los retratos, la larga extensión de suelo pulido—. Esta estancia siempre me ha parecido distinta. Cuando era pequeña, solía sentarme aquí y sentir que alguien estaba sentado conmigo. No daba miedo. Simplemente se sentía una presencia. Como si la habitación no estuviera del todo vacía, incluso cuando yo era la única en ella. A veces me daban ganas de correr, aunque no de huir; como si estuviera jugando al escondite con otro niño.

Elizabeth miró a Edmund y Charlotte. Sonreían de oreja a oreja y asentían felices.

—No eras la única que estaba aquí. Y trataban de jugar contigo. Debiste de notarlo, de algún modo.

—Es asombroso —dijo Georgiana, y una pequeña sonrisa maravillada se dibujó en sus labios. Hizo una pausa—. ¿Mi hermano lo sabe? Lo de… que puedes verlos.

—No —admitió Elizabeth.

—¿Se lo dirás?

—Sí. Cuando esté preparada. No he encontrado el momento adecuado, y confieso que me ha dado miedo encontrarlo.

Georgiana lo consideró con la seriedad que ponía en todo.

—Te creerá —dijo por fin—. Cree todo lo que le dices. Nunca le he visto confiar en nadie como confía en ti.

Aquellas palabras fueron a posarse en algún punto bajo el esternón, allí donde la culpa y la gratitud formaban una incómoda compañía desde el día de la boda.

—Espero que tengas razón.

—Casi nunca acierto en nada —dijo Georgiana, con un destello de ironía consigo misma que le recordó dolorosamente a Darcy—. Pero con mi hermano no me equivoco.

Edmund eligió ese momento para anunciar:

—Está sentada en mi sitio.

Elizabeth apretó los labios.

—Edmund dice que estás sentada en su sitio.

Georgiana se sobresaltó, miró el asiento de la ventana y luego se echó a reír, un sonido claro y sorprendido que resonó por toda la galería.

—Le pido perdón. ¿Dónde debería sentarme?

—Tiene diez años y lleva muerto ciento cincuenta, más o menos. Puede ceder el asiento de la ventana.

—He oído eso —dijo Edmund, y Charlotte se rió, un sonido alegre y cristalino que levantó la más leve de las brisas.

Georgiana debió de sentirla, porque se llevó la mano a la mejilla, con los ojos muy abiertos.

—¿Eso es…? —preguntó con timidez.

—Charlotte se ríe de su hermano —dijo Elizabeth con calidez—. Se parece bastante a ti, ¿sabes?, aunque tiene el pelo más oscuro. El parecido de los Darcy es innegable.

Tanto Charlotte como Georgiana parecieron encantadas de que Elizabeth creyera que se parecían, y Georgiana pareció relajarse un poco.



Nana apareció antes de que transcurriera una hora, atraída, sospechaba Elizabeth, por algún instinto que le decía que algo importante había cambiado en la casa.

Apareció en la puerta del salón de Elizabeth, echó un vistazo a Georgiana, sentada en la silla junto al fuego, todavía algo pálida, y dijo:

—Ah.

—Georgiana lo sabe —dijo Elizabeth.

—Ya veo que lo sabe. La muchacha está sentada en mi silla. —Nana entró en la estancia, mostrando su desagrado ante aquella alteración de su rutina—. Muévete.

—Nana —dijo Elizabeth—. No puede oírte.

—Entonces díselo tú.

Elizabeth suspiró.

—Georgiana, estás sentada en la silla de Nana. Le gustaría que te movieras y, a diferencia de Edmund, no creo que vaya a ceder.

Georgiana se puso en pie con tanta rapidez que casi derribó el biombo del fuego.

—Lo siento, no, yo no... ¿cómo...? ¿Dónde debería...?

—Siéntate en cualquier otro sitio —dijo Elizabeth—. Nana te dirá si eso también está mal.

Georgiana eligió el sofá y se sentó en el borde, con los ojos muy abiertos, recorriendo la estancia de un lado a otro, como si de pronto fuera a poder ver lo que veía Elizabeth.

—¿Está aquí? ¿Ahora mismo? ¿En esta habitación?

—Siempre está en esta habitación a esta hora. Tiene un horario.

—Tengo mis horarios —la corrigió Nana—. No es lo mismo.

—Dice que tiene sus principios —repitió Elizabeth, y Georgiana dejó escapar un sonido que era mitad risa, mitad jadeo, y se cubrió la boca con ambas manos.

—Nana es la señora Dorothea Darcy —dijo Elizabeth, mientras Nana se sentaba y se colocaba las faldas—. Es tu tatarabuela, y vivió hasta casi los cien años. Lo suficiente como para haber tenido en brazos a tu padre de bebé.

Georgiana pareció profundamente impresionada e hizo una leve reverencia hacia el asiento que acababa de dejar libre que acababa de dejar libre.

—Nana —dijo Elizabeth, volviéndose hacia el fantasma—. Esta es Georgiana. Tu tataranieta. ¿Hay algo que te gustaría decirle?

Nana observó a Georgiana con atención. La dureza de sus facciones se suavizó, no del todo, porque el rostro de Nana no estaba hecho para la suavidad, sino del mismo modo que cuando veía correr a Edmund y Charlotte, una expresión reservada únicamente a quienes habían nacido en la casa de Darcy.

—Dile que, aunque en ella veo los rasgos de los Darcy, también veo a su madre —dijo Nana en voz baja—. El color de Annie, las manos de Annie. Se mueve igual, como si le diera miedo ser demasiado

alta. Llevo observando a esta niña toda su vida y nunca he podido decírselo.

—Nana dice que tienes el color de tu madre —le dijo Elizabeth a Georgiana con dulzura—. Y sus manos.

Los dedos de Georgiana se curvaron en su regazo. Tenía los ojos brillantes.

—¿Conoció a mi madre?

—Nana ha conocido a todas las mujeres que se han incorporado a esta familia por matrimonio durante más de cien años. Conoció muy bien a tu madre.

Georgiana se quedó inmóvil y luego dijo, con una voz que se esforzaba por no temblar:

—¿Está mi madre aquí? ¿En Pemberley?

La expresión de Nana cambió. Miró a Elizabeth, y había algo en aquella mirada, una advertencia, una petición, que Elizabeth no alcanzó a interpretar del todo. Luego Nana volvió a mirar a Georgiana, aunque Georgiana no podía verla, y habló con una ternura que Elizabeth no le había oído antes.

—Tu madre estaba en paz —dijo Nana—. Desde el momento en que murió. Os quería a ti y a tu hermano con todo cuanto tenía, y, cuando se fue, se fue dulcemente, sin lucha, sin arrepentimiento. No permaneció aquí. No lo necesitaba. Sabía que sus hijos estaban a salvo en Pemberley.

Elizabeth repitió aquello palabra por palabra, observando el rostro de Georgiana mientras cada frase calaba en ella. Las lágrimas resbalaron por las mejillas de la muchacha, silenciosas, sin que ella se las secara, y no intentó detenerlas.

—Era la mejor de todas —añadió Nana, más quedamente—. La mejor mujer que jamás se casó con un Darcy. Me incluyo en ese juicio, y no lo digo a la ligera.

Elizabeth transmitió también aquello, y Georgiana exhaló un aliento que parecía llevar retenido desde la infancia.

—¿Y mi padre? —preguntó Georgiana—. ¿Él...?

Elizabeth estaba observando el rostro de Nana y vio cómo algo se cerraba en él cuando Georgiana formuló la pregunta, como una puerta que se cerrara tras sus ojos. Ocurrió en menos de un latido y, si Elizabeth no hubiera estado mirando con tanta atención, se le habría pasado por alto. Pero estaba mirando, no se le pasó por alto, y lo que vio no fue dolor, o al menos no solo dolor. Fue algo contenido y deliberado a la vez.

—Tu padre —dijo Nana, con la voz de nuevo enérgica, cortante, restituida a su autoridad habitual— es asunto para otro día. Te he hablado de tu madre porque has preguntado y porque mereces saberlo. Pero no voy a hablar de toda la familia en una sola tarde; hay muchísimos Darcy.

Era una evasiva magistral. El tono decía: Soy una anciana y yo decido el ritmo de estas conversaciones. Las palabras decían: Ahora no. Georgiana, que acababa de recibir el regalo más extraordinario de su joven vida, lo aceptó sin hacer preguntas. Por supuesto que Nana no iba a apresurarse. Por supuesto que aún habría más que aprender.

Pero Elizabeth había visto cerrarse la puerta. Había visto esa fracción de segundo en la que la compostura de Nana se había resquebrajado y algo urgente, algo no resuelto, había asomado por

la grieta antes de quedar de nuevo firmemente oculto. George Darcy no era un asunto cómodo. George Darcy era un tema del que Nana no deseaba hablar en absoluto, y los motivos de aquella evasiva no eran los que había dado.

Elizabeth no dijo nada. Lo guardó para sí, como había aprendido a hacer tras toda una vida escuchando a los muertos, y volvió su atención a Georgiana, que se secaba los ojos con el dorso de la mano y sonreía.

—Gracias —susurró Georgiana—. Gracias, Elizabeth.

—No me des las gracias a mí. Dale las gracias a Nana. Ella es quien recuerda.

—Yo siempre recuerdo —dijo Nana—. Es a la vez mi don y mi carga. Muy parecido al tuyo, señora Darcy.



Kitty apareció en la puerta del salón a las cuatro y media, ligeramente sonrosada por la prueba y dejando tras de sí un tenue olor a lana nueva. Dio un paso dentro de la estancia, miró el rostro de Georgiana, surcado de lágrimas, miró la expresión cautelosa de Elizabeth, y se detuvo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Georgiana lo sabe —dijo Elizabeth.

El color abandonó el rostro de Kitty. Miró a Georgiana, luego de nuevo a Elizabeth, y apretó los labios en una línea fina. Entró, cerró

la puerta tras de sí y echó la llave.

—¿Cómo?

La palabra sonó seca.

—Ha venido desde el cuarto de música mientras yo estaba en la galería. Estaba hablando con Edmund y Charlotte. Me ha oído.

Kitty cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, cruzó la habitación, pero no se sentó al lado de Georgiana. Se quedó de pie frente a ella, y su expresión era algo que Elizabeth nunca había visto en el rostro de su hermana menor: feroz, asustada y absolutamente seria.

—Georgiana —dijo Kitty—. ¿Entiendes lo que has descubierto hoy?

Georgiana asintió, con los ojos muy abiertos.

—No —dijo Kitty—. No creo que lo entiendas. Todavía no.

Se arrodilló para ponerse a la altura de Georgiana en el canapé y le tomó las dos manos.

—Si alguien descubre lo que Elizabeth puede hacer, cualquiera, podría destruirla. No avergonzarla. No susurrar sobre ella. Destruirla. La llamarían loca. La encerrarían en un asilo, Georgiana. El nombre de tu hermano quedaría deshonrado, su juicio puesto en duda, su matrimonio convertido en objeto de ridículo público. Y Elizabeth lo perdería todo. Su libertad. Su marido. La vida tal como la conoce.

—Yo nunca se lo diría a nadie —susurró Georgiana.

—Debes jurarlo. No solo a Elizabeth. A mí. Porque he pasado toda mi vida protegiendo este secreto, y necesito saber que comprendes lo que cuesta.

—Lo juro —dijo Georgiana, y su voz era pequeña, pero firme.

—Tu hermano no puede saberlo.

Kitty apretó con más fuerza las manos de Georgiana.

—Sé que es duro oír eso. Es tu hermano, lo quieres y no te gusta ocultarle cosas. Pero no puede saberlo. Ahora no. Quizá nunca.

—Kitty —dijo Elizabeth en voz baja.

—No, Lizzy. Tiene que oír esto.

Kitty no apartó la mirada de Georgiana.

—Los hombres no entienden esto. Ni siquiera los buenos. Ni siquiera los mejores. Tu hermano pensará que está enferma. Intentaría ayudarla, y su ayuda sería precisamente lo que la destruiría. Traería médicos. Se lo diría a su tío, que es conde y tiene poder para intervenir. Lo haría por amor, y eso la arruinaría, y no voy a permitir que ocurra.

Georgiana parecía consternada, pero no retiró las manos.

—¿De verdad crees que no lo aceptaría?

—Creo que el riesgo es demasiado grande como para averiguarlo. Llevamos veinte años guardando este secreto. Jane lo sabe. Papá lo sabe. Mamá lo sabe, aunque finge que no, porque así es como mamá se las arregla con las cosas que no puede controlar. Mary lo sabe. Hasta Lydia lo sabe, aunque papá tuvo que obligarla a guardar silencio con amenazas. Todos lo hemos mantenido, porque la alternativa es impensable.

La voz de Kitty se suavizó, pero muy poco.

—Algunas familias tienen un primo que bebe. Nosotros tenemos a Elizabeth. La queremos, la protegemos y no hablamos de ello con nadie de fuera de la familia. Eres la primera persona ajena a los Bennet que llega a saberlo.

El peso de aquello se asentó sobre la estancia.

—Te voy a contar cómo lo hacemos —prosiguió Kitty, soltando las manos de Georgiana y echándose atrás sobre los talones—. Si se queda inmóvil durante la cena, vuelco una copa. Si empieza a mirar algo que nadie más puede ver, hago una pregunta en voz alta sobre el tiempo. Si necesita salir de una habitación, me invento un motivo. Llevo haciéndolo desde que tuve edad suficiente para entender lo que ocurría, y se me da muy bien. Tendrás que aprender a hacer lo mismo.

—Se le da bien —confirmó Elizabeth—. En algunos aspectos, mejor que a Jane. Jane tiene instinto para consolar. Kitty, para distraer, y eso resulta más útil en sociedad.

—Papá es el peor —dijo Kitty, y una sombra de su calidez habitual regresó a su rostro—. Se olvida de sí mismo y hace comentarios. Una vez le dijo al señor Collins que Elizabeth tenía un talento particular para conversar con lo invisible, y el señor Collins se lo tomó como un elogio a su vida de oración y habló de ello durante media hora.

La boca de Georgiana quedó entreabierta. Luego se echó a reír, un sonido vacilante y sorprendido, y Kitty se permitió una leve sonrisa.

La habitación quedó en silencio un momento. Nana, en su sillón, observaba a Kitty con una expresión que Elizabeth no le había visto antes. Se parecía notablemente al respeto.

Georgiana se enderezó, y por un instante Elizabeth vio el acero que corría por la familia Darcy, el mismo acero que había visto en el propio Darcy cuando tenía claro su camino.

—No permitiré que nadie te haga daño —dijo Georgiana, con una ferocidad que sorprendió a Elizabeth—. Ahora eres mi hermana. Tus

secretos son míos. Y no se lo diré a mi hermano. Lo prometo.
Kitty la estudió un instante y luego asintió.
—Bien.
—Bueno —observó Nana desde su sillón, con un tono de satisfacción a regañadientes—. Al final la muchacha sí tiene agallas.
Elizabeth no transmitió aquello, pero sonrió. Kitty captó la sonrisa y arqueó una ceja; Elizabeth negó con la cabeza. El viejo lenguaje de miradas que las hermanas Bennet compartían desde la infancia se amplió, apenas un poco, para hacer sitio a una más.
Más tarde, después de que Georgiana se hubiera retirado a vestirse para la cena y Nana se hubiera alejado para inspeccionar algo que consideraba por debajo de sus estándares, Elizabeth se sentó sola en su salón y sintió cómo el silencio se posaba a su alrededor, frío y pesado.
Había sido feliz. Eso era lo inquietante. En aquellos últimos días en Pemberley, aprendiendo la casa, conociendo a sus fantasmas, hallando su lugar con Nana, había empezado a creer que podía hacerlo. Que el secreto podía mantenerse allí igual que se había mantenido en Longbourn, con cuidado, ingenio y las personas adecuadas cubriéndole las espaldas. Había empezado, sin apenas darse cuenta, a relajarse.
El rostro de Kitty, blanco y feroz frente a Georgiana, la había curado de esa idea.
La llamarían loca. La encerrarían en un asilo. Kitty no había exagerado. Kitty, que mejor que nadie sabía lo cerca que había estado Elizabeth a lo largo de los años; las veces que estuvo a punto de ser descubierta, los momentos en que una palabra equivocada o

una mirada fuera de lugar podrían haberlo echado todo a perder. Kitty tenía miedo porque Kitty comprendía exactamente lo que estaba en juego, y oír ese miedo expresado en voz alta, en aquella casa, había despojado a Elizabeth de la suave ilusión que había empezado a construirse: que Pemberley podía ser distinto. Que allí podría estar a salvo.

No estaba a salvo. Nunca lo había estado. Simplemente había tenido suerte, y la suerte no era una estrategia, y cuantas más personas conocieran su secreto, más fina se volvería esa suerte.

Elizabeth apoyó las manos, abiertas, sobre el escritorio y respiró, y la piedra en su pecho, que se había aligerado durante aquellas primeras semanas en Pemberley, volvió a asentarse con su peso acostumbrado.



Capítulo Ocho

DESDE LA VENTANA DE su salita, Elizabeth podía ver el jardín de rosas y, en él, a dos muchachas arrodilladas en el barro de octubre, sin preocuparse lo más mínimo por sus vestidos.

Georgiana se había volcado en el proyecto de restauración con un entusiasmo que rozaba la ferocidad. Había conseguido un par de guantes viejos del cobertizo del jardín, se había recogido el pelo con una cinta que ya empezaba a soltarse y arrancaba la corregüela del pie de una rosa damascena como si aquella enredadera la hubiera ofendido personalmente. Kitty trabajaba a su lado, menos metódica pero igual de resuelta, con el sombrero abandonado sobre el banco de piedra donde Lady Margaret permanecía sentada, sonriendo a

unas rosas que, por primera vez en años, estaban siendo liberadas de la maleza que las ahogaba.

Había sido idea de Nana o, más bien, una orden de Nana, que venía a ser exactamente lo mismo. Dos mañanas antes, había llevado a Elizabeth, Georgiana y Kitty a la galería larga y había señalado el retrato de Lady Margaret Darcy. Era un magnífico retrato, de estilo isabelino, formal y de ricos colores, y detrás de la figura sentada el artista había representado el jardín de rosas con esmerado detalle: los parterres dispuestos en un dibujo geométrico, los rosales trepadores guiados a lo largo del muro sur, el banco de piedra colocado bajo lo que parecía un ejemplar particularmente espléndido de rosa damascena antigua que trepaba por un arco de hierro forjado.

—Así es como debería estar —había dicho Nana—. Así estaba cuando Margaret lo plantó, y cuando lo cuidó mi suegra, y cuando yo lo mantuve después de ella. El estado actual es una vergüenza.

Elizabeth se lo había transmitido a Georgiana, que había estudiado el retrato con la intensidad que por lo general reservaba para las piezas musicales difíciles, y había dicho, con serena certeza:

—A mi madre le encantaba el jardín de rosas. La señora Reynolds me contó una vez que pasaba allí mañanas enteras.

Había mirado a Elizabeth.

—¿Puedo ayudar?

No había hecho falta que lo preguntara dos veces.

Ahora Elizabeth las observaba desde la ventana: Kitty riéndose de algo que había dicho Georgiana, Georgiana limpiándose la suciedad de la mejilla con el dorso de la muñeca, Lady Margaret

contemplando la escena desde su banco con serena aprobación. La fantasma no había hablado; nunca lo hacía. Pero la sonrisa había cambiado desde que las muchachas habían empezado su labor, volviéndose algo más cálido, menos distante, como si las manos vivas en su jardín hubieran alcanzado una parte de ella que siglos de silencio no habían logrado tocar.

Era una buena mañana. Una mañana en paz. De esas mañanas que Elizabeth había empezado a creer que Pemberley podría ofrecer más a menudo, ahora que Georgiana lo sabía, ahora que la casa había encontrado un ritmo capaz de dar cabida tanto a los vivos como a los muertos sin que unos y otros chocaran con excesiva violencia. Darcy había salido a caballo temprano para visitar a un arrendatario, la señora Annesley escribía cartas en el saloncito de mañana y Nana aún no había aparecido para su inspección diaria, lo que significaba que Elizabeth disfrutaba del raro lujo de una hora tranquila para sí sola.

Estaba revisando las cuentas de la casa, o al menos intentándolo. La señora Reynolds se las había dejado sobre el escritorio la noche anterior con una nota discreta en la que sugería que quizá la nueva señora de Pemberley deseara familiarizarse con los gastos trimestrales, y Elizabeth estaba descubriendo que los gastos trimestrales de Pemberley eran considerablemente mayores que los anuales de Longbourn, lo que exigía cierto ajuste de perspectiva. Acababa de identificar una suma asignada a velas que parecía alarmantemente elevada cuando oyó abrirse la puerta a su espalda y vio, por el rabillo del ojo, entrar a una figura alta con una levita azul oscuro de montar.

—Has vuelto pronto. Creía que ibas a acercarte a la granja de los Henderson y que no regresarías antes del mediodía. Me alegro, sin embargo; necesito consultarte un asunto del gasto en velas. Sospecho que la señora Reynolds preferiría que fuera a ti antes que a ella.

El silencio que le respondió no era normal.

Lo supo antes incluso de alzar la vista. Era la cualidad del silencio, su peso. Los silencios de Darcy tenían textura; eran cálidos, reflexivos, el silencio de un hombre que elige sus palabras antes de pronunciarlas. Aquel silencio era otra cosa. Era denso, cargado, y oprimía su conciencia de un modo en que jamás lo había hecho la presencia de una persona viva.

Elizabeth volvió la cabeza para mirar bien.

El hombre que estaba en el umbral de su salita no era su marido.

Se parecía a su marido. Ese era el espanto, lo que le cortó la respiración y le dejó las manos inmóviles sobre el libro de cuentas. Era alto, de cabello oscuro, con la misma mandíbula firme y la misma gravedad en la boca. Estaba de pie como Darcy, erguido y formal, con el peso bien asentado y la barbilla alta. Vestía a la moda de quince años atrás, quizá, con ropas bien cortadas y costosas, de la clase que un hombre de considerable fortuna llevaría sin pensar en ellas. La levita se parecía mucho a las que Darcy solía usar; del mismo color, aunque el corte era ligeramente distinto. Podría haber sido Darcy. A primera vista, con poca luz, era Darcy.

Pero no era Darcy, y Elizabeth se tambaleó por la impresión, porque era un fantasma, y había algo profundamente errado en él.

Era demasiado sólido. Era la única manera de describirlo. Todos los fantasmas que había conocido mostraban alguna señal de su naturaleza: una leve transparencia, cierta suavidad en los contornos, una cualidad en la luz que no terminaba de ser la adecuada. Incluso Nana, que se contaba entre los fantasmas más nítidos con los que Elizabeth se había topado, tenía un leve fulgor, un recordatorio de que existía entre dos estados. Aquel hombre no tenía nada de eso. Era pura densidad, saturado de una presencia abrumadora, como si la fuerza que lo retenía allí lo hubiera comprimido hasta convertirlo en algo casi más real que los vivos. El aire a su alrededor parecía tenso, y la vela del escritorio de Elizabeth titiló y se aplastó como si una mano invisible la oprimiera. Y la puerta; la puerta había estado cerrada y ahora estaba abierta. Aquel fantasma tenía más control sobre la materia que ninguno de los que Elizabeth había encontrado jamás.

También era, comprendió cuando la vista se le acostumbró y se disipó la primera impresión, mayor que Darcy. Las líneas en torno a los ojos eran más hondas, y tenía las sienes salpicadas de gris. Había en su rostro una pesadez que iba más allá de la edad, una dureza, como si le hubieran arrancado algo que debería haber estado allí y su ausencia hubiera dejado el hueso demasiado cerca de la superficie.

Sus ojos eran lo peor. Eran los ojos de Darcy, el mismo marrón oscuro, la misma inteligencia, pero donde los de Darcy mostraban reserva, los de este hombre contenían furia. Controlada, contenida, como brasas bajo la ceniza, pero furia al fin y al cabo, y un dolor tan profundo que se había vuelto indistinguible de la rabia.

La mano de Elizabeth se apretó contra el borde del escritorio.

—Es usted George Darcy —dijo, tan segura de ello como lo había estado de cualquier cosa en su vida.

El fantasma no se movió. Permaneció en el umbral y la miró, y aquella mirada se parecía tanto a la más penetrante de Darcy que Elizabeth apenas podía respirar.

—Me ve. —Su voz era la de Darcy, pero más áspera, las vocales idénticas pero el control más tenue, como si el esfuerzo de mantener el tono uniforme le costara algo considerable—. Dijeron que podía. Los criados, los niños. Incluso mi bisabuela me lo dijo, aunque también me dijo que esperara, y he aguardado, y descubro que no puedo esperar más.

Nana. Por supuesto. Nana había estado desviando el tema de George Darcy por una razón, y la razón estaba de pie en su puerta, que irradiaba un dolor tan poderoso que hacía humear la vela.

—Tiene buenas intenciones —dijo George Darcy, y el atisbo de ternura que cruzó su rostro se parecía tanto a la expresión de Darcy cuando hablaba de Georgiana que la garganta de Elizabeth se contrajo—. Siempre ha tenido buenas intenciones. Ha estado intentando tratar conmigo como trata todo lo demás, y yo se lo he permitido, porque me tuvo en brazos cuando era pequeño y nunca he podido negarle nada. Pero Esto no puede controlarse. Lo que debo decirle no puede aguardar a que usted decida el momento ni a su aprobación ni a su sentido del orden apropiado de las cosas.

Entró en la habitación, y la temperatura descendió. No el frío suave de los fantasmas más antiguos de Pemberley, el leve frescor que rozaba cuando Sarah Dunn atravesaba una pared o los niños corrían

por la galería. Este era un frío visceral, agudo y repentino, que hacía que a Elizabeth le dolieran los dedos y que su aliento se empañara a pesar del fuego crepitante.

—Siéntese, por favor —dijo Elizabeth, porque había estado tratando con fantasmas desde que tuvo edad para hablarles, y lo primero que había aprendido era que un fantasma sentado era más calmado que uno de pie—. Hay una silla. ¿Desea sentarse?

Su expresión cambió. La miró. Por un instante la rabia y el dolor retrocedieron, y ella vio al hombre que debió de ser: cortés, cuidadoso, un poco formal. Un buen hombre. Un hombre muy parecido a su hijo.

Se sentó. La silla no crujió bajo su peso, porque no tenía peso, pero la tapicería se comprimió ligeramente, algo que Elizabeth nunca había visto hacer a un fantasma. Su solidez era extraordinaria.

—Soy Elizabeth —dijo—. La esposa de su hijo.

—Sé quién es. La observo desde que llegó. —Hizo una pausa, y cuando volvió a hablar su voz era más baja, aunque no menos intensa—. No es lo que esperaba. Él eligió bien. Mejor de lo que yo merecía, dado lo que no logré enseñarle sobre el mundo.

—Señor Darcy...

—George. Mi hijo es el señor Darcy ahora, y no se lo quitaría.

Se inclinó hacia delante, y el aire entre ellos se tensó.

—Señora Darcy. Elizabeth. Necesito que me escuche con mucha atención, porque lo que estoy a punto de decirle cambiará todo lo que cree saber sobre esta familia, y sobre un hombre que cree que ya comprende.

Elizabeth se aferró al borde del escritorio. Había estado con fantasmas afligidos, confundidos, furiosos. Había sostenido el dolor de Nell Whitmore en una posada de posta y había dejado que tía Irene la regañara una última vez en la mañana de su boda. Había pasado toda una vida aprendiendo a ser firme en presencia de los muertos, a ofrecer calma donde ellos no tenían ninguna.

Pero la manera en que George Darcy la miraba hacía que todos los fantasmas que había conocido parecieran la llama de una vela junto a una hoguera.

—Me asesinaron —dijo—. En mi propia casa, por un hombre a quien amé como a un hijo. Un hombre al que crié, eduqué, en quien confié y a quien defendí contra todas las advertencias, incluidas las de mi propio hijo, que intentó decirme la verdad y a quien me negué a escuchar —su voz se quebró, apenas, en la palabra negué, y ese quiebro fue peor que cualquier grito—. George Wickham me envenenó. Puso algo en mi brandy. Lo bebí. Por la mañana estaba muerto, y todos creyeron que fue mi corazón, porque ¿por qué no iban a creerlo? No era viejo, pero estas cosas pasan, ¿no es así? Una enfermedad repentina. Un corazón débil del que nadie sabía. Una tragedia, pero natural.

La habitación estaba helada ahora. Elizabeth no podía sentir los dedos.

—No fue natural —dijo George Darcy—. Fue asesinato. El hombre que lo hizo sigue en libertad. He esperado seis años por alguien que pudiera oírme. Ahora, por fin, está usted aquí, y le pido justicia.

Elizabeth apenas podía respirar. El libro mayor estaba olvidado, la cuenta de las velas resultaba absurda, la mañana pacífica con su

jardín de rosas y sus niñas riendo era un mundo que había habitado cinco minutos atrás y al que no podía regresar. Miró a George Darcy, su furia, su dolor, su terrible e inquebrantable solidez, y sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

Wickham.

Por supuesto que era Wickham. Wickham, que tenía encanto como el cuchillo tiene filo, que usaba sus sonrisas como moneda y las gastaba donde más le convenía. Que había intentado fugarse con Georgiana cuando tenía quince años, que había arruinado a Lydia y había sido comprado para casarse con ella. Wickham, a quien la propia Elizabeth había considerado alguna vez la simpatía personificada, antes de que la carta de Darcy arrancara el velo de sus ojos y le mostrara al hombre que había debajo.

Un seductor. Un cazafortunas. Un mentiroso. ¿Pero un asesino?

Miró el rostro de George Darcy y vio la respuesta allí. La rabia no era locura. Era la furia de un hombre que había confiado absolutamente y había sido traicionado por completo, que había muerto por el pecado de creer lo mejor de alguien que merecía lo peor, y que había pasado seis años viendo a su asesino andar suelto mientras su propio hijo cargaba una culpa que nunca fue suya.

—Cuéntemelo todo —dijo Elizabeth.

La historia salió a retazos, no porque George Darcy fuera incoherente, sino porque intentaba ser justo, incluso ahora, incluso respecto al hombre que lo había asesinado. Quería que Elizabeth comprendiera no solo lo que Wickham había hecho, sino por qué, y para entender eso, necesitaba conocer la historia: el ahijado criado junto al heredero, el hijo del fiel administrador a quien se le

concedieron todas las ventajas, la lenta divergencia entre el muchacho que Wickham había sido y el hombre en que se convirtió.
Elizabeth escuchaba, y mientras lo hacía, su mente se adelantaba a sus palabras, formando una imagen que se resistía a contemplar.
Wickham estaba casado con Lydia. Wickham se había fugado con su hermana menor y había sido comprado para convertirlo en un hombre respetable por el mismísimo hijo del hombre al que había asesinado. George Darcy no sabía esto. Había dicho «el hombre que lo hizo anda libre», pero no había dicho «el marido de tu hermana». No lo sabía. Y Elizabeth, sentada tras su escritorio con las manos asidas al borde, tendría que decidir qué hacer al respecto.
Ahora no. No podía decírselo ahora. Esa revelación sería como arrojar pólvora a una conversación ya cargada de tanto dolor y furia como para resquebrajar los muros, y no sabía qué efecto tendría en él, en este fantasma que ya era más sólido, más poderoso, más volátil que cualquier otro fantasma que hubiera encontrado. Si se enteraba de que la mujer a quien pedía ayuda estaba unida por familia al hombre que lo había matado, ¿seguiría confiando en ella? ¿O la rabia que ya pugnaba por desbordar su control acabaría ardiendo del todo?
No lo sabía. No quería averiguarlo. Y así apiló otro secreto sobre los que ya llevaba a cuestas, y siguió escuchando.
Y bajo todo ello, afilado como una hoja, un pensamiento: Menos mal que no se lo dije a Darcy. Kitty había tenido razón. Si Elizabeth hubiera seguido su propio instinto, si hubiera confesado su don en algún momento de ternura y Darcy le hubiera creído, ¿qué entonces? Ahora estaría de pie ante su marido, diciendo: tu padre

fue asesinado por el hombre a quien llamo hermano. Su fantasma me lo ha contado. Ni su amor ni su matrimonio sobrevivirían a eso. No a la revelación, no a la fuente, no el enredo imposible de la familia, la culpa y la acusación que seguiría. El miedo de Kitty, que había parecido tan feroz y tan definitivo en el salón, ahora parecía el pensamiento más claro que nadie en la vida de Elizabeth había tenido jamás.

—No lo vi —dijo George Darcy, y la autoacusación en su voz era cruda—. Mi hijo lo vio. Fitzwilliam intentó advertirme, más de una vez, y lo desestimé. Le dije que estaba celoso, que no podía soportar compartir el cariño de su padre. Le dije cosas a mi propio hijo que yo... —Se detuvo. Se dominó. Continuó—. Estaba equivocado. En todo ello. Wickham no era lo que yo creía, y Fitzwilliam era todo aquello en lo que debí haber confiado, y para cuando lo comprendí, ya era demasiado tarde.

El punto de ruptura había sido una muchacha de la finca. Sally Wilson, la hija de un arrendatario. Había acudido a su padre desesperada, nombrando a Wickham como el padre del niño que llevaba en su vientre. Su padre había ido a ver a George Darcy, quien le había creído de inmediato, sin cuestionarlo, porque por fin había visto la realidad y podía ver lo que su propio hijo le había estado diciendo durante años.

Elizabeth pensó en Lydia. Lydia, que era ruidosa, descuidada, todavía tan joven, casada con ese mismo hombre y viviendo con él en un alojamiento en Newcastle, mientras él bebía, contraía deudas y su encanto se desgastaba mes a mes. Lydia, que ignoraba que estaba casada con un asesino. Lydia, que era su hermana, pese a

todos sus defectos, y que se hallaba en un peligro que ni siquiera podía empezar a comprender.

El horror se acumulaba, capa sobre capa, y no podía permitir que nada de ello se trasluciera en su rostro.

—Me enfrenté a Wickham aquella noche —dijo George Darcy—. Le dije que debía casarse con la muchacha. Le dije que si se negaba, lo repudiaría por completo, revocaría la rectoría que le había prometido y me encargaría de que todas las puertas de la sociedad se le cerraran. Se quedó de pie en mi despacho y me miró un momento con unos ojos simplemente apagados. Como si no hubiera absolutamente nada tras ellos. Y luego sonrió, y aceptó todo. Dijo que lo sentía. Dijo que haría lo correcto con ella. Y eso también me lo creí.

Hizo una pausa. La vela del escritorio de Elizabeth se había apagado. La habitación estaba fría.

—Aquella noche me trajo brandy. Un gesto de buena voluntad, dijo. Una ofrenda de paz. Lo bebí. Me fui a la cama y nunca desperté.

Las manos de Elizabeth temblaban. Las apretó contra el escritorio y las mantuvo allí hasta que dejaron de hacerlo. Un gesto de buena voluntad. Una ofrenda de paz. Wickham había sonreído, servido, observado a su benefactor beber y se había marchado sabiendo que por la mañana el único hombre que podía arruinarlo estaría muerto. La premeditación de todo aquello, su fría y sonriente paciencia, era peor que la violencia misma.

Y este era el hombre que compartía el lecho de Lydia.

—Nana sabe todo esto —dijo, porque necesitaba decir algo, y las cosas que no podía decir se agolpaban tan densas tras sus dientes

que temía lo que podría escapar si no elegía sus palabras con cuidado.

La compostura de George Darcy se resquebrajó. Fue una grieta pequeña, controlada casi al instante, pero Elizabeth la vio: el destello de angustia, el filo vivo de un dolor que seis años no habían atenuado.

—Me gritó que no bebiera —dijo—. No pudo hacerse oír. No pudo hacerse oír. Me vio morir sin poder hacer nada. Llevará esa carga hasta que esta casa se convierta en polvo, porque nunca se irá, y nunca se perdonará, y nunca lo perdonará a él.

—Por eso no quiso hablarle de usted a Georgiana —comprendió Elizabeth.

—Está protegiendo a la niña. Protegiéndolos a todos. A su manera. —Bajó la mirada hacia sus manos, y por un momento fue simplemente un padre, afligido, exhausto, atado al mundo por un hilo de rabia que no podía soltar—. Mi hijo carga con una culpa que nunca debió ser suya. Cree que morí aún engañado respecto a Wickham. Cree que si hubiera insistido más, argumentado más, sido menos orgulloso, yo habría escuchado. Ha cargado con eso desde el día en que morí, y eso lo ha dañado en lo más hondo, donde nadie puede verlo.

—Lo sé —dijo Elizabeth en voz baja—. Lo he visto.

George Darcy la miró entonces, la miró de verdad, y fuera lo que fuese lo que vio en su rostro hizo que parte de la tensión abandonara sus hombros.

—Sí —dijo—. Creo que quizá lo ha visto.

Guardó silencio durante un rato.

—Amaba a mi hijo, señora Darcy. Lo amaba mal, inadecuadamente, con toda la ceguera de un hombre que creía saber mejor que un muchacho de veinte años. Pero lo amaba, lo amo. Y necesito que sepa que vi la verdad, al final. Que escuché todo lo que había intentado decirme. Que el que falló fui yo, no él.

Elizabeth pensó en Darcy. En la forma en que se conducía, esa reserva cuidadosa y cautelosa que una vez había confundido con orgullo y ahora comprendía como algo mucho más doloroso. En la culpa que llevaba con tanta discreción que la mayoría de la gente nunca la veía en absoluto. Pensó en lo que significaría para él escuchar las palabras de su padre, y lo que costaría explicar cómo las había obtenido, y la distancia entre esas dos cosas se abría ante ella como un abismo cuyo fondo no alcanzaba a vislumbrar.

—Lo ayudaré —dijo—. Aún no sé cómo, pero lo ayudaré.

Lo decía en serio. También sabía, con una claridad casi dolorosa, que no tenía idea de cómo sería esa ayuda. Cada fantasma al que había atendido había necesitado algo que ella podía dar: reconocimiento, bondad, un oído dispuesto, el suave ánimo para dejarse ir. George Darcy no necesitaba nada de eso. Necesitaba justicia, y justicia significaba pruebas, y pruebas significaba demostrar un asesinato que había sido maquinado para parecer natural, cometido hacía seis años por un hombre que ahora se había infiltrado en su propia familia. No podía ir a un magistrado con el testimonio de un fantasma. No podía decírselo a Darcy sin revelar su don. No podía actuar contra Wickham sin destruir a Lydia, deshonrar a los Bennet y darle a lady Catherine el pretexto para hacerla recluir como una loca.

Las paredes de la trampa se cerraron a su alrededor mientras seguía allí sentada, y no veía puerta alguna.



George Darcy cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, la furia seguía allí, y el dolor, y el propósito inquebrantable que lo había mantenido atado a esta casa durante seis años. Pero ahora había algo más. Parecía, tímidamente, esperanza.

—Gracias —dijo—. Eso es más de lo que nadie me ha dado desde la noche en que morí.

Nana irrumpió en ese momento, echó un vistazo a George Darcy sentado en la silla frente a Elizabeth, y dijo con una voz que enfrió aún más la habitación:

—Te dije que esperaras.

—He esperado lo suficiente, Nana.

—Has esperado seis años. Una semana más no te habría matado — hizo una pausa, oyó lo que acababa de decir, y añadió, con magnífica dignidad—: De nuevo.

Elizabeth, a quien acababan de decir que el marido de su hermana era un asesino, sintió un impulso del todo inapropiado de reír, y se mordió el interior de la mejilla con fuerza.

Nana y George Darcy se miraron del modo en que siempre lo hacían: como dos personas que se amaban profundamente y discrepaban en todo. Nana medía la mitad que él y llevaba muerta

desde que él era un niño pequeño, pero había estado ganando discusiones desde antes de la Revolución Gloriosa, y no iba a detenerse ahora.

—La has alterado —dijo Nana, con una mirada aguda a Elizabeth.

—Le he dicho la verdad. Si la verdad la perturba, la culpa no es mía.

—Es enteramente obra tuya —replicó Nana—. Podrías haberme dejado instruirla. Tenía un plan.

—Tu plan implicaba seis semanas más de presentaciones domésticas y una lenta acumulación de insinuaciones. No me queda paciencia para seis semanas, y nunca la tuve.

—Nunca tuviste paciencia en absoluto. Eras un niño impaciente y eres un fantasma impaciente, y le dije lo mismo a tu padre cuando tenías dos años.

—Mi padre estuvo de acuerdo contigo. Estuvo de acuerdo con todo el mundo. Ese fue su principal defecto.

—Su principal defecto —dijo Nana, irguiéndose— fue morir antes de que pudiera terminar de enseñarle sensatez. Un defecto que has heredado.

Estaban, comprendió Elizabeth, discutiendo exactamente del mismo modo en que Darcy y lady Catherine discutían: con absoluta convicción por ambas partes y sin vislumbrar solución alguna. El parecido era tan notable, y tan absurdo dado que ambos participantes estaban muertos, que el impulso de reír regresó con fuerza redoblada.

No se rio. Permaneció sentada ante su escritorio en la habitación fría, con la vela muerta, el libro de cuentas olvidado. Miró a estos dos fantasmas, bisabuela y bisnieto, unidos por el amor, la pérdida,

una furia que no tenía adónde ir, y pensó: No estoy a la altura de esto.

Había gestionado los fantasmas de Longbourn desde niña, navegado con gracia por los de Netherfield, manejado con solo compostura y sentido común el caos de una posada de diligencias llena de espíritus confusos. Había conocido a Nana y se había impuesto. Había estado haciendo esto toda su vida, y siempre, siempre había sido suficiente.

Esto era diferente. Esto era asesinato, y familia, y una maraña de secretos que tirar de cualquier hilo podría deshacerlo todo. Solo tenía veintiún años. Llevaba menos de un mes casada. Un hombre muerto le pedía que llevara a su asesino ante la justicia; su asesino era el marido de su hermana menor, y no podía decírselo a nadie, porque cada verdad que pudiera pronunciar estallaría por un lado distinto. Aún no podía ver qué explosión sería la menos destructiva.

George Darcy y Nana seguían discutiendo. Elizabeth los dejó hacer. Se quedó sentada con las manos extendidas sobre el escritorio y miró fijamente la ventana donde, una hora antes, había visto a dos muchachas arrancando malas hierbas bajo el sol, y dejó que la inundara, solo por un momento, todo el peso de lo que había recaído sobre ella.

Luego enderezó los hombros, porque era Elizabeth Bennet: una mujer que había desafiado a lady Catherine de Bourgh y salido vencedora, que le había ordenado a Nana que se mantuviera fuera de su dormitorio y se había hecho obedecer, que había cargado con un secreto toda su vida sin permitir que la quebrara ni una sola vez.

Tenía miedo, y estaba abrumada, y no tenía la más mínima idea de qué hacer a continuación.
Pero encontraría una. No le quedaba otra opción.



Capítulo Nueve

ELIZABETH NO DURMIÓ BIEN aquella noche.

Yacía junto a Darcy en la oscuridad del dormitorio principal, la única habitación de Pemberley en la que no se permitía entrar a ningún fantasma. Miraba el dosel sobre la cama, rumiando la palabra asesinato hasta que perdió todo significado y se convirtió en un simple sonido, feo, seco, imposible de apartar.

Darcy dormía como hacía todo lo demás: con serena contención, la respiración regular y un brazo tendido sobre la almohada entre ambos. En el sueño, la reserva cuidadosa que gobernaba sus horas de vigilia se desvanecía, y su rostro se volvía más joven, más suave, más parecido al muchacho que debió de ser antes de que la pena y la responsabilidad fijaran sus facciones en su gravedad habitual.

Elizabeth lo observó y pensó en su padre, sentado en su gabinete, con ese mismo rostro surcado de angustia, y se apretó los nudillos contra la boca para no dejar escapar ningún sonido.

No podía decírselo. Aún no; no de ese modo, no teniendo como única prueba el testimonio de un fantasma y su propio e imposible don. Darcy era un hombre que se atenía a los hechos, a los libros de cuentas, a los informes de los administradores y el peso de la responsabilidad. Si hablaba con él en ese momento y le decía que Wickham había asesinado a su padre y que lo sabía porque se lo había contado su fantasma, el mejor resultado posible sería la perplejidad. El peor no quería ni imaginarlo.

Y por debajo de todo eso, enroscado como una serpiente en el fondo de un pozo, estaba lo otro. Aquello que no le había contado a George Darcy.

Wickham era el marido de Lydia. Wickham era familia. Todo cuanto Elizabeth hiciera a partir de ese momento sería una elección entre la justicia para los muertos y la seguridad de los vivos. Aún no alcanzaba a ver un camino que ofreciera ambas cosas.

Acabó por dormirse, a duras penas, y soñó con copas de brandy, hombres sonrientes y una anciana que gritaba advertencias que nadie podía oír.

La mañana trajo cielos grises y una llovizna fina y persistente que convirtió el parque en barro y mantuvo a la casa entera puertas adentro. Elizabeth bajó a desayunar más tarde de lo habitual, pues había tardado más de lo que le habría gustado en peinarse y vestirse, aunque lo cierto era que había permanecido junto a la

ventana de su dormitorio observando la lluvia e intentando componer un semblante que no alarmara a su marido.

No lo había conseguido del todo.

Darcy alzó la vista cuando ella entró en el comedor de desayuno, y su mirada se demoró en su rostro un instante más de lo que lo habría hecho una mañana cualquiera. No dijo nada de inmediato; era propio en él observar antes de hablar, sopesar los indicios antes de formarse un juicio. Elizabeth se sentó, aceptó el chocolate y se concentró en una tostada que no deseaba con una atención muy superior a la que merecía.

—No has dormido bien.

No era una pregunta, sino una observación, con un tono cuidadosamente neutro. A Elizabeth le pareció que no deseaba insistir, pero evidentemente se había dado cuenta.

—Anoche hizo bastante viento —dijo Elizabeth.

Había hecho viento, de modo que, en rigor, era cierto y por eso mismo peor que una mentira, porque no era el viento lo que la había mantenido despierta.

—Aún no me he acostumbrado a los sonidos de la casa por la noche. En Longbourn una conocía cada crujido y cada gemido de la madera; aquí hay bastantes más.

Kitty, que había intentado dar un paseo antes del desayuno solo para verse vencida por el mal tiempo, ya estaba sentada junto a Georgiana, algo despeinada por el viento, untando un panecillo con mantequilla con el aire de una muchacha que se había ganado el desayuno con creces.

—El ala oeste es la peor —dijo Georgiana desde el otro lado de la mesa, donde comía un huevo con una lentitud llamativa, claramente más atenta a la conversación que al desayuno—. Las vigas ceden con el viento. Cuando era pequeña, solía pensar que eran, bueno...

Al encontrarse con la mirada de Elizabeth, el rubor le subió a las mejillas. Debajo de la mesa se oyó un pequeño golpe seco.

—Ratones —terminó Georgiana, con la desesperada convicción de una muchacha que acaba de descubrir que miente fatal—. Ratones grandes. En las paredes.

Volvió a su huevo con una intensidad que este no había hecho nada por merecer.

Fantasmas. Georgiana había estado a punto de decir que antes pensaba que eran fantasmas, y recordó una fracción de segundo demasiado tarde que ahora conocía un secreto que ahora hacía peligrosos comentarios tan casuales como aquel. Elizabeth no se atrevió a mirar a Kitty.

—¿Hay alguna ocupación de interior que no implique costura? —dijo Kitty, con una ligereza admirable y sin la menor señal de que su pie acababa de entrar en contacto con la espinilla de Georgiana—. Nunca he sido capaz de dar una puntada recta, y me niego a fingir lo contrario.

—La biblioteca —dijo Darcy—. Eres libre de tomar lo que quieras de los estantes.

—Georgiana y yo podríamos tocar juntas —propuso Kitty, volviéndose hacia Georgiana con un entusiasmo solo en parte fingido—. Me prometiste enseñarme esa pieza de Clementi, aunque te advierto que soy una alumna espantosa.

Georgiana se iluminó.

—No eres espantosa. Solo lo crees porque tu profesora anterior no era muy buena.

—Mi profesora anterior era Mary, que toca como si el pianoforte la ofendiera personalmente y hubiera que castigarlo por ello.

Incluso Darcy sonrió ante aquello, y el momento pasó, y Elizabeth sintió una oleada de gratitud hacia las dos tan feroz que casi le dolió. La protegían cada una a su manera: Kitty por larga práctica, y Georgiana con una lealtad nueva y fervorosa; ambas confiadas con algo precioso y decididas a protegerlo.

Pero Darcy la observaba. Elizabeth podía sentir su atención incluso cuando no lo miraba, aquella atención suya, callada y constante. Sabía que algo iba mal. Estaba esperando a que ella le dijera qué.

Después del desayuno, la encontró en el pasillo, fuera de la salita. La señora Annesley se había llevado a Georgiana y a Kitty al salón de música. La casa estaba, por un momento, benditamente en silencio, libre tanto de vivos como de muertos.

—Elizabeth.

Ella se volvió. Estaba cerca, lo bastante cerca para que pudiera ver la pequeña arruga entre sus cejas que aparecía cuando estaba preocupado, y sus ojos escrutaban su rostro con una intensidad que le hacía querer contárselo todo y, al mismo tiempo, hacía que le resultara completamente imposible hacerlo.

—Esta mañana has estado callada —dijo—. No parecías tú. Si algo te preocupa, espero que sepas que puedes decírmelo.

—Me estoy adaptando —dijo Elizabeth, y oyó lo débiles que sonaban aquellas palabras, lo insuficientes que eran—. Hay mucho que

aprender, y yo..., es solo que las cuentas de la casa son más complicadas..., y el jardín de rosas requiere..., y yo...

Dejó la frase sin terminar, oyendo cómo tropezaba con sus propias palabras y viendo cómo la expresión de él pasaba de la preocupación a algo más reservado, más cauteloso. Sabía que ella le estaba ocultando algo. Podía oírlo en los espacios entre sus palabras, en las frases que empezaba y no lograba terminar. Ella lo veía decidir no insistir. Aquella contención le costaba un esfuerzo visible, y ver el esfuerzo que le costaba contenerse le dolía más que cualquier reproche.

—Estoy bien —dijo, con más firmeza—. De verdad. Simplemente necesito tiempo.

Él la miró durante un largo instante. Luego asintió y se llevó la mano de ella a los labios, y la ternura del gesto le partió el corazón.

—Estaré en mi despacho si me necesitas —dijo, y se alejó, dejándola de pie en el pasillo.

Elizabeth apoyó la espalda en la pared, cerró los ojos y pensó: No puedo seguir haciendo esto durante mucho tiempo.

El disimulo que había practicado toda su vida, la cuidadosa ocultación de su don, siempre había sido una carga que llevaba con ligereza, porque la alternativa era impensable. Pero esto era distinto. No se trataba de ocultar lo que podía ver; se trataba de ocultar lo que sabía. Y lo que sabía era esto: el padre de su marido había sido asesinado. El asesino era su propio cuñado. El hombre que estaba en el pasillo brindándole su amor y su confianza merecía la verdad, y ella no podía dársela. Todavía no. No hasta que ella tuviera algo más que la furia de un muerto y su propio testimonio imposible.

Necesitaba hablar con alguien que no fuera un fantasma sobre lo que sabía, y eso significaba que necesitaba a Kitty.



La llovizna no había cesado al mediodía, pero Elizabeth se dio cuenta de que no le importaba. Necesitaba estar fuera, lejos de la casa y sus paredes que todo lo escuchaban y sus habitantes de ultratumba que podían atravesar una puerta cerrada en cualquier momento. Necesitaba poner en palabras el peso de lo que había averiguado el día anterior, y necesitaba decírselo a la única persona que podía escucharlo sin estremecerse.

—Acompáñame a dar un paseo —dijo a Kitty, apareciendo en el umbral de la sala de música con la pelliza ya abrochada y el sombrero en la mano.

Kitty le echó una mirada al rostro, dejó la partitura y se puso en pie.

—Iré a buscar mi capa.

Salieron por la puerta lateral, la que conducía junto al jardín de rosas y bajaba hacia el paseo de tilos. La lluvia era fina y gris, más niebla que aguacero, de esa clase que empapa la tela despacio y a conciencia, hasta convertir los caminos en barro blando. Los terrenos estaban desiertos; ni jardineros, ni mozos de cuadra, nadie que pudiera oírlas excepto el jardinero espectral que estaba podando un seto que ya no existía. Se detuvo cuando ellas pasaron, entornó los ojos hacia el paseo de tilos y murmuró:

—Demasiado cerca del tronco. Lo dije en el sesenta y tres.

Después volvió a su arbusto fantasmal.

Kitty caminó a su lado en silencio durante varios minutos, esperando. Siempre había sabido cuándo esperar. Era una de sus mejores cualidades, esa paciencia que quienes creían conocer a Kitty Bennet jamás le habrían atribuido.

—George Darcy vino a verme ayer —dijo Elizabeth—. El padre de Darcy. Es un fantasma. El fantasma más sólido que he encontrado nunca.

Kitty asintió. Su rostro estaba sereno, atento.

—Me dijo que lo habían asesinado —dijo Elizabeth—. Envenenado. Aquí, en su propia casa, hace seis años.

Kitty dejó de caminar. Se volvió para mirar a Elizabeth. La lluvia perlaba su capa y corría en finos regueros. Su expresión no cambió salvo por una tensión alrededor de la boca que Elizabeth reconoció como el modo en que Kitty contenía un estremecimiento.

—¿Quién? —dijo Kitty.

Elizabeth miró a su hermana, a esta muchacha a quien una vez había subestimado, y dijo:

—Wickham.

Elizabeth observó el rostro de Kitty mientras la palabra resonaba, mientras las implicaciones iban cobrando forma una tras otra: Wickham. El marido de su hermana. El hombre que se había fugado con Lydia. El hombre al que Darcy había pagado para que se casara, para salvar a la familia Bennet de la deshonra. El hombre que se sentaba a su mesa, llamaba a su padre «señor», besaba la mejilla

de su madre, se quejaba de su destino militar, bebía demasiado clarete y era, al parecer, un asesino.

—Lydia —dijo Kitty.

Una palabra. Todo lo que importaba.

—Sí.

Kitty se volvió y caminó tres pasos por el sendero, se detuvo, regresó. La lluvia había oscurecido su cabello; su capa estaba salpicada de barro. Parecía, en ese momento, no la chica tonta que había sido ni la joven perspicaz en la que se estaba convirtiendo, sino alguien atrapada entre ambas, intentando encontrar en sí misma a quien pudiera soportar lo que acababa de oír.

—¿Lo sabe? —preguntó—. ¿El fantasma? ¿Sabe que Wickham se casó con Lydia?

—No. Sabe que Wickham anda en libertad. No sabe que Wickham se casó con alguien de mi familia. No se lo dije. Tampoco podemos decírselo a Darcy —dijo Elizabeth—, todavía no.

—No —convino Kitty, y su voz era firme aunque sus manos, notó Elizabeth, estaban cerradas en puños dentro de la capa—. Si le dices a Darcy que Wickham asesinó a su padre, actuará. De inmediato, y probablemente con violencia, y desde luego sin esperar pruebas que cualquier otro aceptaría. Y si le dices cómo lo sabes...

No terminó la frase.

No hacía falta. Ambas sabían lo que les ocurría a las mujeres que afirmaban ver fantasmas. La palabra Bedlam pendía entre ellas, tácita, tan presente como la lluvia.

—Tampoco podemos decírselo a Georgiana —dijo Elizabeth—. Ahora sabe de mi don, pero esto... el asesinato, Wickham. Ella guarda su

propio pasado con Wickham, desde lo de Ramsgate; ¿te lo ha contado? Sí, pensé que ya lo habría hecho —añadió cuando Kitty asintió—. Descubrir que el hombre que intentó seducirla cuando tenía quince años también asesinó a su padre sería demasiado para ella, no puedo imponerle esa carga. Todavía no. Es demasiado joven, y lo que sabe es demasiado peligroso, y aunque guardará mi secreto de su hermano hasta que yo dé la palabra, este no es mi secreto. No podemos pedirle eso.

—De acuerdo —asintió Kitty, y su expresión se serenó en algo que Elizabeth reconocía: la mirada que adoptaba cuando estaba resolviendo un problema, encajando las piezas, trazando los límites —. Así que. Tú lo sabes. Yo lo sé. Todos los fantasmas lo saben, pero no pueden decírselo a nadie. ¿Quién más?

—Nadie vivo. Debo escribir a Jane.

—Sí. En clave.

—Evidentemente en clave.

Siguieron caminando. El paseo de tilos se extendía ante ellas, los árboles desnudos en su desnudez otoñal, la llovizna difuminando la vista de los terrenos más allá. Un mozo de cuadra espectral conducía un caballo espectral por el sendero delante de ellas y desaparecía al doblar la esquina de las cuadras. Elizabeth apenas reparó en él; su mente estaba demasiado ocupada.

—Hay otra cosa —dijo—. Algo a lo que llevo dándole vueltas desde ayer, y no le encuentro salida.

Kitty esperó.

—Aunque pudiéramos demostrarlo, aunque encontráramos pruebas que un tribunal aceptara, ¿qué entonces? Wickham acabaría en la

horca. Lydia es la viuda de un asesino a los dieciséis años. El nombre Bennet aparecerá en todas las gacetillas de escándalo de Inglaterra, arruinando las perspectivas tuyas y de Mary de lograr jamás un buen matrimonio, y arrastrando los nombres Bingley y Darcy al barro también. Y la pregunta que todos harán será: ¿cómo lo supo la señora Darcy? ¿Cómo llegó la nueva señora de Pemberley, casada hace menos de un mes, a acusar a su propio cuñado de un asesinato ocurrido seis años antes de que ella llegara?

—Tendrías que revelar tu don.

—Lo cual no puedo hacer. No públicamente. No de un modo que llegara a oídos de alguien fuera de nuestra familia. Porque si lo hago, no soy una mujer que busca justicia. Soy una loca. Y un marido, por ley, puede hacer lo que le plazca con una loca.

Kitty se estremeció. Fue un estremecimiento pequeño, controlado rápidamente, pero Elizabeth lo vio. Se odió a sí misma por haberlo provocado, pero tenía que decirlo de todas formas, porque esa era la forma de la trampa y Kitty necesitaba ver cada uno de sus muros.

—Así que —dijo Kitty, tras una larga pausa, con voz cuidadosamente neutra—, necesitamos pruebas que no dependan de fantasmas. Pruebas reales. De las que una persona viva podría haber encontrado por medios ordinarios.

—Sí.

—Entonces debemos investigar. Discretamente. Del modo en que siempre hemos hecho las cosas: tú escuchas a los muertos, y yo observo a los vivos, y entre las dos descubrimos qué sucedió realmente.

Elizabeth miró a su hermana, de pie bajo la lluvia con su capa embarrada, con solo diecisiete años, feroz y asustada y negándose a ser menos que igual a ella ante aquello.

—Kitty. Esto no es cubrirme las espaldas durante el desayuno. Esto no es volcar un vaso cuando miro algo que no debería. Esto es peligroso.

—Lo sé —dijo Kitty—. Todo lo relacionado con tu don siempre ha sido peligroso. Hasta ahora solo hemos tenido la suerte de que el peligro fuera pequeño.

Permanecieron en el sendero, la lluvia cayendo a su alrededor, la gran casa detrás de ellas recortada contra el cielo gris. En algún lugar dentro, Darcy estaba en su despacho, preguntándose qué le ocurría a su mujer. Georgiana estaba en el pianoforte. La señora Reynolds estaba dirigiendo la casa. Y en algún lugar de los corredores invisibles de Pemberley, George Darcy esperaba, con una paciencia que no era paciencia en absoluto sino rabia contenida por el hilo más tenue de esperanza, a que Elizabeth encontrara la forma de cumplir la promesa que había hecho.

—Deberíamos entrar —dijo Kitty—. Las dos estamos empapadas, y si cogemos un resfriado, la señora Reynolds nos dará algún brebaje y perderemos una semana.

Elizabeth casi sonrió.

—Un momento.

Miró hacia la casa. Desde allí, podía ver la ventana del salón, la ventana donde había estado observando a Georgiana y Kitty en el jardín de rosas, la luz del sol matutino, la sonrisa de lady Margaret,

los últimos momentos antes de que todo cambiara. La ventana estaba oscura ahora, veteada de lluvia.

—Voy a escribir a Jane esta noche —dijo—. Y mañana, voy a empezar a hacer preguntas discretas. Sobre el padre del señor Darcy, sobre sus últimos días, sobre Wickham. El tipo de preguntas que una recién casada podría hacer naturalmente.

—Y yo estaré a tu lado —dijo Kitty—. Asegurándome de que nadie se pregunte por qué.

Regresaron a la casa juntas, del brazo, con los dobladillos pesados por la lluvia. Elizabeth se aferró a su hermana y sintió que el miedo se transformaba en algo que podía cargar, si no cómodamente, al menos sin quebrarse.



Capítulo Diez

ELIZABETH NECESITÓ TRES INTENTOS para escribir la carta en clave a Jane.

El primero era demasiado explícito. Cualquiera que interceptase el correo entendería que estaba insinuando que Wickham había asesinado al señor George Darcy, y Elizabeth no podía permitirse eso. El segundo era demasiado críptico; lo releyó y ni siquiera ella misma logró entenderlo. El tercero alcanzó el equilibrio que necesitaba, entretejido en una carta amena sobre la casa, la restauración del jardín de rosas y las clases de música de Kitty con Georgiana.

«La casa sigue revelando su carácter de las formas más inesperadas. He averiguado mucho sobre la historia de la familia, y parte de ello

ha sido difícil de oír. Hay un episodio en particular que se refiere al fallecimiento del padre de mi marido en presencia de una persona que ambas conocemos, cuya conducta, empiezo a creer, fue mucho peor de lo que ninguna de nosotras imaginó. Necesito tu consejo, Jane. No tu consuelo, aunque también lo aceptaré. Tu juicio. Empiezo a descubrir que no me fío del mío.»

Jane lo entendería. Jane siempre entendía. Al leer «una persona que ambas conocemos», su mente repasaría las posibilidades hasta dar con la respuesta correcta, porque Jane, con toda su dulzura, estaba muy lejos de ser una necia.

Elizabeth selló la carta, la dejó en la bandeja para el correo de la mañana y permaneció sentada un instante a la luz de las velas, procurando no pensar en cuánto tardaría en llegar a Netherfield.



Comenzó la investigación necesaria con la señora Reynolds a la mañana siguiente, mientras repasaban los menús.

Aquel era el orden natural de las cosas: la señora de la casa consultando con el ama de llaves sobre las comidas, las provisiones, la marcha de la casa. Elizabeth lo había estado haciendo desde su llegada, aprendiendo con diligente atención los ritmos de Pemberley, porque comprendía que una gran propiedad se sostenía en mil pequeñas decisiones, cada una trivial en apariencia, pero imprescindible. La señora Reynolds había sido paciente con ella,

guiándola con suavidad por las complejidades de una casa que sumaba, entre familia, invitados y sirvientes, más de cincuenta almas. Y eso contando solo a las que estaban vivas y necesitaban ser alimentadas.

Aquel día, sin embargo, Elizabeth tenía otro propósito. Necesitaba que la señora Reynolds hablara del pasado, y necesitaba que pareciera poco más que la curiosidad de una esposa recién casada.

—He estado mirando los retratos familiares de la galería —dijo Elizabeth, mientras la señora Reynolds le servía el té en la salita del ama de llaves. Era un espacio cálido y abarrotado, perfumado con lavanda seca y con el particular olor de la cera de abejas que prefería la señora Reynolds.

—Georgiana me ha contado un poco sobre su madre, y me gustaría saber más. Creo que debería comprender a la familia con la que me he emparentado al casarme, y es mucha.

El rostro de la señora Reynolds se dulcificó, como siempre que se mencionaba a lady Anne.

—Lady Anne fue la mujer más admirable que he conocido en mi vida, señora. Entré en Pemberley el año en que se casó con el señor Darcy, y fue toda bondad conmigo desde el primer día. Se aprendió el nombre de cada criado en una quincena, y nunca olvidaba un cumpleaños ni a un niño enfermo. Cuando murió, esta casa perdió su corazón.

—¿Y el señor Darcy? Quiero decir, el difunto señor George Darcy.

—Un buen hombre, señora. Muy buen hombre.

La señora Reynolds dejó la tetera sobre la mesa.

—No era fácil de conocer, no al principio. Reservado, como su hijo. Pero justo, siempre justo, y generoso además. Quería a sus hijos ferozmente, aunque no siempre supiera demostrarlo de una manera que ellos pudieran reconocer. Después de la muerte de lady Anne, se encerró en sí mismo. La casa lo notó.

—¿La casa lo notó?

Elizabeth miró a la señora Reynolds con interés.

La señora Reynolds hizo una pausa, y algo se movió tras su expresión, una vacilación que no denotaba reticencia, sino una cautela mayor, como si estuviera decidiendo cuánto revelar.

—Pemberley es una casa antigua, señora Darcy. Muy antigua. Llevo aquí mucho tiempo, y he aprendido, en fin. He aprendido a notar cuándo las cosas están como deben y cuándo no. Después de la muerte de lady Anne, la casa no estaba bien. No sé explicarlo mejor. Había una opresión, una frialdad en ciertas habitaciones. El amo también lo notaba, creo yo, aunque jamás lo hubiera dicho. Pasaba más tiempo en su despacho, solo.

Elizabeth comprendió que la señora Reynolds estaba describiendo una percepción de los habitantes invisibles de la casa que iba más allá de la intuición. Lady Anne no se había quedado como fantasma, pero los fantasmas habrían llorado su muerte.

—¿Recibió el señor Darcy muchas visitas en sus últimos meses? —preguntó Elizabeth, manteniendo la voz ligera, curiosa—. Sé muy poco de aquella época.

—No muchas, señora. Se había retirado de la sociedad tras la muerte de lady Anne. Lord y lady Matlock vinieron varias veces; lady Matlock estaba preocupada, naturalmente, porque la señorita

Georgiana no tuviera madre, y el coronel Fitzwilliam acudía con regularidad; el amo sentía un gran afecto por su sobrino. Y el señor Wickham, por supuesto.

El nombre le cayó en el pecho como una piedra.

—¿El señor Wickham venía con frecuencia?

—Desde luego, señora. El amo había sido muy bueno con él; lo educó junto al señor Fitzwilliam y lo trató casi como a un segundo hijo. El señor Wickham tenía unos modales muy fáciles, muy encantadores. El amo disfrutaba de su compañía.

La boca de la señora Reynolds se tensó, casi imperceptiblemente.

—Vino de visita de forma bastante inesperada poco antes de la muerte del amo. Lo recuerdo especialmente porque el amo parecía, en fin, no exactamente alterado, pero sí intranquilo. Como si algo le pesara en la mente. Y entonces llegó el señor Wickham, sin anunciarse en absoluto. Aunque el señor Darcy no pareció sorprendido, si la memoria no me falla. Tal vez le hubiese hecho llamar por carta, por una razón u otra.

Kitty, que había acompañado a Elizabeth con el pretexto de hablar de los armarios de la ropa blanca, examinaba un estante de conservas con minuciosa atención. No levantaba la vista, pero Elizabeth vio cómo se le tensaban los hombros.

—Y la muerte del señor Darcy —dijo Elizabeth con cuidado—. ¿Fue repentina?

La señora Reynolds guardó silencio un momento. La habitación, perfumada de lavanda, resultaba opresiva, y el tic-tac del reloj de la repisa sonaba extrañamente alto.

—Lo fue, señora. Muy repentina. Había estado perfectamente bien, o eso parecía. Cenó como de costumbre aquella noche, se retiró temprano y por la mañana ya no estaba. —Apretó los labios—. El médico dijo que había sido el corazón. Un fallo repentino, así lo calificó. Estas cosas ocurren, dijo, en hombres de cierta edad, aunque el amo no era viejo. No era viejo en absoluto.

—Debió de ser un golpe terrible.

—Para toda la casa, señora. —La señora Reynolds se interrumpió, y cuando volvió a hablar su voz había cambiado, haciéndose más baja, más íntima, como si estuviera compartiendo algo que nunca había llegado a poner del todo en palabras—. Yo había creído que la casa estaba pesada cuando falleció Lady Anne. Pero, después de la muerte del señor Darcy, no fue nada parecido. Era como si las propias piedras clamaran contra la pérdida del amo.

No las piedras, pensó Elizabeth. Los fantasmas. La rabia de George Darcy reverberaba por cada pasillo; la percibía como una mujer incapaz de ver su origen, pero con el instinto bastante agudo para advertir su presencia.

Observó a la señora Reynolds con más atención, a aquella mujer práctica, cálida y perfectamente sensata, y advirtió algo que no había visto antes: una tenue conciencia detrás de los ojos, una atención que iba más allá de lo corriente. La señora Reynolds no tenía el don de Elizabeth. No veía a los muertos ni los oía. Pero era sensible a ellos, los notaba, del mismo modo que algunas personas sienten en los huesos la llegada de una tormenta, y llevaba treinta años percibiéndolos sin haber comprendido nunca qué era exactamente aquello que sentía.

—Y el joven amo Fitzwilliam —prosiguió la señora Reynolds, con la voz cargada de emoción—. Estaba fuera, en Londres. Cabalgó día y noche cuando le llegó el mensaje urgente, aunque su padre llevaba ya tiempo muerto. Nunca he visto a un joven con el semblante que tenía cuando volvió a casa y tomó a la señorita Darcy en sus brazos. Lo ha llevado consigo desde entonces, aunque jamás lo diría.

Elizabeth dejó la taza de té y descubrió que tenía la mano firme, aunque por dentro no lo estaba en absoluto.

—Gracias, señora Reynolds. Sé que esto no debe de ser fácil de contar.

—No lo es, señora. Pero me alegro de que lo haya preguntado, porque merece saberlo, y sería más doloroso para el señor Darcy o para la señorita Darcy contárselo. —La señora Reynolds vaciló y añadió, con cautela, como si llevara mucho tiempo dando vueltas a algo y nunca hubiera encontrado a nadie a quien decírselo—: Yo le tenía mucho cariño al difunto amo. Muchísimo. Y siempre he pensado, aunque no me corresponde decirlo, que su muerte no acabó de encajar. Nada que pudiera identificar. Solo una sensación. La casa nunca volvió a ser la misma desde entonces, y no me refiero solo al duelo. Hay algo desasosegado. Algo lleva seis años inquieto, y nunca se lo he dicho a nadie, porque ¿qué iba a decir? ¿Que la casa no está bien?

—Las intuiciones —dijo Elizabeth en voz baja— no son nada desdeñable, señora Reynolds.

El ama de llaves la miró con una expresión casi sobresaltada, como si hubiera esperado que la despacharan y hubiera descubierto, en cambio, que la habían escuchado.

—No, señora —dijo al fin—. No creo que lo sean.

Se separaron en la puerta del cuarto del ama de llaves, y Kitty se puso al paso de Elizabeth mientras regresaban por la planta baja. Permaneció callada hasta que estuvieron fuera de todo alcance, y entonces dijo en voz baja:

—No puedes decírselo, Lizzy.

Elizabeth no fingió no entender.

—Lo sé.

—Lo digo en serio. Te he estado observando allí dentro. Lo estabas pensando. Estabas pensando: «si Darcy supiera lo que percibe la señora Reynolds, si pudiera explicárselo, lo entendería». —Kitty le agarró el brazo y la detuvo en el pasillo—. No lo entendería. Pensaría que te habías vuelto loca, o que estabas siendo cruel, hurgando en la muerte de su padre por algún motivo que no alcanzaría a comprender.

—La señora Reynolds también lo siente, Kitty. Lo lleva sintiendo seis años. No soy la única que sabe que algo va mal.

—La señora Reynolds se siente incómoda en habitaciones antiguas. Eso no es lo mismo que «el fantasma de tu padre le dijo a mi esposa que lo envenenaron». —Kitty le apretó el brazo con fuerza—. Prométemelo. Prométeme que no se lo dirás hasta que tengamos pruebas de verdad. Algo que no se reduzca a que tú veas cosas que nadie más puede ver.

Elizabeth miró el rostro de su hermana, feroz y asustado. Pensó en Darcy, paciente, verdaderamente inquieto, aguardando una verdad que ella no podía darle.

—Lo prometo —dijo.



Nana estaba esperando en el salón cuando Elizabeth regresó.
Estaba en su sillón, por supuesto, con su menudo cuerpo rígido por la impaciencia contenida. Tenía algo que decir y llevaba esperando para decirlo más tiempo del que consideraba aceptable. Elizabeth comprobó que el corredor estuviera libre de vivos, cerró la puerta y se sentó.
—Has hablado con la señora Reynolds —dijo Nana.
—Sí. Me ha contado muchas cosas. Más, creo, de las que pretendía.
—Bien. Es una mujer sensata. Llevo años influyendo en ella.
Elizabeth miró a Nana con brusquedad.
—¿Influyendo en ella?
—Percibe cosas —dijo Nana, con el tono objetivo de quien describiera una herramienta doméstica útil y no a un ser humano—. Siempre ha sido así. No ve, no oye, nada tan definido como eso. Pero es consciente de nosotros, a su manera. Cuando me pongo cerca de ella, se estremece. Cuando algo me disgusta, se inquieta hasta que se corrige. Aprendí muy pronto que podía llamar su atención sobre lo que necesitaba reparación, asuntos que el personal vivo había pasado por alto. Una corriente fría junto a una ventana descuidada. Una sensación de desasosiego en una habitación donde los muebles estaban mal colocados. No sabe por qué se fija en esas

cosas. Cree que es instinto, o experiencia, o simplemente la sabiduría acumulada de veinte años en una casa antigua.

—La has estado utilizando.

—La he estado guiando —corrigió Nana con sequedad.

Ciento cincuenta años consiguiendo lo que quería sin que nadie se diera cuenta de que lo estaba haciendo le habían dado una percepción muy clara de esa distinción.

—Hay una diferencia. Nunca la he obligado a hacer nada que no hubiera hecho por sí misma, de haber contado con información suficiente. Me he limitado a asegurarme de que dispusiera de esa información, transmitida de la única forma que podía. Un escalofrío en el corredor preciso. Una inquietud junto a una mancha que había que fregar. En una ocasión permanecí junto a las cortinas del dormitorio azul durante tres mañanas consecutivas, hasta que ella se sintió tan incómoda que mandó llamar a la costurera.

Un destello de satisfacción cruzó el rostro de Nana.

—Las volvieron a colgar antes de que terminara la semana. Una incomodidad persistente en la habitación donde envenenaron a mi bisnieto, que lleva sintiendo todos los días desde hace seis años, porque llevo seis años plantándome en esa habitación todos los días y asegurándome de que la sienta.

Elizabeth asimiló aquello. Era manipulador, y también, a su manera, extraordinario: un fantasma que no podía hablar con los vivos, que no podía escribir ni tocar ni mover objetos con nada parecido a la fuerza de que disponía George Darcy, encontrando una manera de comunicarse a través del único canal a su alcance, la sensibilidad de una mujer que ni siquiera sabía que estaba escuchando.

—Mantuviste vivo el recuerdo —dijo Elizabeth—. Te aseguraste de que la señora Reynolds nunca olvidara del todo que algo iba mal.
—Alguien tenía que hacerlo. Nadie más podía oírme.
La voz de Nana era firme, pero algo centelleó detrás de sus ojos, la misma expresión cautelosa que Elizabeth había visto cuando se mencionó por primera vez el nombre de George Darcy delante de Georgiana.
—No podía resolverlo. No podía decirle a nadie la verdad. Pero sí podía impedir que la herida cerrara del todo, para que, cuando por fin llegara alguien capaz de oírme, las pruebas no hubieran quedado enteramente sepultadas.
Se hizo un silencio. Luego Nana dijo, más quedamente:
—Te debo una disculpa.
Elizabeth estuvo a punto de dejar caer la taza de té. No había esperado oír esas palabras de boca de Nana ni en esta vida ni en la otra.
—George no debería haberse presentado ante ti de la manera en que lo hizo. Le dije que esperara. Quería prepararte, darte tiempo para asentarte en la casa, para que se estableciera cierta confianza entre nosotras antes de dejar caer todo eso sobre ti. Es impaciente. Siempre fue impaciente, incluso de niño, y la muerte no lo ha mejorado en ese aspecto.
Hizo una pausa y apretó los labios.
—Pero también tiene razón en que esto no podía esperar para siempre. Llevo conteniéndolo desde que llegaste, y su paciencia estaba al límite. Si no le hubiera permitido acudir a ti pronto, habría

hecho alguna imprudencia, y un fantasma imprudente con su particular fuerza no es algo que esta casa necesite.

—¿Qué habría hecho?

—Mostrarse ante Fitzwilliam. Mover muebles. Romper algo valioso.

El tono de Nana daba a entender que los daños al mobiliario de Pemberley le preocupaban al menos tanto como lo mucho que aquello podía alterar el ánimo de Fitzwilliam.

—Tiene fuerza para hacerlo, como ya has visto; abrió tu puerta, comprimió el sillón. Es el fantasma más sólido de Pemberley. Su rabia alimenta esa solidez, y llevo seis años asegurándome de que la dirija hacia dentro en vez de hacia fuera, porque la alternativa habría aterrorizado a cuantos viven aquí y, dañado posiblemente la propia casa.

Elizabeth pensó en la vela vacilante, en la caída de la temperatura, en el vaho de la respiración en una habitación con el fuego encendido.

—Lo has estado controlando.

—Lo he estado controlando todo —dijo Nana, y por un instante el cansancio de su voz fue tan vasto, tan antiguo, que Elizabeth sintió su peso como algo físico—. Llevo casi ciento treinta años ocupándome de esta casa, de todos los que están en ella, vivos y muertos. Estoy cansada, señora Darcy. Muy cansada. Y ahora estás aquí, y puedes oírme, y ya no tengo que hacerlo sola.

Se interrumpió, como sorprendida por lo que acababa de decir, y se irguió; la dureza volvió a su rostro como una visera al abatirse de golpe.

—Eso no es una invitación al sentimentalismo —añadió con sequedad—. Espero que seas práctica con este asunto. George requiere justicia. La señora Reynolds te ha dado un comienzo. Lo que hagas con ello es cosa tuya, pero te sugiero que actúes deprisa, antes de que mi bisnieto pierda lo poco que le queda de paciencia y haga algo de lo que todos acabemos arrepintiéndonos.

—Entendido —dijo Elizabeth.

—Bien. Ahora. Las cortinas del salón. Llevo tiempo queriendo hablar contigo de ellas, y no voy a seguir posponiéndolo.

Elizabeth, que acababa de recibir una disculpa, una confesión y un ultimátum de una mujer que llevaba medio siglo muerta, descubrió que agradecía hablar de las cortinas. Las cortinas eran manejables. Con las cortinas podía hacer algo.

Encontró a Darcy en la biblioteca aquella tarde.

Estaba de pie junto a la ventana, con un libro abierto en las manos, aunque Elizabeth sospechaba que no había estado leyendo. Se volvió cuando ella entró, y su expresión era la que ella había empezado a temer: atenta, cautelosa, vigilante. La observaba del mismo modo que estudiaría un pasaje difícil de latín, tratando de hallar el significado que se ocultaba tras las palabras.

—He estado hablando con la señora Reynolds —dijo Elizabeth, sentándose en la silla junto al fuego y recogiendo el libro que había dejado allí el día anterior, en un vano intento de aparentar normalidad—. Sobre la casa, la familia. Me ha sido de gran ayuda.

—Te tiene mucho cariño —dijo Darcy—. Me lo dijo ayer. Dijo que le recuerdas a mi madre.

Aquellas palabras deberían haber sido un regalo. Le resultaron como una puñalada.

—Es un gran elogio —consiguió decir Elizabeth.

Darcy cerró el libro y fue a sentarse enfrente de ella. La distancia entre ambos, la distancia que Elizabeth había interpuesto con sus secretos y sus silencios, se sentía tan sólida como la mesa que los separaba. La institutriz fantasma, la señorita Pardoe, alzó la vista hacia él, advirtió que se estaba gestando una tensión doméstica y volvió a su libro con la concentración deliberada de una mujer que había sobrevivido durante décadas en casas ajenas sabiendo exactamente cuándo no debía involucrarse.

—Elizabeth —dijo—. Has estado distinta estos dos últimos días. Sonríes, pero la sonrisa no te llega a los ojos. Estás presente en las comidas, pero tus pensamientos están en otra parte. Kitty y tú cuchicheáis y os calláis en cuanto me acerco.

Hizo una pausa, y lo que vino después no fue una acusación, sino algo peor: una súplica.

—No te pido que me lo cuentes todo. Sé que hay cosas que una esposa se guarda para sí, ajustes que deben hacerse, y no deseo agobiarte. Pero necesito saber que no eres infeliz. Que no estás lamentando...

—No me arrepiento de nada —dijo Elizabeth, y eso, al menos, era la verdad, completa y sin reservas—. No me arrepiento de haberme casado contigo. No podría arrepentirme. No debes pensar tal cosa.

—Entonces, ¿qué ocurre?

Ella lo miró por encima de la mesa, a aquel hombre al que amaba, que le estaba ofreciendo una vía que no podía tomar, y la

imposibilidad de su situación la golpeó con tal brusquedad que le cortó la respiración. No podía hablarle de su padre. No podía hablarle de Wickham. No podía hablarle de nada de aquello, porque en el instante en que lo hiciera sucedería una de dos cosas: o él la creería, actuaría, y las consecuencias serían catastróficas; o no la creería, y el matrimonio que ella intentaba desesperadamente proteger se agrietaría de un modo que jamás podría reparar.

—Estoy aprendiendo —dijo—. Sobre la casa, sobre la familia, sobre todas las cosas que una esposa recién casada debe entender. Y parte de lo que estoy aprendiendo... es mucho para asimilar. La historia de este lugar, las personas que han vivido aquí, el peso de todo ello. No soy infeliz. Simplemente me estoy adaptando.

Era la misma palabra que había empleado el día anterior, una palabra inmensamente inadecuada, y ambos lo sabían.

Darcy suspiró de forma audible, pero no parecía exasperado ni enfadado. Solo agotado.

—Cuando estés preparada para decirme qué es lo que te preocupa, estaré aquí.

Se levantó, se acercó a su silla, la besó en lo alto de la cabeza y salió de la biblioteca. Elizabeth se quedó sentada, escuchando cómo sus pasos se alejaban por el corredor. Se cubrió la cara con las manos. No lloró, porque llorar no serviría de nada y la señora Reynolds podía entrar en cualquier momento.

Permaneció allí largo rato. El fuego se removió y volvió a asentarse. La señorita Pardoe pasó una página de su eterno libro y no levantó la vista.

Finalmente, Elizabeth apartó las manos de la cara, enderezó la espalda y alargó la mano hacia el cuaderno que había empezado a llevar, el que disfrazaba de observaciones domésticas. Escribió:

La señora R confirma: el difunto señor GD se encontraba bien hasta mucho antes de su muerte. W presente en la casa, visita inesperada, ¿convocado? El señor GD, inquieto en los días previos. El médico atribuyó la muerte al corazón. La señora R siempre ha sentido que algo no iba bien. La casa misma, alterada desde entonces. La señora R es sensible; más de lo que sabe.

Miró lo que había escrito. Circunstancial. Todo eran indicios circunstanciales. Una muerte repentina, un huésped en la casa, el desasosiego de un ama de llaves. Nada que un magistrado considerara ni por asomo.

Pero era un comienzo. Al día siguiente haría más preguntas, con suavidad, con cuidado, llevando la máscara de una esposa recién casada que simplemente deseaba comprender a la familia en la que había entrado. Kitty estaría a su lado, observando, cubriéndola. Entre las dos, de algún modo, construirían un caso a partir de susurros, recuerdos y el irrefutable testimonio de un muerto que no podía descansar.

A través de la ventana de la biblioteca, el sol de última hora de la tarde rompió entre las nubes por primera vez en todo el día. El parque de Pemberley se extendía en toda su belleza otoñal. Elizabeth contempló la finca, pensó en el rostro de Darcy al salir de la estancia, paciente, herido, confiado, y añadió una línea más a su cuaderno:

Debo encontrar un modo. Debo encontrarlo pronto.

Cerró el cuaderno y lo guardó en el cajón de su escritorio, debajo de las cuentas de la casa, donde a nadie se le ocurriría buscar.



Capítulo Once

EL JARDÍN MEDICINAL ESTABA detrás del ala de las cocinas, escondido en un rincón orientado al sur donde los viejos muros de piedra conservaban el calor del sol incluso a finales de octubre. Elizabeth lo encontró por accidente, o más bien de la forma en que se encuentra algo sin saber qué se busca.

Había estado paseando por los terrenos con Kitty, supuestamente para conocer los senderos y construcciones auxiliares que una señora debía conocer. En verdad estaba inquieta, dando vueltas a las palabras de la señora Reynolds del día anterior, la sensación de desasosiego en la casa, la convicción del ama de llaves de que algo iba mal. Necesitaba moverse, y necesitaba pensar, y descubría que

podía hacer ambas cosas mejor fuera que dentro, donde cada habitación contenía un fantasma o un marido o ambos.

Habían pasado junto al huerto, donde las últimas coles de otoño permanecían en hileras imperturbables, y los arriates de hierbas, donde la lavanda se había vuelto gris y leñosa, y el romero echaba sus últimas flores pálidas. Más allá de estos, medio oculto por un seto de tejo, había un jardín más pequeño que Elizabeth no había visto antes.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Kitty, atravesando el estrecho hueco en el seto.

Era un jardín medicinal propiamente dicho, del tipo que las grandes casas habían mantenido durante siglos antes de que los médicos se volvieran habituales y los boticarios se hicieran cargo del oficio de sanar. Los arriates estaban dispuestos al viejo estilo formal, cada uno bordeado con setos bajos de boj, y aunque las plantaciones se habían vuelto silvestres en algunos lugares, Elizabeth podía ver la lógica del diseño original: hierbas agrupadas por uso, plantas medicinales separadas de las culinarias, los especímenes peligrosos con su propio arriate cerca del muro del fondo.

Supo lo que estaba viendo antes de que su mente comprendiera lo que sus ojos veían. Las altas espigas, con sus flores hacía tiempo marchitas, convertidas en cabezuelas marrones de semillas, erguidas en un denso grupo contra el muro sur donde habrían captado lo mejor del sol de verano. Dedalera. Digitalis purpurea. Había crecido en el campo y conocía cada planta de los setos por su nombre, y la biblioteca de su padre albergaba el tratado de Withering sobre la

dedalera, que había leído a los catorce años con el mismo apetito indiscriminado que aplicaba a cada libro de la casa.

Dedalera, que en dosis cuidadosas podía estabilizar un corazón debilitado. Que en dosis mayores podía detenerlo por completo.

Que producía, en exceso, síntomas que parecerían a cualquier médico un fallo repentino y natural de ese órgano.

Elizabeth se quedó inmóvil, mirando fijamente. El sol de otoño era cálido sobre sus hombros. Un mirlo cantaba desde lo alto del seto de tejo. El huerto estaba lleno de sonidos ordinarios, una puerta que se abría, la voz de una doncella hablando con alguien sobre los nabos, el raspar de una carretilla sobre la grava. Todo era normal. Todo estaba exactamente como debía estar, excepto que Elizabeth estaba de pie frente a la planta que había matado al padre de su marido, y que esta crecía a veinte metros de la puerta de la cocina.

Kitty había atravesado el seto detrás de ella. Miró el jardín, luego a Elizabeth, luego la dedalera.

—Oh —dijo Kitty en voz baja.

Kitty también había leído a Withering. O si no lo había leído todo, había leído lo suficiente, porque Elizabeth le había hablado de ello a los catorce años, rebosante de entusiasmo ante un nuevo descubrimiento y desesperada por compartirlo con alguien. Fue el año en el que recorrieron cada seto alrededor de Meryton identificando plantas, Elizabeth recitando sus propiedades mientras Kitty recogía especímenes y los prensaba en un libro que mantenían oculto de su madre, quien habría considerado toda aquella afición malsana.

—Ha estado aquí durante años —dijo Kitty, observando las raíces establecidas, las plantas que se habían sembrado solas y extendido más allá de su arriate original—. Mucho antes de que el señor Darcy muriera.

—Cualquiera de la casa podría haberla recogido. Cualquiera que supiera lo que era.

—Y Wickham fue educado aquí. Junto a Darcy. Habría conocido este jardín.

Se quedaron juntas bajo el sol de otoño. El mirlo siguió cantando. La dedalera se erguía en su arriate contra el muro, alta, marrón, completamente inocente, completamente condenatoria.



George Darcy estaba en el salón cuando Elizabeth regresó.

No lo había invocado; no sabía cómo hacerlo, ni dónde pasaba habitualmente el tiempo. Simplemente apareció, como había sucedido la primera vez, llenando el umbral de la puerta con su presencia demasiado sólida, y la temperatura de la estancia descendió varios grados en el tiempo que tardó Elizabeth en cerrar la puerta tras ella. Kitty, que no podía verlo pero sentía el frío repentino y percibía por la expresión del rostro de Elizabeth que no estaban solas, se abrazó el cuerpo y se sentó en la silla más próxima al fuego.

—Necesito preguntarte algo difícil —dijo Elizabeth sin preámbulos.

George Darcy se sentó. La silla no crujió, pero el cojín se hundió.

—Pregunta.

—La noche en que moriste. Necesito que me digas exactamente qué sucedió. No la confrontación con Wickham, no lo que condujo a ella. La velada en sí. Qué comiste, qué bebiste, cuándo empezaste a sentirte indispuesto. Todo lo que puedas recordar.

Le había contado la verdad en líneas generales, el envenenamiento, el brandy, la mañana en que no despertó. Pero ahora ella le pedía los detalles, el recuerdo específico y concreto de su propia muerte, y Elizabeth podía ver lo que le costaba volver a aquello.

—Cenamos a las siete —dijo—. La casa cenó junta aquella noche. Wickham estaba allí. Estaba... extraordinariamente tranquilo. Amable, incluso. Como si la conversación de aquella tarde, la confrontación sobre Sally Wilson, no hubiera ocurrido en absoluto. Recuerdo haber pensado que o bien se lo había tomado mejor de lo que esperaba, o bien estaba jugando a un juego más profundo de lo que le había atribuido.

Hizo una pausa, sacudiendo la cabeza lentamente. Elizabeth podía ver con claridad el arrepentimiento en su rostro, la culpa que sentía.

—Después de cenar, fui a mi despacho. Wickham vino a verme allí. Sirvió brandy. He repasado esto mil veces. Recuerdo que se quedó de pie junto al aparador, de espaldas a mí, mientras lo servía, luego trajo dos copas y puso una en mi mano. Dijo que deseaba disculparse como es debido, de hombre a hombre, y hablar de los preparativos para el matrimonio. Estaba, no puedo describirlo. Era el muchacho que recordaba. El muchacho a quien había querido como

a un hijo. Abierto, sincero, arrepentido de sus errores. Quería creerlo. Que Dios me perdone, después de todo, aún quería creerlo.

Kitty, que solo podía oír la parte de Elizabeth en la conversación, permanecía sentada con las manos cruzadas en el regazo y el rostro vuelto hacia el fuego, inmóvil.

—Bebí el brandy —dijo George Darcy—. Se quedó tal vez media hora. Hablamos. Accedió a todo lo que le pedí, el matrimonio con Sally, las condiciones, el beneficio de Kympton, una vez que quedara vacante, y una ayuda más modesta mientras tanto, mientras completaba sus estudios y se ganaba la vida como coadjutor. Se mostró razonable. Se mostró contrito. Era todo lo que yo quería que fuera, y yo fui un necio, porque había pasado veinte años creyendo en una versión de George Wickham que nunca existió, y no podía dejar de creerlo ni siquiera cuando mi propio hijo me dijo la verdad.

Su voz se apagó. La estancia estaba ahora terriblemente fría. Elizabeth podía ver su propio aliento, y el de Kitty, suspendido en el aire entre ellas.

—Me retiré a las diez. Mi corazón empezó a darme problemas en las escaleras. Una palpitación, nada más, la clase de cosa que uno nota y descarta. Para cuando llegué a mi dormitorio, se había convertido en otra cosa. No una palpitación. Un tartamudeo. Mi corazón se entrecortaba, se ralentizaba, latía con un ritmo que estaba mal, que podía sentir que estaba mal, aunque nunca en mi vida había tenido motivo para pensar en el latido de mi propio corazón.

Miró a Elizabeth, y el dolor desnudo en su rostro era terrible.

—No llamé a nadie. Pensé que pasaría. Me tumbé en mi cama. Esperé. El latido entrecortado empeoró. La habitación se enfrió, o yo

me enfrié; no podía distinguirlo. Lo último que recuerdo es el techo sobre mi cama, luego nada, luego despertar para descubrir que aún estaba en la habitación, pero el cuerpo en la cama ya no era el mío.

El silencio que siguió fue absoluto. Hasta el fuego parecía haberse detenido.

—Dedalera —dijo Elizabeth.

George Darcy la miró.

—Digitalis —dijo ella—. Derivada de la dedalera. En dosis pequeñas se usa para tratar afecciones del corazón. En dosis grandes causa exactamente lo que has descrito: un latido irregular, una ralentización, un fallo que cualquiera atribuiría a causas naturales. Cualquier médico que te examinara después habría concluido que tu corazón simplemente se detuvo. Porque así fue. Hicieron que se detuviera.

—¿Cómo lo sabéis?

—Crecí en una casa de campo, donde había un antiguo jardín de plantas medicinales. No a la escala del de Pemberley, por supuesto, pero reconozco cada planta y sé para qué se usan. Y leo mucho —dijo Elizabeth—. Hay un parterre de dedalera en el jardín medicinal, a no más de veinte yardas de la puerta de la cocina.

George Darcy permaneció en silencio un momento antes de decir, con una voz que apenas era voz:

—Le mostré cada rincón de Pemberley, por dentro y por fuera. Cada jardín, cada sendero, cada habitación. Le enseñé el jardín medicinal cuando era niño. No recuerdo haberle dicho exactamente para qué servía cada planta, pero sí recuerdo haberle advertido que, si bien podían tener gran beneficio medicinal, algunas de las plantas eran

peligrosas en cantidades equivocadas, o empleadas por razones equivocadas. Y ciertamente hay libros en la biblioteca que podrían haberle dado la información de que la dedalera es una de ellas, y por qué.

—No podíais haberlo sabido.

—No. Pero le mostré el arma que usó para matarme, y eso es algo con lo que debo vivir. O no vivir. Como prefiráis llamarlo.

El intento de humor sombrío del fantasma se parecía tanto a algo que Darcy habría dicho que Elizabeth sintió que se le encogía el pecho.

Nana llegó diez minutos después, diez minutos más de lo que Elizabeth había esperado que aguantase.

Entró con brío; había estado escuchando tras la puerta, si es que los fantasmas podían escuchar tras las puertas. Miró a George Darcy con amor feroz y exasperación a partes iguales.

—Le contaste lo del brandy —dijo Nana.

—Me lo preguntó.

—Lo haría —dijo Nana—. Es meticulosa.

Nana se volvió hacia Elizabeth.

—Encontraste la dedalera.

—Así es. Y tengo una pregunta para vos, Nana. Dijisteis que lo visteis morir. Dijisteis que le gritasteis que no bebiera. ¿Visteis a Wickham preparar el brandy?

El rostro de Nana cambió. El brío habitual se desvaneció. Lo que quedó era viejo, cansado, furioso.

—Lo vi echar algo en el vaso mientras servía. Lo vi entregar el vaso a George. Vi su rostro mientras George bebía. He visto muchos

rostros en ciento treinta años, señora Darcy. Sé qué aspecto tiene un hombre cuando está viendo cumplirse algo que ha planeado. No estaba ansioso. No estaba esperanzado. Estaba satisfecho. Parecía un hombre viendo cerrarse una trampa. Grité e intenté todo lo que pude para que George derramara el vaso, pero no pude.

—Por desgracia —dijo Elizabeth con suavidad—, vuestro testimonio no es de la clase que aceptaría ningún vivo.

—No —asintió Nana—. No lo es.

George Darcy se puso de pie. No se paseó; no era hombre de pasearse, como tampoco lo era su hijo. Caminó hasta la ventana, contempló los terrenos de Pemberley. Su postura se parecía tanto a la de su esposo que a Elizabeth se le encogió el corazón.

—Tenía dos hijos —dijo, y la ira en su voz no estaba dirigida a Elizabeth sino a algo mayor, que abarcaba toda la miserable magnitud de lo que Wickham había hecho y lo que su muerte había dejado atrás—. Dos hijos y ninguna esposa y una casa llena de responsabilidad. Ahora mi hijo carga con todo. Mi hija apenas me conoció. Y esto, esto es lo que tengo. La furia de un fantasma, un jardín lleno de dedalera y ningún modo de probar nada.

—Podríais haberos vuelto a casar —dijo Nana, y su voz fue más suave de lo que Elizabeth la había oído nunca—. Debisteis hacerlo. Erais lo bastante joven.

—No pude. —Apartó la mirada de la ventana, volviéndose hacia ellas —. Annie era... lo era todo. No podía poner a otra mujer en su lugar. No podía poner a otra mujer en su lugar.

—Lo sé. Amabais demasiado a vuestra Annie.

Nana hizo una pausa. Algo cruzó su rostro que Elizabeth nunca había visto allí antes: una ternura tan antigua, tan profunda, que parecía venir de algún lugar más allá de la mujer misma. De la joven que había enviudado a los veinte años, que había criado sola a un hijo, que había vivido casi ochenta años más.

—Está bien, muchacho. Hicisteis lo mejor que pudisteis.

George Darcy miró a su bisabuela. Por un momento la rabia lo abandonó, y simplemente fue un hombre que echaba de menos a su esposa, que había defraudado a sus hijos, que quería que alguien le dijera que estaba bien. Nana se lo había dicho. Fue suficiente.

Luego el momento pasó. La ira regresó. La habitación volvió a estar fría.



Elizabeth miró a los dos, la matriarca y el bisnieto, unidos por la sangre, el duelo, los muros de una casa que no podían abandonar. Comprendió algo que antes no había comprendido.

Aquello no era una casa encantada. Era una familia. Su familia, ahora.

Y las familias, vivas o muertas, merecían la verdad.

—Debo contaros algo a ambos —dijo—. Hay una complicación que no he mencionado, porque no sabía cómo decirlo y porque temía lo que pudiera significar. Pero merecéis saberlo, y no puedo ocultároslo por más tiempo.

Los ojos de Nana se entornaron. George Darcy se volvió hacia ella con toda la fuerza de su atención, y aquella presión era considerable.

—Wickham está casado —dijo Elizabeth—. Con mi hermana menor. Lydia.

El silencio que siguió fue de una clase distinta al que había sobrevenido tras el relato de George Darcy sobre su muerte. Aquel había sido el silencio del duelo revisitado. Este era el silencio de algo fundamental que se desplazaba, de dos fantasmas reconsiderando todo cuanto le habían pedido a la luz de un hecho que alteraba el curso de todos los desenlaces posibles.

George Darcy habló primero.

—Tu hermana. —Miró a Kitty, sentada junto al fuego, contemplando las llamas en silencio—. ¿No es ella?

—No, esa es mi hermana Kitty. Lydia es la menor de nosotras; solo tiene dieciséis años. Se fugó con él a principios del verano. Mi familia se salvó de la deshonra únicamente porque vuestro hijo, mi esposo, pagó las deudas de Wickham, le compró una comisión en el ejército regular y se aseguró de que se casaran. Darcy lo hizo por mí, aunque yo no lo supe en su momento. Nunca ha hablado de ello más que como un deber, pero fue más que eso, y ambos lo sabemos.

—Y no me contaste esto —dijo George Darcy lentamente—, ¿por qué?

—Porque si Wickham es llevado ante la justicia por vuestro asesinato, mi hermana será la viuda de un asesino a los dieciséis años, y el apellido Bennet, y el apellido Darcy, serán arrastrados por

toda la prensa de escándalo de Inglaterra —asintió hacia Kitty, que había alzado la vista al darse cuenta de que se había convertido en parte de la conversación—. Tengo dos hermanas aún solteras que no pueden permitirse que semejante escándalo mancille sus perspectivas. Temía que si lo sabíais, no os importarían las consecuencias para mi familia. No os lo reprocharía. Vuestro derecho a la justicia es real y legítimo, y no se vuelve menos válido porque el hombre que os mató tuviera el mal gusto de casarse primero con mi hermana.

Nana la observaba con una expresión que Elizabeth no supo descifrar.

George Darcy volvió a sentarse. Despacio. El cojín se comprimió bajo su peso, juntó las manos y permaneció en silencio durante varios minutos.

—No habría exigido que tu hermana sufriera —dijo por fin—. Estoy furioso. Creo que estoy más furioso de lo que ningún hombre tiene derecho a estar, vivo o muerto. Pero no soy cruel, y no lo era cuando estaba vivo, fuera lo que fuese en otros aspectos. Tu hermana era poco más que una niña cuando él se casó con ella, engañada por él como lo ha sido más de una joven inocente. No es mi enemiga.

—No —dijo Elizabeth—. No lo es. Pero forma parte del problema, y necesitaba que comprendierais por qué esto no puede resolverse con un magistrado y un tribunal. Incluso si tuviéramos pruebas, que no las tenemos, el precio de usarlas sería catastrófico.

—Entonces, ¿qué propones?

Elizabeth lo miró. Miró a Nana. Pensó en la dedalera del jardín, el brandy de hacía seis años, el certificado de defunción que decía

insuficiencia cardíaca, el médico que no había visto nada extraño, la servidumbre que había guardado luto y seguido adelante, el mundo que había olvidado la muerte de George Darcy como algo más que una pérdida triste pero ordinaria.

—Aún no lo sé —dijo—. Pero no cejaré en mi empeño de encontrar pruebas.

No era suficiente. Podía ver que no era suficiente, en la rigidez de la mandíbula de George Darcy y la tensión alrededor de la boca de Nana. Pero era honesto, y la honestidad era la única moneda que le quedaba que valiera algo.

Nana rompió el silencio.

—La muchacha. Tu hermana. ¿Está a salvo?

La pregunta sorprendió a Elizabeth. Había esperado recriminación, o al menos frustración. No había esperado que Nana preguntara por Lydia.

—No lo sé —dijo Elizabeth—. Sus deudas fueron pagadas, pero no dudo de que estén acumulándose de nuevo. Su genio irá empeorando, limitado como está por una esposa que se interpone en la búsqueda de sus placeres. Y ahora sé de lo que es capaz cuando se siente acorralado.

—Entonces será mejor que encuentres tus respuestas pronto —dijo Nana—. Tanto por ella como por nosotros.

Era, reflexionó Elizabeth más tarde, lo más inquietante que Nana le había dicho jamás. No por las palabras en sí, sino por lo que implicaban: que el peligro no estaba solo en el pasado sino en el presente, no solo para los muertos sino para los vivos, y que cuanto más tardara en encontrar una solución, más personas corrían el

riesgo de salir heridas por un hombre que ya había demostrado que mataría para protegerse.

En algún lugar de la casa, Darcy aguardaba a que su esposa bajara a cenar. Iría. Sonreiría. Se sentaría frente a él, sería encantadora, cálida, presente, y no le diría que había pasado la tarde con su padre muerto y su tatarabuela muerta, hablando de la planta que había sido usada para asesinar a uno de ellos, el hombre que lo había hecho, la hermana que se había casado con él, la imposibilidad de sacarlo a la luz.



Capítulo Doce

LA SEÑORA ANNESLEY SE marchó el martes siguiente para una larga visita a su hermana en Nottingham. Hacía tiempo que estaba prevista; con una nueva señora de Pemberley instalada ya en la casa y Kitty para hacerle compañía, Darcy había convenido en que Georgiana podía arreglárselas perfectamente sin su acompañante durante uno o dos meses.

Elizabeth no había pensado demasiado en el papel de la señora Annesley en la casa hasta que se fue. Era una mujer tranquila y constante, que conseguía que todo funcionara con fluidez simplemente estando siempre en el lugar adecuado, decir lo oportuno y dar estructura y propósito a los días de Georgiana sin que jamás pareciera imponer ni lo uno ni lo otro. Había sido la

acompañante de Georgiana desde Ramsgate, contratada por Darcy a raíz de aquel desastre que estuvo a punto de consumarse, y había desempeñado su tarea tan bien que su presencia se había vuelto prácticamente invisible, como termina ocurriendo siempre con las personas verdaderamente competentes.

Su ausencia no tuvo nada de invisible.

La primera mañana, Georgiana encontró a Elizabeth en la biblioteca y se quedó rondando de ese modo suyo cuando quería algo pero no estaba del todo segura de poder pedirlo. Iba ya vestida para el día, pero parecía un poco desorientada, como si hubiera ido al comedor de desayuno y hubiera descubierto que la persona que solía dar firmeza a sus mañanas no estaba allí.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó.

—Claro —dijo Elizabeth—. Siempre.

Georgiana se sentó, se miró las manos y luego miró a Elizabeth.

—¿Hay algún fantasma aquí ahora? —dijo, con una naturalidad estudiada.

Elizabeth recorrió la biblioteca con la vista. La señorita Pardoe estaba en su sillón de costumbre, leyendo.

—La señorita Pardoe —dijo—, la institutriz; siempre se sienta en ese sillón, medio oculta entre las estanterías. Está leyendo, como siempre. No creo que haya vuelto una página en sesenta años, pero parece satisfecha.

La señorita Pardoe levantó la vista al oír su nombre, miró a Elizabeth con la leve desaprobación de una mujer de la que se había hablado como si fuera parte del mobiliario, y volvió a su libro.

Los ojos de Georgiana se dirigieron al sillón donde estaba sentada la señorita Pardoe, y en su expresión se mezclaban la fascinación y la inquietud. No podía ver nada, por supuesto. El sillón estaba vacío para ella, igual que para cualquiera salvo Elizabeth. Pero saber que alguien estaba sentado en él, alguien muerto desde hacía décadas, alguien que había vivido y respirado y leído libros en aquella habitación, alteraba la mirada de Georgiana sobre el espacio que la rodeaba.

—¿Sabe que estoy aquí? —preguntó Georgiana.

—Sabe que estás aquí, sí. Pero me temo que los vivos no le interesan mucho. Cuando descubrió que yo podía verla, me habló brevemente; así supe cómo se llamaba y que había sido institutriz aquí hace sesenta años, creo que de las hermanas de tu abuelo, pero desde entonces no ha vuelto a dirigirme la palabra. Está completamente absorta en su libro.

—¿Qué está leyendo?

—Nunca he logrado ver el título. Lo he intentado, pero parece formar parte de ella, si es que eso tiene sentido. El libro que estaba leyendo cuando murió, o quizá el que más quería. No cambia.

Georgiana asimiló aquella información. Tenía un centenar de preguntas; Elizabeth podía verlas agolpándose en su mirada, y a lo largo de aquella mañana formuló la mayoría. ¿Cómo funcionaba el don de Elizabeth? ¿Había podido ver fantasmas desde siempre, o el don se le había manifestado a cierta edad? ¿Era la única de su familia que podía verlos? ¿Podía ver a todos los fantasmas, o solo a algunos? ¿Sabían ellos que estaban muertos? ¿Podían tocar cosas? ¿Podían salir de la casa?

Elizabeth respondió con toda la sinceridad que pudo. Veía fantasmas desde antes de que tuviera memoria; su madre contaba que, de bebé, hablaba con habitaciones vacías, y la familia había supuesto que era el balbuceo de la infancia hasta que quedó claro que Elizabeth mantenía conversaciones con personas que nadie más podía ver. Que ella supiera, nadie más de su familia podía verlos, aunque su padre había aventurado en una ocasión que su abuelo materno, el viejo señor Gardiner, parecía haber tenido a veces conocimientos que no debería haber tenido, lo cual lo convirtió en un hombre de negocios extraordinariamente próspero. Pero había muerto antes de que Elizabeth naciera, así que ya no podía preguntárselo. No creía que todos los fantasmas fueran visibles para ella; sospechaba que había espíritus tan tenues, tan desvanecidos, que ni siquiera su don alcanzaba a percibirlos. Todos los fantasmas con los que se había encontrado sabían que estaban muertos, aunque algunos tardaban más que otros en aceptarlo. No podían abandonar los lugares a los que estaban ligados, razón por la cual todos los fantasmas de Pemberley estaban vinculados a la casa o a sus terrenos. Y, por regla general, no podían tocar las cosas.

—¿Por regla general? —dijo Georgiana.

—Algunos fantasmas son más sólidos que otros. Depende de... no estoy del todo segura de qué depende. De cuánto tiempo llevan aquí, de la fuerza de su vínculo con el lugar, de cuánto asunto pendiente los retiene. Nana es extraordinariamente vívida, plenamente presente, pero no puede mover objetos ni abrir puertas. Otros son más tenues, apenas están ahí, más como impresiones que como personas.

Se movía en terreno resbaladizo, y lo sabía. Cada respuesta que daba acercaba a Georgiana un poco más a la pregunta que Elizabeth no podía responder, la pregunta que estaba sentada en la habitación con tanta certeza como la señorita Pardoe en su silla: ¿y mi padre?

Fue después del almuerzo.

Estaban en el salón de música, Georgiana al pianoforte, Kitty pasando las páginas. Elizabeth fingía leer. La música era de Handel, algo majestuoso y ceremonioso que Georgiana interpretaba con una fluidez que hacía que pareciera fácil, aunque Elizabeth percibía la concentración que exigía.

Georgiana terminó la pieza, apoyó las manos en el regazo y dijo, sin levantar la vista:

—Nana dijo que mi madre descansó. Que estaba en paz. Que no permaneció aquí.

—Sí —dijo Elizabeth—. Eso fue lo que me dijo Nana.

—Pero mi padre —dijo Georgiana con voz firme, alzando la mirada directamente hacia Elizabeth—. Nana no quiso hablar de él. Cambió de tema.

Kitty, que había estado ordenando las partituras, se quedó inmóvil.

—Georgiana —dijo Elizabeth.

—No soy una niña, Elizabeth. Sé cuándo intentan dirigirme, y Nana me estaba dirigiendo, igual que me estás dirigiendo tú ahora. Eso significa que hay algo sobre mi padre que ella no quería que yo supiera, y no he dejado de pensarlo desde entonces, y no se me ocurre ninguna razón para ese silencio salvo que...

Se interrumpió y tomó aire.

—Salvo que esté aquí. Salvo que mi padre esté en Pemberley como un fantasma, y Nana no haya querido decírmelo.

La habitación quedó en silencio. Kitty miró a Elizabeth con una expresión que decía: esto te corresponde a ti, y lo siento.

Elizabeth dejó el libro.

—Tu padre está aquí —dijo—. Sí.

Georgiana mantuvo la compostura, pero apenas. Elizabeth veía el esfuerzo que le costaba: cómo enderezaba la espalda, cómo aquietaba deliberadamente las manos sobre el regazo. Elizabeth estaba aprendiendo que la firmeza de los Darcy era hereditaria.

—¿Por qué no me lo dijo Nana?

—Porque tu padre no está en paz, Georgiana. Está furioso, afligido, atado a este lugar por asuntos pendientes. Nana intentaba protegerte de la crudeza de todo eso. Lleva seis años ocupándose de él, manteniéndolo a raya, impidiendo que la casa sienta en toda su magnitud el peso de su presencia. No quería ponerte ese peso encima hasta estar segura de que podrías soportarlo.

—¿Y puedo soportarlo?

—Creo que puedes soportar muchísimo más de lo que la mayoría te atribuye.

La gratitud en la expresión de Georgiana era tan desnuda que Elizabeth tuvo que apartar la mirada.

—¿Puedo verlo? ¿Podrías..., podrías hacer que yo esté en la habitación cuando él esté allí, como hiciste antes, con Nana? Podrías decirme lo que dice.

—Puedo. Pero todavía no. Hay cosas que necesito..., hay aspectos de su situación que aún estoy tratando de comprender, y necesito

hacerlo antes de llevarte a ello. Te pido que confíes en mí. ¿Puedes hacerlo?

Georgiana le estudió el rostro en silencio.

—Me estás protegiendo de algo —dijo por fin—. Como hizo Nana.

—Sí.

—Y me dirás qué es. Cuando estés preparada.

—Sí. Te lo prometo.

Georgiana asintió. Se volvió de nuevo hacia el pianoforte, abrió una nueva partitura y empezó a tocar. Era algo rápido, brillante, exigente; una pieza que exigía hasta el último ápice de atención y no dejaba espacio para los pensamientos que acudían en tropel cuando las manos estaban quietas.

Kitty se encontró con la mirada de Elizabeth por encima de la cabeza inclinada de Georgiana. Esa mirada decía: ¿cuánto tiempo podrás mantener esto?

Elizabeth no tenía respuesta.



La carta de Lydia llegó a la mañana siguiente y lo trastocó todo.

Elizabeth la abrió durante el desayuno, esperando la habitual letanía de quejas y cotilleos. Las cartas de Lydia eran predecibles: lo aburrido de Newcastle, el entretenimiento insuficiente que había entre las esposas de otros oficiales, la injusticia de estar tan lejos de Brighton y Londres y de todos los lugares que importaban. Elizabeth

había aprendido a leerlas con cariñosa impaciencia, buscando cualquier cosa que requiriera respuesta y dejando el resto a un lado. Esta carta era diferente.

Mi queridísima Lizzy, escribía Lydia, con la letra grande y ondulada que ocupaba tres hojas donde una habría bastado.

No puedes imaginar lo aburrido que se ha vuelto Newcastle. No hay nada que hacer y nadie que merezca la pena conocer y Wickham sale casi todas las noches y cuando ESTÁ en casa no es buena compañía en absoluto. Perdió mucho a las cartas la semana pasada y ha estado de un humor PÉSIMO desde entonces. Sé que no debería quejarme porque es mi marido y estoy segura de que para él es muy duro pero Lizzy, a veces me da miedo.

A Elizabeth se le quedaron las manos quietas sobre el papel.

No grita. Nunca grita. Pero cuando dije algo sobre la cuenta del carnicero se quedó muy callado y me miró y sus ojos se volvieron PLANOS, como si no hubiera nada detrás de ellos, y pensé por un instante que no lo conocía. Solo un instante. Luego sonrió y dijo que lo sentía y me besó la mejilla y volvió a ser pura amabilidad. Pero no dormí bien esa noche y no he dormido bien desde entonces.

No pretendo preocuparte. Estoy segura de que no es nada. Está bajo mucha presión con el dinero y todo eso. Debería ser más paciente. Por favor no se lo digas a mamá. Y por favor no se lo digas a Darcy.

Elizabeth la leyó dos veces. La dobló, se la metió en el bolsillo, se volvió hacia Darcy, que la observaba desde el otro lado de la mesa.

—Lydia manda recuerdos —dijo.

Después del desayuno, le dio la carta a Kitty sin decir palabra. Kitty la leyó en el gabinete, de pie junto a la ventana donde la luz era buena, y cuando terminó levantó la vista y tenía la cara pálida.

—Sus ojos se volvieron planos —dijo Kitty—. Como si no hubiera nada detrás de ellos. Y luego todo pasó.

—Sí.

—Así es como lo describió George Darcy. Cuando Wickham aceptó todo, sonrió y volvió a ser el muchacho que recordaba. El encanto que se enciende y se apaga.

—Sí.

Kitty dobló la carta siguiendo los pliegues, despacio, con cuidado, como si fuera algo frágil.

—Dice que está segura de que no es nada.

—Tiene dieciséis años y no sabe lo que tiene delante.

—No. Pero nosotras sí. —Kitty le devolvió la carta—. ¿Qué vas a hacer?

Elizabeth se metió la carta en el bolsillo, junto al cuaderno que ahora llevaba siempre allí, aquel que se iba llenando de pruebas que no demostraban nada y lo significaban todo.

—Voy a hablar con Darcy —dijo—. Sobre Lydia. No sobre lo demás. Solo sobre Lydia.

—Dijo que no se lo dijeras.

—Sé lo que dijo. Pero ya estoy guardándole demasiados secretos a mi marido, y este es mejor no guardarlo. Necesita saber lo que Wickham le está haciendo a ella. Si hay algo que pueda hacerse con el dinero, Darcy es el único que puede hacerlo.

—Eso es facilitarle el camino a un asesino.

—Sí. Hasta que se me ocurra algo mejor, será exactamente eso.



Lo encontró en su despacho después del almuerzo. Estaba en su escritorio, repasando los libros de cuentas de la finca. Cuando ella entró, dejó la pluma y la miró.

—Era la carta, ¿verdad?

Elizabeth se detuvo en el umbral.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque la leíste durante el desayuno, te cambió la cara y desde entonces no has estado del todo aquí. Kitty te ha estado observando como hace cuando algo va mal. Has venido a buscarme a mi estudio en mitad del día, cosa que haces cuando tienes algo que decir y no estás segura de cómo decirlo.

Hizo una pausa.

—No soy tan desatento como aparentas creer, Elizabeth.

—Nunca te he tenido por poco observador. Ese es precisamente el problema.

Las comisuras de su boca se movieron. No era exactamente una sonrisa, sino el principio de una, el primer alivio que ella había visto en su rostro en días. La tensión de guardar el secreto de George Darcy, a lo que se sumaban sus propios secretos, sometía su matrimonio a una presión que rápidamente se hacía insoportable. No

podía esperar mucho más, pero antes; antes tenía que intentar asegurar la seguridad de su hermana.

—Lydia me pidió que no te enseñara esto —dijo Elizabeth, sacando la carta del bolsillo—. Pero creo que debes leerla.

Se la entregó, se sentó en la silla frente al escritorio y esperó. Observó su rostro cuando llegó al pasaje sobre el juego de cartas, las deudas, los arrebatos de ira. Vio el instante en que leyó las palabras sus ojos se quedaron vacíos, porque se le tensó la mandíbula y una frialdad gélida se le instaló en la mirada, algo que no era sorpresa.

Dejó la carta sobre la mesa.

—Ella le tiene miedo —dijo.

—Sí. Aunque todavía no sabe que le tiene miedo.

—Dice «por favor, no se lo digas a Darcy». —Miró la carta y luego a Elizabeth—. Y, sin embargo, me la enseñas.

—Porque soy tu esposa, ella es mi hermana y no voy a ocultarte esto. Ya tengo demasiadas cosas en qué pensar, y esto es algo que necesitas ver.

Había estado a punto de decirlo, se había contenido apenas a tiempo, y guardaba demasiados secretos. Vio, por el fugaz destello en la expresión de Darcy, que había percibido el tropiezo, registrado la frase que había empezado pero no terminado, y decidido no insistir. Aquella contención se estaba convirtiendo en una forma de lenguaje entre ellos, una gramática de silencios y medias palabras que revelaba más que el discurso completo.

—Sus deudas —dijo Darcy al cabo de un momento—. Si volviera a saldarlas. En silencio. A través de un procurador, para que Wickham

no supiera de dónde procedía el dinero. Eso aliviaría la presión, al menos durante un tiempo.

—Durante un tiempo. Acumulará más.

—Lo hará. Siempre lo hace.

Darcy guardó silencio, con la vista fija en la carta sobre el escritorio. Elizabeth veía que estaba sopesando algo; el mismo proceso deliberado que le había visto aplicar a los problemas de la finca, las disputas con los arrendatarios y cualquier dificultad que se le presentaba.

—Podría establecer una asignación trimestral, pagada a través del procurador. Lo bastante para sostenerlo. No tanto como para financiar sus peores hábitos, pero sí lo bastante para que las deudas no lleguen a ser desesperadas. Sería un freno, no una solución, pero lo mantendría manejable.

—Harías eso. Por Wickham.

—Lo haría por Lydia. Y por ti.

La miró con firmeza.

—Sé lo que es, Elizabeth. Lo sé desde que éramos niños. Es un hombre que toma lo que desea y desecha lo que no necesita, y ni una sola vez, en todos los años que lo he conocido, ha mostrado remordimiento por nada de lo que ha hecho. No digo esto para asustarte. Lo digo porque necesito que entiendas que, sea lo que sea lo que estás afrontando, sea lo que sea que aún no estás preparada para decirme, no me enfrento a ello a ciegas. Sé lo que es Wickham.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos. Elizabeth miró a su marido, a este hombre que le ofrecía exactamente lo que

necesitaba: dinero para Lydia, paciencia para ella misma, la seguridad tácita de que, cuando llegara la verdad, no se escandalizaría tanto como temía. Deseaba contárselo todo. El impulso era tan fuerte que podía sentir las palabras formándose, todo; fantasmas, asesinato, dedalera, el fantasma del padre de él sentado en su salón con la ira ardiendo tras los ojos.

No lo dijo. Todavía no. Pero se inclinó hacia delante, tomó su mano por encima del escritorio, la sostuvo.

—Gracias.

Darcy llevó su mano a los labios y le besó ligeramente los nudillos, y por un momento la distancia entre ellos no fue un muro sino una ventana, algo a través de lo cual casi podía entrever el otro lado.

—Cuando estés preparada —dijo él.

—Pronto —dijo Elizabeth, prometiéndoselo tanto a sí misma como a él.

Kitty estaba esperando en el saloncito. Alzó la vista cuando Elizabeth entró, leyó su rostro.

—Va a ayudar.

—Va a saldar las deudas y organizar una pensión trimestral. Suficiente para mantener a Wickham a flote.

—Bien.

Kitty hizo una pausa.

—¿Y lo demás?

—Todavía no. Pero pronto. Le dije que pronto, y lo decía en serio, Kitty. No puedo seguir así mucho más tiempo. Sabe que algo va mal y es tan paciente al respecto que resulta peor que si exigiera respuestas.

La expresión de Kitty cambió. Cruzó la habitación y cerró la puerta.
—Elizabeth. Casi se lo dijiste. Ahora mismo. Puedo verlo en tu cara.
—No se lo dije.
—Pero querías hacerlo. Estabas sentada frente a él. Estaba siendo amable, firme, ofreciéndose a ayudar con Lydia, y querías contárselo todo.
La voz de Kitty era baja, urgente.
—No puedes. Quieres contárselo a Darcy, que irá tras él en cuanto lo sepa, ¿y qué crees que hará Wickham entonces? ¿Qué crees que le hará a Lydia?
Las palabras golpearon a Elizabeth como agua fría.
—Mató a un hombre que amenazó con abandonarlo —continuó Kitty —. Un hombre al que supuestamente amaba. Lydia es una chica de dieciséis años con la que se casó porque le pagaron para hacerlo. Si Darcy se enfrenta a él, si Wickham siente que la trampa se cierra, ¿de verdad crees que Lydia está a salvo?
Elizabeth se sentó. No lo había pensado de esa manera. Había estado tan concentrada en la imposibilidad de contarle a Darcy sobre los fantasmas que no había considerado qué haría Darcy con la información, qué haría Wickham en respuesta, quién estaba más cerca del borde.
—Necesito sacarla primero —dijo Elizabeth lentamente—. Antes que nada. Lydia tiene que estar a salvo antes de que actuemos contra él.
—Sí —la voz de Kitty era feroz—. Necesitas alejar a nuestra hermana de un asesino antes de darle a tu marido una razón para enfrentarse a él.

Ambas guardaron silencio por un momento. Entonces Kitty dijo, con más suavidad:

—Georgiana me preguntó esta mañana si el fantasma de su padre quiere verla.

Elizabeth cerró los ojos.

—Le dije que no podía verlo, así que no lo sabía. Lo aceptó. Pero va a seguir preguntando, Elizabeth. Es paciente, es inteligente, no tiene nada más en qué pensar ahora que la señora Annesley se ha ido. Lo acabará descubriendo.

—Lo sé.

—Así que hagas lo que hagas —dijo Kitty—, necesitas hacerlo antes de que Georgiana lo descubra por su cuenta. Y antes de que cedas y se lo cuentes a tu marido. Porque una vez que se lo digas a Darcy, todo se pondrá en marcha, y avanzará más rápido de lo que ninguna de nosotras pueda controlar, y Lydia no está a salvo, Lizzy. Está casada con un asesino.

Elizabeth vio el miedo en el rostro de Kitty; el miedo por la hermana a la que Kitty, a fin de cuentas, siempre había querido más, dada la poca diferencia de edad entre ellas. Elizabeth también temía por Lydia, pero no del mismo modo que Kitty. Pensó en cómo se sentiría si fuese Jane quien estuviera en tal situación, y asintió.

—Lo resolveré, Kitty. De una manera que proteja a Lydia ante todo. Lo prometo.



Capítulo Trece

DARCY SE LO DIJO durante el desayuno, alzando la vista de una carta que acababa de abrir.

—Mi tío y mi tía Matlock proponen venir el jueves a visitarnos durante unas semanas, si nos conviene.

—Por supuesto —dijo Elizabeth, porque ¿qué podía decir, si no? Los Matlock eran la familia más cercana de Darcy. Lord Matlock era el hermano de su madre; lady Matlock, la mujer que había intentado ser una madre para Georgiana después de que muriera lady Anne. Tenían todo el derecho a visitarlos. Darcy claramente deseaba tenerlos allí. Elizabeth no podía explicar que la perspectiva de recibir invitados en casa la llenaba de un temor que no tenía nada que ver con la organización doméstica y sí con el hecho de que dos

observadores más, de ojos agudos, en la casa significaban dos personas más a las que tendría que ocultarles cosas.

Georgiana se animó visiblemente.

—¡Tía Margaret! Oh, cuánto me alegro. Querrá saberlo todo sobre la renovación del jardín de rosas, mis estudios de música y... todo lo demás.

Miró a Elizabeth y apartó la vista de nuevo con rapidez.

—Querrá enterarse de todo, deseemos o no contárselo —dijo Darcy, pero sonreía.

Kitty se cruzó con la mirada de Elizabeth al otro lado de la mesa. Fue una mirada breve, pero lo decía todo: más gente, menos espacio.

Elizabeth pasó los tres días previos a su llegada con la señora Reynolds, revisando con la minuciosidad que Pemberley exigía —y que Elizabeth estaba aprendiendo a adquirir— los preparativos de la casa.

Aquellas sesiones matutinas en la salita de la ama de llaves se habían convertido en la mejor parte del día. La señora Reynolds tenía una manera de hacer que la vasta maquinaria de la casa de Pemberley pareciera manejable, desglosándola en decisiones que Elizabeth podía sopesar y aprobar y, cada vez más, tomar por sí misma. Los menús de la semana ya estaban planeados, pero la señora Reynolds le explicó los ajustes que debían hacerse por la visita prevista: Lord Matlock prefería la carne poco hecha y no soportaba los nabos; lady Matlock solo tomaba té bohea y sin azúcar; ambos estaban acostumbrados a tener el fuego encendido en el vestidor, fuera cual fuese la estación.

—Los conoce bien —dijo Elizabeth.

—Llevan visitando Pemberley desde que lady Anne se casó con el viejo amo, señora. Lord Matlock venía a las cacerías cada otoño, y lady Matlock acudía siempre que lady Anne la necesitaba, que era a menudo. Eran tan unidas como hermanas.

La señora Reynolds hizo una pausa en el recuento de la plata, y sus facciones se suavizaron de ese modo que tan a menudo adoptaban cuando hablaba del pasado.

—Será bueno tenerlos aquí de nuevo. La casa está mejor cuando la familia se reúne.

Elizabeth pensó en lo que significaba aquella frase en una casa donde la mitad de la familia estaba muerta, y no dijo nada.

Lo cierto era que había llegado a confiar en la señora Reynolds de un modo que no había previsto. No solo para la gestión práctica de la casa, aunque eso ya habría bastado, sino por la serenidad que le ofrecía, por aquella competencia imperturbable que poco a poco estaba convirtiendo a Elizabeth, de impostora que fingía ser la señora de una gran propiedad, en una mujer que quizá, con el tiempo, llegaría de verdad a serlo. La señora Reynolds nunca la trataba con condescendencia. Nunca insinuaba que aquello le viniera grande, ni siquiera cuando era evidente que así era. Simplemente le presentaba la información, ofrecía su opinión cuando se la pedían y confiaba en que Elizabeth tomara la decisión correcta.

Lo que la señora Reynolds no sabía, y lo que Elizabeth jamás podría decirle, era que tenía una socia silenciosa en la gestión de Pemberley. Nana tenía opinión sobre todo, desde la rotación de la ropa de cama hasta la disposición de las flores en el vestíbulo, y se la susurraba a Elizabeth con una franqueza a la que la delicadeza de

la señora Reynolds apenas podía aproximarse. El resultado era que Elizabeth solía llegar a sus reuniones de la mañana sabiendo ya qué habitaciones necesitaban atención, qué criados estaban descontentos y qué proveedor estaba cobrando demasiado por las velas, información que atribuía a su propia perspicacia y que la señora Reynolds recibía con un respeto silencioso y cada vez mayor.

En cierto modo, era una deshonestidad. Otro engaño más añadido a los que Elizabeth ya mantenía. Pero también era, tenía que admitirlo, extraordinariamente eficaz. Entre los siglos de gestión doméstica de Nana y los treinta años de experiencia práctica de la señora Reynolds, Pemberley marchaba como un reloj, y Elizabeth estaba aprendiendo a leer su funcionamiento con más rapidez de la que nadie habría considerado razonable en la hija de un gentilhombre de campo casada apenas hacía un mes.

—Creo que estamos preparadas, señora —dijo la señora Reynolds, guardando sus listas con una sonrisa satisfecha.

—Gracias, señora Reynolds. No podría ocuparme de nada de esto sin usted.

—Sí que podría, señora. Simplemente lo haría de otro modo.

La señora Reynolds vaciló y luego añadió, con cuidado, como hacía siempre con las observaciones personales:

—Lady Anne solía decir que una casa no necesita una señora perfecta. Necesita una que se fije. Usted se fija, señora Darcy. La casa lo sabe.

Elizabeth le dio las gracias por tan inmenso cumplido, subió a cambiarse y encontró a Nana ya apostada junto a la ventana de su

saloncito. Habían divisado el carruaje de los Matlock en la carretera de Lambton, y Nana no pensaba perderse la llegada.

—Las tres y media —dijo Nana, comprobando el reloj de la repisa—. Es puntual, eso se lo concedo.

Aquella era, según Nana, exactamente la hora a la que lady Matlock prefería llegar a cualquier parte, porque le permitía calibrar los preparativos de la tarde en la casa, juzgar el estado del té y aún tener tiempo de vestirse para la cena.

—Lleva haciéndolo treinta años —dijo Nana, observando desde la ventana del saloncito.

Ella llevaba observando llegadas a Pemberley bastante más tiempo.

—La primera vez que vino, acababa de casarse y estaba desesperada por impresionar. Llevaba un vestido de seda enteramente impropio para el campo y pasó la primera velada quitándose abrojos del bajo de la falda. Me gustó desde el primer momento. Cualquiera que se esfuerce tanto y fracase de manera tan absoluta tiene carácter.

Elizabeth dijo:

—Te portarás bien mientras estén aquí.

—Yo siempre me porto bien.

—No te colocarás detrás de lady Matlock haciéndole muecas. No cambiarás cosas de sitio en su dormitorio. No harás lo que quiera que fuese que hiciste con las cortinas del comedor, que la señora Reynolds ya ha tenido que volver a colgar dos veces.

Nana se irguió.

—Las cortinas estaban mal. Siguen estando mal. Llevo dos semanas intentando hacérselo entender a la señora Reynolds, y la mujer se

muestra insólitamente obtusa al respecto.

—Las cortinas están bien.

—Las cortinas son una afrenta a la memoria de todos los que han vivido —y viven— en esta casa. Pero muy bien. Me contendré. Durante la visita.

Hizo una pausa.

—Las cortinas, sin embargo, las resolveré después.



Elizabeth dejó a Nana con sus quejas y bajó al vestíbulo, donde Darcy ya estaba esperando; Georgiana, a su lado, parecía emocionada, y Kitty, un paso por detrás de ambos, llevaba su mejor vestido de tarde y se mantenía tiesa como una vara. El señor Graves también se había apostado cerca de la puerta, advirtió Elizabeth; se mantenía firme, con la solemne dignidad de un mayordomo que nunca había terminado de aceptar que la casa pudiera recibir visitas sin su supervisión.

El carruaje se detuvo ante la puerta. Un lacayo abrió la portezuela. Y lady Matlock descendió como si Pemberley se hubiera construido expresamente para recibirla.

Era alta, rubia y de una hermosura que debía más a la fuerza de su personalidad que a la disposición de sus facciones. Llevaba un traje de viaje azul oscuro que lograba parecer elegante pese al polvo del

camino, y recorrió el frente de Pemberley con una sola mirada, rápida y exhaustiva. Al parecer, el examen quedó superado.

—Fitzwilliam —dijo, besando a Darcy en ambas mejillas con vivo afecto—. Tienes un aspecto espléndido. El matrimonio te sienta de maravilla; ya lo dije, y como siempre, tenía razón. Georgiana, querida niña, has vuelto a crecer; tendré que hablar con alguien sobre eso.

Se volvió hacia Elizabeth, y la mirada con que la valoró fue minuciosa, aunque nada poco amable.

—Señora Darcy. Me alegra volver a verla.

Dio un paso adelante, tomó la mano de Elizabeth entre las suyas y la estrechó con suavidad, mientras una leve sonrisa curvaba sus labios.

—Tiene buen aspecto. Creo que Pemberley le sienta bien.

—¿Cómo no iba a ser feliz nadie en Pemberley? —dijo Elizabeth, con absoluta sinceridad, arrancándole a lady Matlock una sonrisa más amplia.

Lord Matlock salió del carruaje detrás de su esposa, sin prisa. Hacía ya mucho que había aceptado que sus entradas quedarían eclipsadas por las de ella, y parecía perfectamente satisfecho con aquel arreglo. Tenía un rostro afable y sagaz. Escuchaba más de lo que hablaba, y recordaba todo cuanto oía.

—Darcy —dijo, estrechando la mano de su sobrino con auténtica calidez—. Esto tiene muy buen aspecto. Más que bueno, de hecho. ¿Qué has hecho con los terrenos?

—Elizabeth ha estado trabajando con los jardineros en el borde sur —dijo Darcy, y el orgullo en su voz era contenido, pero inconfundible.

—¿Sí? Bien. Hacía falta.

Lord Matlock se volvió hacia Elizabeth e hizo una inclinación de cabeza; sus ojos eran amables.

—Señora Darcy. Es un placer volver a verla. Espero que no la alarmemos al presentarnos con tan poco aviso. Me temo que podemos parecer bastante alarmantes, pero le prometo que no lo somos.

—He oído eso —dijo lady Matlock, que ya caminaba hacia la casa con el brazo de Georgiana enlazado en el suyo—. Y lo contradigo por completo. Somos tan alarmantes como aparentamos. Es una de nuestras mejores cualidades.

Elizabeth los apreció al instante. Ya esperaba hacerlo; Darcy hablaba de su tía y su tío con un respeto que rozaba la ternura, el coronel Fitzwilliam era uno de los hombres más agradables que había conocido jamás, y un hombre así tenía que haber salido de alguna parte. Apenas había tenido ocasión de tratarlos antes de la boda, pero descubrió que esperaba con ilusión conocer mejor a ambos. Después de semanas de secretos, su franqueza era como una bocanada de aire fresco en una habitación cerrada.

La casa se reorganizó en torno a los Matlock con la fluidez natural de una familia que llevaba generaciones recibiendo a sus parientes de mayor rango. Los ritmos de los días de Elizabeth, que apenas empezaban a parecerle suyos, cambiaron para acomodarse a la visita: visitas matinales con la buena sociedad local, té de la tarde en compañía, el salón amarillo lleno todas las noches, conversación obligada y un silencio significativo.

Era el silencio lo que la inquietaba. O mejor dicho, la falta de él. Durante las últimas semanas, Elizabeth había podido retirarse a su salón privado, pasear por el parque con Kitty, mantener las conversaciones importantes en los huecos entre aquellas que no eran más que un deber social. Con los Matlock alojados en Pemberley, esos huecos se cerraron. Lady Matlock esperaba la compañía de Elizabeth y era lo bastante perspicaz para advertir si se le negaba. Lord Matlock observaba a su manera callada, registrando ausencias e irregularidades incluso cuando no las comentaba. La casa estaba más llena, era más ruidosa, estaba más vigilada, y la doble vida de Elizabeth se veía forzada a encogerse en un espacio que se hacía más pequeño día a día.

Nana no ayudaba.

—Margaret ha vuelto a cambiar las flores del salón azul —le informó a Elizabeth la segunda mañana, apareciendo en el vestidor mientras Elizabeth se recogía el pelo con horquillas—. Lo hace cada vez que viene. Cree que las flores deben combinar con el papel pintado, lo cual es absurdo; las flores deben combinar con la estación. Llevo treinta años librando esta batalla y todavía no la he ganado, pero soy paciente.

—Eres la persona menos paciente que he conocido, entre los vivos o entre los muertos.

—La paciencia y la persistencia no son lo mismo, señora Darcy. De persistencia tengo de sobra —Nana se apoyó en el borde del tocador —. Margaret también ha estado preguntando a la señora Reynolds por las cuentas de la casa. Eso también lo hace. Considera que es su derecho, como pariente femenina de más edad, asegurarse de que

la casa se administra como es debido. Desde que murió Annie se ha nombrado a sí misma supervisora del gobierno de la casa de Pemberley. Es insoportable y también, debo admitirlo, ocasionalmente útil. Hace tres años descubrió un error en las cuentas del vino que habría pasado inadvertida. Hubo que despedir a un ayudante del mayordomo.

—¿Le cae bien? —preguntó Elizabeth.

Nana se lo pensó.

—La aprecio más que cuando tenía veinte años, lo cual no quiere decir gran cosa, porque a los veinte era rematadamente necia. Ha mejorado con la edad, que es más de lo que puede decirse de la mayoría de la gente. Es leal, es astuta cuando le conviene, y quiere a esta familia con una ferocidad que respeto, incluso cuando se manifiesta en volver a colocarme las flores. Y además —añadió Nana, con el aire de quien emite un veredicto definitivo— es la única mujer de su generación que no se ha quejado ni una sola vez de la temperatura del corredor este, lo cual me dice que tiene más entereza de la que aparenta.

O menos sensibilidad, pensó Elizabeth, pero no lo dijo.

Lady Matlock, por su parte, ocupaba Pemberley como si estuviera en su propia casa. Tomó posesión del extremo del sofá más cercano al fuego en el salón amarillo, se apoderó de Georgiana para exigirle una relación detallada de sus progresos musicales, interrogó a Kitty sobre sus preparativos para la próxima temporada en Londres con una franqueza que, de no ser por su encanto, habría resultado grosera y que, en cambio, era extrañamente halagadora, y examinó la casa.

Kitty salió bien parada. Elizabeth observó a su hermana desenvolverse entre la andanada de preguntas de Lady Matlock con una compostura que habría sido imposible un año antes, cuando Kitty se habría quedado sin habla, o se habría echado a reír, o ambas cosas. Habló de Longbourn con afecto, pero sin disculparse por ello; de sus clases de música con Georgiana, con un entusiasmo sincero; y de sus hermanas, con una franqueza que hizo reír a Lady Matlock y decir:

—¡Cinco hijas! Pobre de su madre. Yo tuve tres hijos y estuve a punto de perder la cabeza.

—Mi madre está perfectamente en sus cabales —dijo Kitty—, aunque los dedica a usos un tanto singulares.

Lady Matlock volvió a reírse, y Darcy, sentado cerca con su tío, se permitió una leve sonrisa dirigida sobre todo a Elizabeth, como si dijera: tu hermana te honra, y me alegro de que esté aquí.

Lord Matlock, entretanto, hablaba menos, pero no era menos observador. Se sentó con Darcy después de cenar, una copa de oporto en la mano. Los dos hablaron de la finca, de política, del curso de la guerra, del precio de la lana, de las dificultades concretas que suponía gestionar a los arrendatarios durante un otoño lluvioso. Elizabeth, observando desde el otro lado del salón amarillo, vio algo en Darcy que no había visto antes: soltura, una relajación. Con su tío, la reserva cuidadosa que regía su compostura en público se suavizaba hasta convertirse en algo más cercano al muchacho que debió de ser, el sobrino que había admirado a aquel hombre, había aprendido de él y había confiado en él.

Darcy se rio de algo que dijo Lord Matlock, una risa auténtica, sin reservas, y Elizabeth sintió una punzada que no era celos, aunque se le parecía: el reconocimiento de que había partes de su marido a las que ella aún no había accedido, partes que pertenecían a relaciones más antiguas, a una historia más honda. Tendría que merecérselas en vez de esperarlo como un derecho.

Lord Matlock hacía preguntas que parecían casuales y no lo eran, escuchaba con atención las respuestas y ofrecía sus propias opiniones con mesura; estaba acostumbrado a que se le escuchase. Nunca levantaba la voz. No le hacía falta.

Elizabeth, observándolo desde el otro lado del salón amarillo, donde fingía escuchar el relato de Lady Matlock sobre una cena desastrosa en Londres, se descubrió estudiando a Lord Matlock con renovada atención. Era un hombre influyente, con contactos en el gobierno, en la justicia y en discretos círculos donde podían hacerse las cosas sin alboroto y sin escándalo. Si él creía que algo debía investigarse, podía poner en marcha esa investigación por vías que jamás rozarían un tribunal público.

La idea se formó despacio, cobrando cuerpo del modo en que una figura emerge de la niebla: no de una vez, sino poco a poco, hasta que el contorno quedó claro. Si lograba encontrar pruebas, pruebas tangibles, que no dependieran del testimonio de los muertos, Lord Matlock era el hombre que podría actuar. No con la fuerza bruta de un magistrado y un juicio, sino con la autoridad prudente y privada de una familia que protege a los suyos. Podría encargarse de Wickham con discreción. El escándalo podría contenerse. Lydia podría quedar a salvo.

Si. La palabra se asentó en el centro de todo, pequeña e inamovible.



George Darcy la estaba esperando en su salón cuando subió, una vez retirada la casa. Estaba de nuevo junto a la ventana, mirando hacia los jardines sumidos en la oscuridad, y su actitud se parecía tanto a la quietud nocturna de Darcy, que Elizabeth tuvo que recordarse, una vez más, que no era su marido.

—He oído a Margaret —dijo, sin volverse—. Suena exactamente igual. Exactamente.

—La quiere mucho.

Entonces se volvió, y su expresión era compleja, con capas de sentimiento que se desplazaban bajo la superficie como ocurría siempre en él, sin llegar nunca a asentarse del todo en nada tan simple como una sola emoción.

—Era la amiga más cercana de Anne. Debutaron juntas en Londres, antes de que Anne se casara conmigo; después Margaret se casó con el hermano de Anne.

Hizo una pausa.

—Margaret mantuvo unidos a mis hijos cuando morí. Vino aquella misma semana, se quedó un mes e hizo todo cuanto yo debería haber dispuesto y no dispuse, porque era demasiado orgulloso y demasiado necio para admitir que no viviría para siempre.

—Hoy ha dicho que, después de la muerte de Anne, se ofreció a acoger a Georgiana.

—Más de una vez. Me negué porque no podía soportar perder también a mi hija, además de a mi esposa, ni siquiera en favor de alguien que la habría cuidado bien.

Apretó los labios.

—Me temo que no fui un buen padre. Estaba consumido por el duelo, ciego. Dejé entrar a Wickham en mi casa mientras alejaba de mí a mi propio hijo. Margaret lo vio y no dijo nada, porque era demasiado bondadosa para decirle a un hombre en duelo que lo estaba echando todo a perder.

—No era demasiado bondadosa —dijo Elizabeth—. Era demasiado discreta. Hay una diferencia.

George Darcy la miró, y una sombra de sonrisa le cruzó el rostro.

—Cuando dices esas cosas, suenas igual que ella.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Lo era.

Guardaron silencio un momento. Luego George dijo:

—Su marido. Matlock. También venía a menudo en aquellos últimos años. Él y yo no éramos íntimos, no como lo eran Margaret y Anne, pero yo lo respetaba. Es un hombre que ve las cosas con claridad y actúa conforme a ello. Si hubiera habido algo sospechoso en mi muerte, lo habría advertido.

—Pero no había nada que ver.

—No. Ahí radica precisamente la genialidad de lo que hizo Wickham, ¿no es así? No había nada que ver. Una muerte repentina, una casa de luto, el dictamen de un médico, y el mundo siguió adelante. Los

únicos que lo presenciaron fueron los muertos, y los muertos no pueden hablar con nadie salvo con usted.

La vela sobre la repisa de la chimenea titiló. Hacía frío en la estancia, pero no aquel frío cortante y agresivo que anunciaba la ira de George Darcy. Este era más silencioso, más triste.

—Matlock puede ayudar —dijo Elizabeth—. Si tuviera pruebas. Tiene los contactos, la autoridad, la discreción.

—Los tiene. También es el tío de Fitzwilliam y el tutor de Georgiana en todo menos en el nombre, y si llegara a creer, por un solo instante, que su padre fue asesinado, no descansaría hasta destruir al hombre responsable. Lo haría discretamente, porque ese es su modo de proceder, pero lo haría a fondo.

—Eso es lo que necesito.

—Entonces encuentre algo sobre lo que pueda actuar, señora Darcy. Porque yo puedo decirle lo que ocurrió, y Nana puede decirle lo que vio, pero ninguno de los dos puede poner pruebas ante Matlock. Solo usted puede hacerlo.

Desde algún punto del pasillo llegó el sonido de una puerta que se cerraba, unos pasos, la voz de lady Matlock diciendo algo a su doncella que Elizabeth no alcanzó a distinguir. George Darcy volvió la cabeza hacia el sonido, y el anhelo se mostró desnudo en su rostro. Ella seguía ocupada en la labor cotidiana de vivir en una casa donde él ya no podía hacer lo mismo.

—Va a la tumba de Anne cada vez que viene a Pemberley —dijo—. En el cementerio familiar. Va sola, a primera hora de la mañana, antes de que nadie más se haya despertado. Lo ha hecho en cada visita durante dieciséis años.

Elizabeth no dijo nada. Había cosas que no requerían respuesta.

—No puedo visitarla —dijo George Darcy—. Estoy atado a la casa. El cementerio queda fuera de mi alcance. No he ido a la tumba de mi esposa desde el día en que me enterraron junto a ella, y no lo recuerdo, porque yo ya estaba muerto.

Se volvió de nuevo hacia la ventana, y la vela vaciló, y el frío de la habitación se hizo más hondo.

—Encuentre las pruebas, Elizabeth. Dé a Matlock algo real. Y cuando todo esto haya terminado, cuando se haya ajustado cuentas con Wickham y yo pueda al fin descansar, quizá Margaret vaya a la tumba una última vez, y yo estaré allí para reunirme con ella.

—Mañana —dijo ella—. Lady Matlock querrá pasear por los terrenos, y pienso acompañarla. Pienso escuchar con mucha atención todo lo que diga.

George Darcy asintió una vez. Luego desapareció; no se desvaneció como hacían los fantasmas más apacibles, sino que sencillamente dejó de estar allí, como si la fuerza que lo retenía lo hubiera soltado por esa noche.

El salón volvió a estar cálido. La vela ardía sin vacilar. Elizabeth se fue a la cama, donde su marido ya dormía. Se acostó a su lado en la oscuridad, procurando no pensar en las pruebas, o en la ausencia de ellas, ni en la visita al cementerio que lady Matlock haría por la mañana.



Capítulo Catorce

LADY MATLOCK PROPUSO EL paseo ella misma, en la tercera mañana de la visita, y Elizabeth no tuvo que inventarse un motivo ni llevar la conversación a ese tema. Simplemente apareció en el desayuno con vestido de paseo y unas botas sensatas, anunció que pensaba recorrer los terrenos como es debido, que Elizabeth la acompañaría y que todos los demás podían entretenerse por la mañana.

—He estado metida en un carruaje dos días, en un salón otros dos, y necesito aire, ejercicio y una conversación inteligente, preferiblemente en ese orden —dijo—. Elizabeth, me acompañarás.

No era una pregunta. Lady Matlock no hacía preguntas cuando ya sabía la respuesta.

Salieron por la puerta del jardín, pasaron junto al rosedal donde el trabajo de restauración de Georgiana y Kitty empezaba a dar resultado, con la corregüela arrancada, los parterres perfilados y los primeros indicios de orden asomando de entre lo que habían sido años de abandono. Lady Margaret Darcy estaba sentada en su banco bajo el viejo rosal trepador, sonriendo a los arriates recién arreglados con la misma serena satisfacción que mostraba siempre; si un fantasma podía parecer complacido, Lady Margaret parecía complacida. Lady Matlock se detuvo a mirar.

—Esto era de Anne —dijo—. Pasaba aquí mañanas enteras. Decía que era el único lugar de Pemberley donde podía oír sus propios pensamientos, lo cual yo tomé por un comentario sobre su marido más que sobre la casa, aunque nunca se lo dije a la cara.

Tocó con suavidad uno de los tallos desnudos del rosal.

—¿Quién ha estado trabajando en esto?

—Georgiana y Kitty. Encontraron un retrato en la galería que muestra cómo era en el siglo pasado y están intentando restaurarlo.

—Bien.

Lady Matlock retiró la mano y siguió andando.

—A Anne le habría gustado eso. Y también le habría gustado tu hermana. Kitty comparte un rasgo de Anne, esa atención callada a las cosas que los demás pasan por alto.

Elizabeth retuvo aquello. No era la primera vez que alguien comparaba a Kitty con Lady Anne; tanto la señora Reynolds como Nana habían hecho comentarios en ese sentido, y la comparación resultaba cada vez más interesante.

Caminaron en silencio unos cuantos pasos, por el sendero que llevaba hacia el límite sur y al paseo de tilos más allá. La mañana era fría y luminosa, de esa clase de día de finales de octubre en que el cielo parece alto, de un azul brillante, y la luz vuelve todo más nítido. Lady Matlock caminaba con brío, con una zancada larga y firme. El jardinero espectral estaba en el paseo de tilos cuando se acercaron, inspeccionando los árboles con expresión de profunda traición personal, pero se retiró hacia el seto cuando Lady Matlock tomó el sendero, y Elizabeth no podía culparlo.

—Bien —dijo cuando ya estaban lo bastante lejos de la casa—. Tengo varias cosas que decirte, y prefiero hacerlo donde no puedan oírnos, porque algunas conciernen a tu marido y me resulta más fácil hablar con franqueza de la familia cuando la familia en cuestión no escucha.

Elizabeth se preparó.

—Primero. Lo estás haciendo bien. Más que bien. La casa funciona de maravilla, la señora Reynolds te adora y Georgiana está más contenta de lo que la he visto en años. Sea lo que sea lo que estés haciendo, sigue así.

—Gracias.

—No he terminado. Segundo. Debes dar un baile.

Elizabeth esperaba un interrogatorio. No esperaba esto. Se detuvo a media zancada y la miró fijamente.

—¿Un baile?

—Un baile. Uno de verdad. Eres la nueva señora de Pemberley, y el vecindario espera ser agasajado. No es optativo, Elizabeth; forma parte de tu posición. Toda nueva esposa en una gran casa da un

baile durante los primeros meses de matrimonio. La presenta en sociedad, afianza su posición y le dice al condado que Pemberley está abierto y prospera, y que la familia Darcy sigue adelante. Si no lo haces, la gente hablará, y sacará exactamente las conclusiones equivocadas sobre el motivo.

—No se me había ocurrido —dijo Elizabeth, y era cierto. Un baile era lo último en lo que había pensado, atrapada como estaba entre una investigación por asesinato, una casa espectral, una hermana casada con un asesino y un marido al que estaba mintiendo.

—Naturalmente que no se te había ocurrido. Has estado ocupada conociendo la casa, adaptándote a tu nueva vida. Lo respeto, pero el periodo de adaptación tiene un límite, y la sociedad es menos paciente de lo que te gustaría. Sugiero principios de noviembre. Lord Matlock y yo seguiremos aquí, lo cual te dará el respaldo de la familia. Yo te ayudaré con los preparativos, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Elizabeth, al oírse pronunciar aquellas palabras con una voz algo débil.

—Unos trescientos invitados, creo. Las principales familias de Derbyshire, desde luego, y las familias más cercanas de los condados vecinos. Los Matlock escribiremos a nuestros contactos. Darcy invitará a la principal gente del condado. Y tú —Lady Matlock la miró con una expresión a la vez autoritaria y amable— invitarás a tu familia. A tu padre y a tu madre, si quieren venir. A tus otras hermanas. A los Bingley.

Los Bingley.

Jane.

A Elizabeth se le cortó la respiración, y por primera vez desde que Lady Matlock dijo la palabra baile, sintió algo distinto del temor. Jane podría venir a Pemberley. Jane iba a venir a Pemberley. Jane, que había leído la carta cifrada, que comprendía a qué se enfrentaba Elizabeth, que no podía ver a los muertos, pero siempre lo había sabido, siempre había sido el suelo firme bajo los pies de Elizabeth. Jane, a quien necesitaba con una urgencia que cada vez costaba más ocultar.

—Sí, los Bingley —dijo Elizabeth—. Eso me gustaría. Jane, mi hermana mayor, señora Bingley; creo que vendría antes. Para ayudar con los preparativos.

—Una idea excelente. Recuerdo a Jane de la boda; es una joven encantadora, y sensata. Te será de gran ayuda.

Habían llegado al paseo de tilos. Los árboles estaban ya desnudos, despojados de sus hojas por los vientos de octubre, y el sendero se alargaba ante ellas, largo y recto, mientras la vista de los terrenos más allá aparecía difuminada por una leve bruma que se aferraba a la parte baja.

Lady Matlock guardó silencio durante varios pasos. Cuando volvió a hablar, su voz había cambiado. Seguía habiendo en ella aquella energía resuelta, pero por debajo sonaba una nota que Elizabeth no le había oído antes, cauta e íntima.

—Tengo otro asunto —dijo—. Menos agradable que el baile, aunque quizá eso no diga mucho, puesto que el baile parece haberte alarmado considerablemente.

—No estoy alarmada. Tan solo estoy... acomodándome a la idea.

—Bien dicho.

Lady Matlock la miró de reojo.

—La señora Reynolds me dice que has estado preguntando por la familia. Por la historia de la casa, por el linaje de los Darcy. Me lo comentó porque se alegraba de ello; cree que demuestra que te importa la familia en la que has entrado al casarte, y tiene razón. Pero también mencionó que has preguntado específicamente por George. Por sus últimos días.

Elizabeth siguió caminando. Mantuvo la vista fija al frente, la expresión serena, y no permitió que se le alterase el paso.

—Sí —dijo—. Me pareció justo entender lo que ocurrió. A Darcy no le resulta fácil hablar de ello, y no quería presionarle. La señora Reynolds tuvo la amabilidad de contarme lo que recordaba.

—Sí. Recuerda muchas cosas, señora Reynolds.

Lady Matlock hizo una pausa, y cuando continuó, toda afectación había desaparecido. Lo que quedaba era una mujer que había perdido a su amiga más cercana por enfermedad y al marido de su amiga por muerte repentina, y que había cargado sola con su duda durante seis años.

—George no era un anciano, Elizabeth. Tenía cincuenta y dos años. No estaba enfermo. Cabalgaba todos los días, administraba la finca personalmente, era vigoroso, lúcido y dueño de sí por completo. Luego, una noche se acostó y no despertó. Nos dijeron que fue su corazón. Lo aceptamos, porque ¿qué otra cosa podíamos hacer?

—¿Qué otra cosa, en efecto? —dijo Elizabeth con cuidado.

—Había estado de visita unas semanas, antes de que muriera. ¿Lo sabías?

Elizabeth negó con la cabeza, un poco sorprendida. Nadie había mencionado eso, ni George ni Nana ni siquiera la señora Reynolds.

—Me marché, oh, unos tres días antes de su muerte. Se había puesto bastante alterado, lo cual no era propio de él. George siempre era el tranquilo, el ecuánime; era Anne quien sentía las cosas con intensidad, y George quien mantenía el orden. Pero aquella visita, algo andaba mal. Estaba distraído. —Se mostró brusco con los criados, algo inusual en él. Me dijo algo sobre su ahijado, Wickham. —Lady Matlock frunció el ceño, buscando el recuerdo—. No puedo recordar las palabras exactas. Algo sobre estar decepcionado, sobre haber descubierto algo, no estoy segura. No insistí. Supuse que era el viejo asunto, la tensión entre Wickham y Fitzwilliam. Sabía que George favorecía demasiado a Wickham y que eso causaba roces. Pensé que simplemente estaba asumiendo lo que todos los demás ya veían.

—¿Que Wickham no era merecedor de su favor?

—Es una forma interesante de expresarlo.

Lady Matlock la observó con curiosidad. Elizabeth se preguntó si sabría sobre el matrimonio de Wickham con Lydia, cómo había sucedido aquello, o incluso sobre Ramsgate y Georgiana.

—Quise decir que era imprudente y poco considerado favorecer a su ahijado por encima de su hijo. Fuera lo que fuese lo que George pensara sobre Wickham, era Fitzwilliam quien era su hijo y su heredero.

—Por supuesto —murmuró Elizabeth.

Lady Matlock dejó de caminar y se volvió para mirar a Elizabeth.

—Y entonces George murió. Wickham estaba en Pemberley cuando ocurrió, lo cual no me pareció importante en su momento, porque Wickham siempre estaba en Pemberley, entrando y saliendo como si el lugar le perteneciera. El médico dijo que fue su corazón. Lord Matlock se encargó de todo. Fitzwilliam volvió a casa. Enterramos a George junto a Anne. El mundo continuó, y yo nunca dije una palabra a nadie sobre la sensación que tenía de que algo no estaba bien.

—¿Por qué no? —preguntó Elizabeth.

—Porque ¿qué habría dicho? ¿Una sensación? ¿Un presentimiento de que las cosas no cuadraban? Eso no es prueba, Elizabeth. Eso es intuición femenina, y aprendí hace mucho que la intuición de una mujer, por certera que sea, no tiene peso en un mundo de hombres a menos que pueda respaldarla con hechos. No tenía hechos. Solo tenía el marido de una amiga muerto, el veredicto de un médico y un presentimiento que enterré porque los presentimientos no eran suficientes.

—Los presentimientos no son poca cosa —dijo Elizabeth.

Oyó el eco de lo que le había dicho a la señora Reynolds; sabía que no era la primera mujer en aquella casa en sentir la verdad y que le dijeran que no contaba.

Lady Matlock la miró pensativa.

—No —dijo—. No lo son. Por eso te lo cuento ahora, porque has estado haciendo las mismas preguntas que yo nunca me atreví a hacer, y creo que mereces saber que no eres la única en hallar respuestas incómodas.

Se quedaron frente a frente en el sendero, y la niebla se movía entre los árboles, y Elizabeth pensó en lo que significaría llevar a Lady Matlock a la verdad completa. Todavía no. No sin más pruebas tangibles de las que tenía en aquel momento. Pero la puerta estaba abierta, y Lady Matlock la había abierto ella misma, y eso importaba más de lo que Elizabeth podía expresar.

—Gracias —dijo Elizabeth—. Por contármelo.

—No me des las gracias. Debería haber dicho algo hace seis años. Debería haber hecho las preguntas y exigido las respuestas y no haber dejado que el mundo me dijera que un presentimiento no era suficiente.

La voz de Lady Matlock era firme, pero sus ojos brillaban.

—Si encuentras algo, Elizabeth, si tus preguntas llevan a alguna parte, prométeme que no cometerás el mismo error que yo. Prométeme que no callarás.

—Lo prometo.

Lady Matlock asintió una vez. Luego la fachada regresó, la armadura que había ceñido durante treinta años, brillante e impenetrable, y dijo con brío:

—Bien. Ahora. El baile. El salón de baile debe tener velas nuevas en la araña, que necesitará una buena limpieza. El suelo debe pulirse y luego espolvorearse con tiza. Tendremos que tratar el menú de la cena con la señora Reynolds, y tengo opiniones firmes sobre la música, que escucharás tanto si lo deseas como si no.

—No esperaría menos.

—Excelente. Entonces nos entendemos.

Lady Matlock se cogió del brazo de Elizabeth, y caminaron de vuelta hacia la casa juntas mientras el sol de la mañana atravesaba la niebla, y Pemberley resplandecía ante ellas en la luz otoñal, fría y metálica.



Elizabeth escribió a Jane aquella misma tarde.

No empleó la clave. No necesitaba hacerlo, porque esta carta era sencilla y sincera y no contenía nada que debiera ocultarse: ven a Pemberley. Ven pronto, antes del baile. Ven en cuanto puedas. Te necesito aquí.

La selló y se la entregó al lacayo para el correo de la tarde, y sintió, por primera vez en semanas, que había recuperado la firmeza bajo sus pies. La duda de lady Matlock no era una prueba. Sus recuerdos no constituían una demostración. Pero eran una confirmación procedente de una mujer viva: la inquietud que Elizabeth sentía no era solo suya, las preguntas que estaba formulando eran las correctas, y cuando llegara el momento de actuar no actuaría sola.

Había pensado, mientras caminaba de regreso a la casa con el brazo de lady Matlock enlazado al suyo, en qué más podrían hacer los Matlock. Lady Matlock tenía influencia. Tenía contactos, autoridad social, el tipo de poder que abría puertas y reorganizaba vidas sin que nadie advirtiera del todo que algo había ocurrido. ¿Podría persuadírsela de que se interesara por Lydia? ¿De que la invitara a

una larga visita, quizá, o de que encontrara algún pretexto para separarla de Wickham durante un tiempo?

Pero cada versión del plan se desmoronaba bajo su propio peso. Lydia no dejaría a Wickham de buen grado; tenía dieciséis años, estaba casada, seguía embelesada con la idea de estar enamorada. Se resistiría a cualquier intromisión. Wickham vería el engaño al momento y lo esquivaría con su encanto habitual, o simplemente se negaría, y una invitación rechazada de lady Matlock provocaría precisamente el tipo de preguntas que Elizabeth no podía permitirse responder. Explicar por qué Lydia necesitaba ser rescatada significaba explicar lo que era Wickham, lo que había hecho. Elizabeth le había prometido a Kitty que no lo haría hasta que Lydia estuviera a salvo. La lógica era un círculo vicioso: no podía salvar a Lydia sin revelar la verdad, y no podía revelar la verdad sin poner en peligro a Lydia.

Así pues, el dinero, por ahora. La discreta asignación de Darcy, manteniendo a Wickham satisfecho, manteniendo a Lydia alimentada y alojada y alejada de lo peor. No era suficiente, pero era lo que tenía.

El baile sí podía manejarlo. Tenía a Nana, a la señora Reynolds, ahora a lady Matlock. Entre todas Pemberley estaría lista. Y Jane vendría.

Jane vendría. Todo sería más fácil a partir de entonces, y de algún modo hallaría el valor, las palabras, para decirle a su marido la verdad.



Capítulo Quince

ELIZABETH HABÍA ENSAYADO LAS palabras exactas que diría dos veces aquella mañana: una en el baño, otra recorriendo de punta a punta la galería de retratos después del desayuno, mientras Edmund y Charlotte se perseguían de un extremo al otro y Kitty la observaba mientras fingía, con escasísimo éxito, examinar un cuadro.

La discusión con Kitty le había llevado casi toda la noche.

—No puedes decírselo sobre su padre —había dicho Kitty, tajante y segura, en cuanto Elizabeth sacó el asunto.

Estaban en el saloncito de Elizabeth, con la puerta cerrada con llave, hablando en voz baja.

—No puedes decirle a Darcy que su padre fue asesinado. Me lo prometiste, Elizabeth.

—Lo sé. No voy a hablarle del asesinato. Solo de los fantasmas. De mi don, de lo que soy.

—Y nada de George.

—Y nada de George.

Pero incluso mientras lo decía, el problema tomó forma.

—Salvo que debo hacerlo. Kitty, se lo conté a Georgiana. Ella sabe que su padre está aquí. En cuanto Darcy se entere de mi don, Georgiana sabrá que él conoce el secreto y hablará con él de ello. De su padre. No puedo pedirle que mienta a su hermano, ni puedo impedirle que hable con él. Así que o le cuento yo misma a Darcy lo de George, o lo oirá por Georgiana y sabrá que se lo he ocultado deliberadamente.

Kitty la miró fijamente.

—Entonces no puedes decírselo en absoluto.

—Tengo que hacerlo. Darcy sabe que le oculto algo, su paciencia no durará eternamente, y prefiero contarle una verdad a medias a que descubra toda la verdad por accidente.

Hizo una pausa.

—Y Lydia. El dinero ayudará, pero el dinero no basta. Necesito a mi marido a mi lado en esto, no mirándome al otro lado de la mesa del desayuno y preguntándose qué le oculto. —Necesito poder pedirle ayuda, ayuda de verdad para Lydia, sin tener que sopesar cada palabra por lo que pudiera revelar. No puedo hacerlo mientras crea que su esposa es una mujer corriente.

—Así que le hablas de George. ¿Y cuando pregunte por qué su padre sigue aquí?

—Diré... que no lo sé. Que algunos espíritus quedan ligados a los lugares que amaron, y que no entiendo del todo por qué unos permanecen y otros siguen adelante. Ni siquiera es del todo mentira.
—Eso es una mentira, Elizabeth.
—Sí. Es lo mejor que tengo.
Kitty no había discutido más. No se mostró exactamente de acuerdo, pero dejó de oponerse, que venía a ser lo mismo. Lo que sí había dicho aquella mañana, con aspecto casi tan tenso como se sentía Elizabeth, fue:
—Ve ahora. Antes de que vuelvas a perder el valor.
Elizabeth no se había echado atrás. Simplemente, en todas las ocasiones anteriores en que podría haber hablado, había encontrado una razón para no hacerlo.
Pero Jane iba a venir, y Jane le preguntaría si se lo había contado a su marido, y Elizabeth no podía enfrentarse a esa conversación sin una respuesta sincera.



Lo encontró en su despacho, como había supuesto a aquella hora. Estaba leyendo correspondencia, pero la dejó a un lado cuando ella entró, porque siempre lo hacía, y la alegría de su rostro hizo que lo que estaba a punto de hacer fuera a la vez más fácil y más terrible.
—Necesito decirte algo —dijo.
Darcy la miró. Su expresión no cambió, pero la mirada se le agudizó.

—¿No te sientas? —dijo con tono amable.

Como si tal vez pensara que ella podía huir si él sonaba formal o severo.

Se sentó. Se entrelazó las manos sobre el regazo y volvió a soltarlas.

—Hay algo sobre mí que debería haberte contado antes de casarnos. Algo que he llevado conmigo toda la vida, que mi familia conoce, y llevo tiempo intentando encontrar el momento adecuado para decírtelo, pero no hay un momento adecuado, así que elijo este.

Darcy se había puesto un poco tenso, con la postura rígida, casi como si esperara un golpe. Elizabeth vio que se preparaba para algo, aunque no podía saber qué esperaba. Una desdicha. Alguna pena que ella hubiera estado ocultando.

No se equivocaba, exactamente.

—Darcy, yo...

Un golpe en la puerta del despacho la interrumpió antes de que pudiera empezar a decirlo. Fue seco, urgente. Darcy lanzó a Elizabeth una mirada de disculpa antes de levantarse e ir a la puerta. Elizabeth se retorció las manos y se obligó a respirar despacio. Fuera quien fuese, se marcharía en un momento, pensó, y entonces lo diría.

Pero la voz al otro lado de la puerta era la de la señora Reynolds, que nunca los interrumpiría a la ligera, y sonó cuidadosamente controlada, aunque no del todo serena, cuando dijo:

—Le ruego me disculpe, señor Darcy, pero acaban de avistar un carruaje en la avenida de entrada. Es el carruaje de lady Catherine de Bourgh.

El silencio duró quizá dos segundos. Pareció bastante más largo.

—No ha escrito —dijo Darcy.

—No, señor.

Darcy se apartó de la puerta y miró a Elizabeth. Elizabeth miró a Darcy. La verdad que llevaba días reuniendo valor para decir quedó entre ambos, varada.

—Continuaremos esta conversación —dijo Darcy.

No era una pregunta.

—Sí —dijo Elizabeth—. La continuaremos.

Pero el momento había pasado. Los dos lo sabían. Elizabeth se puso en pie, se alisó el vestido y fue a recibir a lady Catherine con su marido a su lado y las palabras aún encerradas entre los dientes.

Lady Catherine descendió de su carruaje como si el suelo debiera sentirse honrado.

Vestía de bombasí negro, llevado menos por luto que por autoridad, y recorrió la entrada principal de Pemberley con una sola y amplia mirada y una expresión que dejaba claro que cuanto tenía ante sí le parecía por completo inadecuado. Detrás de ella, Anne de Bourgh, a quien su acompañante ayudó a bajar, pálida, delgada y parpadeando bajo el sol de octubre como una criatura que emergiera de un largo cautiverio. Lo cual, en cierto modo, supuso Elizabeth, era verdad. De veras jamás había esperado ver a Anne de Bourgh en Pemberley, tan lejos de la seguridad de Rosings.

—Fitzwilliam —dijo lady Catherine—. Ya estoy aquí.

—Ya lo veo —dijo Darcy.

Su voz era de una cortesía perfecta y gélida, y Elizabeth podía oír el esfuerzo que le costaba ser ambas cosas.

—No me quedaré mucho. Una semana, quizá dos. Quiero ver cómo se mantiene la casa. Anne necesita el aire; ha estado indispuesta, y la señora Jenkinson insiste en que esté en el campo. Tengo asuntos que tratar con mi hermano lord Matlock. Y deseo —volvió la mirada hacia Elizabeth, y la intensidad de aquella mirada resultaba abrumadora— ver cómo le va, señora Darcy.

—Muy bien, gracias —dijo Elizabeth, y sonrió, porque la mejor defensa contra lady Catherine siempre había sido la cortesía ofrecida con una impecable expresión impasible.

Desde algún punto a su espalda, oyó a George Darcy decir:

—Oh, Dios. Otra vez Catherine no.

Elizabeth no se inmutó. Mantuvo los ojos fijos en lady Catherine, la sonrisa en su sitio, y no reconoció, por ninguna señal visible, al fantasma de su suegro, que se había materializado justo al otro lado del umbral de la puerta principal, contemplando a su cuñada con horror sin disimulo.

—Vuelve a ir de negro —dijo George—. Lleva diecisiete años vistiendo de negro. Lewis lleva diecisiete años muerto y ella sigue castigando a todo el mundo con ello. Él no habría querido esto. Lewis quería que lo incineraran en una pira vikinga, algo que Catherine ni siquiera quiso considerar, así que difícilmente puede decirse que vista así por él.

Elizabeth tuvo que morderse el interior de la mejilla para impedir que la risa estallara al imaginar la expresión de lady Catherine si le decían que su marido había querido ser incinerado en una pira funeraria vikinga. Fue una de las cosas más difíciles que hizo en su vida. Saboreó la sangre.

Lady Catherine avanzó por el vestíbulo, inventariando defectos.

—Los suelos necesitan pulirse. Las flores no son las adecuadas. ¿Por qué son distintas las cortinas del salón amarillo? Eran azules la última vez que estuve aquí.

—Porque estaban descoloridas —dijo Nana, materializándose a la altura del hombro de Elizabeth con un sonoro resoplido—. Llevaban años descoloridas, y no se dio cuenta la última vez que vino. Ni en las tres visitas anteriores.

Elizabeth ya tenía a dos fantasmas haciéndole comentarios, y lady Catherine apenas había llegado al salón amarillo.

George y Nana siguieron a lady Catherine, y Elizabeth fue detrás de todos ellos, recibiendo comentarios por partida doble. Catherine examinó los muebles, pasó un dedo por la repisa de la chimenea, comprobó si había polvo y no encontró ninguno, lo que pareció decepcionarla. Examinó la disposición de las sillas y la declaró incorrecta. Miró el pianoforte y dijo que había que afinarlo, aunque cómo podía saberlo sin tocar una sola nota, Elizabeth no acertaba a imaginarlo.

—No sabe tocar —confió George a Elizabeth—. Nunca supo. Tiene opiniones firmísimas sobre la música de los demás y no es capaz ni de tocar una escala. Annie solía decir que era la mayor tristeza de Catherine, aunque jamás lo habría admitido.

Catherine se detuvo ante el retrato de Lady Anne que colgaba sobre la chimenea. Guardó silencio un instante, y George guardó silencio también. Luego Catherine dijo:

—Hay que limpiar el marco.

Y siguió adelante.

—No puede decir que la echa de menos —dijo George—. Dieciséis años, y aún no puede simplemente decir que echa de menos a su hermana.

—La servidumbre parece bastante competente —prosiguió lady Catherine, volviendo su atención hacia las dos doncellas y los dos lacayos alineados contra la pared a la espera de instrucciones—. Aunque a los lacayos les vendría bien una postura mejor. En mi casa, insisto en ello. La buena postura es el fundamento del orden doméstico.

—Dijo exactamente lo mismo en 1796 —observó George—. Y en 1802. Y en todas las visitas entre ambas fechas. Creo que lo considera toda una filosofía.

Georgiana, que había bajado para recibir a su tía, se encontró con la mirada de Elizabeth en el preciso instante en que George dijo aquello. No podía ver a su padre; no podía oírlo. Pero sí podía leer el rostro de Elizabeth, y fuera lo que fuese lo que encontró allí, fue demasiado; dejó escapar un sonido que estuvo a punto de ser una risa, lo convirtió en una tos y dijo:

—Perdonadme, creo que he dejado algo en la sala de música.

Y salió huyendo.

Lady Catherine la siguió con la mirada.

—La muchacha sigue siendo muy nerviosa. Debes poner remedio a eso, Fitzwilliam.

—Georgiana está bien —dijo Darcy, en un tono que no invitaba a más comentarios.

Lord Matlock apareció en el umbral sin prisa, porque había sobrevivido a décadas de apariciones de su hermana y había

aprendido el valor de entrar tarde.

—Catherine. Qué agradable sorpresa.

—No es ninguna sorpresa, Matlock. Le escribí.

—No lo hiciste.

—Pensaba hacerlo. El efecto es el mismo.

—No es ni remotamente lo mismo —dijo lady Matlock, entrando detrás de su marido—, pero nos las arreglaremos. La señora Reynolds dice que tendrás las habitaciones azules, Catherine; dan al este, y sé que prefieres la luz de la mañana. Señora Darcy, ¿quiere que me ocupe de los preparativos?

—Gracias —dijo Elizabeth, y lo decía de verdad, porque lady Matlock ya estaba sacando a lady Catherine del salón amarillo en dirección a la escalera. Elizabeth necesitaba desesperadamente unos momentos a solas antes de hacer el ridículo absoluto.

—Me gusta Margaret —dijo George, observando a las dos mujeres desaparecer escaleras arriba—. Siempre me ha gustado Margaret. Es la única persona viva capaz de conseguir que Catherine haga algo sin que Catherine advierta que la están manejando.

Elizabeth se permitió, por un breve instante, cerrar los ojos.

Anne de Bourgh no había seguido a su madre escaleras arriba. Permanecía en el vestíbulo, pequeña y silenciosa, mirando Pemberley a su alrededor como si lo viera con claridad por primera vez. Cuando advirtió que Elizabeth la observaba, sonrió; una sonrisa tímida, insegura. Elizabeth le devolvió la sonrisa y pensó: aquí hay una muchacha a la que le han dicho toda la vida lo que debía pensar, y que empieza a preguntarse si algo de ello era cierto.

—Señorita de Bourgh —dijo Elizabeth—. Bienvenida a Pemberley. Espero que se encuentre cómoda aquí.

—Gracias, señora Darcy —dijo Anne—. Creo que sí.

Era una frase muy sencilla, y Anne la pronunció tan bajo que sonó, de manera extraordinaria, a alivio.

—Tenemos preparadas las habitaciones amarillas para usted, señorita de Bourgh —dijo la señora Reynolds con calidez—. ¿Me permite que la acompañe arriba?

—Gracias, señora Reynolds —dijo Elizabeth, profundamente agradecida por la eficacia del ama de llaves. Cómo había conseguido la señora Reynolds tener preparadas dos de las mejores habitaciones de invitados con apenas diez minutos de aviso era un misterio, pero Elizabeth no dudaba de que los esfuerzos de Pemberley no la dejarían en mal lugar.

Para la segunda velada, Elizabeth comprendió que lady Catherine iba a ser un problema de un orden enteramente distinto al de los Matlock.

Había esperado la desaprobación. Había esperado los comentarios sobre los muebles, los menús, la administración de la casa, el hecho de que Elizabeth hubiera nacido como mera hija de un caballero rural y no en el seno de la nobleza. Ya había soportado antes la oposición de lady Catherine, y no temía las opiniones de aquella mujer.

Lo que no había esperado era la vigilancia.

Lady Catherine lo vigilaba todo. Vigilaba a Elizabeth en las comidas, durante los paseos, en el salón amarillo. Se fijaba en con quién hablaba Elizabeth y cuánto duraban las conversaciones. Seguía sus

entradas y salidas: cuándo abandonaba una estancia, cuánto tiempo permanecía fuera, si regresaba con aspecto distinto del que tenía al marcharse.

Kitty, que intuyó el peligro al instante, pasó a la acción. En el salón amarillo, después del té, cuando George Darcy apareció junto a Elizabeth hablando de las pequeñas crueldades de lady Catherine hacia su hermana cuando eran jóvenes, Kitty se lanzó a un relato largo y animado sobre una novela que estaba leyendo, dirigido a Elizabeth de un modo que no exigía de ella más que algún asentimiento ocasional y un murmullo de conformidad. Elizabeth podía escuchar a George mientras aparentaba escuchar a Kitty, y lady Catherine, observando desde su silla junto al fuego, no veía más que a una joven soportando con tedio el entusiasmo literario de su hermana. Era perfecto, fruto de años de práctica, y Elizabeth le estuvo agradecida en silencio.

Pero Kitty no podía estar en todas las habitaciones.

A la mañana siguiente, Elizabeth se detuvo en el pasillo para escuchar a Nana, que quería contarle lo de una doncella que andaba coqueteando con uno de los lacayos, y, cuando se volvió, lady Catherine estaba de pie al otro extremo, observándola.

—¿Estaba hablando con alguien, señora Darcy?

—Estaba contando los candelabros de pared —dijo Elizabeth—. La señora Reynolds me pidió que comprobara si todos tenían velas nuevas antes del baile.

—Estaba completamente inmóvil. Y movía los labios.

—Estaba contando —repitió Elizabeth—, sonrió y pasó junto a lady Catherine con el corazón desbocado.

—Bruja —dijo Nana, y por un instante Elizabeth pensó que había sido lady Catherine quien lo había dicho, dirigido a ella, y un terror glacial le heló el pecho.

En la cena de aquella noche, lady Catherine disertó sobre la administración de las grandes propiedades, asunto en el que se consideraba la mayor autoridad de Inglaterra. Dirigió la mayor parte de sus observaciones a Darcy y a lord Matlock, aunque de vez en cuando lanzaba a Elizabeth algún comentario con la punzante intención de ponerla a prueba.

—Confío en que no haya estado haciendo cambios en la casa, señora Darcy. Una esposa reciente debería limitarse a observar durante al menos un año antes de atreverse a alterar nada.

—He hecho pocos cambios —dijo Elizabeth—. La señora Reynolds y yo consultamos a diario, y ella me orienta admirablemente.

—La señora Reynolds.

El tono de lady Catherine sugería que apoyarse en un ama de llaves equivalía a confesar una incapacidad.

—Cuando yo me hice cargo de Rosings, no necesité orientación. Supe enseguida qué hacía falta.

—Qué afortunado para Rosings —murmuró lady Matlock, y lord Matlock se interesó intensamente por su vino.

Pero entonces, cuando retiraron el postre, lady Catherine volvió a fijar su atención en Elizabeth, y esta vez no había nada casual en ello.

—Parece cansada, señora Darcy. ¿Duerme bien? Siempre he creído que las mujeres de disposición nerviosa necesitan más descanso que

las demás. Es una debilidad de la constitución, no una deficiencia moral, y no hay vergüenza alguna en admitirlo.

La mesa quedó en silencio. Darcy dejó su copa.

—Elizabeth goza de excelente salud —dijo.

—No he dicho que no la tenga. He dicho que parece cansada. Hay una diferencia, Fitzwilliam. Un marido que se precie debe estar atento a estos detalles.

Elizabeth sonrió.

—Estoy perfectamente bien, lady Catherine. Le agradezco su preocupación.

Bajo la mesa, se aferró las manos con fuerza, porque lady Catherine acababa de hecho su primera jugada. Disposición nerviosa. Un fallo de la constitución. El lenguaje de los médicos, de los internamientos, de las mujeres encerradas. Y, además, uno fácil de esgrimir contra Elizabeth, hija de una mujer que se quejaba sin cesar de los nervios.

Después de cenar, encontró a Kitty en la biblioteca, leyendo tranquilamente en compañía de la señorita Pardoe, aunque Kitty, por supuesto, creía estar leyendo sola.

—Me está observando —dijo Elizabeth, dejándose caer en una silla con bastante poca gracia—. No de pasada. Busca algo.

—Siempre ha querido que este matrimonio fracase —señaló Kitty—. Si encuentra el menor indicio de que algo no va bien contigo, lo utilizará.

—Lo sé.

—Entonces debes tener más cuidado. Nada de conversaciones en los pasillos donde cualquiera pueda verte. Nada de detenerte. Nada de mirar cosas que no están ahí.

—George Darcy tiene información que necesito. No puedo dejar de hablar con él porque lady Catherine esté en la casa. Y Nana desde luego no va a quedarse callada, jamás.

—Entonces busca algún lugar donde hablar con ellos que no implique quedarte de pie en los corredores moviendo los labios.

Elizabeth siguió sentada, sopesando la gravedad del problema. Hasta entonces Pemberley había sido una casa benévola, donde la señora Reynolds era amable, Darcy era paciente y los Matlock afectuosos. Lady Catherine no era ninguna de esas cosas. Era hostil y perspicaz, y esgrimía las armas que la sociedad concedía a las mujeres que deseaban destruir a otras mujeres: chismorreos, insinuaciones, la sombra de la locura. En 1812, un marido podía internar a una esposa incómoda con poco más que la palabra de un médico. Y Elizabeth aún no le había dicho la verdad a Darcy, por lo que ahora se lo reprochaba con más dureza que nunca.

—Catherine conocía bien esta casa —dijo George Darcy desde detrás de Elizabeth, sobresaltándola.

Aquella noche parecía más presente, como si la llegada de su cuñada hubiera removido en él algo inquieto.

—Venía a menudo cuando Anne vivía. Ella y mi esposa discutían por todo, desde las alfombras hasta la educación de los niños, pero eran familia, y la familia acudía cuando hacía falta. Catherine estaba aquí cuando nació Fitzwilliam. También estaba aquí cuando nació Georgiana, y Anne murió en sus brazos.

—¿Estaba aquí cuando murió usted?

—No. Habíamos reñido. Catherine me consideraba un necio por el favor que mostraba a Wickham. «Un hijo de administrador», lo

llamaba, como si eso zanjara la cuestión. Me dijo que estaba siendo sentimental, que estaba anteponiendo a un muchacho sin derecho alguno sobre la familia a mi propio hijo y heredero.

Hizo una pausa.

—Tenía razón, aunque no por los motivos que ella imaginaba. Vio el problema del rango. No vio el problema del carácter. Nadie lo vio, excepto Fitzwilliam.

—¿Y discutieron por eso?

—Amargamente. La última vez que vino de visita, me dijo que viviría para lamentar mi ceguera en lo tocante a Wickham. Yo le respondí que el gobierno de mi casa no era asunto suyo. Se marchó a la mañana siguiente y no regresó.

Su voz se volvió inexpresiva.

—No viví para lamentarlo, a decir verdad. Fue, simplemente, lo que me mató.

Elizabeth guardó silencio. Lady Catherine, que se equivocaba en tantas cosas, había tenido razón acerca de Wickham. No acerca de su carácter; había objetado a su condición, no a su alma. Pero aun así la conclusión había sido correcta, y George la había desestimado porque venía envuelta en esa forma tan particular de condescendencia esnob de Catherine. Igual que había desestimado a Fitzwilliam. Igual que había desestimado a todos los que intentaron decirle lo que no quería oír.

—No te lo pondrá fácil —dijo George—. Catherine no perdona, no olvida y jamás en su vida ha dejado descansar un asunto cuando se creía en posesión de la razón. Ha venido aquí a encontrarte defectos, Elizabeth. Y los encontrará, si le das la menor oportunidad.

—Kitty —dijo Elizabeth—. Necesitamos a Jane.

—Jane viene.

—Jane debe darse prisa.

Fue al escritorio, sacó una hoja limpia de papel y empezó una segunda carta para Jane. Esta no trataba del baile. Kitty la dejó sola, y George también, quizá porque ambos percibían que necesitaba concentrarse. En hallar palabras para expresar su urgencia sin revelarla a nadie salvo a su destinataria.

Apenas la había sellado cuando llamaron a la puerta. Era su marido. Estaba en el umbral, todavía vestido para la cena, y la miró un momento antes de hablar.

—Ibas a decirme algo cuando entraste ayer por la mañana en mi despacho.

—Sí.

—La llegada de mi tía no cambia eso. Sea lo que sea, Elizabeth, prefiero oírlo de ti antes que enterarme por otro lado.

Lo miró. No exigía nada. No estaba enfadado. Simplemente estaba en la puerta, pidiéndole que confiara en él, y lo peor de todo era que quería hacerlo.

—Lo haré. Pronto.

—Eso ya lo dijiste antes.

—Lo sé. Y cada vez lo digo más en serio, lo cual debería contar por algo.

Él la miró atentamente. Luego cruzó la habitación, le besó la frente.

—Buenas noches, Elizabeth.

—Buenas noches.

Se fue. Elizabeth escuchó cómo sus pasos se alejaban por el pasillo, luego volvió a su carta y añadió una sola posdata en el reverso: Ven enseguida.



Capítulo Dieciséis

LADY CATHERINE NO BAJÓ a desayunar a la mañana siguiente. Había enviado recado a través de la señora Jenkinson de que tomaría una bandeja en sus aposentos, pues una inquietud inexplicable la había atormentado durante la noche y padecía dolor de cabeza.

Elizabeth cayó entonces en la cuenta de que las habitaciones azules lindaban con el corredor este, por el que solían rondar algunos de los fantasmas más antiguos y melancólicos de Pemberley. Fantasmas que difícilmente habrían tolerado los aires altivos de lady Catherine de Bourgh y su hostilidad hacia la nueva señora de Pemberley. Elizabeth cruzó la mirada con Nana al otro lado de la mesa del

desayuno. Nana parecía inocente, lo cual siempre era señal de alarma.

—No hice nada —dijo Nana—. No es culpa mía que Catherine eligiera las habitaciones azules.

—Sugeriste las habitaciones azules a la señora Reynolds —murmuró Elizabeth, mientras aceptaba más chocolate del lacayo.

—¿Cómo iba a hacerlo, si la señora Reynolds no puede verme ni oírme? — Nana adoptó un aire piadosamente indignado.

Elizabeth lo dejó pasar, porque la ausencia de lady Catherine había producido una transformación en la mesa del desayuno que merecía cualquier travesura espectral.

Anne de Bourgh estaba comiendo.

No simplemente aceptando tostadas y moviéndolas por el plato, como había hecho la mañana anterior bajo la mirada vigilante de su madre, sino comiendo de verdad: dos rebanadas de pan con mantequilla y miel, un huevo pasado por agua con una gruesa loncha de jamón, una taza de té que apuró y luego volvió a llenar. Se sentó junto a Georgiana, escuchó el relato de Kitty sobre el libro que estaba leyendo, e hizo una observación sobre el autor tan seca, tan certeramente apuntada, que Kitty soltó una carcajada. Georgiana miró a su prima como si la viera por primera vez.

—Tiene los ojos de Annie —dijo George Darcy.

Estaba de pie junto a la ventana, observando a su sobrina. Elizabeth se había acostumbrado a los ángulos de su rostro cuando estaba enfadado, a la rigidez de su mandíbula cuando hablaba de Wickham, a la furia fría que irradiaba cuando se discutía su asesinato. Esto no

era nada de eso. Parecía, por primera vez desde que Elizabeth lo conocía, simplemente triste.

—Catherine la llamó así por mi esposa —dijo—. Fue lo único generoso que Catherine hizo jamás, y ha estado castigando a la muchacha por el parecido desde entonces. Annie era todo lo que Catherine quería ser y no podía. Hermosa. Amada. Casada con un hombre que la adoraba en lugar de simplemente tolerarla. Y ahora la tocaya de Annie se sienta a mi mesa, delgada, pálida, apenas la mitad de la mujer que podría haber sido, porque Catherine no pudo soportar criar a una hija que le recordara lo que su hermana tuvo.

—Esa niña necesita que le den de comer —dijo Nana desde su puesto cerca del aparador—. Necesita sol, aire, conversación que no empiece y termine con lo que su madre permite. Mírala, George. Tiene veintitrés años y nunca le han permitido ocupar el espacio que merece.

—Lo veo —dijo George—. Lo llevo viendo años.

—Entonces deja de parecer afligido y deja que Elizabeth haga algo.

Elizabeth, que no podía responder a ninguno de ellos sin alarmar a los miembros vivos de la mesa, dio un sorbo con cuidado a su chocolate y dijo, dirigiéndose a la sala en general:

—Es una mañana hermosa para la época del año. Anne, ¿te gustaría pasear por los jardines después del desayuno? Georgiana y Kitty pueden mostrarte lo que han estado haciendo con el jardín de rosas.

Anne levantó la vista, y el placer cauteloso en su rostro resultaba casi peor que la miseria. Parecía una muchacha que había aprendido a no desear cosas, y a quien ahora se le ofrecía algo que no estaba nada segura de poder aceptar.

—Me gustaría mucho —dijo—. Si estáis seguras de que no estorbaré.
—No estorbarás —dijo Georgiana con firmeza—. Estarás exactamente en el lugar correcto.



Los cuatro pasaron la mañana en el jardín de rosas, y para el almuerzo Anne de Bourgh tenía tierra bajo las uñas, algo que Elizabeth sospechaba que ocurría por primera vez en su vida.
Georgiana y Kitty llevaban ya semanas trabajando en la restauración, guiadas por el retrato de la galería y por los exigentes recuerdos de Nana acerca de cómo había sido el jardín en sus mejores tiempos. Habían arrancado lo peor de la corregüela, delimitado los parterres y empezado a devolver cierto orden a los rosales ya asentados, aunque el invierno se acercaba y había un límite para lo que podía hacerse antes de la primavera. Le enseñaron a Anne el retrato de lady Margaret, le explicaron sus planes y le pusieron unas tijeras de podar en la mano, y Anne, que probablemente no había sostenido una herramienta de jardinería en toda su vida, se aplicó a ello con una concentración silenciosa que le recordó a Elizabeth, con una punzada aguda, lo que George había dicho de su esposa. La esencia de Annie. Aquella cuidadosa atención a los seres vivos.
La sonrisa de Lady Margaret era más amplia, pensó Elizabeth, y la dirigía por igual a las muchachas y a las rosas.

Al menos uno de los fantasmas de Pemberley estaba satisfecho. Elizabeth se preguntó si Lady Margaret descansaría al fin o si simplemente se desvanecería allí mismo, feliz mientras sus rosas fueran cuidadas y queridas.

El jardín era también, tuvo que admitir Elizabeth, el lugar más seguro de Pemberley mientras Lady Catherine se alojara allí. Catherine no se dedicaba a la jardinería. Catherine no salía a pasear con frío si podía evitarlo. Allí fuera, entre los tallos desnudos de los rosales y la tierra removida, Elizabeth podía hablar con Nana sin miedo a que la observase nadie que pudiera sacar conclusiones sobre su cordura.

George no acudía al jardín. Su desasosiego lo retenía dentro de la casa, recorriendo una y otra vez los pasillos que no podía abandonar, y los terrenos más allá de la terraza no parecían ejercer atracción alguna sobre él. Pero Nana sí acudía, flotando cerca del viejo reloj de sol que marcaba el centro del jardín, observando trabajar a las cuatro jóvenes.

—Está mejor aquí fuera —dijo Nana—. Tiene color. Casi parece viva.

—Pero si está viva, Nana.

—Quise decir que parece saberlo, y eso ya es más de lo que podía decirse de ella ayer.

Después del almuerzo, con Lady Catherine aún ausente por fortuna, Georgiana propuso salir a caballo. Llevaba tiempo queriendo enseñarle a Kitty la vista desde la loma que se alzaba sobre el prado del sur. La tarde era clara y fría; los caballos necesitaban ejercicio.

—Anne —dijo Georgiana, volviéndose hacia su prima como si fuera lo más natural del mundo—, ¿quieres venir?

Por el rostro de Anne pasaron varias expresiones en rápida sucesión: sorpresa, anhelo y luego una inconfundible sombra de miedo.

—No he traído conmigo traje de montar —dijo—. Mamá no creyó que debiera montar.

—Yo tengo tres —dijo Georgiana—. Nos parecemos bastante de talla; estoy segura de que uno te servirá. Y Elizabeth, tú también tienes que venir.

—No soy muy buena amazona —dijo Elizabeth, lo cual era cierto, pero Kitty le dirigió una mirada que no admitía réplica, y no tuvo más remedio que ir.

El propio Darcy, cuando oyó sus planes, salió al establo y eligió los caballos para todos. A Elizabeth la subió a un castaño castrado que, le aseguró, era manso y extraordinariamente seguro, aunque con buen brío si quería apremiarlo. Cuando Darcy se apartó para escoger una montura para Anne, uno de los hermanos mozos de cuadra espectrales se acercó a la cabeza del caballo. Se inclinó sobre la cabeza del caballo y le susurró algo que Elizabeth no alcanzó a oír, y el castrado irguió las orejas, arqueó el cuello, como si reconociera una mano familiar. El caballo podía sentirlo, comprendió Elizabeth. Los animales, al parecer, tenían su propia percepción de los muertos. El mozo de cuadra sostuvo su mirada y se tocó la gorra con respeto.

—Estará segura con Jasper, señora. Él sabe que ha de cuidar de usted.

Había dado por hecho que Darcy la pondría en un caballo al que considerara digno de confianza para ella, pero era agradable saber que los espectrales mozos de cuadra también velaban por la nueva

señora de Pemberley. Se preguntó si el caballo habría entendido realmente lo que el mozo le había susurrado.

Para Anne, Darcy pidió a los mozos de cuadra que sacaran una yegua dócil, una criatura plácida, de ojos mansos y paso suave. Anne montó con rigidez, como si sus músculos hubieran olvidado qué debían hacer, pero sus manos recuperaron la memoria en los primeros minutos, y para cuando llegaron al prado del sur iba erguida y suelta en la silla, con el rostro vuelto al viento.

—Mamá dejó de permitírmelo cuando tenía doce años —dijo Anne.

Cabalgaban lado a lado por el ancho sendero que conducía hacia la loma, mientras el sol de octubre proyectaba largas sombras sobre el parque.

—Dijo que era demasiado frágil. El doctor Harris estuvo de acuerdo, aunque el doctor Harris está de acuerdo con todo lo que dice mamá, porque ella le paga muy bien para que confirme sus opiniones.

—Es una observación extraordinariamente lúcida —dijo Elizabeth.

—He tenido muchísimo tiempo para elaborarlo. En Rosings no hay mucho más que hacer.

Las manos de Anne se mantenían firmes sobre las riendas ahora, y su postura mejoraba con cada tranco. Había aprendido bien, comprendió Elizabeth; la destreza yacía oculta tras años de desuso, no ausente.

—De pequeña solía montar con mi padre. Tenía un caballo de caza gris llamado Atlas, y me sentaba delante de él cuando salíamos antes del desayuno. Recuerdo el olor del caballo, el aire frío y la sensación de su brazo rodeando mi cintura. Ser completamente, perfectamente feliz.

—¿Cuántos años tenías cuando murió Sir Lewis?

—Seis. Después de eso, todo cambió. Mamá siempre había sido, bueno, mamá, pero papá la equilibraba. Podía hacerla reír, cosa que nadie más ha conseguido jamás, y podía hacer que escuchara, que es más difícil todavía. Cuando murió, ya no hubo nadie que la contrarrestara, y ella pasó a ocuparse de todo.

Llegaron a la cima de la loma, detuvieron los caballos y contemplaron el valle. Pemberley se extendía abajo, bajo la luz otoñal: la casa, el parque, el lago, la línea oscura de los bosques más allá. Anne guardó silencio durante largo rato, absorta en la vista.

—Vine aquí de niña —dijo por fin—, con mi madre, antes de que muriera tía Anne. Falleció solo un año después que papá, así que supongo que yo tendría siete años. Recuerdo el lago, los jardines, a Fitzwilliam intentando enseñarme a hacer rebotar piedras. Bastante mal, por cierto. Y recuerdo a la señora Reynolds, que me daba pan de jengibre y me llamaba señorita Annie.

—La señora Reynolds lo mencionó —dijo Elizabeth—. Le tenía mucho cariño.

—Fue amable.

Anne siguió mirando el paisaje un momento más, y cuando volvió a hablar, su voz era distinta. Más queda. Más cautelosa.

—Mamá hablaba de Pemberley, ¿sabes? Constantemente. De tía Anne, de tío George, de cómo deberían haberse hecho las cosas.

Elizabeth hizo una pausa un momento y luego preguntó con delicadeza:

—¿Dijo alguna vez algo sobre la muerte de su tío?

Anne la miró, y Elizabeth vio cómo aquellos ojos se aguzaban, los ojos que, según George, eran los de su Annie. No era suspicacia, sino atención. La atención callada y cauta de una mujer que se había pasado la vida escuchando desde los rincones de habitaciones donde nadie pensaba que importara.

—Decía que murió porque no quiso escuchar —respondió Anne—. Eso lo recuerdo con toda claridad, porque me pareció una cosa extraña que decir de un hombre que había muerto mientras dormía. Pero mamá dice cosas extrañas con bastante frecuencia, y aprendí pronto a no preguntar qué quería decir con ellas.

Kitty se cruzó con la mirada de Elizabeth, y en ella había sorpresa. Elizabeth se sorprendía cada vez menos siempre que alguien daba a entender que la muerte de George Darcy no había sido del todo normal, pero era interesante oír que lady Catherine quizá tuviera una teoría más sólida al respecto. No es que Elizabeth pudiera preguntárselo exactamente.

—¿Volvemos? —dijo Georgiana—. Se está yendo la luz.

Volvieron los caballos hacia casa. Anne cabalgaba junto a Georgiana; las dos hablaban de música, de Londres, de las cosas de las que hablan las jóvenes cuando gozan de absoluta privacidad. Kitty se rezagó para cabalgar junto a Elizabeth.

—Murió porque no quiso escuchar —dijo Kitty en voz baja.

—Lady Catherine quería decir que no quiso escucharla a ella —convino Elizabeth—. Sobre Wickham.

—Sí. Pero es una manera extraña de decirlo.

—Todo lo que dice Lady Catherine es una manera extraña de decir las cosas. Eso no lo hace menos cierto. Aunque Lady Catherine

sospeche de Wickham, ¿y qué? No puedo preguntárselo, y las sospechas no son pruebas.

Kitty hizo una mueca, porque sabía que lo que decía Elizabeth era verdad. Entonces Anne la llamó, y Kitty espoleó su caballo hacia delante mientras volvía a sonreír. Elizabeth se quedó siguiéndolas de regreso, rumiando lo que Lady Catherine había querido decir con no quiso escuchar.



Aquella tarde, mientras la casa se vestía para la cena, Nana encontró a Elizabeth en su saloncito.

—Tienes que llevarte a esa chica a Londres —dijo Nana, sin preámbulos.

Elizabeth lo llevaba pensando desde el paseo, cuando vio cómo Anne revivía en la silla, cómo el color le volvía al rostro, cómo la rigidez abandonaba su espalda, y la vio hablar, reír y convertirse, durante unas horas, en alguien más próxima a la mujer en que podría haberse convertido si Lady Catherine se lo hubiera permitido.

—Con Georgiana y Kitty, para la Season —precisó Elizabeth.

—Sí. Lo necesita. Necesita conciertos, exposiciones, bailes. Necesita descubrir que tiene opiniones propias y que la gente las escuchará. Y necesita —dijo Nana, con la vehemencia particular que reservaba para los asuntos que consideraba urgentes— estar lejos de esa mujer el tiempo suficiente para recordar quién es.

—Lady Catherine no aceptará jamás.

—El consentimiento de Lady Catherine no hace ninguna falta. Anne es una mujer adulta. Tiene veintitrés años, más que tú, y tiene derecho a su propia vida. Lo que hace falta es alguien lo bastante valiente para ofrecérsela.

—Y alguien que se ponga entre ella y su madre cuando Catherine se oponga.

—Tú tienes a Darcy. Darcy tiene a Lord Matlock. Entre los dos, Catherine puede ser controlada. Montará en cólera, amenazará, hará la vida imposible a todo el mundo durante una quincena. Luego se enfurruñará. Después afirmará que fue idea suya desde el principio. La he visto hacerlo cien veces. Es su manera de ser.

Elizabeth encontró a Darcy después de cenar, en el despacho. Lord Matlock estaba con él, y decidió que el destino le había hecho un favor, porque podía planteárselo a ambos al mismo tiempo.

—Me gustaría invitar a Anne a Londres para la Season —dijo—. Con Georgiana y Kitty. Las tres juntas.

Lord Matlock dejó su vaso. Darcy miró a Elizabeth, y se le iluminó el rostro. No era sorpresa; era reconocimiento. Como si llevara años esperando que alguien dijera lo que él mismo había estado pensando.

—Anne nunca ha tenido una Season —dijo Lord Matlock—. Catherine no lo permitió. Dijo que la salud de Anne no la resistiría, lo cual entonces era un disparate y sigue siéndolo ahora. La muchacha no es robusta, pero no se está muriendo, por mucho que Catherine se empeñe en creerlo.

—Esta tarde ha montado a caballo —dijo Elizabeth—. Por primera vez en años. Ha estado magnífica de verdad.
—¿De veras? —Lord Matlock pareció complacido—. De niña montaba muy bien. Lewis le enseñó. Le habría alegrado oírlo.
—Entonces, ¿apoya la idea?
—De todo corazón. ¿Darcy?
—Me parece una idea excelente. Anne no es una niña, y ya la han tenido en esa casa demasiado tiempo.
—Catherine montará en cólera —observó Lord Matlock, sin especial preocupación.
—La tía Catherine montará en cólera —convino Darcy—. Pero Anne merece una vida, tío. Ya ha esperado bastante por una. Elizabeth y yo tenemos la oportunidad de darle esto; si acepta, no debemos permitir que la tía Catherine la detenga.
Se lo dijeron a Anne a la mañana siguiente, antes del desayuno, en el pequeño salón donde el sol de primera hora entraba por las ventanas del este y llenaba de luz la estancia. Elizabeth había pedido también a Georgiana y a Kitty que estuvieran presentes, porque quería que Anne viera el recibimiento que la esperaba y porque Georgiana había ensayado un pequeño discurso sobre cuánto deseaba la compañía de su prima, y Elizabeth no tuvo corazón para impedírselo.
Georgiana no llegó a terminarlo.
—Anne, nos gustaría que vinieras a Londres con nosotras para la Season, si te apeteciera...
Pero Anne se llevó la mano a la boca antes de que pudiera seguir, se le llenaron los ojos de lágrimas y el discurso dejó de ser necesario.

—Sí —dijo Anne—. Sí. Si están seguras. Si de verdad...

—De verdad —dijo Kitty, tomando la mano de Anne.

El gesto resultó claramente insuficiente, porque Anne le echó los brazos al cuello y luego se volvió hacia Georgiana para repetir el abrazo.

—Mamá no lo permitirá —dijo Anne, al cabo de un momento, cuando pudo volver a hablar.

—Obtendremos el permiso de tu madre —dijo Elizabeth—. Darcy y Lord Matlock ya han acordado ocuparse de ella.

Anne miró a Elizabeth con una expresión en la que se mezclaban gratitud, terror y esperanza, y Elizabeth pensó en lo que había dicho Nana: necesitaba recordar quién era. Quizá aquello fuera el comienzo de ese recuerdo.

Desde el umbral, invisible para todos salvo para Elizabeth, Nana contemplaba la escena con los brazos cruzados, la barbilla erguida y una expresión por una vez enteramente libre de reproche.

—Bien —dijo—. Eso es algo hecho como es debido en esta casa.

Y desde el rincón más alejado de la habitación, George Darcy permanecía inmóvil, observando a su sobrina llorar de alegría por algo que cualquier otra habría dado por sentado, sin decir nada. No le hacía falta. Su rostro lo decía todo.

Elizabeth apartó la vista antes de que su propia expresión pudiera traicionarla y dijo con viveza:

—Bien. Desayuno. Y será mejor que comamos deprisa, porque Lady Catherine bajará a las nueve y me gustaría disfrutar de la mañana mientras dure.



Capítulo Diecisiete

ERA EL NOMBRE QUE no dejaba de volverle a la cabeza, clavándose en sus pensamientos. Como si de algún modo fuera importante, un hilo del que aún no había tirado.

Sally Wilson. George Darcy había hablado de ella la noche en que le contó a Elizabeth el enfrentamiento con Wickham. La muchacha a la que Wickham había dejado encinta. La muchacha cuyo padre había acudido a George desesperado. George le había creído y se había enfrentado a Wickham aquella misma noche. Por la mañana, George estaba muerto. Ahí terminaba la historia para George. Había muerto sin saber qué había sido de Sally Wilson, o de su hijo, o si Wickham había afrontado consecuencia alguna.

Elizabeth le había preguntado a Nana. Nana había oído el nombre; sí, recordaba a los Wilson, una respetable familia de arrendatarios que llevaba en Pemberley tanto tiempo como ella, pero no tenía manera de saber qué había ocurrido después de la muerte de George. Estaba ligada a la casa y a los jardines más próximos. La vida de los arrendatarios más allá de los muros de Pemberley quedaba fuera de su alcance.

—Tendrás que preguntar a los vivos —había dicho Nana, y lo había dejado ahí, como si los vivos fueran un recurso que a Elizabeth no se le hubiera ocurrido consultar.

Los vivos.

Elizabeth no quería preguntárselo a su marido. Pero había otra persona que quizá tuviera la información que necesitaba; quizá incluso supiera más que Darcy, porque había estado allí cuando George Darcy murió.

La señora Reynolds.

La señora Reynolds conocía a los arrendatarios. Si habían ayudado a Sally Wilson, la señora Reynolds lo sabría. Quizá supiera también exactamente cuándo había hablado el señor Wilson con George Darcy. Y, si era así, aquello sería una prueba. Una prueba real, la de un testigo vivo, que no dependía de fantasmas y que quizá Elizabeth por fin pudiera presentar a su marido. Pero preguntar significaba implicar más a la señora Reynolds, y la señora Reynolds ya estaba más cerca de la verdad que nadie salvo Kitty y Georgiana. Elizabeth estaba perdiendo la paciencia de seguir sin hacer nada, pero aún no se le habían agotado los motivos para ser prudente.

Pensaba en ello en su salita, ya avanzada la tarde, mientras el resto de la casa estaba ocupado. Lady Catherine se había adueñado del salón amarillo para dar una conferencia sobre la gestión del servicio, que lady Matlock soportaba en silencio. Lord Matlock se había retirado a la biblioteca. Darcy había salido con su administrador. Kitty se había llevado a Georgiana y a Anne al salón de música, y las tres estaban trabajando una pieza que requería dos intérpretes cada vez, de modo que la tercera tenía que pasarles las páginas; tarea que había recaído sobre Anne, puesto que no sabía tocar, aunque Georgiana había empezado a enseñarle un poco, sin que lady Catherine lo supiera.

La salita de Elizabeth era el único lugar de Pemberley donde podía pensar sin necesidad de fingir. Era un cuarto pequeño, cálido y privado, con un escritorio, una silla junto al fuego y estanterías alineadas en la pared del fondo. Las estanterías llevaban allí desde tiempo inmemorial, pero no tenían muchos libros, sino más bien baratijas y figuritas. Elizabeth había añadido más libros e iba retirando poco a poco los objetos menos agradables a la vista, aunque Nana criticaba cada cambio.

Nana apareció junto al escritorio, atravesando la estantería como hacía siempre, como si la pared que había detrás no fuera más sólida que el aire.

—Estás dándole vueltas a algo —dijo Nana.

—Estoy pensando —replicó Elizabeth, seca.

—¿Hay diferencia?

—Sí. Darle vueltas a algo es improductivo, y yo estoy siendo extraordinariamente productiva, o lo seré en cuanto haya resuelto

este dilema. —Elizabeth suspiró—. Si tanto quieres saberlo, estoy pensando cómo preguntarle a la señora Reynolds por Sally Wilson sin revelar por qué necesito saberlo.

—No necesitas ningún motivo. Eres la señora de esta casa. Los arrendatarios son asunto tuyo. Pregunta por las familias, las granjas, el bienestar de las mujeres y los niños. Es tu derecho y tu deber, y la señora Reynolds no pensará nada de ello.

Elizabeth lo consideró. Tenía razón. Había estado estudiando a los arrendatarios desde su llegada; Darcy la había animado a ello, y la señora Reynolds iba explicándole las familias, sus historias y sus necesidades. Preguntar por los Wilson podía formar parte de eso. Una pregunta natural en una conversación natural.

Unos golpes en la puerta anunciaron la llegada de la propia señora Reynolds, con gesto apenado.

—Lamento molestarla, señora, pero lady Catherine me ha dicho que hay una corriente de aire en las habitaciones de la señorita de Bourgh, que el fuego echa humo y que las cortinas no son de su agrado. Desea que se atienda de inmediato.

Elizabeth reprimió un suspiro. Seguramente la señora Reynolds ya habría inspeccionado las habitaciones ella misma antes de bajar por una escalera y subir por otra, en un largo recorrido, para transmitir en persona las quejas de lady Catherine. Una pérdida de tiempo para el ama de llaves, y todo por un fuego que con toda probabilidad estaba perfectamente bien y unas cortinas que, con toda seguridad, no iban a cambiarse por un capricho de lady Catherine. Al menos ella no tenía que ir por ese camino; había una puerta oculta que comunicaba directamente su salita con el ala este.

—Muy bien —dijo, y cruzó la habitación para presionar el pestillo bajo el segundo estante de la librería. El lado izquierdo se abrió hacia dentro sobre unas viejas bisagras, revelando el estrecho pasadizo que había detrás. Ya había dado dos pasos cuando se dio cuenta de que la señora Reynolds no la seguía.

Elizabeth se detuvo. Se volvió.

La señora Reynolds estaba exactamente donde había estado, con las manos entrelazadas y el rostro perfectamente sereno. Pero tenía los ojos muy abiertos.

A su espalda, Nana dijo algo que en ningún siglo se habría considerado propio de una dama.

Elizabeth miró el pasadizo. Miró a la señora Reynolds. Y comprendió, con un frío repentino en el estómago, lo que acababa de hacer. Nana le había enseñado aquella puerta semanas atrás, después de que Elizabeth la hubiera visto atravesar la estantería demasiadas veces y preguntado qué había al otro lado. Un pasadizo del servicio, olvidado hacía mucho, que comunicaba con el corredor del ala este detrás de un cuadro de cuerpo entero. Elizabeth lo había usado media docena de veces desde entonces, siempre sola. Había dejado de pensar en ello como en un secreto. Era, sencillamente, el camino rápido para llegar al ala este.

La señora Reynolds obviamente no sabía que existía.

—Yo... —dijo Elizabeth. No pudo pensar en una sola cosa con la que continuar.

—No sabía que eso estuviera ahí, señora —dijo la señora Reynolds.

—Lo encontré por accidente —dijo Elizabeth—. El pestillo está detrás del estante. Fui a coger un libro y el panel se movió.

Era una mentira frágil y ambas lo sabían. Elizabeth vio cómo la señora Reynolds sopesaba la explicación, la contrastaba con todo lo que había observado en las semanas desde su llegada y la encontraba insuficiente.

—¿Vamos? —dijo Elizabeth, señalando hacia el pasadizo, porque no podía deshacer lo que la señora Reynolds acababa de ver, y bien podía aprovechar el atajo.

La señora Reynolds vaciló solo un momento. Luego cruzó tras Elizabeth por la abertura de la estantería. Recorrieron juntas el estrecho pasadizo en silencio, salieron por detrás del cuadro al corredor del ala este y fueron a inspeccionar las habitaciones de Anne como si no hubiera ocurrido nada inusual.

El fuego estaba bien, las cortinas estaban bien, y las quejas de lady Catherine quedaron satisfechas, o al menos agotadas, lo que venía a ser lo mismo.

Regresaron por el camino largo: la escalera principal, la galería, la ruta apropiada. Ninguna de las dos sugirió el pasadizo.

No fue hasta que llegaron a la salita de la señora Reynolds, y la señora Reynolds había servido té a las dos, y la puerta estaba cerrada, que la señora Reynolds habló.

—No encontró esa puerta por accidente, señora Darcy.

Elizabeth dejó su taza.

—He sido ama de llaves de esta casa durante treinta años —dijo la señora Reynolds—. No sabía que ese pasadizo existiera. Lady Anne nunca lo mencionó, ni el viejo señor, ni nadie. Y usted lleva aquí dos meses y lo usa como si lo hubiera conocido toda su vida.

Elizabeth no dijo nada, porque no había nada que pudiera decir que tuviera sentido.

—No entiendo de dónde saca su información —dijo la señora Reynolds—. No le pediré que me lo explique. Hoy no. Pero quiero que sepa que lo veo, señora. Lo he visto desde su primera semana aquí. Sabe cosas sobre esta casa que no debería saber, y la puerta oculta es solo la más reciente. —Hizo una pausa—. Tengo mi propio sentido de esta casa. Lo he tenido durante treinta años. Sensaciones. Impresiones. El corredor este me pone la piel de gallina cuando camino por él después del anochecer, y no podría decirle por qué más de lo que podría explicar nada de esto. No entiendo lo que está haciendo. Pero creo que sus razones son buenas, que ama al señor y a la señorita Darcy, que vela por sus intereses y por los de Pemberley. Y me gustaría ayudarla, si puedo.

—Hay algo en lo que podría ayudarme —dijo Elizabeth, tras una pausa cuidadosa—. Me gustaría seguir conociendo a las familias arrendatarias. Específicamente, los Wilson, que tienen la granja grande junto al molino.

La señora Reynolds no vaciló.

—Thomas Wilson es un buen hombre. Trabajador, honesto. Su esposa es igual. Tuvieron algunos problemas, hace años. Su hija mayor, Sally, quedó embarazada cuando tenía diecisiete años. El padre no quiso hacerse cargo.

Elizabeth esperó.

—El señor Darcy se ocupó de ello —dijo la señora Reynolds—. Nuestro señor Darcy. Les dio a los Wilson una granja mejor, encontró un joven decente dispuesto a casarse con Sally y criar al niño como

propio. El hijo de un herrador de Lambton, Joseph Cooper, que siempre había estado prendado de Sally y no le reprochó lo que otro hombre había hecho. El señor Darcy asignó una suma para el niño, y Sally se casó con Cooper antes de que acabara el mes, y el niño nació dentro del matrimonio. —Hizo una pausa—. El señor Darcy había sido señor de Pemberley solo unos meses entonces.

—El padre del hijo de Sally —dijo Elizabeth—. Fue George Wickham.

No lo formuló como pregunta, y la señora Reynolds no preguntó cómo lo sabía.

—Sí. Fue George Wickham —dijo la señora Reynolds con voz neutra —. Era el ahijado del viejo señor, y se le habían dado todas las ventajas que un joven podía pedir, y lo correspondió aprovechándose de una muchacha que no podía defenderse.

—¿Lo supo el viejo señor Darcy? ¿Antes de morir?

La señora Reynolds guardó silencio un momento. Luego dijo:

—El señor Wilson me contó algo una vez, años después. Dijo que había ido a ver al viejo señor por lo de Sally. Que le había hablado directamente, le había contado todo. Justo antes de que muriera.

Las manos de Elizabeth seguían quietas en su regazo. Se obligó a mantenerlas así.

—El señor Wilson dijo que el señor le creyó de inmediato. Contó que se puso blanco como el papel, le pidió al señor Wilson que le contara todo, cada detalle. Cuando el señor Wilson hubo terminado, el señor le dio las gracias y dijo que se ocuparía del asunto. Mandó llamar al señor Wickham a casa, habló con él en privado en su despacho, cenó con él. Todo eran sonrisas y pensé: Wickham debe de haber aceptado hacer lo correcto. Pero entonces a la mañana siguiente, el

señor estaba muerto, y Wickham se marchó sin casarse con Sally. El médico dijo que fue el corazón del señor Darcy, y el señor Wilson me dijo una vez que sentía culpa, que quizá la tensión de enterarse de que su ahijado se había comportado tan mal lo provocó.

Elizabeth dejó que aquellas palabras se asentaran en su mente. Ahora tenía la pista. Era real, era sólido, llevaba hasta un hombre vivo que podía confirmarlo.

—Me gustaría visitar a los Wilson —dijo—. Con el señor Darcy. Me gustaría conocerlos.

La señora Reynolds asintió. Luego dijo, en voz baja:

—Llevo seis años cargando con esta sensación, señora Darcy. Que algo no estaba bien en la muerte del señor. Si encuentra lo que está buscando, espero que me lo diga. Me gustaría mucho poder quitármela de encima.

—Cuando pueda —dijo Elizabeth—. Se lo prometo. Cuando pueda.



Se lo contó a Kitty esa noche, en su saloncito, con la puerta cerrada con llave.

—Sally Wilson tuvo un hijo —dijo Elizabeth—. Un hijo de Wickham. Darcy se ocupó del asunto tras la muerte de su padre. Le encontró un marido, le asignó dinero, dio a la familia una granja mejor. Pero lo importante es esto: el señor Wilson acudió a George Darcy y le habló de Wickham y Sally. George mandó llamar a Wickham a

Pemberley y habló con él. La señora Reynolds pensó que, como sonreían y parecían cordiales, Wickham debía de haber accedido a hacer lo correcto. Pero por la mañana, George estaba muerto.

Kitty la miraba fijamente.

—Esto te lo ha contado la señora Reynolds.

—De la señora Reynolds, que lo supo por el propio señor Wilson. Un testigo vivo, Kitty. No un fantasma. Un hombre que acudió al antiguo señor y le dijo la verdad, y que lleva seis años preguntándose si eso lo mató.

—Lo mató. Simplemente, no de la forma en que el señor Wilson cree.

—No. Pero el caso es que el señor Wilson puede testificar que George Darcy conocía el carácter de Wickham cuando aún vivía. Que George estaba lo bastante enfadado como para enfrentarse a él. Eso es un móvil, Kitty. Wickham tenía todas las razones para desear que George muriera antes de que pudiera actuar conforme a lo que sabía. El señor Wilson puede decir todo esto a lord Matlock, o a un magistrado, o a quien pregunte, porque estuvo allí. La señora Reynolds puede corroborarlo.

Kitty tomó aire.

—Esta es la primera prueba real que tienes que no proviene de un fantasma.

—Sí.

Kitty la miró, y Elizabeth pudo ver los cálculos desplegándose tras sus ojos: la misma inteligencia feroz y práctica que había estado conteniendo a Elizabeth durante semanas, ahora centrada en una pregunta distinta. No si actuar, sino cómo.

—Vas a visitar a los Wilson.

—Mañana. Con Darcy. Le pediré que me lleve y veré si puedo llevar la conversación adonde necesito. Lleva seis años creyendo que su padre murió sin conocer la verdadera naturaleza de Wickham. Saber que George vio la verdad al final, que intentó actuar en consecuencia; eso cambiará la imagen que Darcy tiene de su propio padre.

—Y hará que se haga preguntas.

—Sí.

—Las preguntas adecuadas.

—Eso espero.

Kitty guardó silencio. Luego dijo:

—No vas a contarle lo del asesinato.

—No. Voy a proporcionarle los hechos y dejar que él llegue a sus propias conclusiones. Si Darcy observa el momento en que ocurrieron las cosas, si ve que su padre se enfrentó a Wickham la noche antes de morir, puede empezar a preguntarse si la muerte de su padre fue lo que dijo el médico. Y si llega a esa conclusión por sí mismo, a partir de pruebas, del mundo de los vivos, entonces no habré revelado a los fantasmas, y la sospecha nace de algo sobre lo que se puede actuar.

—Te la estás jugando, Lizzy.

Lo sabía. Pero era el primer hilo del que había tirado que podía conducir a algo tangible, así que era un riesgo que debía correr de todos modos.



Encontró a Darcy después de que todos se hubieran retirado, en el salón que compartían. Estaba junto al fuego, sin leer, simplemente sentado. Alzó la vista cuando ella entró, y su rostro se relajó un poco al verla.

—Has estado callada hoy —dijo él.

—He estado pensando.

—Esa suele ser mi costumbre, no la tuya.

Se sentó en la silla frente a él, recogió los pies bajo la falda, porque era tarde, estaban solos, y estaba cansada de sentarse como un retrato.

—La señora Reynolds finalmente me contó a qué se refería aquel día en que visité Pemberley por primera vez con mi tía y mi tío, cuando dijo que Wickham había resultado muy descarriado. —Observó su rostro——. ¿Una muchacha llamada Sally Wilson?

Darcy dejó su copa.

—Sally Wilson —dijo—. Sí.

—Cuéntamelo.

—Wickham —lo dijo sin inflexión—. El niño es de Wickham. Sally tenía diecisiete años. Su padre acudió a mí después de que muriera el mío. Estaba deshecho, avergonzado, como si fuera culpa suya que un depredador hubiera acechado a su hija.

—¿Qué hiciste?

—Lo que pude. Di a los Wilson una granja más grande, una que había quedado vacante ese otoño. Encontré a un joven dispuesto a casarse con Sally y criar al niño como propio. Joseph Cooper, hijo de un herrador de Lambton. Le asigné una renta al niño. Sally se casó con Cooper al mes, y él trabaja con Joseph Wilson en la granja; les va bien.

—E hiciste todo esto a los veintidós años.

—¿Quién más había? Mi padre estaba muerto. Georgiana tenía diez años. Me ocupé porque había que ocuparse, y porque Wickham, en cierto sentido miserable, seguía siendo responsabilidad mía —hizo una pausa—. Nunca le he contado a nadie lo de Sally. La señora Reynolds lo sabe porque estaba aquí y porque nada se le escapa. Pero nunca he hablado de ello.

—Estás hablando de ello ahora.

—Porque me lo has preguntado. Y porque estoy cansado de cargar con las cosas solo, Elizabeth. He estado cargando con las cosas solo desde que tenía veintidós años, y resulta que ya no deseo hacerlo.

Elizabeth sintió el peso de aquello, y el dolor de saber que aún le ocultaba lo que más importaba.

—Me gustaría visitar a los Wilson —dijo—. Contigo. Ahora soy la señora de Pemberley. Sally es una de nuestras arrendatarias, y me gustaría conocerla, ver que ella y el niño están bien.

—Podemos ir mañana, si quieres.

—Quiero.

Él guardó silencio un momento. Luego dijo:

—Todavía estás construyendo algo, Elizabeth. Puedo sentirlo. Cada pregunta que haces, cada conversación con la señora Reynolds, con

mi tía. Estás reuniendo hilos, y aún no puedo ver el patrón, pero sé que tiene que ver con mi padre.

—Sí —dijo ella—. Así es.

—¿Me lo dirás?

—Pronto. Te lo prometo. Pronto.

Él estudió su rostro a la luz del fuego. Luego se puso de pie, cruzó la habitación, le tendió la mano.

—Ven a la cama —dijo. No era una exigencia. Algo más suave.

Elizabeth tomó su mano y dejó que la ayudara a ponerse de pie. Él no la soltó. Su pulgar se movió sobre sus nudillos, y la miraba con una expresión que no tenía nada que ver con Wickham ni con secretos. La miraba como si ella fuera lo único real en la habitación.

—Darcy —dijo ella, y él la besó. Ella le devolvió el beso, y durante unos minutos el peso de todo lo que cargaba se desvaneció y no hubo nada más que esto.

La condujo a través de la puerta de comunicación hasta su dormitorio y la cerró tras ellos. El resto de la noche fue solo suyo.



Capítulo Dieciocho

SALIERON A CABALLO DESPUÉS del desayuno, ellos dos solos.

La mañana era luminosa y fría, de esas de noviembre en que las colinas de Derbyshire se recortan con perfiles nítidos contra el cielo. Elizabeth montaba a Jasper, el caballo castrado de capa castaña que Darcy había elegido para ella, y él cabalgaba a su lado en su alto caballo gris, y no hablaron mucho por el camino. Notaba que estaba absorto en sus pensamientos. Tenía esa quietud particular que lo delataba: algo le daba vueltas en la cabeza, y lo examinaba desde todos los ángulos antes de decidir qué respuesta dar.

La granja de los Wilson quedaba al norte del río, quizá a tres millas de Pemberley, en un valle poco profundo con buenos pastos a ambos lados y un arroyo de molino que atravesaba el prado más

bajo. Estaba bien cuidada. Las cercas eran sólidas, el patio estaba limpio, y de la chimenea se alzaba una columna constante de humo que hablaba de una casa ya despierta y en plena faena. Una buena granja. Mejor que la que los Wilson habían llevado antes, había dicho la señora Reynolds. Lo bastante buena para mantener a una hija, a su marido, a su hijo y a cuantos otros pudieran haber llegado desde entonces.

Darcy había enviado aviso por adelantado, y Thomas Wilson salió a recibirlos. Era un hombre ancho de espaldas, curtido por la intemperie, de unos cincuenta años, con el sombrero en la mano, visiblemente honrado por la visita y un poco nervioso por ello. Su esposa apareció detrás de él, secándose las manos en el delantal, y detrás de ella una joven de cabello claro y semblante reservado, que no podía ser otra que Sally.

—Señor Darcy. Señora Darcy. Sean ustedes muy bienvenidos.

Darcy desmontó y ayudó a Elizabeth a bajar del caballo. Las presentaciones se hicieron con la formalidad cómoda de un terrateniente que conocía bien a sus arrendatarios y los respetaba. La señora Wilson los invitó a entrar. La cocina de la granja era cálida y estaba impecable, y ya había té sobre la mesa antes de que Elizabeth terminara de quitarse los guantes.

Sally Cooper estaba sentada en un extremo del grupo, callada, con las manos cruzadas en el regazo. Tendría ahora unos veintitrés años, bonita de una manera discreta, y observaba a Elizabeth con cautela, como si el interés de sus superiores sociales no siempre hubiera sido amable con ella. Elizabeth le sonrió y le preguntó por la granja, por la lechería, por las conservas de las que la señora Wilson

evidentemente se sentía orgullosa, y poco a poco, con cuidado, los hombros de Sally empezaron a relajarse.

Un niño apareció en el umbral. Tendría unos seis años, robusto y rubio, con una sonrisa desdentada y barro en las rodillas. No se parecía en nada a Wickham, y Elizabeth lo notó con un alivio tan intenso que la sorprendió. Tenía el mismo colorido que Sally, los ojos muy separados de Sally, y nada de ese encanto fácil que lo habría delatado como hijo de su padre.

—William —dijo Sally—. Ven a saludar al señor y a la señora Darcy con una reverencia.

William hizo su reverencia con expresión de solemne concentración. Darcy miró al niño, y Elizabeth vio cruzarle el rostro algo que era demasiado rápido para darle nombre y demasiado doloroso para pasarlo por alto.

—Qué muchacho tan estupendo —dijo Darcy—. Es un muchacho muy apuesto.

—Es un torbellino —dijo el señor Wilson, con orgullo nada disimulado—. Lleva a los perros de cabeza. Joseph no puede seguirle el ritmo.

—¿Joseph es el marido de Sally? —preguntó Elizabeth, aunque ya lo sabía.

—Sí, señora. Joseph Cooper. Esta mañana ha salido con las ovejas, o estaría aquí para presentarles sus respetos. Un buen chico. Lo mejor que le ha ocurrido nunca a nuestra Sally, con su permiso. —El señor Wilson miró a Darcy, y Elizabeth captó algo en aquella mirada: una gratitud tan honda que se había vuelto parte del porte del hombre,

entretejida en la forma en que estaba de pie y hablaba en presencia de Darcy.

William, cumplidas ya sus obligaciones sociales, escapó de nuevo al patio. Podían oírle a través de la puerta abierta, hablando con los perros con ese aire serio y autoritario de los niños pequeños que se creen al mando.

—Quiere un poni —dijo Sally en voz baja.

Era lo primero que decía por iniciativa propia, y lo hizo con una pequeña sonrisa sorprendida, como si las ambiciones de su hijo aún fueran capaces de asombrarla.

—Joseph dice que es demasiado pequeño. Yo digo que, si no le damos uno pronto, se subirá a cualquiera sin permiso.

—Sospecho que tú eras muy parecido a él a esa edad —dijo Elizabeth, mirando a Darcy, y recibió de su marido una mirada a partes iguales de negación y diversión.

—Yo montaba de maravilla desde los cuatro años —dijo Darcy, con un punto de pomposidad—. Mi padre me subió a un caballo antes de que supiera andar como es debido. Es la costumbre de los Darcy.

—Es la manera de cualquier muchacho que se cría en el campo, señor —dijo el señor Wilson, y la naturalidad entre ellos era sincera, construida sobre años de respeto callado.

—Sé de un buen poni que quizá esté disponible pronto —observó Darcy—. Los chicos de los Cookson ya son demasiado grandes para él. ¿Quiere que le diga al señor Cookson que lo traiga, a ver si a William le gusta?

—Sería usted muy amable, señor —dijo Sally con gratitud.

La señora Wilson volvió a llenar las tazas, y Elizabeth dejó que la conversación derivara hacia la charla cómoda de las familias de granjeros: el arado de otoño, el estado de las provisiones para el invierno, si el molino necesitaría reparar la rueda antes de la primavera. Darcy habló con el señor Wilson sobre las cercas del pastizal de arriba. Elizabeth se sentó con Sally y la señora Wilson y las escuchó hablar de la educación de William, que recibía en la escuela del pueblo de Kympton tres mañanas por semana, impartida por el vicario, y de la segunda hija de Sally, una niña de dos años que dormía arriba y que era, según declaró la señora Wilson, aún más terrible que su hermano.

—Dos hijos —dijo Elizabeth a Sally—. Es usted afortunada.

—Lo soy —dijo Sally, y la sencillez de aquellas palabras tenía más peso que cualquier explicación. Miró hacia el patio, donde William intentaba entonces trepar una cancela mientras el collie observaba con resignación paciente.

—Joseph es un buen padre. William no sabe que no es... que Joseph no es su... —Calló, y el rubor le subió al rostro.

—William es amado —dijo Elizabeth con amabilidad—. Eso es lo que importa.

Sally asintió. No dijo nada más al respecto, y Elizabeth no insistió. Pero lo guardó en su memoria: un niño que no sabía quién era su verdadero padre, criado por un hombre que lo quería de todos modos, en una casa que existía porque Darcy la había construido para ellos a partir de los escombros que Wickham había dejado atrás. Wickham, que había abandonado a Sally sin mirar atrás. Que había pasado a Georgiana, luego a Lydia, quién sabe cuántas otras

jóvenes entre medias, deteniéndose solo en Lydia porque Darcy lo había alcanzado y obligado a casarse con ella.

Elizabeth desvió la conversación con delicadeza.

—Señor Wilson, he estado aprendiendo la historia de las familias de Pemberley desde mi matrimonio. La señora Reynolds ha sido de gran ayuda, pero todavía hay mucho que no sé. Ustedes han sido arrendatarios aquí durante mucho tiempo.

—Toda mi vida, señora. Mi padre antes que yo, y su padre antes que él.

—Entonces conoció bien al viejo señor Darcy.

La cocina quedó en silencio. Sally bajó la vista a sus manos. La señora Wilson se concentró en los preparativos del té. La expresión del señor Wilson cambió, y la soltura de los últimos minutos dio paso a algo más cauteloso.

—Así es, señora. Era un buen amo. El mejor que he conocido, exceptuando al señor Darcy aquí presente.

—Tengo entendido que habló con él —dijo Elizabeth—, antes de que muriera, sobre lo de William de William.

El señor Wilson miró a Darcy. Darcy miró a Elizabeth. Ella pudo sentir cómo su atención se agudizaba, pero no dijo nada, y se lo agradeció.

—Así es, señora —la voz del señor Wilson había bajado. Sally miraba fijamente el suelo, con el rostro encendido—. Fui al viejo amo sobre... sobre el problema. Sobre Sally. Le conté lo que había sucedido, y quién era el responsable. Me avergonzaba ir, pero ya se le notaba a Sally, y no podía seguir esperando.

—¿Y el viejo señor Darcy le creyó?

—De inmediato, señora. No lo cuestionó, no dudó de nosotros ni por un momento. Se quedó blanco cuando se lo conté. Blanco como la cal. Me pidió que se lo contara todo. Lo hice. Cuando terminé, me dio las gracias y dijo que se ocuparía del asunto. Esas fueron sus palabras. Se ocupará de ello.

—¿Cuándo fue esto, señor Wilson? ¿Cuánto tiempo antes de que muriera?

El señor Wilson se frotó la mandíbula.

—Fue... fui a verlo el martes. Murió el sábado, creo.

Elizabeth no miró a Darcy. No necesitaba hacerlo. Podía sentir la quietud a su lado, el aliento contenido, el sonido de un hombre escuchando su propia historia reescrita.

—Siempre me he preguntado —dijo el señor Wilson, y su voz era áspera ahora— si fue la conmoción lo que lo mató. Si enterarse de lo que su ahijado le había hecho a mi niña supuso una tensión para su corazón que no pudo soportar. El médico dijo que fue su corazón, y me he dicho durante seis años que no fue mi culpa por contárselo, que tenía derecho a saberlo, pero nunca me he quedado tranquilo. Si hubiera ido a verlo antes, o si hubiera esperado... pero a Sally se le notaba, y no podía esperar.

—Hizo lo correcto —dijo Elizabeth—. No debe culparse por lo que sucedió después.

—Eso es lo que dice también la señora Reynolds, señora. Me lo ha dicho más de una vez.

Darcy habló por primera vez en varios minutos. Su voz era firme, pero Elizabeth pudo oír el esfuerzo que le costaba.

—Señor Wilson. ¿Mi padre le dijo algo más? ¿Sobre lo que pensaba hacer?

—Solo que se ocuparía del asunto, señor. Y que estaba agradecido de que hubiera acudido a él. Me estrechó la mano cuando me fui. Lo recuerdo. No era un hombre que estrechara la mano de sus arrendatarios por norma, pero estrechó la mía aquel día, y su apretón fue férreo.

Darcy asintió. Se puso de pie, agradeció a los Wilson su hospitalidad, admiró la granja una vez más, y dijo algo amable a Sally sobre William que hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Luego estaban fuera, en el aire frío, observando a William lanzarle un palo al collie mientras el señor Wilson traía sus caballos del granero.

Montaron en silencio. Los caballos caminaban con paso firme, su aliento formando nubes en el aire frío, y Elizabeth dejó que el silencio se sostuviera. Así era Darcy. No pensaba en voz alta. Asimilaba las cosas, les daba vueltas y volvía con algo meditado.

—Anoche te pregunté si me dirías lo que has estado construyendo —dijo por fin—. Es esto, ¿verdad? Esto es lo que querías que escuchara.

—Parte de ello. Quería que lo oyeras del señor Wilson, no de mí.

—¿Por qué?

—Porque es su historia. Y porque pensé que significaría más para ti, viniendo de un hombre que estuvo allí, que ha cargado con ello durante seis años.

Darcy miró al camino que tenían delante.

—Mi padre le estrechó la mano. No era un hombre que estrechara la mano de los arrendatarios. Le estrechó la mano al señor Wilson

porque estaba agradecido, y porque estaba avergonzado de que su ceguera con Wickham le hubiera costado a esa familia el honor de su hija. Y luego mandó llamar a Wickham.

—Sí.

—Y pocos días después estaba muerto.

Pemberley apareció ante ellos, piedra pálida contra los oscuros bosques de noviembre. Darcy detuvo su caballo y se quedó contemplándola.

—He pasado seis años creyendo que mi padre murió sin ver jamás la verdad sobre Wickham —dijo—. Que se fue a la tumba cegado por el afecto. Y ahora descubro que sí la vio. Al final, la vio, e intentó actuar en consecuencia, y no tuvo tiempo.

—No tuvo tiempo —convino Elizabeth, y sintió el peso de lo que no estaba diciendo.

Siguieron cabalgando. Cuando descendieron por la pendiente hacia la casa, Elizabeth alzó la mirada hacia las ventanas y vio a George Darcy de pie junto a la ventana en la que siempre se apostaba, observando su regreso. No podía saber lo que acababa de suceder. No podía saber que su hijo, cabalgando a su lado en silencio, rumiaba las mismas preguntas que habían mantenido al fantasma de su padre paseando por estos corredores durante seis años. Elizabeth apartó los ojos antes de que Darcy pudiera seguir su mirada, y la ventana, cuando volvió a mirar, estaba vacía.



En Pemberley, Darcy entregó los caballos al mozo de cuadra y se dirigió directamente a buscar a la señora Reynolds. Elizabeth lo siguió. Había planeado dirigir ella misma aquella conversación, pero Darcy se le había adelantado, moviéndose con la serena determinación que había visto en él cuando se le presentaba un problema y se proponía resolverlo.

Encontró a la señora Reynolds en su salita, esperó a que Elizabeth entrara tras él y cerró la puerta.

—Señora Reynolds. Cuando murió mi padre. ¿Estaba Wickham en Pemberley?

La señora Reynolds miró a Darcy y luego a Elizabeth. Fuera lo que fuese lo que vio en el rostro de Elizabeth, debió de indicarle que el tiempo de la cautela había pasado.

—Sí, señor. El señor Wickham había venido en respuesta a la llamada de su padre por el asunto de Sally Wilson. Su padre habló con él en privado en su despacho. Cenaron juntos aquella noche y parecían bastante cordiales. Recuerdo haber pensado que el problema debía de haberse resuelto, a satisfacción del señor Darcy —hizo una pausa—. Su padre murió en algún momento de aquella noche.

—Wickham estaba en esta casa la noche en que murió mi padre.

—Sí, señor. No pasó la noche aquí; cabalgó de vuelta a Lambton al final de la tarde para alojarse con unos amigos allí, y no regresó a Pemberley. No le di importancia en su momento; el señor Wickham tenía por costumbre entrar y salir.

Darcy no se movió. Elizabeth lo observó mientras lo asimilaba: la pieza final, la que hacía encajar todas las piezas. Su padre había descubierto la verdad sobre Wickham. Su padre había llamado a Wickham. Habían cenado juntos. Por la mañana su padre estaba muerto. Wickham se había marchado. El médico había dicho que había sido el corazón, y nadie lo había cuestionado durante seis años.

—Gracias, señora Reynolds —dijo Darcy. Su voz estaba perfectamente controlada—. Eso es todo lo que necesitaba saber.

Salió de la habitación. Elizabeth se quedó.

—Se lo ha contado —dijo la señora Reynolds.

—Lo oyó del señor Wilson. Lo de Sally, y que su padre estaba al corriente.

La señora Reynolds se sentó. Parecía de pronto mayor y cansada.

—Debería haber dicho algo. Hace años. Debería haber ido a él y haberle contado lo que sentía, lo que sospechaba.

—No tenía nada en que basarse salvo un presentimiento.

—Un presentimiento no es poca cosa, señora Darcy. Usted me enseñó eso.

Elizabeth tocó brevemente la mano de la mujer mayor. Luego fue a buscar a Kitty.

Kitty estaba en la biblioteca leyendo, sola salvo por la espectral señorita Pardoe. Levantó la vista cuando Elizabeth entró y leyó su

rostro de inmediato.

—¿Lo sabe? —dijo Kitty.

—Sabe que su padre se enfrentó a Wickham. Sabe que Wickham estaba aquí cuando murió su padre. No ha pronunciado la palabra asesinato, pero creo que está pensándolo.

Elizabeth cerró la puerta tras ella y se dejó caer contra ella. Se sentía de pronto agotada. La mañana había requerido una especie de actuación a la que no estaba acostumbrada: no mentir, exactamente, sino guiar a su marido hacia una conclusión que ella ya conocía, fingiendo descubrirla a su lado. Había funcionado. No se sentía orgullosa de ello.

Kitty cerró su libro.

—Entonces comienza.

Elizabeth se sentó en la silla junto a su hermana, permitiéndose encorvarse, aunque la señorita Pardoe miró por encima de su libro y le dirigió una pequeña mueca de desaprobación.

—Sí. Comienza. Y todavía no le he hablado de los fantasmas, Kitty.

—Lo sé.

—Cree que esto es todo. Cree que Sally Wilson y el momento y las dudas de su tía son lo que le he estado ocultando. Cree que este es el secreto. Me miró con tal... estaba agradecido, Kitty. Agradecido de que hubiera encontrado esto para él y lo hubiera guiado hasta allí con cuidado, para que pueda corroborarlo por sí mismo con las personas que estuvieron allí. Y lo único en lo que podía pensar era en que es solo una pequeña parte de la verdad, y que cuando descubra el resto se preguntará por qué no confié en él.

—Lo estás protegiendo.

—Le estoy mintiendo. Hay una diferencia, por mucho que nos digamos lo contrario.

Kitty no discutió.

—¿Cuánto tiempo podremos guardar el secreto de los fantasmas? Ahora que él mismo está tirando del hilo.

—No lo sé —dijo Elizabeth—. Creo que irá a ver a lord Matlock, y que investigarán. Examinarán el veredicto del médico, los movimientos de Wickham. Nada de eso requiere fantasmas.

—¿Y Lydia? —El rostro de Kitty estaba tenso. Siempre volvían a lo mismo: Lydia, casada con el hombre contra el que estaban construyendo un caso, dieciséis años y atada a un asesino.

—Una cosa a la vez —dijo Elizabeth—. Darcy y lord Matlock investigarán. Nos ocuparemos de Lydia cuando debamos hacerlo, y no antes, porque aún no sabemos qué forma tomará esto.

Pensó en el discreto orgullo de Sally por un hijo que quería un poni. En el rostro de Darcy cuando miraba a William y veía a un niño que existía porque Wickham había tomado lo que quería y se había marchado. Pensó en George Darcy, en algún lugar de los corredores de aquella casa, deambulando como siempre lo hacía, sin saber aún que el hijo al que había fallado por fin luchaba por él.

—Estás haciendo lo correcto, Lizzy —dijo Kitty—. Sé que no lo parece. Pero lo estás haciendo.

Elizabeth no estaba segura de creerlo. Pero de esto sí estaba segura: había comenzado, y ya nada podía detenerlo.

Intentó no pensar en cómo sería el rostro de Darcy cuando finalmente supiera toda la verdad.



Capítulo Diecinueve

DARCY HABLÓ CON LORD Matlock aquella noche, después de la cena.

Elizabeth no sabía qué había pasado entre ellos, porque no la habían invitado a presenciarlo. Darcy le había besado la frente antes de que ambos bajaran al salón amarillo.

—Voy a contarle a mi tío lo que hemos averiguado hoy —dijo en voz baja.

Elizabeth había asentido, y con eso había terminado su implicación en el asunto. Los hombres se retiraron al despacho.

Fue una velada larga. Lady Catherine se explayó sobre las deficiencias de la educación moderna, un tema que no requería participación alguna de sus oyentes y no recibió ninguna. Lady

Matlock bordaba, serenamente inmune al monólogo. Georgiana tocaba suavemente. Anne estaba sentada a su lado, pasando las páginas. Kitty leía. Elizabeth estaba sentada con las manos enlazadas y la mente por completo en otra parte, preguntándose qué estaría diciendo Darcy y cómo estaría tomándoselo lord Matlock.
Se retiró en cuanto pudo hacerlo sin faltar a la cortesía, alegando un dolor de cabeza que no era del todo fingido, y se fue a su salita.
George Darcy la esperaba.
Se paseaba de un lado a otro. Nunca lo había visto hacerlo en un espacio tan reducido; por lo general rondaba la galería o el largo corredor del ala este, donde su inquietud tenía espacio para desplegarse. En la salita era como una criatura enjaulada, volviéndose al llegar a la estantería, volviéndose al llegar a la ventana, con una agitación tan palpable que las llamas de las velas temblaban a su paso.
—Están hablando —dijo, antes de que ella hubiera cerrado la puerta —. Fitzwilliam le ha contado a Matlock todo. El testimonio del señor Wilson. Lo que confirmó la señora Reynolds. La cronología.
—¿Y?
—Matlock escuchó. No lo interrumpió. Permaneció sentado y dejó hablar a Fitzwilliam. Cuando Fitzwilliam terminó, Matlock dijo: «Llevo seis años preguntándome por esto, y me avergüenza no haber hecho nada».
Elizabeth se sentó.
—¿Le creyó?
—Al instante. Dijo que tu tía también le había hablado, hace años, de un presentimiento que tenía. Entonces lo desestimó. Ahora no lo

desestima. —George dejó de pasearse y se volvió hacia ella. Su expresión era feroz, concentrada; había desaparecido por completo la rígida compostura que solía mantener—. Elizabeth. Están planeando qué hacer ahora. Están hablando del médico que firmó el certificado de defunción, de los movimientos de Wickham aquella semana. Pero se les está escapando algo crucial. Margaret estuvo aquí. Estuvo en Pemberley en los días previos a mi muerte. Me vio alterado. Me oyó hablar de Wickham. Se marchó antes de que Wickham llegara, pero puede atestiguar la secuencia de los hechos. Puede decir que yo estaba agitado, que había descubierto algo que cambió mi manera de hablar de mi ahijado. Y es la esposa de Lord Matlock. Su palabra tiene una autoridad que la de un arrendatario no puede tener, por muy honrado que Wilson sea.

—Ya veo.

—Entonces díselo a Darcy. Dile que incluya a Margaret para esto. Lleva seis años esperando a que se lo pidan, y no perdonará que la excluyan ahora.

Elizabeth se apretó las sienes con los dedos. El dolor de cabeza que había alegado estaba volviéndose real.

—Hablaré con él por la mañana. Ahora no puedo ir al despacho; parecería que he estado escuchando tras las puertas.

—No has estado escuchando tras las puertas. He sido yo quien ha estado escuchando tras ellas o, mejor dicho, dentro de la habitación. Hay una diferencia importante.

A pesar de todo, Elizabeth estuvo a punto de echarse a reír.

—No estoy segura de que esa diferencia tranquilizara a mi marido.

George reanudó su paseo.

—Hay otra cosa. Han hablado de escribir al doctor Grieve, de Bakewell. Matlock dijo que podía indagar a través del Real Colegio de Médicos. Es sensato, pero llevará tiempo, y cuanto más se alargue esto, mayor será el peligro de que Wickham se entere. Tiene amigos. Tiene contactos. Siempre ha tenido talento para enterarse de lo que no debiera.

—Wickham está en Newcastle con Lydia. Aquí no tiene amigos.

—Wickham tiene amigos en todas partes. Ese fue siempre su don. Podía entrar en una habitación llena de desconocidos y salir de ella con aliados. —La voz de George era inexpresiva—. Yo le di eso. Le enseñé a ser encantador, a hablar con personas por encima de su rango, a hacerse indispensable. Todas las armas que tiene, se las puse yo en la mano.

Elizabeth no discutió con él. Era cierto, y él lo sabía, y la compasión no ayudaría a ninguno de los dos.

—Hablaré con Darcy por la mañana —repitió—. Sobre Lady Matlock. Y sobre... puede que haya otra fuente de información, aunque aún no sé bien cómo abordarla.

—¿Quién?

—Lady Catherine.

George se quedó inmóvil, mirándola fijamente.

—¿Catherine?

—Anne me contó algo. Durante la cabalgada de la semana pasada. Dijo que su madre afirmó una vez que tu muerte ocurrió porque no quisiste escuchar. A Anne le pareció extraño, y lo recordó. Si Catherine creía que moriste porque no te tomaste en serio sus advertencias sobre Wickham, quizá sepa más de lo que nunca ha

dicho. Estaba enfadada contigo por lo de Wickham, ¿verdad? Antes de que murieras.

—Furiosa. Me dijo que era un necio por favorecer al hijo de un administrador por encima de mi propia sangre. Yo le dije que se ocupase de sus propios asuntos. Discutimos de muy mala manera. Se fue de Pemberley y no volvió antes de mi muerte. Fue antes de la visita de Wilson, pero... —Hizo una pausa—. Catherine es muchas cosas, pero no es estúpida. Si sospechó de Wickham, no lo habrá olvidado.

—Entonces necesito averiguar qué sabe.

—Ten cuidado. Catherine no cede información. La utiliza.

Elizabeth apagó su vela de un soplo y se fue a la cama. Darcy aún no había subido. Permaneció tumbada en la oscuridad, escuchando cómo la casa se aquietaba a su alrededor, pensando en lo que le diría a Darcy por la mañana y en cómo abordaría a Lady Catherine.



Lo encontró antes del desayuno, en su vestidor, mientras se calzaba las botas.

—Deberías hablar con lady Matlock —dijo—. Sobre tu padre.

Él alzó la vista.

—¿Tía Margaret?

—Estuvo en Pemberley antes de que muriera tu padre. Me lo dijo ella misma, no mucho después de llegar, durante un paseo. Dijo que

tu padre estaba agitado, distraído. Le habló de Wickham, y creo que eso significa que fue después de que Wilson fuera a verlo. Se marchó unos días antes de su muerte, y desde entonces lleva arrastrando la sospecha de que algo no estaba bien. —Elizabeth se sentó en el brazo de su silla, lo bastante cerca para tocarlo, pero sin hacerlo—. Lleva seis años esperando a que alguien se lo pregunte, Darcy. No la dejes al margen de esto.

Él guardó silencio un instante. Luego dijo:

—Has sido minuciosa.

—He estado prestando atención. Varias personas llevan seis años pensando que algo no acababa de cuadrar, y nadie se atrevía a decírtelo, y tú estabas demasiado ocupado cargando con todo tú solo para oírlas de todos modos.

Él le tomó la mano. La sostuvo entre las suyas.

—Hablaré con ella hoy.

—Bien. Hay otra cosa. Lady Catherine.

Su expresión cambió, tornándose algo resignada.

—¿Qué ocurre con ella?

—Anne me lo mencionó. Su madre dijo una vez que tu padre murió porque no quiso escuchar. Catherine discutió con tu padre por Wickham antes de que muriera. Lo tenía por un necio por el favor que mostraba a Wickham. Si creía que la muerte de tu padre estaba relacionada con aquella discusión, con Wickham, puede que tenga información.

—Quieres hablar con tía Catherine sobre la muerte de mi padre. —Darcy parecía no saber muy bien qué pensar de aquello. Quizá había esperado que dijera otra cosa; alguna queja sobre el

comportamiento de su tía, aunque Elizabeth estaba decidida a no molestarlo jamás con eso. Sabía tratar con Lady Catherine.

—Quiero averiguar qué sabe. Si existe siquiera la más mínima posibilidad de que tenga una pieza clave de todo esto, prefiero preguntar y ser rechazada antes que dejarlo sin preguntar.

Darcy le estudió el rostro.

—Ten cuidado con ella, Elizabeth. Mi tía no recibe bien las preguntas no solicitadas.

—Lo sé. Pero prefiero tenerla enfadada antes que callada.

Él le besó la mano, la soltó y fue a buscar a Lord Matlock. Elizabeth bajó a desayunar, escuchó las opiniones de Lady Catherine sobre la temperatura adecuada de las tostadas y esperó el momento oportuno.



Se acercó a lady Catherine en el salón amarillo después del almuerzo, sola. Lady Matlock había salido a pasear con Anne y Georgiana. Kitty leía en la biblioteca. La casa estaba en silencio. Catherine se hallaba junto al fuego con expresión de disgusto por encontrarse sin compañía. Elizabeth entró y cerró la puerta tras de sí, sin mirar a sir Roderick, dormido en su silla en el rincón.

—Lady Catherine. ¿Puedo hablar con usted?

Catherine alzó la vista. Su expresión era la que reservaba para Elizabeth: una tolerancia cortés que apenas disimulaba su profunda

desaprobación.

—Puede.

Elizabeth se sentó. Había reflexionado cuidadosamente sobre cómo abordar esto, y había decidido que los rodeos no funcionarían. Lady Catherine despreciaba los rodeos. Respetaba la audacia, incluso cuando la castigaba.

—He estado aprendiendo mucho sobre mi casa y mi nueva familia desde mi matrimonio —dijo Elizabeth—. Sobre la historia de la casa, los arrendatarios, las personas que han servido a Pemberley a lo largo de los años. Y sobre el difunto señor Darcy.

La mirada de Catherine se aguzó.

—¿Qué hay de él?

—Usted lo conoció bien. Mejor que la mayoría, creo. Y no temía decirle cuando pensaba que estaba equivocado.

—No lo temía. George era un buen hombre pero obstinado, y no siempre veía con claridad cuando había afecto de por medio.

—Se refiere a Wickham.

El nombre cayó en la habitación como una piedra en el agua quieta. El rostro de Catherine permanecía rígido, perfectamente controlado, absolutamente inmóvil, y Elizabeth pudo ver el cálculo en su mirada: qué sabría Elizabeth, y cuál era el propósito de esta conversación.

—Me refiero al señor Wickham, sí. Le dije a George repetidamente que su apego a ese muchacho estaba fuera de lugar y acabaría mal. Se negó a escucharme. Dijo que yo estaba celosa de un niño sin madre, lo cual era ofensivo, y que no comprendía el vínculo entre ellos, lo cual era condescendiente. Discutimos. Le dije que se arrepentiría de ello.

Hizo una pausa.

—No vivió para lamentar nada, al fin y al cabo.

—Anne me dijo que una vez afirmó usted que murió porque no quiso escuchar.

Los ojos de Catherine se entrecerraron.

—Tendré que hablar con mi hija sobre discreción. No me agrada que mis palabras se repitan a cualquiera.

—No las repitió indiscretamente a todo el mundo. Repitió una observación que hizo su madre, porque le pregunté sobre su tío, y ella respondió con sinceridad. Como le pregunto a usted ahora.

—¿Y qué pregunta exactamente, señora Darcy?

—Si cree que la muerte de su cuñado tuvo algo que ver con George Wickham.

El silencio que siguió fue largo. Catherine miró a Elizabeth con una expresión que no era ira, no exactamente. Era más bien una mirada de evaluación. Estaba sopesando a Elizabeth, midiéndola, decidiendo de qué madera estaba hecha.

Entonces el cálculo dio paso a una mirada más dura, una que Elizabeth reconoció un momento demasiado tarde como la frialdad de una mujer que ha decidido atacar en lugar de responder.

—Creo —dijo lady Catherine— que es usted notablemente hábil para hacer preguntas y singularmente torpe para atender a lo que sucede bajo su propio techo.

—¿Perdone?

—Me pregunta sobre la muerte de George. Pregunta sobre Wickham. Se ocupa de la historia, de los arrendatarios, asuntos que,

francamente, no son asunto suyo, mientras su marido lleva sus asuntos delante de sus narices y usted no hace nada al respecto.

Elizabeth sintió que el suelo se hundía bajo sus pies.

—No sé a qué se refiere.

—Me refiero a la familia Wilson, señora Darcy. Me refiero a la granja que su marido les dio, al dinero que destinó al niño, a las visitas que ha estado haciendo a esa casa durante seis años. Me refiero al muchacho al que llamaron William, por él, porque Fitzwilliam era demasiado distinguido para el bastardo de un granjero arrendatario.

Elizabeth la miró fijamente.

—Mi querida señora Darcy.

La voz de Catherine era suave ahora, suave y terrible, rezumando una compasión tan falsa que se agriaba en el aire entre ellas.

—Creo que es mi deber decírselo, puesto que nadie más parece tener el valor de hacerlo. Ese niño es hijo de su marido. Darcy lo mantiene desde que nació, visitando a la familia, asegurándose de que no les faltara nada. La condujo allí ayer, según tengo entendido. Le presentó al niño. Se sentó en esa cocina, bebió su té, y no vio lo que tenía justo delante. El muchacho es rubio, tengo entendido. Como lo era Darcy, de niño.

La furia llegó tan deprisa que la cegó.

No era la ira fría y contenida que Elizabeth había sentido antes, la furia fría y calculada que había desplegado contra lady Catherine en Longbourn. Aquello era algo más ardiente, algo que le subía desde el pecho, le inundaba el rostro y le hacía temblar las manos. No porque creyera una sola palabra de aquello. No porque tuviera la más mínima duda sobre su marido, ni sobre quién era el verdadero

padre del hijo de Sally Wilson, ni sobre la verdadera razón por la que aquel niño había sido llamado William. Su rabia se alzó porque aquella mujer, aquella mujer venenosa, rencorosa y entrometida, había tomado la bondad de Darcy, sus años de silencioso cuidado hacia una familia que era su responsabilidad y hacia una muchacha a la que habían agraviado, y lo había corrompido, convirtiéndolo en algo inmundo. Había tomado lo mejor de él y lo había envilecido.

—Cómo se atreve.

Su voz no parecía la suya. Era baja y temblorosa, y lady Catherine parpadeó al oírla.

—Cómo se atreve a hablar de mi marido de ese modo. No sabe nada de lo que está diciendo. Nada.

—Estoy intentando ayudarla, señora Darcy. Una esposa debería conocer...

—No está intentando ayudarme. Está intentando herirme, porque nunca ha perdonado a Darcy por casarse conmigo, y porque no soporta que él sea feliz, y porque prefiere creer a su propio sobrino capaz de engendrar un hijo con una muchacha de diecisiete años antes que admitir que no sabe de qué está hablando.

El rostro de Catherine se volvió blanco.

—Está usted histérica.

—Estoy furiosa. La diferencia es abismal.

Elizabeth estaba de pie. No recordaba haberse levantado. Nana también estaba en la habitación, se dio cuenta entonces, de pie junto a la repisa de la chimenea con una expresión de indignación tan concentrada que el aire a su alrededor parecía crepitar.

—La víbora —dijo Nana. Su voz era baja, casi un siseo—. Una víbora redomada. Se atreve...

Elizabeth no podía responder a Nana. No podía mirarla. Mantuvo los ojos clavados en lady Catherine, que la miraba con una expresión de fría satisfacción. A Catherine no la desconcertaba la ira de Elizabeth. Le complacía. Había querido una reacción, y la había obtenido, y ya la estaba anotando mentalmente.

Emocional. Inestable. Incapaz de gobernarse.

Elizabeth lo vio, vio exactamente lo que Catherine estaba haciendo. No podía contenerse, porque la ira era real, era justa, y no podía sofocarla sin fingir que la acusación de Catherine no importaba, cuando sí importaba, porque era una calumnia contra el hombre al que amaba.

—No seguiré discutiendo esto —dijo Elizabeth. Su voz era más firme ahora, aunque las manos no dejaran de temblarle—. Está equivocada. Está profunda y ruinmente equivocada, y si repite esta acusación a alguien, me aseguraré de que Darcy y lord Matlock sepan exactamente lo que ha dicho.

Salió de la habitación antes de que Catherine pudiera responder. Recorrió rápidamente el pasillo, cruzó la entrada, pasó junto a un lacayo sobresaltado. Subió corriendo las escaleras, entró en su salón, cerró la puerta, apoyó la espalda contra ella y se quedó allí respirando hasta que el temblor cesó.

Nana atravesó la estantería. Su rostro era terrible.

—Esa mujer —dijo Nana—. Esa venenosa, esa intrigante...

—Nana.

—Tiene un espía en esta casa. Un traidor. Alguien le habló de la visita. Alguien le habló del niño. Alguien le está pasando información, y ella la está usando para...

—Lo sé.

—Averiguaré quién es. Atormentaré a todos los sirvientes de esta casa hasta descubrir cuál de ellos ha ido con cuentos a esa mujer, y cuando lo encuentre...

—Nana. Basta. —Elizabeth apoyó las manos, abiertas, contra la puerta a su espalda—. Necesito pensar en lo que acaba de ocurrir, en lo que significa, en lo que hará Catherine ahora. No puedo hacerlo si te pones a enumerar a las personas a las que piensas atormentar.

Nana se detuvo. Pero la furia no abandonó su rostro. Se asentó allí, se endureció, quedó fija.

—Ha calumniado a esta familia —dijo Nana—. Ha calumniado a mi chico. Se ha sentado en su casa, lo ha acusado de haber engendrado un hijo con la hija de un arrendatario, y lo ha hecho para herirte. No pienso permitirlo.

Elizabeth la miró.

—¿Qué quiere decir con que no piensa permitirlo?

Nana no respondió. Se volvió, atravesó la estantería y desapareció.



Aquella noche, Lady Catherine tuvo una noche terrible.

Elizabeth se enteró a la mañana siguiente por la señora Reynolds, a quien la señora Jenkinson, la acompañante de Lady Catherine, había despertado dos veces en mitad de la noche para informarle de que las habitaciones de su señoría estaban intolerablemente frías, de que el fuego no se mantenía encendido, de que las puertas no permanecían cerradas, por mucho que se echara el pestillo, y de que Lady Catherine estaba convencida de haber visto moverse un retrato en la pared.

—He inspeccionado personalmente las habitaciones, señora —dijo la señora Reynolds—. El tiro de la chimenea funcionaba perfectamente. Las puertas estaban en buen estado. No encontré nada anómalo.

—¿Y el retrato?

—Es un paisaje, señora. Una vista del prado del sur. Lleva colgado en esa habitación cuarenta años y nunca, que yo sepa, se ha movido.

Elizabeth dejó que el más leve atisbo de exasperación asomara a su expresión tolerante.

—Estoy segura de que Lady Catherine estaba simplemente demasiado cansada. Creo que se ha estado acostando más tarde de lo que acostumbra en Rosings.

—Sí, señora.

La señora Reynolds hizo una pausa. La propia pausa sugería que tenía sus propias teorías sobre las habitaciones azules y sus perturbaciones nocturnas, y que se las guardaba para sí.

Elizabeth encontró a Nana en la galería de retratos después del desayuno. Nana estaba plantada ante el retrato de Lady Anne, con los brazos cruzados y un aire de profunda satisfacción personal.

—No puedes aterrorizar a una invitada —dijo Elizabeth.

Nana se volvió hacia ella con una expresión capaz de agriar la leche.

—No es una invitada. Es una invasora. Y no la he aterrorizado. Me he limitado a procurar que las habitaciones azules resultaran algo menos cómodas de lo habitual.

—Nana.

—¡Ha acusado a mi nieto de depravación en su propia casa!! ¡Delante de su esposa! Merece algo muchísimo peor que una habitación fría y una puerta que cruje.

Nana resopló con magnífica altivez.

—Hay que tratarla con cuidado, no asustarla hasta que se marche antes de que haya conseguido de ella lo que necesito. Sabe algo sobre la muerte de George, Nana. Ayer casi lo admitió, antes de cambiar de tema. Si la echas de Pemberley con tus apariciones, perderé la oportunidad de averiguar qué es.

La expresión de Nana cambió ligeramente. No exactamente escarmentada. Nana no era de las que escarmentaban. Pero el argumento estratégico había surtido efecto allí donde la apelación a la moral no lo había hecho.

—Una noche —dijo Elizabeth—. Ya has tenido tu noche. Ahora déjala dormir y déjame trabajar.

—No hago promesas —dijo Nana.

Pero descruzó los brazos, que era lo más parecido a un acuerdo que Elizabeth iba a conseguir.



George Darcy la encontró en su saloncito privado aquella tarde. Había estado callado toda la mañana, ausente de las habitaciones por las que se movía Elizabeth, y cuando apareció no se puso a pasear. Se quedó junto a la ventana, mirando el gris de noviembre, con el rostro grave.

—He oído lo que Catherine te dijo —dijo—. Sobre Fitzwilliam y el niño de los Wilson.

—Sospecho que, a estas alturas, ya lo han oído todos los muertos de esta casa —dijo Elizabeth con una sonrisa cansada—. Solo me alegro de que no haya nadie entre los vivos, aparte de mí, que pueda oír a Nana.

—Sigue furiosa. Ha reclutado a las doncellas del corredor este y a la señorita Pardoe, y están debatiendo si extienden su campaña al vestidor de Catherine.

Hizo una pausa.

—Por lo que tengo entendido, la aportación de la señorita Pardoe consiste en sentarse en la habitación de Catherine y quedarse mirándola fijamente. No ha cerrado su libro por nada en sesenta años, de modo que que esté dispuesta a dejarlo a un lado por esto debería darte una idea de la intensidad de los sentimientos en juego.

—Le he dicho que pare.

—No va a detenerse. Lo sabes. Nana no se detiene cuando está enfadada. Redirige su furia.

George se apartó de la ventana.

—Pero eso no es lo que me preocupa, Elizabeth. Catherine no es solo molesta. Es peligrosa.

—Lo sé.

—No estoy seguro de que lo entiendas. Catherine siempre ha creído que, después de mi muerte, debía quedar a cargo de esta familia. Esperaba que Fitzwilliam se casara con Anne y esperaba controlar Pemberley a través de su hija. Tu matrimonio puso fin a esa posibilidad, y nunca te lo ha perdonado, y no descansará hasta encontrar la manera de deshacerlo o de castigarte por ello.

—No puede deshacer mi matrimonio.

—Puede complicarte la vida. Tiene relaciones, influencia y el oído de la gente que importa. Y ahora cree, erróneamente, que Fitzwilliam tiene un hijo bastardo, y lo utilizará contra él si le conviene a sus fines. La acusación no necesita ser cierta para hacer daño. Solo necesita repetirse en los salones adecuados.

Elizabeth sintió frío. Había estado tan centrada en su indignación, en la injusticia de la acusación de Catherine, que no había pensado con claridad en el peligro práctico. Catherine no era solo rencorosa. Era estratégica.

—¿Qué hago?

—Díselo a Darcy. Cuéntale lo que Catherine ha dicho y deja que se ocupe de su tía. Se enfadará, y su enfado será útil, porque obligará a Catherine a defenderse en vez de atacarte. Y mientras se

defiende, puede que encuentres una oportunidad para volver a hacer tus preguntas.

Elizabeth asintió. Se lo diría a Darcy aquella noche. Le diría de qué había acusado Catherine, le observaría el rostro y dejaría que su ira hiciera su trabajo. Y en algún punto del caos que siguiera, averiguaría qué sabía Lady Catherine sobre la muerte de George Darcy.

Pero antes tenía que asegurarse de que Nana y sus secuaces no incendiasen las habitaciones azules.



Capítulo Veinte

SE LO CONTÓ A Darcy aquella noche, después de que todos en la casa se hubieran retirado.

Estaban en su salita, con el fuego ya bajo. Elizabeth se sentó en la silla frente a él y dijo, sin preámbulos:

—Ayer tu tía vino a verme con una información que creía que yo debería conocer. Me dijo que William Cooper es hijo tuyo.

Darcy dejó el vaso. Con cuidado, como si no se fiara de lo que pudiera hacer su mano si no era absolutamente preciso.

—¿Qué ha dicho?

—Dijo que el niño es tuyo. Que lo engendraste con Sally Wilson, que has mantenido a la familia para ocultarlo, que me llevaste a visitarlos

sin decirme la verdad. Lo dijo con gran afabilidad. Creía que era su deber.

Primero palideció; luego el rubor le tiñó el rostro con más intensidad. No habló durante varios segundos.

—¿Cómo sabía lo del niño?

—No lo sé. Pero sabía lo de la granja, la ayuda económica, incluso nuestra visita de hoy. Sabía cómo se llama el niño, sabía que es rubio. Alguien se lo dijo, Darcy. Alguien en esta casa le ha estado informando. Nana lo había dicho, y Elizabeth supo al instante que tenía razón.

Se levantó. Fue hasta la chimenea y se quedó de espaldas a ella, con una mano sobre la repisa. Elizabeth vio la tensión recorrerle los hombros.

—Me acusó —dijo— de haber dejado embarazada a una muchacha de diecisiete años. Una muchacha cuya familia ha dependido de mí para su sustento.

—Sí.

—Te dijo eso a ti. A mi esposa.

—Sí.

Se volvió. Su rostro estaba bajo un control rígido, pero sus ojos no.

—Te insultó. Insultó a Sally. Insultó al señor Wilson, a su familia, al hombre que se casó con Sally y crio a ese niño como suyo. Ha convertido todo lo decente que he hecho por esa familia en algo inmundo.

—Sí —dijo Elizabeth por tercera vez, porque no había nada más que decir.

Nunca había visto a Darcy enfadado; no así. La ira que ardía en sus ojos le recordó, de forma nada grata, a la de George Darcy cada vez que hablaba de Wickham.

—Y tiene a un espía en mi casa.

—Debe de ser así. No hay otro modo de que pudiera saberlo.

Darcy salió de la habitación. Elizabeth oyó sus pasos en la escalera, rápidos y duros, y después, silencio.



La señora Reynolds fue al saloncito de Elizabeth a la mañana siguiente, antes del desayuno.

—El señor Darcy me ha pedido que averigüe cómo obtuvo lady Catherine su información —dijo.

Tenía aspecto de no haber dormido.

—Llevo casi toda la noche pensando en ello, señora, y creo que lo sé.

—¿Quién?

—Thomas Hawkins. Según mis registros, lleva diecisiete años aquí como lacayo. Suficientemente competente en su trabajo, aunque no excepcional. Hasta ahora, yo habría dicho que era de fiar.

La señora Reynolds hizo una pausa, ordenando con cuidado sus pensamientos; no lanzaba acusaciones a la ligera.

—Solicitó el puesto de segundo mayordomo en más de una ocasión, cuando quedó vacante, pero tanto el señor George Darcy como el

actual señor Darcy lo pasaron por alto en favor de otros candidatos más aptos para el puesto, a veces hombres más jóvenes.

—¿Y cree que ha estado escribiendo a lady Catherine?

—Creo que lady Catherine le ofreció lo que Pemberley no le dio: reconocimiento y remuneración. Debió de abordarlo con cautela, mostrando preocupación por su sobrino y por la esposa de este, dispensando adulación cuando le convenía. Al principio, Hawkins no vería ningún mal en ello. Unos cuantos detalles sobre el funcionamiento de la casa, sobre quién entraba y quién salía. Luego, poco a poco, más.

La señora Reynolds entrelazó las manos.

—Estaba de servicio cuando usted y el señor Darcy fueron a caballo a ver a los Wilson. Lo he comprobado; fue a él a quien enviaron a las cuadras para ordenar que prepararan los caballos, y debieron de decirle cuál era su destino para que pudiera transmitírselo al mozo de cuadra. Sirvió el té a lady Catherine aquella tarde; estuvo a solas con ella varios minutos en el salón amarillo. Y estaba en el vestíbulo cuando usted pasó junto a él al regresar, caminando deprisa, después de que ella hablara con usted.

Elizabeth lo recordó. El lacayo sobresaltado junto al que había pasado camino de su saloncito tras el enfrentamiento con Catherine. No le había mirado la cara. Estaba demasiado furiosa para mirar nada.

—No puedo probarlo —dijo la señora Reynolds—. No sin registrar sus aposentos o enfrentarme a él directamente.

—Dígale al señor Darcy lo que me ha dicho a mí. Él decidirá qué hacer.



Darcy no vaciló. Elizabeth no estuvo presente cuando llamaron a Hawkins al despacho, pero la señora Reynolds se lo contó después: fue breve. Darcy preguntó al hombre directamente si había mantenido correspondencia con lady Catherine. Hawkins lo negó, y lo hizo mal. Darcy pidió a la señora Reynolds que registrara los aposentos del hombre. En un cajón, debajo de su librea de diario, encontraron tres cartas de lady Catherine, la más reciente fechada apenas unas semanas antes, en la que se solicitaba información concreta sobre los movimientos de la señora Darcy y sus costumbres, y se decía que la propia lady Catherine llegaría pronto. Se mencionaba que se adjuntaba dinero, aunque no se encontró suma alguna junto a las cartas.

Hawkins fue despedido en el plazo de una hora. Le dieron su salario y nada más. Ninguna referencia, ninguna carta de recomendación. Abandonó Pemberley en una carreta con su baúl, mientras el resto de la servidumbre observaba desde las ventanas de la cocina en un silencio atónito.

La señora Reynolds le dijo después a Elizabeth que el hombre había parecido más aliviado que avergonzado, y eso le pareció lo más revelador de todo.

—Nunca fue leal —dijo la señora Reynolds—. Algunos no lo son. Se pueden adiestrar las manos de un hombre, pero no su corazón.

Hawkins siempre creyó merecer más de lo que recibía. Lady Catherine vio eso y se aprovechó. Debería haberlo advertido antes, señora. Me enorgullezco de conocer esta casa, y no lo vi.

—Usted no es responsable de las intrigas de lady Catherine, señora Reynolds.

—No. Pero sí soy responsable de esta casa, y un espía ha actuado bajo mi techo durante años sin que yo lo supiera. Es un fracaso que no me tomo a la ligera.

—No debe culparse —dijo Nana desde su silla de siempre—. Ni siquiera yo lo sabía.

—No se puede estar pendiente de todos a todas horas —dijo Elizabeth a ambas.

Ninguna de las dos pareció satisfecha con aquella respuesta, pero era verdad, les gustara o no, de modo que no había nada más que decir.



El enfrentamiento con lady Catherine tuvo lugar en el despacho, después del almuerzo.

Darcy lo dispuso con precisión. Pidió a lord Matlock y a lady Matlock que estuvieran presentes. Pidió a Elizabeth que acudiera. Envió recado a lady Catherine de que deseaba hablar con ella sobre un asunto de familia. Catherine llegó, esperando —sospechó Elizabeth— encontrarse en una posición de fuerza. Entró con aire acorazado y

de superioridad moral, titubeó solo ligeramente al ver la audiencia reunida.

—Fitzwilliam. ¿De qué se trata esto?

—Siéntese, tía Catherine.

Se sentó, porque el tono de Darcy no admitía réplica. Él se quedó de pie tras su escritorio. Elizabeth se sentó en la silla junto a la ventana. Lord Matlock estaba de pie junto a la chimenea, el rostro impasible. Lady Matlock se sentó al lado de Elizabeth con las manos cruzadas en el regazo y no dijo nada.

—Ayer —dijo Darcy—, le dijo usted a mi esposa que yo había engendrado un hijo ilegítimo con la hija de un arrendatario. Que el niño que actualmente crían Sally y Joseph Cooper en la granja Wilson es hijo mío.

Catherine alzó la barbilla.

—Sentí que era mi deber informar a la señora Darcy de lo que la casa sabe perfectamente y ella, al parecer, no.

—La casa no lo sabe, porque no es cierto. El niño no es mío. Es de George Wickham.

El nombre produjo el efecto que Elizabeth sabía que produciría. El rostro de Catherine cambió. No era exactamente sorpresa. Reconocimiento.

—Wickham sedujo a Sally Wilson cuando tenía diecisiete años —continuó Darcy. Su voz era uniforme, medida, perfectamente controlada, pero Elizabeth podía ver la furia que aún ardía tras ella y se alegró de que no estuviera dirigida a ella—. La dejó encinta y se marchó sin volver la vista atrás. Mi padre se enteró días antes de morir. Convocó a Wickham a Pemberley y le exigió explicaciones,

pero no pudo enmendar el asunto en el poco tiempo que le quedaba. Tras la muerte de mi padre, descubrí el asunto. Di a la familia Wilson una granja mejor. Encontré a un buen hombre dispuesto a casarse con Sally, a criar al niño como propio. Aseguré una suma para el muchacho para asegurarme de que no sufriría por los pecados de su padre. He visitado a la familia regularmente durante seis años, porque son mis arrendatarios, mi responsabilidad, porque los estragos de Wickham no se reparan solos.

La habitación quedó en silencio. Catherine permanecía rígida en su silla. Nadie se movió.

—Vino usted a mi casa —la voz de Darcy tenía ahora un filo, delgado, frío—. Reclutó a un espía entre mis criados. Un lacayo llamado Hawkins, que ha estado correspondiéndose con usted durante años, desde antes de la muerte de mi padre, informando sobre la casa, mis movimientos, mi esposa. Le pagó por información. Usó esa información para construir una mentira. Le entregó esa mentira a Elizabeth con la intención de causarle dolor, socavar nuestro matrimonio.

—Estaba protegiendo a esta familia —dijo Catherine. Su voz era firme, pero sonaba acalorada—. Si había un niño, su esposa tenía derecho a saberlo.

—Hay un niño. No es mío. No vino aquí para proteger a nadie. Vino porque nunca ha aceptado mi matrimonio, y se aferró al primer chisme que su espía pudo proporcionarle para atacar a Elizabeth donde pensó que era más vulnerable.

—No permitiré que se me hable de este modo.

—Se le habla exactamente así, tía Catherine, porque lo que ha hecho es imperdonable. Me calumnió ante mi esposa. Calumnió a una mujer inocente y a su familia. Corrompió a un miembro de mi casa. Lo hizo por despecho.

El rostro de Catherine estaba pálido, la mandíbula tensa. Pero Elizabeth observaba sus ojos, y lo que vio allí no era meramente la rigidez de una mujer bajo asedio. Era la mirada de una mujer que sentía el suelo ceder bajo sus pies. El hijo bastardo del que había estado tan segura se había disuelto, y en su lugar estaba Wickham, cuyo nombre llevaba años pronunciando, cuyo carácter había advertido a George mucho antes de que nadie más en esta familia hubiera estado dispuesto a verlo.

Los fantasmas llegaron entonces. Elizabeth los sintió: Nana primero, vibrando de furia reivindicada; luego George, atraído quizá por el sonido de su propio nombre en boca de su hermana.

—No está sorprendida —dijo Elizabeth. La frase salió antes de que pudiera detenerla. Ha oído el nombre de Wickham y no se ha sorprendido.

Catherine la miró. Por un momento la máscara se resquebrajó, y lo que había debajo era más viejo, más crudo, más complicado que el despecho.

—Se lo dije a George —dijo Catherine. Su voz era diferente ahora. Más tranquila—. Le dije que ese muchacho sería su ruina. No quiso escuchar. Dijo que yo no entendía. Dijo que estaba celosa de un niño sin madre, como si yo no pudiera reconocer a un depredador cuando lo veía.

George, junto a la ventana, cerró los ojos.

Catherine tomó aire.

—Luego George murió. Hawkins me dijo que Wickham estaba en Pemberley cuando ocurrió. Llevo seis años pensando en eso, Fitzwilliam. Seis años.

La habitación quedó en silencio absoluto. Lord Matlock se enderezó junto a la chimenea. Las manos de Darcy, planas sobre el escritorio, no se movieron.

—¿Qué está diciendo exactamente, Catherine? —preguntó finalmente lord Matlock.

—Estoy diciendo que advertí a George. No me escuchó, y murió. Estoy diciendo que Wickham estaba allí. Que nunca me he quedado tranquila con eso.

—¿Tiene pruebas? —dijo Darcy—. ¿Algo más allá de un presentimiento?

—Si tuviera pruebas, ¿cree que me las habría guardado durante seis años? —La voz de Catherine se elevó—. No, Hawkins no sabía más que el hecho de que Wickham estaba aquí. Pero tengo un presentimiento. Siempre lo he tenido. Le dije a George que viviría para arrepentirse de su punto ciego con Wickham, y en vez de eso, murió. No puedo probar que Wickham sea algo peor que un seductor, un cazafortunas, un hombre sin honor. Pero sé lo que sé.

Elizabeth observó cómo la frustración invadía la estancia. Catherine les había dado exactamente lo que Anne había insinuado: una sospecha, una convicción, toda una vida de haber tenido razón sobre el carácter de Wickham. Nada de ello constituía una prueba que no tuvieran ya; que Wickham había estado en Pemberley el día en que George murió. Nada de ello podía ser utilizado. Era la certeza

de lady Catherine, tan ilimitada como inútil, porque lady Catherine estaba segura de todo, y tener razón en esta ocasión no convertía su palabra en prueba.

—Deberías haber acudido a mí —dijo Darcy—. Hace años. Deberías haberme contado lo que sospechabas, en lugar de alimentarlo en silencio y continuar espiando mi casa.

—Protegía a esta familia. Cometí un error, lo reconozco. —Era lo más parecido a una disculpa de lo que Catherine era capaz, y le costó visiblemente. Se puso en pie—. No me disculparé por el instinto. Solo por el método.

—El método —dijo lord Matlock, con voz cargada de cansancio— fue colocar una espía en la casa de tu sobrino y entregarle a su esposa una acusación envenenada. Eso no es instinto, Catherine. Eso es malicia disfrazada de deber.

Catherine giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta con paso decidido.

—¡No habíamos terminado, hermana! —dijo lord Matlock con irritación, y la siguió.

Lady Matlock suspiró, miró a Elizabeth con una expresión que conseguía transmitir tanto simpatía como resignación, y fue tras ellos.

La puerta se cerró.

El despacho quedó en silencio. Darcy permanecía de pie tras su escritorio, ambas manos apoyadas sobre la superficie, la cabeza ligeramente inclinada. Elizabeth estaba sentada en su silla junto a la ventana y no habló, porque podía ver que él aún no había terminado de pensar.

George seguía de pie junto a la ventana, de espaldas a la estancia. No se había movido desde que Catherine pronunció su nombre. Nana lo observaba desde el rincón con una expresión que Elizabeth nunca había visto en su rostro: algo casi tierno.

—Debería decírselo —dijo Nana—. Lo del asesinato. Está preparado.

—Todavía no. —La voz de George sonó áspera—. Deja que llegue por sí mismo.

—Está llegando. Míralo. Está pensando en las fechas. En que Wickham estuvo aquí la noche en que moriste. Casi lo tiene.

—Entonces deja que llegue.

Darcy habló. Su voz era queda, la ira ya consumida, lo que quedaba era algo más cauteloso.

—Elizabeth.

—¿Sí?

—Mi padre se enteró de lo de Wickham y Sally Wilson. Convocó a Wickham a Pemberley. Cenaron juntos. Por la mañana mi padre estaba muerto, y Wickham se marchó a caballo. —Levantó la cabeza y la miró—. Empiezo a preguntarme si la muerte de mi padre fue lo que el médico dijo que fue.

Los fantasmas guardaron silencio.

Elizabeth permaneció completamente inmóvil. Este era el momento hacia el que lo había estado conduciendo durante semanas, la conclusión a la que quería que llegara por sí mismo, a partir de las pruebas, del mundo de los vivos. Había llegado. Tenía que decidir qué decir.

—Creo que tienes razón al planteártelo —dijo—. Pero ¿cómo podría demostrarse nada, después de seis años?

Él se sentó. Se sentó en la silla de su padre, tras el escritorio de su padre, y no dijo nada. El fuego crepitó. Nana abrió la boca; George negó con la cabeza, una vez. Ella volvió a cerrarla.

—Y aunque pudiéramos —dijo Darcy al fin—, ¿entonces qué? Wickham está casado con tu hermana.

El horror de aquella idea llenó la estancia. Lydia, de dieciséis años, casada con un hombre que podría haber asesinado a su propio benefactor. Lydia, cuya reputación y futuro estaban ligados a un hombre cuya exposición la destruiría junto con él.

—Lo sé —dijo Elizabeth.

Darcy la miró desde el otro lado del escritorio.

—Has sabido que esto se acercaba. Me has estado conduciendo hasta aquí, con cuidado, una pieza cada vez, porque sabías que una vez que lo viera no podría dejar de verlo. Querías que estuviera preparado.

—Sí.

—Lydia es la razón por la que dudaste. Por la que no me dijiste simplemente lo que sospechabas hace semanas.

—Sí.

Volvió a quedarse en silencio. Luego dijo:

—Gracias. Por no decírmelo. Por dejarme encontrarlo yo mismo. No lo habría creído, Elizabeth, si simplemente lo hubieras dicho. Habría pensado que estabas dejando que tu antipatía por Wickham nublara tu juicio, porque aunque yo mismo lo desprecio, no lo creía capaz de esto. Pero las pruebas... —Se detuvo—. Las pruebas no mienten.

—No —dijo Elizabeth—. No mienten.

George Darcy se apartó de la ventana y atravesó la pared sin decir palabra. Nana lo observó marcharse. Por primera vez en la memoria de Elizabeth, parecía insegura. Miró a Elizabeth con una expresión que era casi una pregunta. Luego ella también se desvaneció, dejando a Elizabeth y Darcy solos en el despacho, el fuego languideciendo, el peso de lo que ahora ambos sabían asentándose sobre ellos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Elizabeth.

Darcy reflexionó. Podía ver cómo le daba vueltas, examinándolo desde todos los ángulos, como siempre hacía. El fuego crepitó. Fuera, el viento de noviembre presionaba contra las ventanas.

—Si seguimos adelante con esto —dijo—, y si encontramos pruebas, entonces Wickham acabará en la horca. Lydia será la viuda de un asesino a los dieciséis años. Tu familia quedará arruinada. Kitty y Mary nunca harán buenos matrimonios. El escándalo tocará a Bingley, a Jane, a Georgiana, a nosotros mismos. Todo, arruinado.

—Lo sé.

—Si no hacemos nada, entonces vivimos con ello. Vivimos sabiendo que mi padre fue asesinado, que el hombre que lo hizo está casado con tu hermana y sigue en libertad.

—También lo sé.

Él la miró. A Elizabeth le dolía el corazón, porque había querido aliviar sus cargas, ayudarlo a llevar el peso que había estado cargando solo durante seis años. Podía ver en su rostro que ahora se había dado cuenta de que el peso era el doble de lo que pensaba.

—No permaneceremos inactivos —dijo—. Pero debemos ser extremadamente cuidadosos con lo que hacemos, cómo

procedemos, quién lo sabe. Lord Matlock y yo continuaremos la investigación sobre la muerte de mi padre. Con discreción. Si hay pruebas que encontrar, las encontraremos. Cuando sepamos a qué nos enfrentamos, decidiremos juntos qué viene después.

—Juntos —dijo Elizabeth.

—Juntos. Se acabó eso de cargar con todo a solas.

Extendió la mano a través del escritorio. Ella la tomó. Se sentaron juntos en el silencio mientras la oscuridad de noviembre descendía sobre Pemberley, los fantasmas guardando silencio en los corredores del fondo.



Capítulo Veintiuno

A LA MAÑANA SIGUIENTE llegó una carta de Longbourn. La señora Bennet escribía con su habitual urgencia atropellada para decir que estaba postrada por un resfriado, que el señor Bennet se negaba a viajar a ninguna parte en noviembre, que Mary no tenía el menor interés en los bailes y no había forma de convencerla, y que los tres se quedarían en casa, aunque la señora Bennet deseaba que constara que sus nervios se veían gravemente afectados por perderse el acontecimiento y esperaba que Elizabeth le escribiera un relato minucioso de cada vestido, cada baile y cada joven soltero aceptable presente que pudiera mostrar interés por Kitty.

El señor Bennet había añadido una posdata de su puño y letra: El resfriado de tu madre no pasa de ser un moqueo. Mi negativa a

viajar en invierno va completamente en serio. Disfruta de tu baile, Lizzy; quizá vayamos en verano, pues de veras me muero de ganas de ver la biblioteca de Pemberley.

Elizabeth lo leyó en su salita y sintió una mezcla complicada de decepción y alivio. Echaba de menos a su padre. En aquel momento concreto, no necesitaba a su madre en la casa, y la culpa que le inspiraba se asentó, incómoda, junto a la evidencia misma.

—Un problema menos con el que lidiar —dijo Kitty, leyendo la carta por encima de su hombro—. Mamá en la misma casa que lady Catherine habría sido un desastre.

—Mamá en la misma casa que lady Catherine habría sido entretenidísimo —corrigió Elizabeth—. Durante unos diez minutos. Después de eso, habría sido un desastre.

Los Bingley llegaron tres días antes del baile.

Elizabeth había estado pendiente del carruaje en el camino toda la mañana y ya estaba en la puerta principal antes de que el lacayo pudiera anunciarlos, lo cual no era digno y no le importaba en absoluto. El carruaje se detuvo. Bingley bajó primero, radiante, las mejillas sonrosadas por el frío. Irradiaba afabilidad; era de esos hombres que jamás entran en una habitación para empeorarla. Detrás de él, Jane.

Elizabeth bajó corriendo los escalones y cruzó la grava. Jane ya iba hacia ella. Se encontraron a mitad de camino y se abrazaron. Elizabeth hundió el rostro en el hombro de su hermana y respiró, y por primera vez en semanas, el nudo que sentía bajo las costillas se aflojó.

—Has venido —dijo Elizabeth, estúpidamente, porque claro que había venido, la habían invitado, había escrito diciendo que venía.

—Claro que he venido —dijo Jane, y la estrechó con más fuerza; no la soltó hasta que Elizabeth estuvo preparada, lo cual llevó bastante más tiempo del estrictamente apropiado para un saludo a plena vista de la casa.

Bingley, bendito sea, suplió el silencio con una charla animada. Estrechó la mano de Darcy con energía, admiró la casa, admiró el cielo de noviembre, admiró los caballos que se llevaban al establo, elogió a la señora Reynolds, saludó a Kitty y a Georgiana con auténtica calidez y, en general, se convirtió en el centro de una alegría sin complicaciones de la que la casa había estado muy necesitada. La tensión de la semana anterior no se evaporó, pero retrocedió, como siempre ocurría en presencia de Bingley. Era el sol en forma humana, y Pemberley necesitaba ese sol.

Darcy, que quería a Bingley de esa manera callada e inexpresiva propia de un hombre que no hace amigos con facilidad y conoce el valor de los que tiene, se mostró sinceramente contento de verlo. Elizabeth los observó juntos, viendo cómo la reserva de Darcy se suavizaba poco a poco y la mano de Bingley descansaba sobre el brazo de su amigo, y pensó: esto es lo que necesita. Alguien que no le pide nada salvo amistad.

Detrás de los Bingley, un segundo carruaje dejó bajar a Caroline Bingley, Louisa Hurst y el señor Hurst.

Caroline bajó con más afectación que gracia, recorriendo con la mirada al grupo reunido con el ojo rápido y escrutador de una mujer

que estaba tomando nota de todo lo que había cambiado. Su mirada se demoró en Elizabeth apenas un instante más de la cuenta.

—Señora Darcy —dijo, con una sonrisa cálida en la superficie y calculadora por debajo—. Qué placer. Tiene usted un aspecto radiante. Pemberley le sienta bien.

—Gracias, señorita Bingley. Es usted muy bienvenida.

La señora Hurst siguió a su hermana con menos teatralidad y un cansancio bastante más genuino por el viaje. El señor Hurst saludó brevemente y enfiló directamente la puerta principal, claramente convencido de que en algún lugar de la casa habría un sillón cómodo y una copa de oporto. Encontró ambas cosas en menos de diez minutos y no se volvió a saber de él en bastante rato.

—Nana va a tener opiniones sobre la señorita Bingley —murmuró Kitty a Elizabeth mientras entraban.

—Nana tiene opiniones sobre todo el mundo.

—Sí, pero va a tener opiniones muy concretas sobre la señorita Bingley. Casi desearía poder oírlas. Tendrás que contarme luego lo mejor.

Kitty no se equivocaba. Nana apareció en el vestíbulo mientras acompañaban a los invitados a sus habitaciones, observó a Caroline Bingley subir la escalera y dijo:

—Ah, ha vuelto. Gracias al buen Dios, Fitzwilliam tuvo el buen sentido de no casarse con esa.

Elizabeth no pudo responder. Apretó los labios y siguió andando.

—El vestido es demasiado elegante para el campo y demasiado ligero para el tiempo que hace —continuó Nana, manteniéndose a su lado—. El sombrero es de Londres, la pelliza es de Londres, y la

expresión es pura ambición. Ya no puede tener a Fitzwilliam, así que irá a por el soltero más codiciado que encuentre en su círculo, y ya está evaluando a todo el mundo para ver quién se interpone en su camino.

Era, tuvo que admitir Elizabeth, completamente cierto. Pero no podía decirlo. Jane estaba a su lado, Bingley detrás de ellas, Caroline un poco más arriba en la escalera. El vestíbulo de Pemberley no era lugar para mantener una conversación con el aire.

—Voy a disfrutar de esta visita —dijo Nana, con deleite—. La señorita Bingley siempre supo entretenerme.

La señora Reynolds había alojado a los Bingley en los aposentos chinos, que eran los mejores cuartos de invitados después de los aposentos azules que ocupaba en aquel momento lady Catherine, y que Jane declaró encantadores. Caroline y los Hurst fueron alojados en el ala oeste, que era cómoda, estaba bien dispuesta y quedaba tan lejos de las estancias familiares como era posible sin meterlos directamente en un edificio aparte. Elizabeth sospechaba que la señora Reynolds tenía sus propias opiniones sobre Caroline Bingley. Las opiniones de la señora Reynolds sobre las personas rara vez erraban, y las expresaba mediante la asignación de aposentos.



Elizabeth y Jane se encontraron a solas aquella tarde, en el saloncito de Elizabeth, con la puerta cerrada con llave.

Jane se sentó en la silla junto al fuego y Elizabeth se sentó en el suelo a sus pies, porque Jane era la única persona en el mundo con la que no tenía que fingir nada. Jane pasó los dedos por el cabello de Elizabeth, como hacía cuando eran niñas. Elizabeth cerró los ojos, apoyó la cabeza contra la rodilla de Jane, dejó que el alivio puro la inundara.

—Cuéntamelo —dijo Jane.

Elizabeth se lo contó todo. Todo, desde el principio. Nana, que había dirigido Pemberley durante ciento treinta años. El fantasma de George Darcy, cada vez más insistente a medida que avanzaba la investigación, que la presionaba para que orientara a Darcy hacia las conclusiones. El hilo de Sally Wilson, la visita, el testimonio del señor Wilson, la corroboración de la señora Reynolds. La cronología: George descubriendo la verdad, convocando a Wickham, cenando con él, muriendo esa noche. Los seis años de inquietud de Lady Matlock. La espía de lady Catherine, su vil acusación, la confrontación que siguió. La propia sospecha de lady Catherine sobre Wickham, que resultó ser solo una sensación, solo certeza sin pruebas, inútil precisamente porque lady Catherine estaba segura de todo, y acertar esta vez no convertía su palabra en prueba. Darcy llegando a la conclusión por sí mismo, sentado en la silla de su padre en el despacho, diciendo Wickham está casado con tu hermana.

Jane escuchó. No la interrumpió. Sostuvo la mano de Elizabeth y la dejó desahogarse.

—Has estado cargando con esto durante semanas —dijo Jane, cuando Elizabeth hubo terminado.

—Casi desde que llegué a Pemberley.

—Y Darcy todavía no sabe nada de los fantasmas.

—No. Sabe de Sally Wilson, de la cronología, de las sospechas de Lady Catherine. No sabe que el fantasma de su padre me contó la mayor parte, ni que Nana me ha estado ayudando desde mi primera semana aquí. Piensa que he sido exhaustiva hasta el detalle, increíblemente lista. No sabe que he tenido ayuda de los muertos.

Jane guardó silencio un momento. Sus dedos no habían dejado de moverse por el cabello de Elizabeth.

—Lizzy. No puedes ocultarle esto por mucho más tiempo.

—Lo sé.

—Cuanto más esperes, más dolerá. No porque el secreto sea terrible, aunque es extraño, y él necesitará tiempo para aceptarlo. Sino porque se preguntará por qué no confiaste en él. Repasará cada conversación, se preguntará qué fue real, qué fue calculado. Eso lo herirá más que los fantasmas en sí.

Elizabeth apretó la frente con fuerza contra la rodilla de Jane.

—Lo sé. Sé que tienes razón. No estoy lista.

—No dije que tuvieras que hacerlo hoy. Dije que no puedes esperar mucho más —la voz de Jane era dulce, implacable, la voz de una mujer que había pasado toda su vida siendo bondadosa y había aprendido que la amabilidad a veces significaba decir las cosas difíciles.

—Te ama, Lizzy. Se casó contigo sabiendo que no eras una mujer corriente. Puede que esté más preparado de lo que piensas.

—O puede que piense que estoy loca.

—No pensará que estás loca. Pensará que eres extraordinaria, y lo eres.

Elizabeth casi sonrió.

—Eres parcial.

—Soy tu hermana. Por supuesto que soy parcial. Y también tengo razón.

Jane hizo una pausa. —¿Y qué hay de Lydia? ¿Has tenido noticias de ella?

—Sí.

Elizabeth le contó a Jane lo de la carta de Lydia, de la descripción que Lydia hacía de los ojos de Wickham, que se quedaban vacíos. De que Darcy había accedido a pasarle a Wickham una pequeña asignación, para hacer la vida de Lydia un poco más cómoda, incluso antes de sospechar que Wickham pudiera haber estado involucrado en la muerte de su padre.

—No sabe que su marido ha matado a un hombre —terminó Elizabeth—, pero creo que ha aprendido a tenerle miedo.

—Tiene dieciséis años —dijo Jane, y en su voz había dolor—. Tiene dieciséis años y está casada con él y no hay nada que podamos hacer hasta que lo sepamos con certeza.

—Darcy dijo lo mismo. Dijo que si llegamos a tener pruebas, Wickham acaba en la horca y Lydia queda destruida. Si no hacemos nada, vivimos con ello.

—Tiene que haber un camino intermedio. Debe haber alguna manera de protegerla, incluso si Wickham es culpable.

—Si encuentras una, me gustaría mucho oírla. Llevo semanas buscándola.

Jane no respondió, porque no había respuesta, todavía no. Pero Elizabeth podía ver que lo estaba sopesando, examinándolo con ese sentido práctico que la gente confundía con dulzura, y pensó: Jane encontrará algo. Siempre lo hace. Puede que le lleve tiempo, y puede que no sea lo que ninguno de nosotros espera, pero Jane encontrará la manera.

Se sentaron juntas en silencio, y el fuego ardía, y durante un rato Elizabeth no tuvo que ser valiente, ni estratégica, ni cuidadosa. Solo tuvo que ser la hermana de Jane, que era lo más fácil del mundo.



Durante la cena de aquella noche, Caroline Bingley inició su campaña.

Se sentó cerca de Darcy, lo que exigió cierta maniobra, pues los asientos ya estaban asignados, y se dirigió a él con una cordialidad muy particular. Elogió el vino, el servicio de la mesa, los cuadros del comedor. Preguntó por la forma de tocar de Georgiana, como si ella y Georgiana fuesen amigas íntimas, y Georgiana le respondió con cortesía, aunque ligeramente desconcertada.

—Cuánta animación hay en su casa, señor Darcy —dijo Caroline, recorriendo la mesa con la mirada—. Lady Catherine, lord y lady Matlock, todos nosotros. Pemberley está completamente transformado.

—Nos alegra tener compañía —respondió Darcy, con un tono que no invitaba a añadir nada más.

Caroline no se desanimó. Volvió su atención hacia las mujeres más jóvenes, evaluando a Anne con una mirada rápida y desdeñosa, a Kitty con otra más larga y calculada, y a Georgiana con una cortesía cuidadosamente medida, porque la hermana de Darcy era una baza estratégica y Caroline jamás lo olvidaba.

—Señorita Bennet, tiene usted muy buen aspecto —dijo Caroline a Kitty, con esa clase de cumplido que en realidad la estaba midiendo —. La vida en el campo le sienta bien. Aunque supongo que a estas alturas ya añorará la compañía de los oficiales.

—En absoluto —dijo Kitty amablemente—. Pemberley ha sido maravilloso. Montamos a caballo, leemos, hemos estado restaurando el jardín de rosas. No he deseado otra compañía ni una sola vez.

Aquella no era la respuesta que Caroline esperaba, y Elizabeth la vio rehacer sus cálculos. Kitty ya no era la muchacha necia que Caroline recordaba de Hertfordshire. Pemberley la había cambiado, o, quizá, simplemente le había dado espacio para ser quien siempre había sido, oculta bajo la sombra de Lydia.

—Ese tono de naranja le sienta francamente fatal —observó Nana desde el aparador—. Y las plumas que lleva en el pelo son de pavo real, lo cual resulta vulgar en una cena familiar. Las plumas de pavo real son para un baile, y aun así, solo si una tiene el cuello adecuado para lucirlas. Ella no lo tiene.

Elizabeth ocultó la sonrisita que no lograba reprimir del todo tras un medido sorbo de vino.

—Se ha sentado al lado de Fitzwilliam como una pieza de ajedrez que se coloca en posición —prosiguió Nana, cada vez más animada —. Hacía lo mismo siempre que venía de visita, pero ahora es aún más ridículo intentarlo con un hombre casado. La vi probar todos los trucos imaginables: la amiga preocupada, la hermana entregada, la mujer que entendía Pemberley mejor que nadie. Hasta intentó hacerse amiga de Georgiana, que fue lo más cerca que estuvo de ser lista. Fitzwilliam nunca se dio cuenta, porque Fitzwilliam no se fija en las mujeres que intentan atraer su atención. Se fijó en ti, Elizabeth, porque tú no lo intentabas en absoluto. Eso es lo que la señorita Bingley nunca ha comprendido, y nunca comprenderá.

Al otro lado de la mesa, Jane cruzó la mirada con Elizabeth y sonrió, y Elizabeth sintió aquel calor como si fuera luz del sol. Le devolvió la sonrisa y se echó a reír porque lord Matlock acababa de reírse, y lo que a él lo hubiera divertido le brindaba una cobertura excelente para la risa que ya no podía seguir conteniendo ante el ingenio mordaz de Nana.



Después de la cena, en el salón amarillo, Caroline intentó situarse como la líder natural de las mujeres más jóvenes y solteras. Propuso música, lo cual era claramente una excusa para lucir sus dotes al instrumento, y se dirigió a Georgiana y a Anne con la cordialidad

condescendiente de una hermana mayor que esperaba que se sometieran a su criterio.

Jane la interceptó sin que pareciera hacer nada en absoluto.

—Qué idea tan encantadora, Caroline. Señorita Darcy, ¿quiere tocar para nosotros un poco? Quedé absolutamente cautivada en la única ocasión en que tuve el privilegio de escucharla en Netherfield. Señorita de Bourgh, ¿quiere pasar las páginas?

Lo hizo con tanta suavidad, con tanta amabilidad, que Caroline no podía oponerse sin parecer grosera. Georgiana se sentó al instrumento. Anne ocupó su lugar a su lado. Caroline se quedó de pie junto al piano, con su ofrecimiento de tocar desviado con delicadeza y, al mismo tiempo, de forma irrevocable.

Elizabeth observó a su hermana con algo muy parecido al asombro. Jane siempre había sido amable. Siempre había sido buena. Pero, de algún modo, desde su matrimonio Jane había adquirido una cualidad adicional que Elizabeth solo podía describir como acero envuelto en seda. No discutía con Caroline. No se enfrentaba a ella. Simplemente ocupaba el terreno, con toda amabilidad, y se negaba a cederlo. Caroline no encontraba el modo de rodearla sin parecer descortés, que era justamente lo único que no podía permitirse ser en aquella compañía.

Era, comprendió Elizabeth, la misma cualidad que poseía lady Matlock: la capacidad de dirigir a los demás sin que se dieran cuenta de que los estaban dirigiendo. Jane había estado observando a lady Matlock desde la llegada de los Bingley, y lady Matlock había estado observando a Jane, y Elizabeth sospechaba que se reconocían la una

a la otra. Dos mujeres que entendían que la verdadera autoridad no necesitaba anunciarse.

—Su hermana —dijo Nana, apareciendo junto al sillón de Elizabeth— es bastante magnífica. Me gusta. Y comprendo perfectamente por qué habla usted de ella con tanto cariño.

Por una vez, Elizabeth coincidía por entero con Nana.

Caroline lo intentó una vez más, ya avanzada la velada, acercándose a Darcy junto a la chimenea para pedirle su opinión sobre un asunto cualquiera. Jane apareció al otro lado de Darcy, le preguntó si había escrito al señor Gardiner acerca de la pesca y lo arrastró a una conversación sobre truchas en la que Caroline no podía intervenir de ningún modo sin delatar su absoluta ignorancia sobre los deportes del campo. Caroline se retiró al sofá, donde la señora Hurst dormitaba. Se sentó con la espalda rígida, el rostro perfectamente compuesto y los ojos recorriendo la estancia en busca de otra oportunidad.

No encontró ninguna. Jane las había cerrado todas.

—Elizabeth —dijo Georgiana en voz baja, mientras subían juntas la escalera un poco más tarde—. Tu hermana Jane impone bastante.

—¿Jane? ¿Da miedo?

—En el mejor sentido posible. La señorita Bingley no sabe qué hacer con ella.

—No —dijo Elizabeth, y sonrió con orgullo—. No sabe qué hacer con ella.



Capítulo Veintidós

A MEDIDA QUE SE acercaba el día del baile, este absorbía cada momento de Elizabeth.

Pasó la mañana del primer día en el salón de baile con Lady Matlock, que había elaborado una lista de requisitos tan larga que ocupaba las dos caras del papel. Lady Matlock leía en voz alta mientras Elizabeth tomaba notas, y las notas no dejaban de multiplicarse: qué familias debían ser saludadas en primer lugar (los Ashbourne, porque Lady Ashbourne era la dragona más anciana del condado y se ofendería de forma duradera si no la saludaban primero); qué notables de la zona requerían una atención particular (el señor Edward Morris, sordo del oído derecho, a quien había que hablar por la izquierda; su esposa, que no era sorda, pero fingía serlo siempre

que la conversación la aburría); dónde debían hacer cola los carruajes para que los invitados llegaran en el orden correcto de precedencia; por qué había que dar de comer a los músicos antes de que empezara el baile, porque los músicos que pensaban en la cena tocaban mal.

La señora Reynolds lo tenía todo bajo control. El salón de baile se abrió y se ventiló; las arañas se desmontaron y se limpiaron cristal por cristal por un equipo de doncellas que llevaba en ello desde el amanecer. Los suelos se pulieron hasta que brillaron. Las cocinas bullían a pleno rendimiento. La señora Reynolds iba de la cocinera a la despensa del ama de llaves y de allí a la bodega, comprobando existencias, dando instrucciones y manteniendo la calma incansable de una mujer que llevaba treinta años supervisando los entretenimientos de Pemberley. No estaba dispuesta a permitir que los estándares se relajaran en el primer baile de la nueva señora.

Jane aparecía al lado de Elizabeth cada vez que hacía falta tomar una decisión. ¿Debía servirse la cena fría a las diez y media o a las once? A las once, opinaba Jane, porque la fila de saludo llevaría su tiempo y la primera tanda no podía empezar hasta que hubiese concluido, y debían tener tiempo para suficientes danzas antes de la cena. ¿Debía abrirse también el salón amarillo, además de la sala de juego, para quienes no bailasen? Sí, porque el señor Hurst se quejaría amargamente si no se hacía, y no era el único caballero que prefería las cartas a los cotillones. Jane apartaba los asuntos que podían esperar y priorizaba los urgentes, y al cabo de un día la casa la había aceptado como la ayudante de Elizabeth sin que nadie la hubiera nombrado formalmente.

Elizabeth, viendo a Jane indicar a un lacayo dónde colocar las mesas de juego en el salón amarillo, pensó: Longbourn la malgastaba. Longbourn nos malgastaba a todos.

Nana, entretanto, estaba en todas partes. Elizabeth no podía entrar en una habitación sin encontrársela ya allí, con los brazos doblados, inspeccionándolo todo. Había declarado que las flores estaban mal antes de que los jarrones estuvieran medio llenos, había sentenciado que la disposición de las velas era insuficiente antes de que las encendieran, y había enviado a Elizabeth de nuevo a ver a la señora Reynolds tres veces por la galería de los músicos, pues insistía en que había que quitarle el polvo, pese a que aquella mañana Elizabeth había visto a dos doncellas limpiarla con minucioso cuidado.

La verdadera dificultad eran las cortinas. Nana quería que las cortinas del salón de baile se descorrieran para dejar a la vista el parque a la luz de la luna, lo cual era una idea excelente, pero quería que quedaran recogidas en un grado exacto que Elizabeth no podía transmitir a los lacayos sin revelar la procedencia de la instrucción. Elizabeth pasó veinte minutos ajustando la cortina izquierda centímetro a centímetro mientras Nana permanecía detrás de ella diciendo:

—Más. Más. No, te has pasado. Retrocede un poco. Ahí.

—Se está divirtiendo —observó George, deslizándose por el salón de baile en uno de sus inquietos recorridos por la casa.

Se detuvo a contemplar a Nana supervisar cómo Elizabeth colocaba la cortina; la comisura de los labios se le curvó apenas, lo más parecido a una sonrisa que George Darcy se permitía jamás.

—No había estado tan animada desde el último baile, que fue antes de que Anne muriera. Este es su elemento natural. La reputación de Pemberley como anfitrión de los acontecimientos más señalados del condado se forjó por entero en vida de ella.

Elizabeth, que guardaba el equilibrio sobre un escabel mientras ajustaba el alzapaño de la cortina y Lady Matlock esperaba pacientemente detrás de ella con el plan de asientos, no pudo responder. Le lanzó a George una mirada con la esperanza de que transmitiera a la vez reconocimiento y un firme deseo de que se marchara. Él captó la indirecta y siguió su camino.



Caroline Bingley, después de haber sido repetidamente superada por Jane, ajustó su estrategia. No podía imponerse a las mujeres mayores: lady Matlock la superaba en rango, lady Catherine la ignoraba, Jane le cerraba el paso a cada momento y Elizabeth era la señora de la casa. Pero las más jóvenes, razonó Caroline con toda claridad, eran otro asunto. Kitty era nadie en provincias. Georgiana era tímida. Anne era delicada, estaba sobreprotegida y de ningún modo podía tener nada interesante que decir.

Encontró a las tres en el cuarto de música después del desayuno del segundo día, mientras Georgiana practicaba, Anne leía y Kitty escribía una carta. Caroline ocupó el sofá sin vacilar, extendiendo las faldas como si la estancia se hubiera dispuesto para su comodidad.

—Espero que todas estéis deseando que llegue el baile —dijo Caroline—. Para algunas, será vuestra primera presentación de verdad en sociedad. Georgiana, por supuesto, ya ha estado en Londres, pero señorita Bennet, señorita de Bourgh, debéis de sentiros bastante abrumadas ante la perspectiva.

—No estoy abrumada —dijo Kitty, sin levantar la vista de su carta—. He asistido a bailes. Y, de hecho, al baile que dio su hermano en Netherfield, hace un año.

—Bailes en Hertfordshire —dijo Caroline, con una sonrisa que dejaba bien claro lo que pensaba de los bailes en Hertfordshire, omitiendo muy a propósito la última parte de lo que había dicho Kitty—. Esto será muy distinto. Trescientos invitados, las principales familias de Derbyshire. Naturalmente, una debe saber quién es quién. Lady Ashbourne vendrá sin duda; es la gran dama del círculo del condado, terriblemente exigente, y hay que tener muchísimo cuidado de no ofenderla. Y Lord y Lady Vernon, por supuesto, de Chatterton. Y tengo entendido que Sir Peregrine Howe y su familia están por la zona; los conocí en Londres la pasada temporada, en casa de lady Jersey. Encantadores. Se dice que el segundo hijo está buscando esposa.

Recitó aquel catálogo con evidente autoridad y miró a su alrededor en busca de la admiración que esperaba.

Anne pasó una página de su libro.

—Lady Ashbourne es mi tía abuela por parte de padre —dijo con suavidad—. Ella y mi madre llevan muchos años carteándose semanalmente. Creo que traerá a su nieta Clara, que tiene más o menos la edad de Georgiana, una muchacha encantadora que toca

el arpa. Creo que tú y ella podríais hacer un dúo, Georgiana, y sería delicioso. A los Vernon los conozco desde niña; iban a Rosings todos los otoños para la caza hasta que murió papá. En cuanto a Sir Peregrine, su padre y el mío fueron juntos a la escuela. El segundo hijo, Frederick, tartamudea y es muy tímido, y no está buscando esposa; está buscando un beneficio, que mi primo Fitzwilliam le ha prometido en cuanto quede vacante uno.

Caroline se quedó mirándola fijamente. La sonrisa se le heló en los labios.

—Ya veo —dijo.

—Mamá mantiene una correspondencia muy activa —añadió Anne, volviendo a su libro—. Si hay alguien de quien quieras saber algo, estoy segura de que puedo ayudarte.

Kitty y Georgiana intercambiaron una mirada de deleite puro y sin disimulo. Georgiana se mordió el labio. Kitty de pronto se vio en la necesidad de prestar toda su atención a la carta.

Poco después Caroline se excusó, y Anne la vio marcharse con una expresión que no era poco amable, pero desde luego tampoco apenada.

—¿Ha sido demasiado? —preguntó Anne a Georgiana, cuando Caroline estuvo ya fuera de alcance.

—Ha sido perfecto —dijo Georgiana—. Absolutamente perfecto.

—Mi madre habría sido mucho peor —dijo Anne pensativa—. Le habría dicho a la señorita Bingley exactamente qué lugar ocupaba en el orden social y por qué jamás se elevaría por encima de él. Lo habría hecho delante de todo el mundo. Lo habría disfrutado. Yo me

he limitado a exponer hechos. Ni siquiera lo he disfrutado. —Hizo una pausa—. Bueno, quizá un poco.

—Eres hija de un dragón —dijo Kitty con admiración.

Anne lo consideró.

—Supongo que sí. Aunque me gustaría pensar que de uno algo más cortés.

Caroline se retiró al salón amarillo, donde Louisa Hurst estaba instalada en el sofá con una novela que no leía y una taza de té que había dejado enfriarse.

Elizabeth no estuvo presente en lo que siguió. Nana sí. Aburrida de la escasa atención que Elizabeth prestaba a sus opiniones sobre los preparativos del baile, se había marchado en busca de algo más entretenido. Lo encontró en el cuarto de música.

Caroline Bingley era, cuando menos, muy útil para entretener a Nana.



Elizabeth estaba en su salón repasando la lista de invitados una vez más, marcando los nombres que aún no reconocía para poder preguntar a la señora Reynolds sobre ellos antes de mañana, cuando Nana atravesó la estantería como si la Navidad hubiera llegado antes de tiempo.

—No vas a creer lo que acabo de presenciar —dijo Nana.

Elizabeth dejó la pluma. A Nana en ese estado no se le podía negar nada, y al menos aquí no había testigos.

Nana se acomodó en su silla, con una sonrisa más amplia de lo que Elizabeth le había visto nunca, y relató con todo detalle cómo Anne había desairado a la señorita Bingley sin el menor esfuerzo.

—Y entonces —dijo Nana, con algo que casi podría haber sido una risita—, la señorita Bingley fue con su hermana al salón amarillo y se quejó largamente de la señorita De Bourgh. La llamó enfermiza. La llamó presuntuosa. Dijo que era ridículo que una muchacha que nunca había tenido una temporada en sociedad pretendiera conocer a toda la gente que valía la pena conocer, y que Anne se daba aires que su constitución no podía soportar.

Nana parecía mucho más exultante de lo que un simple testigo tenía derecho a estar, por mucho que Elizabeth deseara haber estado allí en persona para ver la cara de Caroline tras el modo en que Anne había desinflado sus pretensiones.

—En el salón amarillo —dijo Elizabeth pensativa—. Que está contiguo a...

—Al pasillo oriental que conduce a las habitaciones azules. Sí. Y lady Catherine estaba en ese pasillo, de camino al salón amarillo. Oyó cada palabra.

Elizabeth contuvo el aliento.

—¿Qué hizo?

—No entró en la sala. Se quedó en el pasillo escuchando, y parecía estar decidiendo dónde clavar un cuchillo. No ahora. Más tarde. Cuando hiciera el mayor daño.

—Catherine estaba considerando a la señorita Bingley como posible aliada, antes de esto —dijo Elizabeth lentamente—. Otra mujer que me detesta, que podría serle útil.

Era bastante obvio la noche anterior: lady Catherine había desdeñado a Caroline hasta el momento en que la oyó lanzar una pulla solapada contra Elizabeth. Entonces se había vuelto a mirarla, entornando los ojos pensativa, y había empezado a escuchar.

—Si lo estaba, ya no —dijo Nana con regocijo—. Nadie insulta a Anne excepto Catherine. Ese es el privilegio de Catherine, y no lo comparte. La señorita Bingley ha conseguido enemistarse con todas las mujeres de importancia en esta casa, Elizabeth. Lady Matlock la encuentra tediosa. Jane la ha calado. Anne la ha humillado. Georgiana y Kitty se ríen de ella. Ahora lady Catherine, que la miraba por encima del hombro pero que al menos podría haberse convertido en aliada por antipatía mutua hacia ti, la desprecia.

Nana parecía profundamente satisfecha.

—No le queda nadie salvo su hermana, que es inútil, y su hermano, que nunca la preferirá a ella por encima de Jane. Es la ruina social más absoluta que he visto en años, y lo notable es que se la ha hecho enteramente a sí misma.

Elizabeth debería haberse compadecido de Caroline. No del todo, pero sí sentía cierta lástima por ella: una mujer tan desesperada por encajar que no veía cómo alejaba a todo el mundo. Podría haber existido una versión de Caroline Bingley que hubiera caído bien, si alguna vez hubiera dejado de fingir el tiempo suficiente para que alguien la viera de verdad. Era atractiva, al menos moderadamente inteligente y rica. Si simplemente se hubiera permitido brillar como

la persona que realmente era, en lugar de dejar que sus celos e inseguridad la dominaran cada vez que se sentía amenazada, habría podido ser la favorita de su círculo social en lugar del hazmerreír. Pero Caroline no parecía capaz de abandonar la farsa, y aquella actuación resultaba agotadora para todos, incluida, sospechaba Elizabeth, la propia Caroline.

Pero ese era el problema de Caroline, no el suyo. Elizabeth tenía suficientes problemas propios, y saber que lady Catherine de Bourgh ya no contemplaba convertir a Caroline en su peón eliminaba al menos una preocupación de la montaña de problemas que tenía que afrontar.



George Darcy la esperaba en su salón cuando regresó de vestirse para la cena aquella tarde. Estaba junto a la ventana, observando cómo se desvanecía sobre los jardines la última luz de noviembre, y no se volvió cuando ella entró. Elizabeth cerró la puerta, comprobó que su doncella se hubiera marchado y se sentó ante su escritorio. Le quedaban quince minutos antes de tener que bajar.

—No me importa la señorita Bingley —dijo George cuando Elizabeth intentó hablarle de cómo Anne había humillado a Caroline—. No ha logrado su propósito y se está volviendo insufrible a causa de ello, pero no tanto como para causar problemas de verdad a nadie. Se

marchará de Pemberley sin haber mejorado en nada desde su llegada. Esa es toda su historia. Catherine es la que importa.

—Catherine está apagada desde el enfrentamiento. Hace días que no me habla directamente.

—Catherine nunca está contenida. Se está rearmando. Hay una diferencia importante, y harías bien en recordarlo.

Tenía razón, y ella lo sabía. Catherine había estado callada en las comidas, cortés cuando se dirigían a ella y, en su mayor parte, se había quedado en sus habitaciones. Pero el silencio y la corrección no eran los estados naturales de Catherine, y su presencia resultaba más alarmante que su furia habitual.

—¿Qué puede hacer? —preguntó Elizabeth, recolocando los objetos de su escritorio porque necesitaba tener las manos ocupadas—. Darcy se enfrentó a ella. Lord Matlock se puso de su parte. Ha perdido a su espía, y perderá también a Anne.

—Puede volver a Rosings y escribir cartas a todos sus conocidos, contándoles la historia que mejor le convenga. Puede ir sembrando murmullos sobre tu matrimonio, sobre tu familia, sobre el niño Wilson. La verdad no importa, Elizabeth. Lo que importa es aquello en lo que la gente decida creer, y Catherine cuenta con la atención de personas que la creerán porque les resulta más fácil que cuestionarla.

—Estás muy animado esta tarde.

—Estoy muerto. La alegría no es mi fuerte.

Elizabeth sonrió a pesar de sí misma. El humor de George era infrecuente, seco, y siempre lo soltaba como si le sorprendiera tanto a él como a cualquier otro. Le dirigió aquella breve y extraña

contracción de labios que hacía las veces de sonrisa antes de volver a ponerse serio.

—Hay una cosa más —dijo George—. Fitzwilliam ha estado en mi despacho, revisando mis papeles.

—Lo sé. Me dijo que tenía intención de hacerlo.

Había ido a verlo aquella mañana, entre sus consultas con la señora Reynolds sobre el menú de la velada. Estaba sentado en un escabel del despacho, rodeado de montones de diarios y papeles, sin la chaqueta y con las mangas de la camisa arremangadas. Había alzado la vista hacia ella, y ella había visto la frustración en su rostro, la tensión de la mandíbula que indicaba que no estaba encontrando lo que buscaba, pero tampoco dispuesto a detenerse. Le había llevado té y lo había dejado continuar.

—No encontrará nada. No puse por escrito lo que Wilson me contó. Envié a un jinete a Wickham con una nota, pidiéndole que viniera a Pemberley. No hay memorando ni constancia de ninguna clase. Iba a ocuparme de ello en persona, y luego morí, y las pruebas murieron conmigo. —George caminó hasta la ventana y regresó—. Mi hijo ha estado allí desde esta mañana. Ha revisado los cajones del escritorio, los archivos de correspondencia, las cuentas de la casa de aquel año. Encontró mi testamento, que ya había visto antes. Encontró una carta de Wickham dándome las gracias por un regalo de cincuenta libras que le hice por su cumpleaños, y eso lo enfureció. Encontró algunas cartas que escribí a Annie después de que muriera; no eran más que una manera de ordenar mis pensamientos, de contener mi dolor, pero las guardé. Eso lo entristeció. Pero no encontró lo que buscaba, porque no existe.

—Necesita buscar —dijo Elizabeth—. Aunque no haya nada que encontrar. Necesita sentir que ha sido minucioso, y no puedo decirle que no hay nada que encontrar, George, porque no tengo modo alguno de saberlo. Solo tú podrías saberlo, y este no es el momento para hablarle de ti.

—Lo sé. Pero estoy... —George dejó de pasearse. Se quedó junto a la ventana, de espaldas a ella, y cuando volvió a hablar tenía la voz áspera—. Estoy orgulloso de él por ello. Por buscar. Porque le importa. Volvió al despacho después del almuerzo y se puso con las estanterías, comprobando si había papeles escondidos dentro de los volúmenes. Lo vi sacar todos los libros del segundo estante, sacudirlos, comprobar si había páginas sueltas y volver a colocarlos en su sitio. Es metódico. Siempre lo fue, incluso de niño; no dejaba un rompecabezas hasta haberlo resuelto. —Se apartó de la ventana —. Es mejor hombre de lo que yo fui, Elizabeth. Preferí a un muchacho encantador antes que a mi propio hijo, y mi hijo llegó a ser el hombre que yo debería haber sido.

Elizabeth dejó la pluma que había estado haciendo girar entre los dedos. George no decía a menudo cosas así. Cuando lo hacía, ella podía oír lo que le costaba, y no sabía adónde mirar.

—Le alegraría saber que piensas eso —dijo.

—Entonces quizá deberías decírselo.

Le sostuvo la mirada. George la miró a su vez, firme, esperando, y el desafío en su expresión no era cruel, pero sí real.

Un mes antes, la idea de contarle a Darcy la verdad sobre los fantasmas le habría parecido imposible. Ahora, después de todo lo que había visto y aceptado sin inmutarse, después de Sally Wilson,

de las acusaciones de Catherine, de la lenta y constante construcción del caso contra Wickham, la idea de decirle tu padre está aquí, y está orgulloso de ti parecía menos una locura y más una misericordia. Pero el baile era dentro de tres días. La casa estaba llena de invitados. Si se lo decía ahora y salía mal, tendría que estar a su lado y sonreír a trescientas personas mientras su matrimonio se venía abajo. Eso, por supuesto, si no la encerraban de inmediato en un manicomio.

—No es el momento —dijo de nuevo—. Pero... pronto. Después del baile, cuando la casa vuelva a estar en silencio, se lo contaré todo.

Había dicho pronto tantas veces que la palabra había perdido su significado. Pero aquella vez hablaba en serio. Pensó que George se había dado cuenta, porque asintió una vez y luego reanudó su paseo. Elizabeth bajó a cenar.



Capítulo Veintitrés

EL DÍA ANTES DEL baile, Elizabeth recorrió Pemberley y lo encontró preparado. O, mejor dicho, la mitad viva de Pemberley estaba preparada. La mitad muerta, en cambio, estaba en pleno tumulto.

El salón de baile relucía. Habían limpiado las lámparas de araña hasta que cada cristal brillaba. Las sillas estaban dispuestas a lo largo de las paredes en hileras ordenadas, tapizadas de seda color oro pálido, elegida por Nana cuarenta años atrás. Como había tenido tan poco uso, aún parecía casi nueva. La galería de los músicos había sido barrida y desempolvada, los atriles estaban colocados y las velas de los apliques, despabiladas y preparadas. Las mesas del refrigerio estaban al fondo, cubiertas con manteles de lino blanco, ahora desnudas pero a la espera.

Y en el suelo del salón, alineada junto a las doncellas vivas, Sarah Dunn estaba a cuatro patas, restregando unas tablas que en realidad no podía tocar. El paño atravesaba la madera sin ofrecer la menor resistencia, pero su postura era perfecta, los codos en movimiento, el rostro fijo en la sombría concentración de una mujer que había abrillantado aquellos suelos toda su vida y no pensaba dejar de hacerlo solo porque estuviera muerta.

—Lleva así desde el amanecer —dijo Nana, acompasando el paso al de Elizabeth mientras cruzaban el salón—. Le dije que no hacía falta. Me dijo que un baile en Pemberley exigía unos suelos debidamente abrillantados y que no se fiaba de que las chicas nuevas limpiaran bien las esquinas. Y no se equivoca en lo de las esquinas.

—Las chicas nuevas llevan aquí quince años, Nana —dijo Elizabeth entre dientes.

Había aprendido que Nana la oía perfectamente a ese volumen, y eso permitía a Elizabeth hablar con ella en público sin que nadie lo advirtiera. La mayoría de los criados mantenían la vista baja, de modo que no le veían mover los labios.

—Como he dicho. Nuevas.

Nana caminaba a su lado, inspeccionando. No iba de un lado para otro, ni inquieta; caminaba, como había caminado por aquellas habitaciones cuando estaba viva. Aquel día parecía especialmente sólida, casi tanto como George Darcy, y Elizabeth pensó en lo que George había dicho sobre cómo la reputación de Pemberley como casa de gran recibimiento se había forjado en tiempos de Nana. ¿Parecía tan sólida porque le interesaba lo que estaba ocurriendo?

Nana examinó con ojo crítico los arreglos florales, la colocación de las velas y las mesas de la cena, y Elizabeth se preparó.

—Los lirios deberían estar más cerca de la entrada —dijo Nana—. Los invitados deben olerlos en cuanto lleguen. Marca el tono.

—Se lo diré a la señora Reynolds.

—Las rosas no son las adecuadas. Son demasiado oscuras para esta estancia. Nosotras usábamos rosas pálidas, crema y rosadas, porque atrapan la luz de las velas. Las rosas oscuras la absorben. La sala quedará pesada.

—Me temo que ya han dejado sin flores los invernaderos. Creo que llegamos demasiado tarde para cambiarlas.

Nana resopló, pero no intentó discutirlo.

—Y las cortinas de la izquierda necesitan recogerse con más firmeza. El lado derecho está bien. El izquierdo queda demasiado hacia delante y tapa la vista del lago, que es precisamente la razón de ser de las ventanas del oeste.

Elizabeth se obligó a no espetar que ya había dedicado demasiado tiempo a retocar aquellas malditas cortinas, que jamás quedarían suficientemente bien. Ajustó ella misma la cortina. Nana observó, asintió y no dijo nada, lo cual equivalía a una aprobación.

Más allá del salón de baile, el resto de la casa andaba ocupado de manera semejante. Elizabeth atravesó el vestíbulo de entrada camino del salón de juego y encontró al señor Graves, el mayordomo georgiano, apostado al pie de la escalera con toda la librea, con un aire de agobio aún mayor. Dirigía una procesión de tenues sombras que Elizabeth apenas alcanzaba a distinguir: figuras vaporosas con librea de media docena de épocas distintas, que

cruzaban el vestíbulo, entraban en el salón amarillo y salían de nuevo como si estuvieran ensayando sus pasos. Eran tan transparentes que se veía el papel pintado a través de ellas, pero Graves las trataba como si fueran lacayos de cuerpo presente a los que hubiera que instruir.

—¿Qué demonios está haciendo? —murmuró Elizabeth a Nana mientras pasaban.

—Está organizando la casa para el baile —dijo Nana, como si fuera la cosa más evidente del mundo—. Hacía lo mismo antes de cualquier velada cuando estaba vivo, y no ha considerado oportuno abandonar la costumbre. Lleva en ello desde las cuatro de esta mañana. Creo que la señora Alcott está haciendo lo propio en las cocinas, aunque en este momento no se hablan entre sí, porque no están de acuerdo sobre si la plata debe subirse antes o después de encender las velas.

—¿No se hablan? Comparten una sala de criados.

—La han dividido con una línea invisible. Es muy dramático. Les he dicho a ambos que dejen de hacer el ridículo, pero no me hacen el menor caso, lo cual es de lo más irritante, porque soy la señora Darcy y mi autoridad debe ser respetada.

—Soy la señora Darcy —señaló Elizabeth, y Nana le lanzó una mirada fulminante, como si quisiera decir, no me lo recuerdes.

En el salón amarillo, Sir Roderick Darcy seguía dormitando en su sillón, como había hecho desde hacía tanto tiempo como cualquiera de los fantasmas de Pemberley podía recordar. Seguía allí, todavía aparentemente dormido, con la cabeza cubierta por una peluca e inclinada a un lado. Elizabeth pasó junto a él en silencio.

—¿Crees que el baile lo molestará? —preguntó a Nana, una vez estuvieron a salvo en el corredor.

El rostro de Nana se crispó.

—Espero sinceramente que no. Sir Roderick no se ha movido en mi memoria, y si el ruido de trescientas personas bailando y una orquesta tocando hasta las dos de la madrugada no logra despertarlo, podremos darnos por afortunadas. Por todos los testimonios, era un hombre de un temperamento excepcionalmente detestable. Llevo ciento treinta años al frente de esta casa sin la intervención de Sir Roderick, y pienso seguir así.

—¿Qué ocurriría si despertara?

—No lo sé, y no deseo averiguarlo. Pasa mañana por la noche junto al salón amarillo en silencio y diles a tus invitados que hagan lo mismo.

—No voy a decirles a trescientos invitados que no hagan ruido junto al salón amarillo, Nana. Estará abierto para los invitados.

—Entonces tendremos que confiar en que Sir Roderick siga dormido. Ha seguido durmiendo a pesar de todo lo demás, incluida la vez en que una de las chimeneas se incendió en 1763, lo cual causó un tremendo revuelo. Mi culpa, en realidad. Era ya bastante vieja por entonces y había empezado a descuidar algunas cosas. La nueva señora Darcy era muy joven, y Pemberley estaba mal atendido por su ama de llaves. Ya tocaba limpiar las chimeneas.

Permanecieron juntas en el centro del salón de baile. La estancia estaba ahora vacía de personas vivas, pues las doncellas habían terminado su trabajo, aunque Sarah Dunn seguía afanándose en la escalera que conducía a la galería de los músicos con una

determinación espectral. El espacio parecía vibrar con la expectación de lo que iba a ser: trescientas personas, música, baile, luz de las velas. El primer baile que Elizabeth ofrecería como señora Darcy. El primer baile que Pemberley vería en más de veinte años.

—Estás preparada —dijo Nana.

—Estoy aterrada —admitió Elizabeth.

—Es lo mismo. Yo estaba aterrada antes de cada baile. Cuarenta y tres, en esta sala. Los conté. En cada uno pensaba que sería aquel en que Pemberley fallaría, en que la comida saldría mal o la música no estaría a la altura o los invitados quedarían descontentos, y cada uno fue mejor que el anterior. El suyo no será diferente.

—Cuarenta y tres bailes —dijo Elizabeth, maravillada.

—Cuarenta y tres. El último fue en 1785, por el bautizo de Fitzwilliam. George quería una reunión pequeña. Annie le dijo que un heredero Darcy merecía una celebración en toda regla, y él cedió, porque George siempre cedía cuando ella insistía. Annie llevaba su vestido azul de seda y George no podía apartar los ojos de ella.

Nana hizo una pausa, y su voz se suavizó de un modo que Elizabeth rara vez oía.

—Fue la última vez que esta sala estuvo realmente viva. Después de que Annie muriera, George no pudo soportarlo. Cerró el salón de baile y no volvió a abrirlo jamás.

Elizabeth comprendió que Nana estaba contando todos los bailes que había visto en Pemberley, incluso después de su muerte. No preguntó cuántos de aquellos cuarenta y tres habían tenido lugar mientras Nana aún vivía. Poco a poco había empezado a darse cuenta de que Nana no siempre tenía claro qué sucesos habían

ocurrido durante su vida y cuáles después de su muerte, excepción hecha de la historia del incendio de una de las chimeneas.

Permanecieron juntas un momento más, y Elizabeth contempló la sala que Nana había amado y cuidado durante más tiempo del que nadie vivo podía recordar. No era Lady Anne. No era Nana. No era más que Elizabeth Bennet, de Longbourn, pero haría justicia a Pemberley o moriría en el intento, lo que Nana probablemente consideraría aceptable.

—Gracias —dijo Elizabeth—. Por todo. Por enseñarme esta casa.

Nana la miró. Por un instante, la severidad se borró por completo de su semblante. Lo que quedó fue, sencillamente, una anciana que amaba Pemberley más que a ninguna otra cosa, salvo a los descendientes que vivían allí; que había encontrado, por fin, a alguien digno de llevar adelante su legado.

—Siempre supe que se te daría bien esto —dijo Nana—. Lo supe en el momento en que cruzaste la puerta principal y no exageraste lo impresionada que estabas. Lo estabas, pero no hiciste ostentación de ello. Esa es la diferencia entre una visita y la señora de una casa.

Elizabeth sonrió.

—Creía que me desaprobabas.

—Así era. Una cosa no quita la otra. Desaprobaba tus modales deplorablemente descuidados y aprobaba tu carácter. Tus modales van mejorando poco a poco bajo mi tutela, y eso es lo que más me complace.



Elizabeth encontró a Darcy en la galería larga, ya muy avanzada la tarde.

Estaba de pie junto a la ventana que daba al césped del sur y, más allá, al lago, oscuro e inmóvil bajo el cielo gris. Simplemente estaba allí, de pie, mirando hacia fuera, con una expresión que ella no acababa de descifrar. Detrás de él, Edmund y Charlotte corrían y jugaban, aunque, por supuesto, él no los veía. Pasaron corriendo junto a Elizabeth con sonrisas traviesas, y ella hizo un suave gesto para espantarlos, indicándoles que deseaba hablar con su marido a solas. Se alejaron sin protestar, dejando la galería larga vacía de compañía espectral.

Se acercó a él y se quedó a su lado. Él la rodeó con el brazo sin decir palabra. Contemplaron Pemberley juntos.

—Es extraño —dijo él, al cabo de un rato—. Estar aquí, la víspera del baile, contemplando estas vistas. Mi madre solía ponerse ante esta ventana. Recuerdo que lo hacía cuando yo era muy pequeño, antes de una cena o una fiesta, y se quedaba simplemente de pie, mirando hacia el parque, como si necesitara verlo una vez más antes de volverse para recibir a los invitados.

—Quizá estaba serenándose.

—Quizá.

Guardó silencio. Luego dijo:

—Desearía que mi padre hubiera vivido para ver esto. Para conocerte.

A Elizabeth se le cerró la garganta. Se clavó las uñas en las palmas, porque George Darcy estaba allí. Estaba en aquella casa, en aquellos pasillos, observando a su hijo. Sí conocía a Elizabeth. Pensó que ella le caía bien, que aprobaba que fuese la señora Darcy, aunque no lo hubiera dicho exactamente con esas palabras.

Darcy la miró. No insistió. Esperó, como siempre esperaba, con aquella atención paciente y firme que era lo mejor y lo más desesperante de él.

—Yo también desearía que él hubiera podido conocerme —dijo Elizabeth en cambio—. Creo que le habría caído muy bien, con el tiempo, una vez superado el susto.

Darcy sonrió. Era una sonrisa de verdad. El momento se desvaneció, y Elizabeth se aferró a él y no lo soltó.



Lady Catherine la estaba observando.

Elizabeth se había dado cuenta tres veces aquel día. La primera, al salir del cuarto del ama de llaves después de consultar con la señora Reynolds sobre la ropa de mesa. Catherine estaba en el pasillo, de pie, con las manos cruzadas, en una actitud que sugería que quizá llevaba allí algún tiempo. No había dicho nada. Simplemente había

mirado a Elizabeth con aquella mirada aguda, escrutadora, y después se había marchado.

La segunda, en el vestíbulo. Elizabeth le estaba diciendo a Nana, en voz baja, que no era necesario volver a barrer los escalones de la entrada antes del día siguiente porque se barrerían por la mañana, cuando se volvió y encontró a Catherine junto al reloj de pie. No estaba de paso. No iba de camino a ninguna parte. Estaba quieta, observando. Elizabeth no supo cuánto tiempo llevaría allí. Una vez más, no habló cuando Elizabeth la sorprendió mirándola; simplemente dio media vuelta y se fue.

La tercera fue después del té. Elizabeth se había detenido en la galería para murmurar una respuesta a George, que había ido a decirle que Darcy por fin había abandonado su búsqueda en el despacho y se había ido a vestirse para la cena. Había dicho dos palabras, apenas moviendo los labios, y al alzar la vista encontró a Catherine inmóvil al otro extremo de la galería.

En cada ocasión, Catherine no decía ni hacía nada. Simplemente estaba allí, observando, y aquel silencio resultaba más acusatorio que cualquier reproche. Elizabeth podía defenderse de las palabras. No podía defenderse de que la vigilaran.

—Lo hace a propósito —dijo Kitty, cuando Elizabeth se lo contó.

Estaban en el vestidor de Elizabeth; Elizabeth se cambiaba para la cena mientras Kitty estaba sentada en la cama.

—Ha perdido a su espía, así que ahora espía por sí misma. Busca pruebas de que no te encuentras bien, de que estás trastornada, de que hablas sola por los pasillos.

—No hablo sola por los pasillos. Hablo con muertos por los pasillos.

—Que es precisamente por lo que debes dejar de hacerlo donde ella pueda verte.

Elizabeth pensó en ello mientras su doncella le peinaba el cabello. Catherine se había mostrado callada, civil y contenida desde que lord Matlock y Darcy la habían reprendido. Catherine se estaba reagrupando, tal como George había advertido. Ahora Catherine observaba, calculaba, recopilaba información con paciencia y método, esperando el momento que hiciera que todo mereciera la pena.

Pensó también en Caroline Bingley. Catherine había parecido desechar la idea de una alianza con Caroline después de oír cómo insultaba a Anne. Pero descartar una alianza no era lo mismo que descartar una herramienta. Caroline era desdichada y ansiaba la atención de cualquiera que la tomara en serio. Si Catherine optaba por susurrarle al oído, por alimentar los agravios de Caroline y orientarlos en una dirección útil, Caroline ni siquiera se daría cuenta de que la estaban utilizando hasta que fuese demasiado tarde. Aunque, si el objetivo era Elizabeth, probablemente Caroline estaría más que dispuesta a dejarse utilizar, pensó Elizabeth.

Elizabeth decidió advertir a Jane. Jane sabría manejar a Caroline. Pero nadie podía controlar a lady Catherine de Bourgh durante mucho tiempo; era la segunda persona más ingobernable que Elizabeth había conocido en su vida, después de Nana.

Elizabeth no estaba segura de si Nana se sentiría halagada o insultada por la comparación, así que decidió no decírselo nunca.



Aquella noche, después de cenar, Elizabeth se retiró de la compañía una hora después y fue a su saloncito a repasar los preparativos finales del baile. La distribución de los asientos para la cena, el orden de los bailes, los pequeños detalles en los que lady Matlock había insistido debían estar impecables: qué platos debían llevarse primero a las mesas del refrigerio, cuándo avisar a los músicos, dónde colocarse cuando llegaran los invitados para que la fila de saludo discurriera sin incomodidades.

George Darcy estaba en la habitación cuando entró. Iba de un lado a otro, pero no como solía hacerlo. Sus recorridos eran cortos, tensos, reducidos siempre a los mismos dos metros escasos de suelo. Parecía un hombre empeñado en desgastar la alfombra hasta abrirle un agujero.

—¿George?

Él se detuvo. Tenía el rostro demacrado y los ojos sombríos.

—A la casa le pasa algo —dijo—. No sé cómo explicarlo. Los demás también lo notan.

—¿Los demás?

—Todos. La señorita Pardoe no deja de soltar el libro y quedarse mirando a la nada. El lacayo del ala oeste lleva recorriendo el mismo tramo de pasillo desde esta mañana, arriba y abajo, como si estuviera de centinela. La doncella que ronda el armario de la ropa

blanca está llorando, cosa que no hacía desde hace años. Y el viejo mayordomo... —hizo una pausa—. Graves está de pie junto a la puerta principal y no se mueve. Ha abandonado por completo los preparativos del baile, cosa impropia de él. Se toma sus obligaciones muy en serio, como bien sabes.

Aquello la dejó helada. Había pasado junto a Graves aquella mañana, mientras instruía a sus lacayos fantasmales con la intensidad de un hombre que consideraba un baile en Pemberley asunto de la máxima importancia. Que hubiera dejado eso para apostarse en la puerta principal, inmóvil, significaba que creía que su deber estaba en otra parte. Graves había sido mayordomo. El primer deber de un mayordomo era la puerta.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Pero la casa se siente distinta. Más pesada. —Reanudó su paseo, ahora más corto aún, más tenso—. Llevo seis años muerto, Elizabeth, y nunca he sentido la casa así. Ni cuando Fitzwilliam trajo a Georgiana de vuelta después de Ramsgate. Ni cuando llegaste tú. Ni siquiera cuando vino Catherine. Esto es otra cosa.

Elizabeth dejó sus notas y fue a buscar a Nana.

Nana estaba en la galería de retratos, de pie ante el retrato de lady Anne. Tenía los brazos doblados y la barbilla alta, y no estaba mirando el retrato. Miraba a través de él, más allá de él, hacia algo que Elizabeth no podía ver.

—Nana. George dice que la casa está inquieta.

—Lo está.

—Dice que los fantasmas también están inquietos. El lacayo no deja de patrullar, la señorita Pardoe no sale de la biblioteca, Graves ha abandonado los preparativos del baile y hace guardia en la puerta principal.

—Sí. Sarah Dunn está puliendo una y otra vez las escaleras de la galería de los músicos, empezando arriba y bajando hasta abajo del todo, y no se detiene.

—¿Qué está pasando?

Nana guardó silencio un largo instante. La galería estaba en penumbra a su alrededor, con los retratos observándolas desde sus marcos. El aire parecía denso. Ni frío ni cálido. Denso. Como en las horas previas a una tormenta, cuando baja la presión y los pájaros enmudecen.

—Prepárate —dijo Nana.

—¿Prepararme para qué?

Nana se volvió hacia ella. Tenía miedo. Elizabeth nunca había visto a Nana tener miedo, ni una sola vez, ni de lady Catherine ni de la investigación del asesinato ni de ninguna otra cosa. Nana no era de las que sienten miedo. Lo suyo era la autoridad, la desaprobación, el ingenio mordaz y, en raras ocasiones, la ternura. El miedo, no. Verlo ahora en su rostro era peor que cualquier cosa que Catherine hubiera hecho.

—No lo sé —dijo Nana—. Pero algo se acerca. Sea lo que sea, viene, y creo que el baile lo traerá.

—Eso no ayuda, Nana.

—No estoy intentando serte útil. Intento advertirte. Hay una diferencia, y harías bien en atender a ella. —Volvió la vista al retrato

—. Esta casa lleva en pie más de cuatrocientos años. Ha resistido duelo, escándalo, muerte, guerras. No se inquieta sin motivo, pero ni siquiera yo puedo decirte qué se acerca.

Elizabeth vaciló y luego alargó la mano y la apoyó en la pared, preguntándose si sentiría algo más que papel pintado sobre yeso sobre piedra fría.

Estuvo a punto de apartar la mano bruscamente, porque la pared vibraba. Era una vibración tenue, y Elizabeth sospechó que ningún otro habitante vivo de la casa habría percibido lo que ella sentía, pero se parecía casi a un latido. Pemberley mismo, la gran casa que había resistido cuatro siglos de penas, escándalos, muertes y guerras, como había dicho Nana, estaba inquieta. Era imposible atribuirle ninguna emoción humana a aquella sensación, pero, si la hubieran obligado a ponerle nombre, Elizabeth habría dicho que era ira. Le recordó, de un modo perturbador, a la expresión de George Darcy cuando hablaba de Wickham.

Aquella noche, Elizabeth se acostó y permaneció tumbada al lado de Darcy, que ya dormía, mirando el dosel sobre ellos.

Al día siguiente, trescientos invitados acudirían a Pemberley para ser agasajados. Habría luz de velas, música, todo el condado observando a la nueva señora Darcy y juzgando si era digna de ese nombre.

Bajo todo aquello, la casa estaba furiosa. Los muertos estaban inquietos. Nana tenía miedo.

Elizabeth cerró los ojos y, pese a su agotamiento, no logró dormir durante mucho tiempo.



Capítulo Veinticuatro

ELIZABETH SE DESPERTÓ LA mañana del baile con la sensación de no haber dormido en absoluto.

Sí había dormido, un poco; cuando abrió los ojos, Darcy ya se había levantado y se había marchado, lo que significaba que no se había despertado cuando él se levantó. Pero sentía el cuerpo pesado y extraño, como si algo le oprimiera el pecho. Se apoyó la mano abierta sobre el esternón y respiró, y la presión no cedió.

La casa también lo sentía. Lo supo en cuanto pisó el suelo frío. Aquel zumbido tenue en la piedra y la madera, la vibración de la noche anterior, seguía allí, y ahora era más fuerte. Un escalofrío la recorrió mientras cruzaba la habitación para llamar a su doncella. Se dijo que era por el baile. Trescientos invitados, la primera velada que ofrecía

como señora Darcy, todo el condado observando y juzgando. Claro que estaba nerviosa. Claro que tenía el estómago revuelto. No era más que eso.

No se creyó ni por un momento.

Estaba en el salón de baile con la señora Reynolds, revisando el dibujo de tiza que habían trazado con esmero siguiendo el diseño que Nana había tardado tres días en perfeccionar, cuando Jane apareció en el umbral.

—Lizzy. Tienes que venir al despacho.

—¿Qué ha pasado?

—Lady Catherine acaba de entrar ahí con Darcy. Lord Matlock también está dentro. Georgiana oyó voces alteradas y vino a buscarme.

Elizabeth dejó su lista. Le temblaban las manos. Se dijo que era por el baile, aunque sabía que no lo era. Llevaba luchando contra las náuseas desde el desayuno y apenas había comido, y aquella extraña sensación en la casa le oprimía como un dolor de cabeza.

Oyó a Catherine antes de llegar a la puerta del despacho. No estaba gritando. Era peor que gritar: hablaba con aquella voz baja y medida que usaba cuando creía estar proclamando una verdad irrefutable.

La puerta del despacho estaba entreabierta. Elizabeth alargó la mano para empujarla, pero Nana estaba allí, bloqueando la abertura, negando con la cabeza. Estuvo tentada de atravesarla sin más, pero en lugar de eso se quedó quieta y miró por el estrecho espacio entre la puerta y la jamba.

Darcy estaba de pie detrás de su mesa de despacho. Lord Matlock se encontraba junto al fuego. Lady Catherine estaba en el centro de

la habitación, erguida, con la barbilla alta y una hoja de papel en las manos.

—He hecho averiguaciones —dijo Catherine—. He observado. He escuchado. Y le digo, Fitzwilliam, como su tía y como alguien que vela por el bien de esta familia, que su esposa no está bien. Habla con habitaciones vacías. La han visto en la galería larga pasada la medianoche, hablando sin que hubiera nadie presente. Se detiene en los pasillos y mueve los labios como si conversara con una persona que no está allí. Los criados se han dado cuenta, Fitzwilliam. Lo cuchichean entre ellos. La señora Reynolds la protege; lealtad mal entendida. Su hermana y la señorita Bennet la encubren; juventud y sentimentalismo. Los hechos son los hechos.

Catherine bajó la vista hacia el papel.

—El martes la vieron hablando en el vestíbulo sin que hubiera nadie presente. El miércoles por la noche se detuvo en la galería de retratos y se dirigió al aire. El jueves la vieron salir de un pasadizo detrás de una estantería cuya existencia nadie vivo en esta casa sabía.

Se volvió hacia Lord Matlock.

—Henry, usted estaba allí ayer. Fuimos al salón de baile buscando a Margaret, y las doncellas estaban fregando el suelo. Margaret y Elizabeth estaban allí juntas. Nos vieron llegar, caminaron hacia nosotros, rodearon a las doncellas. Elizabeth rodeó algo que no estaba allí. Se desvió para evitar un punto del suelo donde no había nadie arrodillado, como si viera allí a alguien que el resto de nosotros no podía ver. Margaret también se dio cuenta. Se le notó en la cara.

Lord Matlock no dijo nada, pero Elizabeth, observando por la rendija, vio cómo cambiaba su expresión. Se había dado cuenta. Lo había dejado a un lado, porque era un hombre bondadoso y porque apreciaba a Elizabeth, pero se había dado cuenta. Lo había hecho; había rodeado a Sarah Dunn sin pensar siquiera en ello, porque siempre le había parecido de mala educación atravesar sin más a los fantasmas, igual que un momento antes había permitido que Nana le bloqueara el paso. Ni siquiera había pensado en cómo podría parecerles a quienes la observaban.

Catherine prosiguió.

—Ha estado haciendo preguntas sobre la muerte de su padre, sobre Wickham, sobre asuntos sepultados hace años y que más vale dejar así. Ha implicado a su tío y a su tía en su obsesión. Ha adquirido conocimientos sobre esta casa que no podría haber obtenido por ningún medio natural. Y creo, Fitzwilliam, que su mente está perturbada y exige tratamiento antes de convertirse en un escándalo público.

En la habitación reinaba un silencio sepulcral.

—Tiene usted autoridad legal para actuar —dijo Catherine—. Un marido puede internar a su esposa por recomendación de un facultativo. Conozco personalmente al doctor Grieve, de Bakewell, y estoy segura de que...

—Va a dejar de hablar ahora mismo, tía Catherine.

La voz de Darcy atravesó las palabras de Catherine como una hoja afilada. Rodeó la mesa de despacho, y Elizabeth pudo verle la cara por la rendija de la puerta. Tenía la mandíbula tensa y los ojos planos y fríos.

—Lleva semanas en esta casa espiando a Elizabeth, socavándola, diciéndole mentiras sobre mi carácter en un vil intento de sembrar discordia entre nosotros, y ahora se presenta en mi despacho para decirme que la encierre. ¿Basándose en qué? ¿En que habla sola? ¿En que hace preguntas que a usted le resultan incómodas? ¿En que descubrió un pasadizo en una casa de la que es señora?

—Lo que describe es...

—Lo que describe es a una mujer inteligente que explora su nuevo hogar y trata de comprender a la familia con la que se ha casado. Las preguntas que ha hecho sobre la muerte de mi padre son preguntas que deberían haberse planteado hace seis años, por cualquiera que tuviera ojos en la cara, y el hecho de que nadie las formulara es una vergüenza colectiva nuestra, no suya.

—Fitzwilliam, te lo imploro...

—Mi esposa no está loca. No está enferma. Es la mejor persona que he conocido jamás, y no voy a tolerar esta acusación ni por un instante, ni de usted ni de nadie más.

Se acercó más a su tía, irguiéndose sobre ella, y Catherine se encogió ante la expresión de su rostro. Después del baile, se marchará de Pemberley. No regresará. Anne permanecerá aquí con nosotros, e irá a Londres para la temporada con Georgiana y Kitty, tal como ya se ha acordado. No interferirá con sus planes. No le escribirá ordenándole que regrese a Rosings. Dejará en paz a mi esposa y a mi casa a partir de este momento, o me encargaré de que sea usted quien acabe encerrada en un manicomio. Esto se lo prometo.

El rostro de Catherine había adquirido el color de la tiza.

—No puedes prohibirme la entrada a esta casa. Soy tu tía. Soy...

—Es usted una mujer que acaba de pedirme que encierre a mi esposa —dijo Darcy con una calma glacial—. Ha perdido todo derecho que pudiera tener sobre mi lealtad o mi paciencia, y se marchará de esta casa la mañana después del baile. Solo le permito quedarse hasta entonces porque todo el mundo sabe que ya está aquí, y no voy a permitir que Anne sea objeto de murmuraciones porque su madre fuera expulsada públicamente de la casa antes del evento.

—Hermano —dijo Catherine, volviéndose hacia lord Matlock—. Seguramente ves...

—Veo muchas cosas, Catherine —dijo lord Matlock con voz grave—. Veo a una mujer que ha intentado y fracasado en destruir el matrimonio de su sobrino por todos los medios a su alcance, y que ahora ha recurrido a un arma tan despreciable que incluso a mí me sorprende que haya caído tan bajo. No voy a apoyarla en esto. No voy a apoyarla en nada, hasta que haya pedido disculpas de forma completa y sincera a la señora Darcy, lo cual sospecho que le llevará un tiempo considerable. Aunque ella acepte sus disculpas, dudo mucho que su sobrino lo haga jamás, y la verdad, no debería. Yo no podría perdonarla si dijera algo tan terrible sobre Margaret.

Catherine temblaba, pero Elizabeth podía ver por su expresión que no era de miedo. Temblaba de pura rabia.

—Estoy tratando de proteger a esta familia —dijo Catherine—. Siempre he tratado de proteger a esta familia, y me han pagado con ingratitud y...

—Madre, basta.

Elizabeth no se había dado cuenta de que Anne estaba en la habitación. Se levantó de una silla medio oculta detrás de lord Matlock, pálida, delgada, con las manos entrelazadas frente a ella. Había tomado una decisión, Elizabeth podía verlo, y sería tan firme en ella como su madre lo había sido siempre en cualquier cosa.

—Basta —dijo Anne de nuevo—. Debes detenerte, ahora.

Catherine se volvió hacia su hija. Su rostro se desmoronó. No en lágrimas; lady Catherine de Bourgh no se desmoronaba en lágrimas. Pero la máscara cayó, y lo que había debajo era la perplejidad de una mujer que acaba de ser golpeada por la única persona de quien jamás esperó oposición.

—Anne...

—Estás equivocada, madre. Estás equivocada sobre la señora Darcy. Estás equivocada sobre esta familia. Has estado equivocada durante mucho tiempo, y ya no puedo seguir escuchándolo —la voz de Anne temblaba, pero no apartó la mirada—. La señora Darcy ha sido muy amable conmigo. Ella y Darcy me han ofrecido una vida que jamás creí que llegaría a tener. Estás intentando destruir a la mujer que hizo todo esto posible, porque no puedes soportar que ella tenga lo que querías para mí, y no voy a formar parte de ello.

Catherine miraba fijamente a su hija.

—Hablaremos de esto en privado —dijo Catherine. Su voz era apenas audible.

—No hay nada que hablar. Te quiero, madre. Pero estás equivocada.

Catherine salió de la habitación sin decir otra palabra. Pasó junto a Elizabeth como si no la viera, con la espalda rígida, el rostro

convertido de nuevo en una máscara, y el sonido de sus pasos alejándose por el corredor resultaba de una soledad sobrecogedora.
Nana se rió.
Anne salió tambaleándose del despacho, temblando y pálida, atravesó la forma espectral de Nana y estuvo a punto de chocar con Elizabeth. Elizabeth la sujetó por los codos.
—Es lo más valiente que he visto en mi vida —dijo Elizabeth.
—Creo que voy a vomitar —dijo Anne en voz baja.
Elizabeth la llevó a la salita, pidió a una doncella que trajera té, y se quedó con Anne hasta que dejó de temblar. No mencionó que sus propias manos también temblaban, que las náuseas que había estado combatiendo toda la mañana habían empeorado, no mejorado. La casa presionaba sobre todos los que estaban en ella, exacerbando cada emoción, y solo Elizabeth tenía la más mínima idea de que aquello estaba sucediendo.
El baile comenzaría en seis horas.



Elizabeth regresó al salón de baile una vez que Anne estuvo instalada y descubrió que Jane había tomado el mando. El dibujo de tiza del suelo estaba terminado: nítidos arabescos y guirnaldas blancas de las que Nana se habría sentido orgullosa. Las flores ya estaban colocadas; las copas, alineadas sobre las mesas a la espera del champán francés que subirían más tarde de las bodegas; las

velas, distribuyéndose por la sala. Kitty dirigía la colocación de sillas adicionales a lo largo de la pared sur. Lady Matlock consultaba con la señora Reynolds qué vinos debían decantarse primero. Hasta Caroline Bingley había acabado colaborando y estaba ordenando tarjetas de sitio en una mesa lateral con expresión de sorprendida diligencia, como si no terminara de entender cómo Jane había conseguido hacerla útil.

Jane miró a Elizabeth y cruzó la estancia.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Jane, lo bastante bajo para que nadie más pudiera oírla—. ¿Qué ha pasado?

—Catherine ha intentado que me internen. Darcy la ha parado. Anne se ha puesto contra su madre. Se acabó. —Elizabeth se apretó una mano contra el estómago, revuelto—. Jane, me encuentro fatal, y no creo que sea por el baile.

Jane le puso la mano en la frente. Fría, práctica, el mismo gesto que su madre había usado siempre para comprobar si tenía fiebre, aunque la señora Bennet solía acompañarlo de predicciones de muerte inminente.

—No tienes fiebre. ¿Has comido?

—No puedo. El estómago no me lo permite.

—Son los nervios.

—Tal vez. —Elizabeth recorrió con la mirada el salón de baile. Sarah Dunn estaba quitando el polvo al mismo marco una y otra vez. Graves no se había movido de la puerta principal. La presión de la casa era un peso constante entre las sienes de Elizabeth, y no sabía cómo explicarle a Jane que la casa misma no estaba en sus cabales sin parecer exactamente tan loca como lady Catherine acababa de

afirmar que estaba—. Jane, necesito que te encargues de los preparativos. Hoy no puedo hacer esto. Lo siento.

—No te disculpes. La señora Reynolds, lady Matlock y yo nos ocuparemos de todo. Ve a descansar antes de esta noche. Tienes que encontrarte lo bastante bien como para estar en la fila de saludo.

—No voy a descansar. Darcy vendrá a hablar conmigo. Tiene que hacerlo. Lady Catherine ha dicho cosas que... él tiene preguntas, Jane. Lleva semanas con ellas, y yo he estado esquivándolas, y después de lo que lady Catherine acaba de hacer, ya no puedo seguir evitándolo.

Jane la miró fijamente.

—¿Vas a contárselo?

—Creo que tengo que hacerlo.

Jane le tomó la mano y se la apretó una vez, con fuerza.

—Entonces díselo. Ven a buscarme después.

Elizabeth fue a su salita. Cerró la puerta con llave. Apoyó la espalda en ella y respiró. La casa respiró con ella, lenta, pesada, mal. Nana atravesó flotando la estantería, la miró; Elizabeth negó con la cabeza. Nana volvió a salir flotando sin decir una palabra. Elizabeth se lo agradeció. Si iba a derrumbarse, quería hacerlo sin público, vivo o muerto.

Apoyó ambas manos contra la puerta a su espalda e intentó pensar. Tenía la piel fría y pegajosa. El estómago se le revolvía sin descanso. La anormalidad de la casa era ya tan intensa que la vela de su escritorio parpadeaba sin que hubiera la menor corriente, y la temperatura de la salita cambiaba, de cálida a fría y de nuevo a

cálida, como si las paredes no supieran decidir en qué estación estaban.

Trescientas personas iban a llegar a Pemberley en seis horas. Tenía que estar vestida, serena, de pie junto a Darcy en la fila de saludo, sonriendo, saludando a todo el condado, siendo la señora de Pemberley. Tendría que bailar y conversar. Tenía que encontrarse bien.

No se encontraba bien. Se sentía como si el propio Pemberley intentara decirle algo, apremiándola con sus cuatrocientos años de piedra y madera, y no alcanzara a oír qué era.

Darcy llamó a la puerta de la salita diez minutos después, con tres golpes firmes y nítidos que ella había aprendido muy pronto a reconocer como su tarjeta de visita.

Abrió la puerta y él entró. La cerró tras de sí y se quedó mirándola, y Elizabeth vio en su rostro que había venido a hacer la pregunta que llevaba semanas cargando consigo.

—Elizabeth. He dicho a mi tía que se equivoca. También se lo he dicho a lord Matlock y a Anne. No creo que estés enferma, y no lo creeré jamás, y te protegeré de cualquiera que diga lo contrario. —Hizo una pausa—. Pero no soy ciego. Yo también he notado cosas, Elizabeth. Las conversaciones con habitaciones vacías. La manera en que sabes cosas de esta casa que no podrías saber, como el pasadizo que comunica esta habitación con el ala este, cuya existencia se ignoraba en Pemberley, hasta por mí. Las preguntas sobre mi padre que empezaste a hacer antes de tener motivo alguno para hacerlas. —La miró con fijeza—. Dime qué está pasando. No

puedo protegerte de lo que la gente dice si no entiendo lo que tú ves.

Elizabeth se sentó. Las piernas no la sostenían. Se dejó caer en la silla junto al fuego y se quedó mirando sus manos, que temblaban, y pensó: ya está. Este es el momento que tanto he temido.

—Darcy —dijo—. Siéntate.

Se sentó. Se sentó en la silla frente a ella, tal como lo había hecho la noche en que le habló de Sally Wilson, la noche en que le dijo que estaba cansado de cargar con las cosas solo.

—Veo a los muertos —dijo.

Las palabras salieron planas, sin gracia, muy lejos del discurso cuidadoso que había ensayado cien veces. Había planeado empezar por Longbourn, por la tía abuela Irene, por la historia del don quizá transmitido por su abuelo Gardiner, que había tenido en los negocios mucho más éxito del que nadie habría esperado. Había planeado ser mesurada, clara, y presentarlo de un modo que tuviera sentido. En cambio lo soltó de golpe, como la confesión que era.

—Veo fantasmas. Los he visto toda mi vida. Desde que era niña. Mi familia lo sabe, pero lo hemos mantenido en secreto porque la alternativa es...

Hizo un gesto vago hacia la puerta —más allá de la cual lady Catherine acababa de intentar encerrarla—, y no pudo terminar la frase.

Darcy no dijo nada. No se movió. Solo la observó, inexpresivo, igual que en Hunsford, cuando ella lo rechazó con una crueldad que él jamás se había merecido.

—Hay fantasmas en todas partes, Darcy. Los fantasmas de Longbourn son mi familia; mi tía abuela Irene me enseñó a dominar mi don, a convivir con él, a mantenerlo oculto. Cuando llegué a Pemberley, crucé la puerta principal y los vi. Por todas partes. La casa está llena de ellos. Sirvientes, familia, cuatrocientos años de muertos, aún aquí.

Hablaba demasiado rápido, las palabras le salían en desorden, pero no podía aminorar el ritmo porque si lo hacía pararía, y si se detenía nunca volvería a empezar.

—Uno de ellos, uno de los más fuertes, es Nana. Su verdadero nombre es Dorothea Darcy. Fue tu tatarabuela, que llegó aquí siendo una novia muy joven y tuvo un hijo. Su marido murió cuando ella tenía solo veinte años y Pemberley quedó a su cargo, la familia Darcy se convirtió en su responsabilidad, en su legado. Ella dirige esta casa. La ha dirigido durante ciento treinta años. Decidió que yo era apenas aceptable, principalmente porque podía cumplir sus órdenes, creo. Me ha estado enseñando Pemberley desde entonces. El pasadizo tras la estantería. El jardín de rosas. Ella es la razón por la que sé cosas que no debería saber.

Se detuvo. Tomó aire. Se obligó a mirarlo y a sostenerle la mirada.

—Y tu padre —dijo—. Tu padre también está aquí.

Por primera vez, la expresión de Darcy cambió, su mandíbula se tensó. Le brillaron los ojos. Agarró el brazo de la silla con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos.

—Mi padre. —No sonaba incrédulo. Sonaba conmocionado, como si le creyera, y la creencia lo hubiera golpeado como un puño.

—George Darcy. Murió en esta casa y nunca la ha abandonado. Está furioso, afligido y desesperado por alcanzar justicia, porque fue asesinado, Darcy. Wickham lo envenenó. Dedalera en su brandy de la noche, la noche en que cenaron juntos, la noche en que la señora Reynolds dijo que parecían tan cordiales. Tu padre se enfrentó a Wickham por lo de Sally Wilson, y Wickham lo mató por ello, y tu padre ha estado atrapado en esta casa durante seis años, observándote, incapaz de decirte nada de esto.

Estaba llorando. No sabía cuándo había empezado. Las lágrimas le corrían por el rostro y no las enjugó porque tenía las manos aferradas a los brazos de la silla, como si fuera a caerse de ella.

—Kitty me ha estado ayudando a investigar porque sabe lo que puedo hacer, así que me sirve de coartada. Georgiana sabe de mi don porque estaba en la galería cuando hablaba con los niños fantasma que juegan allí. Me vio hablando con lo que ella creía que era aire vacío. Tuve que decírselo. Ha guardado el secreto. Sé que te dolerá que ella lo supiera antes que tú lo supieras, y lo siento, lo siento de veras, pero he tenido miedo, Darcy. He tenido miedo toda mi vida. Porque el mundo no cree en fantasmas, y una mujer que ve cosas que no existen es una loca, y tu tía acaba de demostrar exactamente cuán real es ese peligro.

Se detuvo. No quedaba nada más. Le había dado todo: el don, los fantasmas, el asesinato, Kitty, Georgiana, el miedo. El pacto que había mantenido desde la infancia, roto en un salón tranquilo apenas unas horas antes de un baile, con el rostro bañado en lágrimas, las manos temblorosas y el peso de la casa cerniéndose sobre ambos.

El reloj de la repisa marcaba los segundos. Desde abajo llegaban los sonidos distantes de la casa preparándose para la velada, disponiéndose a recibir a trescientos invitados que llegarían en unas horas a bailar, comer y juzgar si la nueva señora Darcy era digna del nombre, mientras la nueva señora Darcy seguía sentada en su salón con el rostro bañado en lágrimas, esperando a ver si su marido pensaba que estaba loca.

Darcy la miró. Su rostro estaba cerrado otra vez, indescifrable.

No habló.



Capítulo Veinticinco

DARCY GUARDÓ SILENCIO, MIRÁNDOLA, durante lo que a ella le pareció una eternidad.

Elizabeth permaneció sentada y dejó que la mirara. Ya no le quedaban palabras. Las había gastado todas, una por una, y lo único que quedaba era ella: con los ojos enrojecidos, temblando, las manos aferradas a los brazos de la silla, el rostro bañado en lágrimas. Desde abajo seguían llegando los tenues sonidos de la casa en sus preparativos para el baile, indiferentes al hecho de que el mundo acababa de cambiar.

—Ves fantasmas —dijo Darcy por fin, con voz serena.

—Sí.

—Los has visto toda tu vida.

—Sí.

—Mi padre está en esta casa.

—Sí.

Se puso en pie. Cruzó la habitación, no hacia la puerta, sino hacia la ventana. Se quedó allí de espaldas a ella, mirando la grisura de noviembre. Elizabeth observó sus hombros e intentó deducir, por su postura, qué estaba ocurriendo en su interior. No pudo. Apretó con más fuerza los brazos de la silla. Las uñas se le hundieron en el tapizado.

—Las observaciones de la tía Catherine —dijo Darcy, todavía vuelto hacia la ventana—. Las conversaciones con habitaciones vacías. La galería a medianoche. Esquivar algo en el salón de baile que ella no podía ver.

—Sarah Dunn —dijo Elizabeth—. Una antigua doncella. Estaba fregando el suelo. Lleva años muerta, pero sigue haciendo su trabajo porque tenía un sentido del deber feroz, y fregar el suelo del salón de baile era tarea de las doncellas. La esquivé porque siempre me ha parecido de mala educación pasar a través de los fantasmas, y no pensé en cómo podría parecerle a quien me estuviera observando.

Darcy se volvió. Su expresión no era la de un hombre que creyese que su esposa se había vuelto loca. Parecía un hombre que reconstruía su mundo, pieza a pieza, y descubría que la nueva estructura se sostenía.

—Te creo —dijo.

Las manos de Elizabeth se relajaron. Todo su cuerpo se destensó de pronto, como si un puño que la hubiera tenido atrapada desde la infancia se hubiera abierto por fin. Se inclinó hacia delante en la

silla, se cubrió el rostro con las manos y lloró. No eran las lágrimas asustadas de la confesión, sino el alivio puro y abrumador de una mujer que había cargado con un secreto durante veinte años y por fin lo había soltado. Le temblaban los hombros. No podía detenerse, y no lo intentó.

Darcy cruzó la habitación en tres zancadas, se arrodilló junto a su silla y la rodeó con los brazos. Ella se volvió hacia él y apoyó el rostro en su hombro. Él la sostuvo mientras lloraba. No dijo nada. La sostuvo, con una mano en la nuca y la barbilla apoyada en su sien, y la dejó llorar hasta que terminó. Tardó mucho; Elizabeth no habría sabido decir cuánto. Cuando por fin se apartó, su chaleco estaba empapado, aunque él no parecía darle importancia.

—Lo siento —dijo—. Por no habértelo dicho antes. Por habérselo contado a Georgiana antes de decírtelo a ti. Por todas las mentiras, Darcy, las medias verdades, las cosas que te hice creer que había descubierto por astucia cuando en realidad me las había contado una mujer muerta que estaba de pie a mi lado en una habitación que tú creías vacía.

—Tenías miedo —dijo Darcy. Seguía arrodillado junto a su silla. No le había soltado las manos.

—He tenido miedo toda la vida. Nadie más en mi familia puede ver lo que yo veo, aunque todos lo saben. Mi madre siempre lo ha afrontado fingiendo que no existe. Mi padre me protegió a su manera, asegurándose de que nadie fuera de la familia llegara jamás a sospecharlo. Ninguna de mis hermanas puede verlos, pero se han pasado la vida cubriéndome, aprendiendo a reconocer las señales para distraer a la gente cuando se me va la atención. He estado sola

con esto, Darcy. Completamente sola. La regla, la única regla, siempre ha sido: no lo cuentes, no lo dejes ver, no dejes que nadie fuera de la familia lo sepa, porque el mundo te llamará loca y la ley les permitirá encerrarte por ello. Tu tía acaba de entrar en tu despacho y ha demostrado que ese temor estaba justificado.

—Mi tía es una mujer vengativa que lleva buscando un arma que usar contra ti desde el día en que comprendió que yo pensaba casarme contigo. Se habría aferrado a cualquier cosa. Si no hubiera sido esto, habría sido otra cosa.

—Pero fue esto. Las observaciones que hizo eran exactas, Darcy. Todas y cada una de ellas. Sí hablo con habitaciones vacías. Sí recorro la galería a medianoche. Sí esquivo a personas que no están allí. —Se secó la cara con el dorso de la mano—. Soy exactamente lo que ella ha descrito. La diferencia entre su interpretación y la verdad es una cuestión de fe, y no te habría culpado si hubieras optado por la suya.

—Te elegí a ti —dijo Darcy—. Te elegí antes de oír una sola palabra de explicación. Te habría elegido aunque no me hubieras dicho nada en absoluto.

Elizabeth lo miró, arrodillado ante ella, con sus manos cálidas envolviendo las suyas temblorosas, el chaleco empapado, y pensó: Recordaré esto el resto de mi vida. Esta habitación, este momento, este hombre de rodillas eligiéndome cuando sabe lo que soy, todo lo que soy.

—¿Georgiana lo sabía? —dijo Darcy. No era una acusación, pero el dolor estaba ahí, y Elizabeth sabía que estaba justificado.

—Entró cuando estaba hablando con Edmund y Charlotte. Los niños fantasmas que juegan en la galería larga, antepasados tuyos lejanos. Era tan silenciosa que no la oí. Me vio hablando con lo que ella creía que era el aire. Me preguntó, y no pude mentirle. Lo intenté. No pude. —Elizabeth presionó los pulgares contra sus nudillos—. Debería habértelo dicho a ti primero. Debería habértelo dicho antes de casarnos. Quise hacerlo, más de una vez. Hubo una tarde en tu despacho en que empecé a hacerlo. El carruaje de Lady Catherine llegó por la avenida y me interrumpió. Después de eso nunca pude encontrar el momento, ni el valor. Cada día que pasaba lo hacía más difícil, porque cada día era un día más en que no había confiado en ti.

—Ahora confías en mí.

—Así es —dijo Elizabeth—, y si quieres preguntarme cualquier cosa, lo que sea, te responderé. No más mentiras. No más medias verdades. Lo que quieras saber.

Darcy guardó silencio unos momentos más. Luego volvió a sentarse en la silla frente a ella.

—Háblame de mi padre.

Elizabeth se acercó a la estantería y presionó el resorte, y el panel se abrió hacia el pasadizo. Nana esperaba al otro lado. Miró a Elizabeth, luego más allá de ella hacia Darcy y, por una vez en su considerable existencia, no dijo absolutamente nada.

—¿Está George cerca? —preguntó Elizabeth—. ¿Vendrá?

—Está en la galería —dijo Nana—. Ha estado dando vueltas desde esta mañana. Está peor que lo habitual. Inquieto, como la casa, pero aún no puedo decirte qué lo está causando.

—Por favor, pídele que venga aquí. Dile que Darcy lo sabe. Díselo todo.

Nana se marchó. Elizabeth cerró el panel y se volvió hacia Darcy, que la observaba con tanto asombro en el rostro como jamás había visto en él. Acababa de ver a su esposa abrir una puerta secreta y hablar al pasadizo vacío que había detrás. Su expresión delataba que aún estaba asimilando aquello que había insistido en que creía.

—Nana —dijo Elizabeth—. Estaba en el pasadizo. Va a buscar a tu padre.

—Les hablas como si estuvieran en la habitación.

—Están en la habitación. Suelen estar en la habitación. Esa es más bien la dificultad.

Darcy casi sonrió. Elizabeth lo amó por eso: porque en mitad de descubrir que su padre había sido asesinado y que su esposa podía ver a los muertos, aún pudiera casi sonreír ante algo que ella dijera.

Esperaron. Elizabeth se sentó. Darcy no. Se levantó de nuevo, se quedó junto a la chimenea, con las manos entrelazadas a la espalda. Parecía estar esperando una audiencia que no podía ver y no sabía cómo saludar. Elizabeth lo comprendía. ¿Cómo te preparabas para escuchar a tu padre muerto hablar a través de la voz de tu esposa? No había etiqueta para esto. Ni siquiera lady Matlock, que tenía etiqueta para todo, habría podido ayudar.

George atravesó la pared.

Vino deprisa, sin flotar, sin pasear, sino avanzando con una determinación como Elizabeth nunca le había visto. Atravesó la pared junto a la chimenea y se detuvo. Estaba de pie a menos de un

metro de su hijo. Su hijo no podía verlo. La expresión en el rostro de George Darcy partió el corazón de Elizabeth.

—Está aquí —dijo Elizabeth—. Ha entrado por la pared junto a ti. Está muy cerca de ti, Darcy. A tu izquierda.

Darcy volvió la cabeza hacia la izquierda. No podía ver a su padre. Miró el aire vacío donde George estaba de pie, y George miró el rostro de su hijo, y ninguno de los dos podía salvar la distancia.

—Dile —la voz de George era áspera—. Dile que estoy aquí. Puedo verlo. Yo... —Se detuvo. Comenzó de nuevo—. Dile que estoy orgulloso de él. Dile que lo he visto sostener esta familia durante seis años. Lo ha hecho mejor de lo que yo jamás lo hice. Lo siento. Por Wickham. Por no escuchar. Por cada vez que elegí a ese muchacho por encima de mi propio hijo. Estaba equivocado, y lo supe antes de morir, y no he podido decirlo hasta ahora.

Elizabeth repitió sus palabras exactamente, sin cambiar nada. Había aprendido de Nana que la precisión importaba: las palabras de un fantasma eran suyas propias, y ella era el conducto, no la editora. Pronunció las frases de George con la cadencia de George. Darcy permaneció de pie y escuchó, apretando la mandíbula cada vez más con cada frase, los ojos cada vez más brillantes. No apartó la mirada del lugar donde su padre estaba.

Cuando Elizabeth terminó, la habitación quedó en silencio.

—Lo sabía —dijo Darcy, por fin—. Antes de morir. Sabía lo de Wickham.

—Como nos dijo el señor Wilson, acudió a tu padre y le contó lo que Wickham le había hecho a Sally. Tu padre lo creyó de inmediato, sin cuestionarlo. Dijo que se le cayeron las escamas de los ojos. Vio lo

que habías intentado decirle durante años, y convocó a Wickham a casa y se enfrentó a él.

—Y Wickham lo mató por ello.

—Sí. Dedalera. Tu padre no lo vio venir. Cenaron juntos, hablaron después en la biblioteca. Wickham le sirvió brandy. George pensó que el asunto estaba resuelto. Luego se fue a la cama y no despertó.

Darcy se tapó los ojos con la mano. Permaneció así durante un largo momento, con la mano cubriendo su rostro, los hombros rígidos. Elizabeth se quedó sentada y lo observó, no lo tocó, porque podía ver que necesitaba un momento en que nadie pudiera ver su expresión. Se lo concedió.

George observaba a su hijo. Su rostro estaba despojado de todo lo que Elizabeth estaba acostumbrada a ver en él: la ira, la inquietud, la necesidad apremiante de justicia. Lo que quedaba era más simple y más doloroso. Un padre mirando a su hijo, sabiendo que le había fallado, incapaz de hacer lo único que un padre quiere hacer: extender la mano, ponerla sobre el hombro de su hijo, decir lo hiciste bien. Lo siento. Lo hiciste bien.

Darcy bajó la mano. Tenía los ojos enrojecidos, pero estaba sereno.

—Pregúntale —dijo Darcy—. Pregúntale si puede oírme cuando hablo.

—Puede oírte. Siempre ha podido oírte. Simplemente no puede responder. Eso ha sido lo peor para él, creo.

Darcy se volvió hacia el espacio vacío donde su padre estaba de pie y dijo:

—Te perdono, padre. Por Wickham. Por todo. Fuiste engañado, y lo pagaste con tu vida, y no te culpo. Hace mucho que no te culpo.

George Darcy soltó un sonido que Elizabeth nunca le había oído. No era una palabra. No era un grito. Era el sonido de seis años de dolor que por fin se liberaba.

—Te oyó —dijo Elizabeth—. Está... —No supo cómo describir lo que había en el rostro de George, así que no lo intentó—. Te oyó, Darcy.



Georgiana acudió en cuanto Elizabeth la mandó llamar.

Acudió de inmediato, porque la nota que Elizabeth le había enviado con una doncella solo decía Ven a mi salón ahora mismo, sola, y Georgiana no era una muchacha a la que hubiera que repetir las cosas. Llamó a la puerta. Elizabeth abrió. Georgiana entró, vio a Darcy de pie junto al fuego con los ojos enrojecidos y el chaleco arruinado, y se detuvo.

—¿Qué ha sucedido? —dijo—. ¿Es lady Catherine? Anne me contó lo que ella...

—Siéntate, Georgiana —dijo Darcy.

Se sentó. Miró a uno y a otra, a su hermano y a su esposa, y Elizabeth pudo verla sopesar la situación: el rostro de Darcy, los ojos hinchados de Elizabeth, el silencio cargado del salón. Georgiana sabía leer los ambientes. Lo hacía desde Ramsgate, atenta al peligro en los rostros de quienes la rodeaban.

—Elizabeth me lo ha contado —dijo Darcy—. Lo de los fantasmas.
Georgiana abrió mucho los ojos. Miró a Elizabeth.
—Se lo he contado todo —dijo Elizabeth—. El don. Nana. La casa.
—Se lo has contado —dijo Georgiana; su voz era apenas audible—. ¿Él lo sabe?
—Lo sabe. Me cree.
Georgiana miró a su hermano. Darcy le sostuvo la mirada, y lo que vio en su rostro le arrancó un suspiro largo y tembloroso. Había guardado el secreto de Elizabeth durante semanas, llevándolo a cuestas junto con su propio temor a lo que sucedería cuando su hermano se enterara. Ahora había salido a la luz. Él no estaba enfadado. El alivio en su rostro era tan patente como lo había sido el de Elizabeth.
—Hay más —dijo Elizabeth—. Georgiana, debo contarte algo que te he estado ocultando. Te lo oculté porque intentaba protegerte, pero ya no puedo seguir haciéndolo.
Las manos de Georgiana se crisparon en su regazo, y volvió a parecer nerviosa.
—Tu padre está aquí —dijo Elizabeth—. Su fantasma. Ha estado en Pemberley desde su muerte. Está en esta habitación, ahora mismo, de pie junto a Darcy.
Georgiana no lloró. Palideció, tanto que Elizabeth le tomó la mano, temiendo un desmayo, pero Georgiana apretó los dedos de Elizabeth con fuerza, se aferró a ellos y no se desmayó. Clavó la mirada en el punto junto a Darcy que Elizabeth había indicado, y sus ojos se movieron como si buscaran algo que deseaba ver desesperadamente y no podía.

—No puedo verlo —susurró Georgiana.
—No. Nadie más puede. Ni Kitty, ni tú, ni nadie. Solo yo.
Le apretó la mano a Georgiana.
—Pero él puede verte, Georgiana. Te está mirando ahora mismo.
George estaba mirando a su hija. Elizabeth había visto muchas expresiones en su rostro durante aquellas semanas: furia, dolor, autodesprecio, el humor amargo y seco que empleaba para mantener a raya el dolor. Nunca había visto esto. Estaba mirando a Georgiana con una ternura tan desnuda que Elizabeth tuvo que apartar la vista.
—Dile —dijo George; su voz era apenas audible—. Dile que lamento no haber estado allí. Después de Ramsgate. Necesitaba a su padre; yo estaba muerto. Tuvo que enfrentarse sola a la traición de ese hombre. Nunca me lo he perdonado.
Elizabeth repitió sus palabras. El rostro de Georgiana se contrajo.
—No fue culpa suya —dijo Georgiana—. No sabía lo que era Wickham. Ninguno de nosotros lo supo, hasta que fue demasiado tarde.
—Ahora lo sabe —dijo Elizabeth—. Descubrió la verdad sobre Wickham justo antes de morir. Se enfrentó a él. Y Wickham... —Se detuvo. Esta era la parte que había temido—. Georgiana, Wickham mató a tu padre. Lo envenenó. Por eso tu padre no ha podido abandonar esta casa. Está atrapado aquí porque su asesinato nunca ha sido reconocido, y ha estado esperando durante seis años a alguien que pudiera oírlo.
Georgiana le apretó la mano a Elizabeth con tanta fuerza que le hizo daño.

—Wickham —dijo ella. El nombre le salió vacío, despojado de todo.
—Sí.
—El hombre que intentó seducirme en Ramsgate. El hombre que se casó con Lydia. Ese hombre asesinó a mi padre.
—Me temo que sí.
Georgiana miró a su hermano. Darcy le devolvió la mirada. Algo pasó entre ellos que no necesitaba palabras: el conocimiento compartido de lo que Wickham les había arrebatado, la magnitud total de todo, expuesta al fin.
—Quiero oírlo —dijo Georgiana—. No puedo verlo, pero tú sí, Elizabeth. ¿Podrías... puedes decirme lo que dice? ¿Podemos hablar con él?
—Por supuesto —dijo Elizabeth.
Lo que siguió fue la conversación más extraña en la que Elizabeth había participado jamás, y la más sagrada. Se sentó entre Darcy y Georgiana, transmitiendo las palabras de George a medida que él hablaba, y George habló con sus hijos por primera vez en seis años. Le contó a Georgiana lo de las rosas: que ver a Georgiana restaurar el jardín con Kitty le había dado más alegría que nada desde su muerte. Le contó a Darcy lo del despacho, que lo había observado revisar los papeles, las cartas a Annie. Dijo que había visto a Darcy sacudir cada libro de cada estantería y había querido decirle que no había nada que encontrar, y no había podido.
Les dijo que estaba orgulloso de ellos. Lo dijo más de una vez, de distintas maneras, como si necesitara asegurarse de que lo oyeran, como si seis años de silencio hubieran contenido tantas palabras que ahora salían todas, demasiadas, demasiado rápido. Darcy escuchaba

con la mandíbula apretada y los ojos brillantes. Georgiana lloraba en silencio, secándose el rostro con el pañuelo que Elizabeth le había dado, y hacía preguntas con voz firme que contradecía las lágrimas: ¿sentía dolor?, ¿podía dormir?, ¿le agradaba la señora Annesley?, ¿había visto a Georgiana tocar el pianoforte? Sí, dijo, a la última pregunta. Había estado en el salón de música más veces de las que podía contar y la había escuchado tocar, y tocaba como su madre, desde el corazón.

Fue entonces cuando Georgiana se derrumbó. Se llevó las manos al rostro y lloró. Darcy la rodeó con el brazo. George Darcy permaneció frente a sus hijos, incapaz de tocar a ninguno de los dos, afligiéndose como ellos se afligían por lo que les había sido arrebatado a todos cuando Wickham puso dedalera en su brandy.

Elizabeth permaneció sentada en silencio, porque no había nada que decir. Era el puente entre los vivos y los muertos, y los puentes no hablan. Sostienen el peso.

Tras un largo rato, George dijo en voz baja:

—Gracias, Elizabeth.

Ella asintió. Él se volvió y atravesó la pared. Se había ido. La habitación era más cálida por su ausencia, y más triste.

Los tres permanecieron sentados en el salón un rato después de que George se marchara. Georgiana se secó los ojos. Darcy envió a un criado a por brandy para él y para Elizabeth, quien lo bebió aunque apenas eran las cuatro de la tarde. No había comido nada desde la noche anterior. El brandy le golpeó el estómago vacío como fuego.

—Wickham —dijo Darcy tras un largo silencio. Estaba de pie junto a la ventana otra vez, la copa en la mano, mirando hacia el parque—.

Ahora tenemos toda la verdad de boca de mi padre, pero el testimonio de un fantasma no puede valer nada en el mundo de los vivos. Tenemos el relato del señor Wilson y la corroboración de la señora Reynolds sobre los puntos que ella conocía, lo cual establece el móvil y la cronología pero no el acto en sí. Tenemos a un médico que firmó un certificado de defunción hace seis años y que puede o no recordar los detalles.

Se volvió desde la ventana.

—No hay camino legal. Ninguno que sobreviviera al escrutinio de un magistrado, y menos aún al de un tribunal.

—Lo sé —dijo Elizabeth.

—Si pudiera retarlo, lo haría. Lo desafiaría. Le metería una bala. Colgaría por ello si fuera necesario, pero eso destruiría a esta familia con tanta seguridad como lo haría un juicio. No traería de vuelta a mi padre.

Su voz era firme. La furia estaba ahí, contenida, controlada, replegada en su interior para poder domeñarla.

—Debe haber otra manera. No podemos probar el asesinato, pero podemos impedir que Wickham vuelva a dañar a nadie. Podemos cortarle los ingresos, sus conexiones, su capacidad de moverse por la sociedad como si fuera un hombre honorable.

Hizo una mueca.

—Salvo que no podemos hacer ninguna de esas cosas, por Lydia.

—Lydia no lo dejará por voluntad propia —dijo Elizabeth—. Tiene dieciséis años y está casada y todavía cree que lo ama, aunque ha empezado a tenerle miedo.

—Entonces la ayudaremos a marcharse, y esperaremos hasta que esté lista. Entre los dos, lord Matlock y yo tenemos recursos que Wickham no puede igualar.

Darcy dejó su copa.

—No permitiré que tu hermana permanezca en peligro, Elizabeth. Te lo prometo. Cueste lo que cueste, lleve el tiempo que lleve, encontraremos la manera de traer a Lydia a casa.

Elizabeth miró a su marido. Estaba de pie bajo la última luz de noviembre, el rostro marcado por el dolor, la ira, la resolución. Pensó: este es el hombre que me propuso matrimonio tan mal en Hunsford. Que me escribió una carta tan sincera que cambió mi vida. Que escuchó a su tía llamarme loca esta tarde y me eligió antes de conocer la verdad. Que ahora promete salvar a mi hermana de un asesino porque es mía y por tanto su responsabilidad. Nunca en su vida ha rehuido una responsabilidad.

—Te amo —dijo. No había planeado decirlo. Salió como había salido la confesión de los fantasmas: brusca, sin gracia, verdadera.

Darcy la miró.

—Lo sé —dijo él—. Lo he sabido desde hace tiempo. No eres tan sutil como crees, Elizabeth.

Ella rio. Fue una risa terrible, medio sollozo, pero fue una risa. Darcy sonrió. Georgiana, todavía con los ojos enrojecidos, sonrió también. Por un momento los tres fueron simplemente una familia, sentados en un salón, encontrando el camino de vuelta los unos hacia los otros.

—El baile —dijo Elizabeth. Miró el reloj. Las cuatro y media. Trescientas personas llegarían en dos horas y media. No se había

vestido. Tenía el rostro hecho un desastre.

—El baile —convino Darcy—. Formaremos en la recepción. Bailaremos. Pemberley será tan majestuosa como siempre lo ha sido, y la nueva señora Darcy será elogiada como la mejor anfitriona que Pemberley podría desear. Mañana, cuando la tía Catherine se haya marchado y la casa vuelva a ser nuestra, nos sentaremos juntos y decidiremos qué hacer con George Wickham.

—Sí —dijo Elizabeth—. Esta noche daremos el mejor baile que Pemberley haya visto en veinte años, porque Nana lo ha estado planeando durante ciento treinta años, y preferiría enfrentarme al propio Wickham antes que decirle que se ha cancelado.

Darcy extendió la mano. Elizabeth la tomó. Fueron a vestirse para el baile, y Georgiana fue a buscar a Kitty, y la casa vibraba a su alrededor, expectante.



Capítulo Veintiséis

PEMBERLEY RESPLANDECÍA DE LUZ.

Todos los candelabros estaban encendidos, ardía una vela de cera blanca de abeja en cada palmatoria, y el salón de baile devolvía la luz desde un centenar de superficies: los cristales suspendidos en lo alto, los marcos dorados de las paredes, los altos ventanales que ahora no mostraban nada salvo el reflejo de la propia estancia, duplicado y reluciente, como si hubiese dos salones de baile, dos multitudes, dos orquestas tocando la misma música. El dibujo de tiza en el suelo se veía nítido y blanco bajo los pies de los bailarines. Los lirios junto a la entrada llenaban el aire de perfume, tal como Nana había querido. Las cortinas estaban recogidas exactamente en el grado que Nana había especificado, aunque aún no había luz de luna

que dejara ver el parque; la luna saldría más tarde. Cuando lo hiciera, las ventanas del oeste enmarcarían el lago y el parque en plata. Pemberley se ganaría todos los elogios que sus invitados pudieran dedicarle.

Elizabeth recibía a los invitados junto a Darcy y sonreía hasta que le dolía la cara. Trescientos invitados desfilaron ante ellos. Saludó a cada uno, recordó sus nombres, dijo lo apropiado, porque lady Matlock la había aleccionado, la señora Reynolds la había informado de todo, y Nana llevaba ciento treinta años preparándose para aquella velada. Georgiana y Darcy, a uno y otro lado de ella, le susurraban de vez en cuando algún recordatorio. Lady Ashbourne llegó temprano, apoyada en el brazo de su nieta Clara: una mujer diminuta, de ojos agudos, que observó a Elizabeth de arriba abajo y dijo:

—Así que usted es la que ha conseguido amansar a Fitzwilliam Darcy. Nunca creí que fuera posible.

Elizabeth respondió que no tanto lo había amansado como hecho entender que no se le permitía ladrar ni morder, y lady Ashbourne se echó a reír con un sonido seco y crepitante antes de seguir adelante.

Darcy estaba a su lado y saludaba a todo el mundo con formalidad serena. Lo habían educado para aquello y, aunque nunca disfrutaría de las grandes reuniones sociales, al menos en aquella se sentía más cómodo, entre invitados escogidos por él mismo. Entre saludo y saludo, su mano encontraba el hueco de la cintura de Elizabeth, un roce que decía: estoy aquí. Ella se apoyaba levemente en él y no le importaba quién pudiera advertirlo.

Lord Matlock estaba con Bingley, que le contaba una historia que requería amplios ademanes y estaba consiguiendo arrancarle una carcajada a su pesar. Lady Matlock se movía entre los invitados, encauzando conversaciones, haciendo las presentaciones oportunas, dirigiendo la velada como llevaba treinta años dirigiendo otras. Al otro lado del salón, cruzó la mirada con Elizabeth y le dedicó un pequeño gesto de aprobación con la cabeza.

Georgiana bailaba. Bailó la primera pieza con un joven de una de las familias de Derbyshire que lady Matlock había escogido a propósito, y lo hizo maravillosamente, con el rostro sonrosado y la timidez olvidada en la música. Kitty también bailaba, radiante con su muselina blanca, cortejada por dos jóvenes que competían por su atención con un fervor que ella manejaba con dignidad y gracia que llenó a Elizabeth de un orgullo feroz por su hermana pequeña. Anne de Bourgh estaba en el borde del salón con Clara Ashbourne; hablaban en voz baja. Anne empezó a reírse por algo que Clara dijo, con el rostro abierto y sin reservas de una manera que Elizabeth nunca le había visto antes.

Lady Catherine estaba allí. Permanecía cerca de las mesas de los refrescos, vestida de bombazina negra, con la espalda contra la pared y el rostro endurecido. No se acercó ni a Darcy ni a Elizabeth. Hablaba con quienes se dirigían a ella, y se mostraba cortés, porque trescientas personas la observaban y lady Catherine de Bourgh no iba a dar a Elizabeth Darcy la satisfacción de verla desmoronarse en público. Se quedaba por Anne, y todo el mundo en la sala lo sabía, y nadie lo mencionaba, porque así era como se hacían aquellas cosas.

Jane observaba a Elizabeth desde el otro extremo del salón, y Elizabeth sentía su calidez. Jane la había vestido. Jane le había arreglado el pelo, porque su doncella era competente, pero Jane lo hacía mejor. Jane la había mirado en el espejo y había dicho:

—Pareces la señora de Pemberley.

Elizabeth había respondido:

—Parezco una mujer que lleva tres horas llorando.

Jane había dicho:

—Pueden ser verdad ambas cosas.

Y le había tendido un paño empapado en agua fría con pepino para los ojos.

Bingley estaba en todas partes, deleitando a todo el mundo, porque su buen carácter era de lo más contagioso. Caroline exhibía su elegancia junto al pianoforte, con el vestido de seda color crema resplandeciendo a la luz de las velas. Se había colocado donde mejor podía lucirse y conversaba con un corrillo de caballeros de la zona con un encanto deliberado. Elizabeth veía que estaba decidida a sacar partido de la velada. Miró varias veces a Darcy con la cabeza alzada con aire regio, como si pretendiera que él la mirase. Mira lo que podría haber sido, era evidente que Caroline deseaba decirle. Mira lo que podrías haber tenido. Yo podría haber sido la señora de Pemberley, si no te hubieran engatusado los bonitos ojos de una mocosa de campo.

Pero Darcy no dirigió ni una sola mirada hacia Caroline.

Y los fantasmas estaban allí.

Elizabeth los vio en el instante mismo en que entró en el salón de baile. A todos y cada uno de ellos. La galería superior estaba

abarrotada: figuras espectrales de todas las épocas de la historia de Pemberley, apiñadas, observando. Sarah Dunn estaba erguida junto a la entrada, olvidadas sus tareas de restregar, con el rostro encendido de entusiasmo. El señor Graves había abandonado su puesto en la puerta principal y se había situado al pie de la escalera que llevaba a la galería de los músicos, con toda la librea puesta, como si estuviera de servicio en un baile de varias vidas atrás. La señora Alcott estaba junto a él y, por una vez, no andaba riñendo; los dos estaban juntos. Edmund y Charlotte, los niños fantasma, asomaban entre la barandilla de la galería con los ojos muy abiertos. La señorita Pardoe había salido de su biblioteca. Elizabeth no había creído que eso fuera posible. En todas las semanas que llevaba en Pemberley, la señorita Pardoe no se había aventurado ni una sola vez más allá de la puerta de la biblioteca. Pero allí estaba, flotando cerca de la entrada del salón, aún aferrada a su libro contra el pecho, mirando a la multitud a su alrededor con una leve sonrisa, como si el espectáculo le estuviera gustando bastante.

George Darcy estaba al fondo del salón. No paseaba de un lado a otro. Permanecía inmóvil, observando a su hijo, a su hija, su casa llena de luz y de música. Su rostro estaba tan lleno de orgulloso amor que a Elizabeth le dolió el corazón al pensar que Darcy y Georgiana no podían verlo.

Nana estaba junto a Elizabeth. Había estado junto a ella toda la velada, una presencia constante, y por una vez no criticaba. Observaba llegar a los invitados, comenzar los bailes, llenarse las mesas de la cena. Dijo varias veces:

—Esto es lo que Pemberley debe ser.

Elizabeth bailó con Darcy. Abrieron el baile juntos, como era de esperar. Los músicos tocaron un minué. Darcy la guio en él con la misma atención firme y cuidadosa que ponía en todo cuanto hacía. Elizabeth olvidó, durante el tiempo que duró una sola danza, los fantasmas, el asesinato, Wickham, Catherine, la extraña opresión que había tenido instalada en el pecho todo el día. Lo olvidó todo. Bailó con su marido en un salón inundado de luz de velas. Trescientas personas los observaban y veían lo que era la nueva señora de Pemberley: una mujer que pertenecía a aquel lugar, que era digna de su posición. Que amaba al hombre que tenía a su lado y era amada por él, y cuyo baile era, sin discusión posible, un triunfo.

Nana, que observaba desde junto a la mesa de los refrescos, se secó los ojos con el dorso de la mano, y si Elizabeth lo advirtió, tuvo la delicadeza de no mencionarlo.



Las puertas de la terraza se abrieron justo cuando terminó el primer baile.

Elizabeth no las vio abrirse. Las sintió: la ráfaga de aire frío de noviembre entrando en el cálido salón de baile, el murmullo de los invitados más cercanos, al volverse hacia la corriente. Estaba de pie con Darcy al borde de la pista, aún acalorada por el minué, la mano sobre su brazo, y se volvió como todos los demás.

Wickham entró.

Llevaba uniforme de gala, porque, por supuesto, la casaca roja que había encandilado a Meryton y deslumbrado a Lydia, ocultando al hombre que había debajo a todos los que deberían haber visto la verdad. Lydia iba del brazo de él, chillona y recargada con un vestido demasiado atrevido para su edad, demasiado llamativo para la ocasión. Estaba radiante, encantada consigo misma, con su entrada, con estar en Pemberley.

—¡Sorpresa! —exclamó Lydia, dirigiéndose a todos y a nadie a la vez —. ¡Aquí nos tenéis! Wickham dijo que debíamos venir, que Darcy querría que estuviéramos aquí, ¡y aquí estamos!

La mano de Elizabeth se apretó sobre el brazo de Darcy. Lo sintió ponerse rígido a su lado. Apretó la mandíbula. Su respiración cambió.

Entonces la temperatura descendió bruscamente.

Descendió tan rápido que la piel de Elizabeth se erizó y su aliento se condensó en el aire, y los invitados más cercanos a las puertas de la terraza se estremecieron y se ajustaron mejor los chales. Las velas más próximas a las puertas parpadearon, las llamas se doblaron hacia un lado como si un viento hubiera atravesado la sala, aunque no había viento. Las puertas de la terraza estaban ahora cerradas tras Wickham. El frío no venía de fuera.

George Darcy se estaba moviendo.

Elizabeth lo vio cruzar el salón de baile en tres zancadas amplias e imposiblemente largas, y estaba detrás de Wickham, muy cerca de él, tan cerca que si Wickham hubiera sido capaz de sentir a los muertos habría sentido el aliento de George en el cuello. El rostro de

George era terrible. Elizabeth había visto su ira antes, su dolor, su amarga frustración. Esto no era nada de eso. Este era el rostro de un hombre mirando a su propio asesino, y el odio en él era tan concentrado que el aire a su alrededor se distorsionaba, las llamas de las velas más cercanas a él se apartaban como si las repeliera.

—George —dijo Elizabeth. Lo dijo entre dientes, apenas moviendo los labios—. George, espera.

No la oyó. O la oyó y no le importó.

Wickham, ajeno a todo, sonrió con su sonrisa encantadora y miró alrededor del salón de baile como si fuera suyo.

—¡Darcy! Qué velada tan magnífica. Pemberley nunca ha lucido mejor. Tu padre habría estado tan orgulloso.

Las palabras cayeron como una bofetada. El brazo de Darcy se convirtió en piedra bajo la mano de Elizabeth.

—Qué buen hombre era el viejo señor Darcy —continuó Wickham, estrechando la mano de un caballero local—. Prácticamente un padre para mí. Pasé algunos de los días más felices de mi vida en esta casa.

George Darcy estaba directamente detrás de Wickham. Elizabeth podía ver su rostro por encima del hombro de Wickham. Apretó más el brazo de Darcy porque la expresión en el rostro de George era una que nunca quería volver a ver. Wickham seguía hablando, seguía sonriendo, seguía alabando al hombre muerto que había asesinado. Las náuseas asaltaron a Elizabeth con tanta violencia que casi se dobló por la mitad.

Jane apareció a su lado. Elizabeth no supo de dónde había salido Jane, pero estaba allí, con la mano en el codo de Elizabeth, los ojos

haciendo la pregunta que no podía formular en voz alta. Kitty observaba desde el otro lado de la pista de baile, el rostro tenso. Georgiana estaba cerca, mirando a Elizabeth con una expresión de pura alarma.

Darcy no se había movido. Estaba mirando a Wickham con una expresión que Elizabeth reconoció, porque la había visto en el rostro de su padre: furia fría y concentrada, contenida solo por la voluntad. Estaba calculando. Elizabeth lo veía hacerlo: sopesando las opciones, midiendo las consecuencias, decidiendo si echar a Wickham a la fuerza delante de trescientos invitados o esperar y ocuparse de él después.

—Aquí no —dijo Elizabeth, presionando su brazo—. No delante de todo el mundo.

Darcy la miró. La tensión de su mandíbula cedió levemente. Asintió.

Wickham, mientras tanto, había tomado una copa de champán de un lacayo que pasaba y recorría la sala como si fuera el invitado de honor. Lydia iba detrás de él, parloteando con cualquiera que quisiera escuchar sobre el regimiento y Newcastle y una casita en la finca donde habían estado alojados con un viejo amigo de Wickham, y Elizabeth pensó: planeó esto. Planeó llegar por las puertas de la terraza después de la fila de recepción, para que Darcy no pudiera rechazarlo en la puerta principal. Entró por la parte de atrás porque sabía que no era bienvenido y vino de todos modos, porque Wickham siempre hacía exactamente lo que le apetecía y confiaba en el encanto para suavizar las consecuencias.

—Lizzy —dijo Jane, muy quedamente—. ¿Qué está pasando?

Jane no preguntaba por Wickham. Ya sabía que la presencia de Wickham aquí no era algo bueno. Se refería a lo que todos en la sala —los que no sabían que Wickham no era lo que aparentaba— podían percibir. Las velas seguían parpadeando. El frío no había remitido. Los invitados comentaban sobre ello ahora, abanicándose menos y ajustándose mejor los chales, y los músicos habían comenzado la segunda pieza pero la música sonaba apagada, las notas no llegaban con claridad, como si el aire mismo se hubiera espesado.

Cada fantasma de Pemberley estaba observando a Wickham. Elizabeth podía sentirlo. Sarah Dunn se había pegado contra la pared, su entusiasmo desaparecido, el rostro blanco como la cera. Graves estaba al pie de la escalera de la galería de los músicos, rígido, con las manos apretadas a los lados. La señora Alcott se había retirado al rincón más alejado. La señorita Pardoe había huido de vuelta a su biblioteca, aferrando su libro como un escudo. Los niños fantasma habían desaparecido de la barandilla de la galería.

George Darcy seguía a Wickham por la sala, paso a paso, nunca a más de un metro de él. El odio que irradiaba doblaba las llamas de las velas y enfriaba el aire hasta hacerle doler los dientes a Elizabeth.

—Problemas —dijo Elizabeth en voz baja a Jane—. Intentaré resolverlo.

Jane no hizo preguntas. Asintió, se volvió, llamó a Bingley alegremente, intentando romper la tensión que todos podían sentir.

—George —dijo Elizabeth de nuevo, al amparo de aceptar una copa de vino de un lacayo—. George, por favor. Déjame encontrar otra

manera.
No respondió. No la miró. Solo miraba a Wickham.
Nana estaba a su lado, las manitas cerradas en puños.
—No puedo contener esto —dijo Nana—. He estado conteniéndolo desde ayer, Elizabeth. He estado conteniendo la casa, a los de la casa, controlando a George, intentando entender qué ocurría. Ahora sé qué ocurría, porque ese hombre está aquí, el hombre que mató a George, de pie en este salón de baile bebiendo champán y sonriendo. La casa lo sabía. Pemberley lo supo antes que ninguno de nosotros. El asesino está en la casa y cada fantasma de Pemberley lo percibe y no puedo contener esto mucho más tiempo.
—Tienes que hacerlo —dijo Elizabeth—. Nana, por favor. Aquí no. No con trescientas personas mirando.
—Lo estoy intentando —dijo Nana, y por segunda vez desde que Elizabeth la conocía, parecía asustada—. Pero no soy solo yo, Elizabeth. Es la casa. La casa está enfurecida. Hay fantasmas en esta casa más antiguos que yo que no reciben órdenes de nadie.



De entre todos los presentes, fue Caroline Bingley quien hizo que la tensión se rompiera.
Había contemplado cómo la velada se echaba a perder desde su sitio junto al pianoforte. Elizabeth la había eclipsado y Darcy la había ignorado. El baile era un triunfo del que nada le pertenecía.

Wickham y Lydia se habían presentado sin invitación, escandalosos, vulgares, imposibles de pasar por alto. Caroline vio una oportunidad.

—Qué extraordinario —dijo Caroline a Louisa Hurst, en un tono calculado para que todos la oyeran—. No me había dado cuenta de que la invitación incluía a toda la parentela de los Bennet, por desacreditadas que fueran. Casi habría sido igual invitar al regimiento de milicia.

Varias cabezas se volvieron, y algunas conversaciones cercanas enmudecieron. Louisa parecía incómoda. A Caroline no le importaba. Estaba furiosa y humillada, y quería que alguien sangrara; la relación de los Bennet con Wickham era la herida más fácil que tenía a mano.

—Supongo que, cuando la hermana de una se casa con un hombre sin fortuna ni carácter, una debe esperar que aparezca en los momentos más inoportunos —continuó Caroline, elevando aún más la voz mientras el silencio a su alrededor se extendía—. Es la consecuencia lógica de una unión tan imprudente. La señora Darcy debe de estar mortificada, aunque, por supuesto, tiene demasiada buena crianza para dejarlo ver.

El cumplido era un cuchillo envuelto en seda, y todo el que estaba lo bastante cerca para oírlo lo sabía.

Nana miró a Caroline Bingley con una expresión de furia tan incandescente que las velas del candelabro más cercano chisporrotearon y se apagaron, las seis a la vez, y un lacayo estuvo a punto de dejar caer la bandeja.

El lacayo no dejó caer la bandeja. Pero la bandeja se inclinó, apenas, lo justo, y una gran copa de vino tinto resbaló de su superficie y se

derramó, en una sola y espectacular cascada, por la parte delantera del vestido de seda color crema de Caroline Bingley.

Caroline gritó.

Fue un grito magnífico, agudo y estridente. Atravesó la música, la conversación y el frío opresivo; atrajo todas las miradas del salón de baile. Louisa Hurst se puso en pie de un salto. Una matrona cercana sacó un pañuelo. Dos lacayos acudieron de inmediato. Caroline estaba en el salón de baile de Pemberley, con clarete corriéndole por el corpiño y manchando el dibujo de tiza bajo sus pies, y durante un glorioso y terrible instante todo el mundo en la sala miró a Caroline Bingley, y no a las velas que chisporroteaban, ni al frío antinatural, ni el asesino del último señor de Pemberley.

Nana, al lado de Elizabeth, cruzó los brazos.

—Se lo merecía —dijo Nana.

Elizabeth no podía más que darle la razón. Había sido una tregua, un alivio momentáneo de la tensión, aunque ya empezaba a disiparse. Louisa estaba conduciendo a Caroline hacia la puerta, los lacayos secaban el suelo, los invitados volvían al baile. Pero el frío seguía allí; George Darcy continuaba tras Wickham; las velas seguían chisporroteando. Elizabeth sabía que solo era cuestión de tiempo.

Elizabeth miró a Darcy. Darcy la miró. Ambos lo sabían; aunque Darcy no podía sentir lo que ella sentía, sabía que no era él quien más furioso estaba en aquella sala por la presencia de Wickham. Fuera lo que fuese lo que estaba cobrando forma en aquella casa, el grito de Caroline les había dado unos minutos, no una solución.

Los músicos siguieron tocando. Los invitados siguieron bailando. Pemberley ardía de furia, no solo de la luz de las velas.



Capítulo Veintisiete

JANE Y LADY MATLOCK habían resuelto entre ambas la crisis de los asientos para cuando se abrió el comedor. Elizabeth vio la consulta discreta, la rápida confección de dos nuevas tarjetas de sitio, la reorganización de las que ya había. El resultado: Wickham y Lydia quedaron sentados en el extremo más alejado de la mesa, bien lejos de la familia, flanqueados por la esposa de un terrateniente local a un lado y un coronel jovial y ligeramente sordo al otro. Estaba hecho de forma magistral. Nadie que no estuviera al tanto habría adivinado que aquellos lugares habían sido improvisados en el acto.

Wickham siguió a la multitud hacia el comedor desde la sala de juego, y las velas ardían por fin de forma constante por primera vez en una hora. George Darcy lo siguió, pero ahora a mayor distancia.

Nana había estado encima de él, sospechó Elizabeth. Había visto a Nana hablándole con insistencia a George justo antes de la cena, y lo que fuera que le hubiera dicho parecía haber surtido cierto efecto, porque George ya no estaba inmediatamente detrás del hombro de Wickham. Permanecía de pie, en cambio, en el otro extremo del comedor, observando, el rostro rígido, los puños apretados a los costados. Había intentado dañar a Wickham, estrangularlo o pararle el corazón desde dentro. Había fracasado; los fantasmas no podían tocar a los vivos. El fracaso lo había dejado más furioso que nunca.

Elizabeth se sentó junto a Darcy y no comió nada y sonrió a todos los que le dirigieron la palabra.

Lydia charlaba alegremente con la esposa del terrateniente, que era demasiado educada para excusarse. Comió en abundancia y bebió tres copas de vino. Elogió la comida, la música, la casa, el trazado de tiza en el suelo del salón de baile. En un momento dado, entre el pescado y la carne, se inclinó sobre la mesa hacia Kitty y dijo, con esa voz penetrante que se parecía tanto a la de su madre:

—¡Kitty! ¿No es el baile más maravilloso? Debes venir a sentarte conmigo después de la cena, tengo tanto que contarte sobre Newcastle, no creerías lo de los oficiales...

Kitty miró a Lydia. Su expresión era neutral, educada cuando dijo:

—No puedo, Lydia. Ya estoy comprometida para la siguiente tanda.

—¡Oh, pero después de esa! Apenas hemos hablado, Kitty, y te he echado muchísimo de menos, y hay tanto...

—He prometido todas mis tandas esta noche, me temo. Me temo que dispondré de muy poco tiempo para conversar.

La voz de Kitty era agradable, firme. Se volvió de nuevo hacia su conversación con el caballero a su lado. El rostro de Lydia se ensombreció solo un instante antes de que volviera a concentrarse en su conversación; se giró de nuevo hacia la esposa del terrateniente con renovado entusiasmo.

Elizabeth lo vio suceder. Kitty, que había pasado toda su infancia en la órbita de Lydia, que había sido la sombra de Lydia y el eco de Lydia, se había apartado con una quieta y deliberada firmeza. No se trataba de crueldad. Kitty no sería cruel con Lydia. Pero tampoco se dejaría arrastrar de nuevo, y Lydia, por un breve instante, pareció desolada antes de recordar que era la señora Wickham en un baile y no había razón en el mundo para estarlo.

Elizabeth miró a su hermana menor y pensó: Solo tiene dieciséis años. Está casada con un asesino y no lo sabe. Pase lo que pase esta noche, debo sacarla de esta casa antes de que lo descubra de la peor manera posible.

—Jane —dijo Elizabeth, inclinándose hacia su hermana—. Después de la cena, ¿podrías llevar a Lydia a algún lugar tranquilo, por favor? Quédate con ella.

Jane no preguntó por qué. Asintió.



Después de la cena, el baile se reanudó. Los músicos empezaron a tocar una contradanza. Los invitados regresaron al salón de baile de

muy buen ánimo; el clarete y la conversación habían surtido efecto. Elizabeth estaba con Darcy al borde de la pista y observaba cómo se formaban las figuras, y durante unos minutos el baile pareció lo que debía ser: una celebración, un triunfo, trescientas personas disfrutando de la hospitalidad de la nueva señora de Pemberley.

Entonces Wickham volvió.

No había dejado de beber desde su llegada, y el clarete había surtido en él su efecto habitual: hacerle creer que era más encantador de lo que los demás veían. Recorrió el salón de baile con paso suelto y arrogante, como si Pemberley le perteneciera. Se detuvo a admirar los retratos. Hizo una pausa junto a la mesa de los refrescos para servirse otra copa.

Elizabeth lo siguió. No decidió seguirlo; sus pies la llevaron por sí solos, atraídos por un temor que no sabía nombrar, por la certeza de que, adondequiera que fuese Wickham en aquella casa esa noche, necesitaba estar cerca.

Darcy estaba a su lado. No se había separado de ella desde que Wickham y Lydia habían entrado por las puertas de la terraza. No podía sentir lo que ella sentía, no podía ver lo que ella veía, pero sabía leerle el rostro, y su rostro le decía que algo iba terriblemente, espantosamente mal.

George Darcy iba tres pasos por detrás de Wickham. Tampoco se había separado de Wickham. El frío se movía con ellos, una estela de aire helado que seguía a Wickham por la estancia cálida. Los invitados se apartaban sin saber por qué, se ajustaban los chales, culpando a las corrientes. Las velas se inclinaban y vacilaban al paso de George.

Wickham llegó a la escalera de la galería de los músicos. Era una escalera estrecha de madera, empinada, que subía en curva hasta el balcón donde tocaba la orquesta. Se detuvo al pie y miró hacia arriba, y Elizabeth vio su sonrisa, la sonrisa fácil y posesiva de un hombre que recordaba una infancia feliz. Había jugado en aquella escalera de niño, comprendió. Había subido y bajado corriendo cuando George Darcy aún vivía, con el salón de baile abierto y Wickham, el ahijado predilecto, con libertad para campar por toda la casa.

Puso el pie en el primer peldaño.

—Wickham —dijo Elizabeth—. Por favor, no subas allí.

Él se volvió. La sonrisa encantadora seguía en su sitio, pero tenía los ojos inexpresivos, tal como Lydia los había descrito en su carta. Ojos muertos en un rostro hermoso.

—Señora Darcy. Solo quería admirar la vista. Desde la galería se ve todo el salón de baile. De niño solía sentarme ahí arriba y contemplar a los invitados abajo.

Detrás de Wickham, el rostro de George Darcy estaba blanco de furia.

—La galería es para los músicos —dijo Elizabeth—. No es un lugar para invitados.

—Seguro que para un viejo amigo de la familia puede hacerse una excepción.

Volvió a girarse hacia la escalera y empezó a subir, copa en mano. Elizabeth no podía detenerlo sin montar una escena; no podía montar una escena con trescientas personas mirando,

preguntándose por qué la señora de Pemberley perseguía a George Wickham escalera arriba.

Graves estaba al pie de la escalera. Había permanecido allí toda la velada, rígido, con los puños apretados. Cuando Wickham pasó junto a él al subir, Graves miró a Elizabeth, y en su rostro había una pregunta a la que ella no sabía responder.

Wickham llegó arriba. Se quedó junto a la barandilla de la galería de los músicos, contemplando el salón de baile, con la copa en alto y la casaca roja brillando contra la madera oscura. Los músicos habían hecho una pausa entre una pieza y otra. La galería estaba vacía, salvo Wickham, los atriles y las velas vacilantes de los apliques. Miró hacia la multitud de abajo y abrió los brazos, como si abrazara el salón, como si el propio Pemberley hubiera estado esperando su regreso.

—Magnífico —dijo, para nadie. Para todos—. Verdaderamente magnífico. Esto le habría encantado al viejo señor Darcy.

Elizabeth se aferró al brazo de Darcy. George estaba al pie de la escalera, mirando a Wickham. Nana estaba junto a Elizabeth. Todos los fantasmas del salón quedaron inmóviles. Sarah Dunn, señorita Pardoe, Graves, señora Alcott, las sombras vaporosas de la galería superior. Todos observando a Wickham, apoyado en la barandilla de la galería de los músicos con su copa de clarete y su sonrisa encantadora.

Entonces Sir Roderick atravesó la pared.

Atravesó la pared rugiendo. No había otra palabra. Solo un alma viva en aquel salón podía oírlo, pero Elizabeth lo oyó en los huesos, en

los dientes, en las plantas de los pies; se estremeció con tal violencia que Darcy se volvió hacia ella, alarmado.

—Elizabeth, ¿qué ocurre?

Ella no podía responder. Estaba mirando la pared sur del salón de baile, de la que estaba emergiendo Sir Roderick Darcy. Era enorme. No alto, no físicamente grande, sino enorme del mismo modo en que George era sólido y Nana intensa: una presencia que llenaba el espacio que ocupaba y apartaba todo lo demás. Su rostro era una máscara de ira absoluta, ingobernable; tenía la boca completamente abierta, y el rugido que brotaba de ella era tan atronador que Elizabeth no oía nada más. Llevaba dormido tanto tiempo como pudiera recordar cualquiera de los fantasmas de Pemberley. Ahora estaba despierto.

Cruzó el salón de baile con zancadas que cubrían distancias imposibles. Esta vez las velas no vacilaron. Se apagaron. Todas las velas del extremo sur del salón, veinte o treinta, se extinguieron a la vez. Los invitados soltaron exclamaciones ahogadas. A alguien se le cayó una copa. También se apagaron las velas de la galería de los músicos, sumiendo el balcón en la penumbra. Los invitados vivos tropezaron al apartarse sin saber por qué, aferrándose a sus parejas, a sus bebidas, a su compostura. El frío golpeó como un muro. A Elizabeth le castañetearon los dientes. Darcy le apretó la mano.

Sir Roderick no miró a Elizabeth. No miró a Darcy. No miró a Nana ni a George ni a Graves ni a ninguno de los fantasmas que se apretaban contra las paredes a su paso. Solo miró hacia arriba, hacia la galería de los músicos, hacia el hombre que permanecía de pie

junto a la barandilla con su casaca roja, su copa de clarete, sus ojos muertos, y su sonrisa encantadora.

Subió las escaleras. Los peldaños de madera crujieron bajo un peso que no debería haber estado allí. Un invitado vivo que se hallaba cerca de la escalera miró hacia los escalones, frunciendo el ceño; la madera gemía, y sin embargo no había nadie en ellos.

Wickham seguía junto a la barandilla. Había observado las velas extinguidas, la ráfaga de aire frío, y su sonrisa había vacilado. No porque pudiera ver a Sir Roderick, sino porque el salón de baile se había vuelto súbitamente frío, oscuro y terriblemente siniestro; incluso George Wickham, que no tenía don alguno ni sensibilidad ni conciencia, podía sentirlo.

Sir Roderick alcanzó lo alto de las escaleras.

Cruzó la galería en dos zancadas. Se situó directamente detrás de Wickham, y Wickham no lo vio, pero Wickham se estremeció, y su mano se tensó sobre la copa.

—No —dijo Elizabeth. Lo dijo en voz alta. No le importó quién la oyera—. —No, basta ya, te lo ruego...

Darcy la miró.

—¿Elizabeth?

Sir Roderick extendió las manos y empujó.

No debería haber sido posible. Los fantasmas no podían tocar a los vivos. Las reglas eran claras, siempre habían sido claras, y Elizabeth las comprendía desde la infancia. Pero Sir Roderick Darcy había estado durmiendo durante más tiempo del que nadie podía recordar. Al parecer, había sido un hombre excepcionalmente desagradable en vida. Había despertado para encontrar al asesino de su descendiente

de pie en su salón de baile bebiendo clarete, y, al parecer, a él no se le aplicaban las reglas.

Wickham se tambaleó hacia delante, su pie resbaló en el escalón superior que una doncella espectral había pasado todo el día puliendo con esmero, y cayó por encima de la barandilla.

No cayó muy lejos. La galería de los músicos se hallaba un piso por encima del suelo del salón de baile, quizá unos cuatro metros, pero la escalera que había debajo era estrecha y empinada, toda de madera oscura y afiladas aristas. Wickham golpeó contra el pasamanos, giró, cayó el resto del trayecto. Su copa se hizo añicos. Un sonido leve, comparado con el que produjo su cuerpo al golpear de cabeza el suelo del salón de baile.

Alguien gritó. Luego otro. Luego toda la sala se convirtió en un clamor: gritos, chirrido de sillas, la multitud que se precipitaba hacia la figura desplomada al pie de la escalera de la galería de los músicos para retroceder después.

Graves se apartó flotando, el rostro inexpresivo. Había esperado al pie de aquellas escaleras toda la velada. Nana se llevó las manos a la boca; si era de horror o de satisfacción, Elizabeth no habría sabido decirlo. George Darcy permanecía al pie de las escaleras, contemplando el cuerpo del hombre que lo había asesinado. Su expresión era la misma máscara inexpresiva que Darcy había adoptado en Hunsford: asimilando algo impactante, algo a lo que no sabía cómo responder.

Darcy ya estaba en movimiento. Se abrió paso entre la multitud, se arrodilló junto al cuerpo de Wickham. Elizabeth lo vio posar los

dedos sobre el cuello de Wickham. Vio su rostro cuando levantó la mirada. Lo supo antes de que él hablara.

—Que llamen al médico —dijo Darcy. Su voz resonó por todo el salón de baile, ahora en silencio—. Y despejen la sala, por favor. Mis más sinceras disculpas, pero el baile ha terminado.

Los invitados se marcharon en una confusión de carruajes, capas y voces susurrantes: trescientas personas que habían venido a bailar, a comer, a juzgar a la nueva señora Darcy, y que ahora se iban a casa con una historia completamente distinta. Un hombre había caído desde la galería de los músicos. Había estado bebiendo. Las escaleras eran tan empinadas. Un accidente terrible. Qué final tan espantoso para una velada tan hermosa.



Elizabeth permaneció en el vestíbulo y los vio partir. Permaneció con el rostro sereno, dando las gracias a cada invitado que se marchaba, porque era la señora de Pemberley; ese era su deber. Si su voz se mantenía firme, sus ojos secos, era porque no le quedaban lágrimas después de aquella tarde, ni compostura que perder.

Jane estaba con Lydia. Elizabeth había oído el grito cuando se le dio la noticia a Lydia, un sonido visceral, animal, procedente de lo más hondo de la casa. Luego la voz de Kitty, baja, firme. La de Jane. Después, silencio. Kitty había ido con Lydia porque, a pesar de todo, Lydia seguía siendo su hermana y Kitty no iba a dejarla sola en esto.

Bingley rondaba cerca, tratando de ayudar y equivocándose un poco, pero cada palabra de consuelo que ofrecía era sincera, lo cual era muy propio de Bingley y siempre lo había sido.

Lord Matlock se ocupó del médico cuando llegó, del traslado del cuerpo y de la docena de asuntos prácticos que conlleva una muerte repentina en una gran casa. Lady Matlock condujo sin demora a los invitados que se quedaban a pasar la noche hasta sus habitaciones. La señora Reynolds se ocupó de la servidumbre, profundamente conmocionada.

El último carruaje se alejó. El vestíbulo quedó vacío. Las velas que habían parpadeado hasta apagarse se habían encendido de nuevo. El salón de baile volvía a brillar, cálido, dorado, como si no hubiera sucedido nada. El dibujo de tiza en el suelo estaba arañado y manchado, las espirales blancas desdibujadas por trescientos pares de pies y la sangre de un hombre. Los lirios junto a la entrada seguían oliendo dulcemente.

Darcy encontró a Elizabeth en el pasillo fuera del salón de baile. Estaba apoyada contra la pared, con los ojos cerrados, el vestido de baile arrugado y el cabello soltándose de las horquillas que Jane había colocado con tanto cuidado. Él se detuvo ante ella, observando su rostro. Ella abrió los ojos. Le devolvió la mirada.

Él lo sabía, podía verlo en sus ojos. No los detalles, por supuesto. No a Sir Roderick, no el empujón, no el ejército de Darcys espectrales y sus criados, leales incluso después de la muerte, que habían visto cómo su casa impartía su propia justicia. Pero sabía que lo que había sucedido en aquella escalera no había sido un accidente, que Elizabeth lo había visto, y sabía que ella se lo contaría, porque le

había prometido que podría preguntarle cualquier cosa y que no volvería a guardarle secretos.

—Se cayó —dijo Elizabeth.

—Se cayó —convino Darcy.

—El médico dirá que estaba borracho. Las escaleras son empinadas, y habían sido bien pulidas, para lucir bien en el baile. Se dictaminará como accidente.

—Sí.

—No fue un accidente.

Darcy guardó silencio un momento. El pasillo estaba vacío. La casa estaba en silencio, más silenciosa de lo que Elizabeth la había conocido nunca. Hasta los fantasmas permanecían quietos. Graves había regresado a las dependencias del servicio. La señora Alcott había ido con él. Sarah Dunn había desaparecido. La galería de arriba estaba vacía.

—Mi padre —dijo Darcy, y ella oyó un atisbo de miedo en su voz—. ¿Fue...?

—No. Tu padre estuvo en el salón de baile todo el tiempo. Estaba de pie junto a mí. Observó, pero no actuó. Fue Sir Roderick.

—¿Sir Roderick? —Darcy parpadeó, y ella pudo verlo buscando en su memoria—. Conozco ese nombre...

Elizabeth apoyó la nuca contra la pared.

—Era el tatarabuelo del marido de Nana, o quizá con uno o dos «tatara» más, que fue señor de Pemberley en tiempos de la reina Isabel. Llevaba dormido en el salón amarillo desde que cualquiera pudiera recordar. Nana temía lo que pudiera suceder si alguna vez despertaba.

—Y despertó.

—Despertó. Entró en el salón de baile, subió las escaleras, empujó a Wickham por encima de la barandilla. Yo no pensaba que los fantasmas pudieran tocar a los vivos. Por regla general, no pueden. Sir Roderick no es un fantasma que siga reglas.

Darcy se apoyó en la pared junto a ella. Permanecieron hombro con hombro, ambos exhaustos, ambos con sus ropas de baile, ambos cargando con una verdad que nunca volverían a pronunciar en voz alta después de aquella noche.

—La muerte de Wickham refleja su crimen —dijo Elizabeth, tras un largo silencio—. Parece natural. Accidental. Un hombre que había estado bebiendo y resbaló en una escalera empinada. Solo nosotros conocemos la verdad.

—Solo nosotros la sabremos jamás.

—¿Puedes vivir con eso?

Darcy abrió los ojos. La miró.

—¿Puedes tú?

Elizabeth lo pensó. Había dicho no, basta, por favor y no había servido de nada, porque Sir Roderick no aceptaba órdenes de nadie. Había visto morir a un hombre y no había podido impedirlo y no estaba del todo segura —en lo más oscuro y honesto de su interior— de haber querido impedirlo.

—No lo sé —dijo—. Creo que puedo. Tendré que hacerlo, ¿verdad?

Darcy le tomó la mano. La sostuvo contra la pared entre ambos, con los dedos entrelazados con los de ella.

—Entonces lo llevamos juntos —dijo—. Como llevamos todo lo demás.

Se inclinó y la besó en la frente, con ternura.

—Vete a la cama, Elizabeth. Duerme. Yo me quedaré levantado y esperaré al médico.

La casa estaba en silencio a su alrededor. En algún lugar de Pemberley, Lydia lloraba. En el salón amarillo, Sir Roderick Darcy había regresado a su sillón, cerrado los ojos y dormido.



Capítulo Veintiocho

LA MAÑANA DESPUÉS DEL baile, Pemberley estaba en silencio.

Elizabeth bajó temprano, antes que nadie salvo la servidumbre, y encontró las puertas del salón de baile cerradas y a una doncella de rodillas en el vestíbulo, fregando el polvo de tiza que se había esparcido por el suelo de mármol. La casa olía a velas apagadas y lirios. El patrón de tiza marcado en el suelo aún era visible a través de la puerta abierta del salón de baile cuando Elizabeth la entreabrió para mirar: arabescos blancos manchados y rotos, la mancha junto a la escalera de la galería de los músicos oscura contra la madera pálida.

La señora Reynolds ya estaba levantada, porque la señora Reynolds siempre estaba levantada. Recibió a Elizabeth con una mirada que

formulaba varias preguntas a la vez.

—¿Cómo está la señora Wickham? —preguntó Elizabeth, antes de que la señora Reynolds pudiera empezar.

—Durmiendo, señora. La señorita Bennet y la señora Bingley están con ella. Se despertó dos veces durante la noche y estaba angustiada, pero la señorita Bennet logró calmarla en ambas ocasiones.

Kitty, que había pasado su infancia siendo desestimada como la hermana tonta, la que seguía a Lydia, aquella de quien nadie esperaba nada. Kitty, que había superado en silencio a esa misma hermana, velando junto a ella toda la noche, sosteniéndola a través de un dolor que era real aunque el hombre por el que Lydia lloraba no lo mereciera. A Elizabeth se le cerró la garganta.

—¿Y el informe del médico?

—El doctor Grieve la atendió y confirmó la muerte. Ha registrado la causa como una caída, agravada por el consumo de alcohol. Señaló lo empinado de la escalera y el pulido de la madera. —Hizo una pausa—. No halló nada anómalo.

—Gracias, señora Reynolds.

Elizabeth fue al salón de la mañana, donde se sentó bajo la fría luz de noviembre, bebió el té que la señora Reynolds le trajo personalmente e intentó sentir algo que no fuera agotamiento. Había dormido un poco, pero no hasta que Darcy llegó a la cama. La había rodeado con sus brazos, la había sostenido en la oscuridad. Ella había apretado el rostro contra su pecho y había dormido como se duerme después de una batalla: profundamente, sin sueños, y ni de lejos el tiempo suficiente.



Lady Catherine abandonó Pemberley a las diez en punto.

Su carruaje fue traído a la puerta principal. Sus baúles fueron cargados. La señora Jenkinson revoloteaba a su alrededor, atendiéndola. Catherine descendió la escalera vestida de luto riguroso, el rostro convertido en una máscara, la espalda rígida, y no habló con nadie durante el descenso excepto con lord Matlock, que esperaba en el vestíbulo con la expresión que siempre llevaba cuando trataba con su hermana: paciencia llevada al límite.

—Escribiré —dijo Catherine.

—No lo dudo —replicó lord Matlock.

Anne estaba al pie de la escalera. Estaba pálida. Había estado llorando, pensó Elizabeth, aunque se había limpiado el rostro con cuidado y su aplomo permanecía intacto. Miró a su madre. Catherine miró a su hija. El silencio entre ellas contenía años de amor, de daño, un abismo que podía o no ser salvable.

—Adiós, madre —dijo Anne.

Catherine abrió la boca. La cerró. Extendió la mano, tocó brevemente la mejilla de Anne con las puntas de sus dedos enguantados. Luego se dio la vuelta, salió por la puerta principal, subió a su carruaje. No miró atrás.

El carruaje se alejó por el camino de entrada. Anne lo observó hasta que tomó la curva y desapareció tras los árboles. Luego se dio la

vuelta, pasó junto a Elizabeth sin decir palabra, subió a su habitación. Elizabeth la dejó ir. Algunas penas requerían compañía. Otras, soledad. Anne sabría distinguirlas por sí misma.

Caroline Bingley partió una hora más tarde, apagada. Louisa Hurst la acompañó, y el señor Hurst las siguió, tras ser arrancado de su cómoda silla en la sala de juego donde aparentemente había dormido durante la muerte de Wickham, el desalojo del salón de baile y la llegada del médico. Parecía desconcertado. Nadie le explicó nada. Se subió al carruaje y se fue, destinado a la posada de Lambton por unos días, porque Pemberley no necesitaba invitados a los que entretener en ese momento.

Bingley se quedó. Jane se quedó. Los Matlock se quedaron. Y Lydia dormía, porque Kitty la había persuadido de tomar láudano en las primeras horas de la mañana, y dormiría hasta la tarde.

Georgiana encontró a Elizabeth en el saloncito después del almuerzo. Elizabeth estaba en su escritorio, componiendo una carta a su padre que tendría que escribir tres veces antes de que dijera lo que necesitaba decir sin decir lo que no podía. Dejó la pluma cuando Georgiana entró y cerró la puerta.

Georgiana se sentó en la silla junto al fuego. Parecía serena, pero tenía las manos plegadas en el regazo, como siempre las tenía cuando se contenía.

—Necesito preguntarte algo —dijo—. Sobre anoche.

—No fue una caída natural —admitió Elizabeth, sabiendo a qué se refería Georgiana.

—¿Fue mi padre?

Elizabeth la miró a los ojos.

—No. Tu padre estuvo en el salón de baile todo el tiempo. Estaba de pie junto a mí. Observó, Georgiana, pero no actuó.

Georgiana exhaló el aire de golpe. Lo había estado conteniendo, comprendió Elizabeth. Había estado aguantando esa pregunta desde anoche, temerosa de la respuesta, temerosa de que el fantasma de su padre hubiera matado a un hombre frente a trescientas personas y de que la resolución que anhelaba desde hacía seis años hubiera tomado la forma de una venganza, no de la justicia.

—¿Entonces quién?

—Sir Roderick Darcy. Un antepasado lejano tuyo. Ha estado dormido en el salón amarillo desde hace tanto tiempo como cualquiera puede recordar. Nana me advirtió que si alguna vez despertaba, no sabía qué haría. Despertó. Hizo lo que hizo. Y luego volvió a su silla y se durmió de nuevo.

Georgiana la miró fijamente.

—¿Está dormido? ¿Después de eso?

—Está dormido. Lo comprobé esta mañana. Está en su silla, exactamente como siempre ha estado, como si nada hubiera pasado.

—¿Podemos... deberíamos... se puede hacer algo con él?

—No lo creo —respondió Elizabeth—. Nana ha gobernado esta casa durante ciento treinta años sin que sir Roderick interviniera, y yo pretendo hacer lo mismo. Duerme. Lo dejamos dormir. Y esperamos que nada vuelva a despertarlo jamás.

Georgiana guardó silencio un momento.

—Darcy me contó que Wickham y Lydia habían estado alojándose en la finca desde el día anterior al baile, con un amigo de Wickham que

tiene una de las casitas cerca del bosque norte.

—Por eso la casa estaba inquieta —dijo Elizabeth. Ella misma lo había deducido, tendida en la oscuridad esperando a Darcy, encajando las piezas. La vibración en la piedra que había comenzado dos días atrás. Los fantasmas cada vez más agitados. Graves abandonando sus preparativos para el baile para montar guardia en la puerta principal. El miedo de Nana. Las náuseas que Elizabeth había combatido todo el día. Pemberley lo había sabido. La finca era más que la casa. Wickham había estado en tierras de Pemberley, durmiendo en una casita de Pemberley, y la casa había sentido la presencia del hombre que asesinó a su antiguo señor como un veneno en la tierra. Los fantasmas no habían sabido qué estaban sintiendo. Solo habían sabido que su casa no estaba bien.

—Pemberley lo supo antes que nosotros —dijo Elizabeth—. La casa, la finca, lo sintió.

Georgiana asimiló esto y lo consideró. Era la hermana de Darcy. Procesaba las cosas del modo en que lo hacía Darcy: con cuidado, a fondo, dándoles vueltas antes de responder.

—¿Está mi padre en paz ahora? —preguntó Georgiana—. ¿Ahora que Wickham está muerto?

—No lo sé —dijo Elizabeth—. No lo he visto esta mañana. Pero lo encontraré, Georgiana. Y te lo contaré.



Elizabeth encontró a George solo en la galería larga; Edmund y Charlotte solían procurar no dejarse ver cuando él estaba allí, y aquel día no fue una excepción.

George no estaba de un lado a otro. Permanecía de pie junto a la ventana donde Darcy había estado la víspera del baile, mirando hacia el césped del sur y el lago más allá, y cuando Elizabeth entró no se volvió. Recorrió la galería y se detuvo a su lado, y durante un rato ninguno de los dos habló.

—Se acabó —dijo George.

Tenía la voz queda. No la voz inquieta, acuciante, que ella había llegado a conocer. Casi vacía.

—Se acabó —asintió Elizabeth.

—He querido matarlo durante seis años, y cuando lo vi entrar en mi casa con esa casaca roja, lo deseé tanto que casi podía saborearlo. Pero no pude. No lo maté.

—Lo sé. Te vi. Estuviste a mi lado todo el tiempo.

—Sir Roderick —George negó con la cabeza despacio—. No sabía que pudiera hacer eso. Ninguno de nosotros lo sabía. Ha estado dormido desde que se convirtió en fantasma, hasta donde sabemos. Nana hablaba de él a veces, siempre con cierta cautela. Decía que tenía fama de ser desagradable. No dijo que fuese capaz de...

—Nana tampoco lo sabía.

George volvió a quedarse callado. La luz gris de noviembre entraba por la ventana y atravesaba su forma espectral, sin proyectar sombra alguna.

—Elizabeth —dijo—. Creo que ya estoy preparado.

Se lo esperaba. Lo notaba en su propia presencia: una ligereza, casi un desvanecimiento, como si la solidez que lo había mantenido atado a la casa se estuviera disolviendo. La ira que lo había retenido allí durante seis años se había consumido. La justicia que había exigido había llegado, no por la ley, no por su hijo, sino por su antepasado, que se había alzado para castigar al hombre que había envenenado a su descendiente. No era la justicia que George había imaginado, de eso estaba segura. Pero era suficiente.

—Todavía no —dijo Elizabeth—. Por favor. Deja que traiga a Darcy. Deja que traiga a Georgiana. No puedes irte sin despedirte.

George la miró. Su rostro mostraba una dulzura que ella no le había visto antes.

—Apresúrate —dijo—. No creo que me quede mucho tiempo.

Elizabeth echó a correr. Corrió por la galería, bajó por el pasillo y encontró a Darcy en el despacho.

—Tu padre. Ahora. La galería. Se está desvaneciendo.

Darcy se levantó del escritorio sin decir palabra y la siguió. Elizabeth envió a una doncella en busca de Georgiana con un recado que decía solo Galería. Ahora. Por favor, rápido, y cuando llegaron a la galería larga George seguía allí, seguía junto a la ventana, pero más desvaído.

—Está aquí —dijo Elizabeth—. Junto a la ventana. Se está... se está desvaneciendo, Darcy. No le queda mucho tiempo.

Darcy se volvió hacia la ventana. Georgiana llegó, sin aliento. Elizabeth la tomó de la mano y la colocó junto a su hermano. Los tres permanecieron ante la ventana donde George Darcy había

pasado tantas horas contemplando los terrenos que no podía abandonar.

—Díselo —dijo George.

Su voz también se desvanecía.

—Dile a Fitzwilliam que estoy más orgulloso de él de lo que jamás supe expresar en vida. Dile que tenía razón respecto a Wickham, y que yo estaba equivocado, y que el mayor pesar de mi muerte es no haber escuchado a mi propio hijo cuando trató de decirme la verdad. Dile que la manera en que ha cuidado de esta familia, de Georgiana, de Pemberley, ha sido todo cuanto yo podía esperar, y más de lo que merecía.

Elizabeth repitió sus palabras. Darcy escuchó, con la mandíbula tensa y los ojos brillantes, y no apartó la vista del lugar donde estaba su padre.

—Dile a Georgiana —dijo George, con la voz quebrada— que tiene el coraje de su madre, su belleza, su corazón. Que la he visto crecer hasta convertirse en una mujer de la que Annie se habría sentido orgullosa, y que lamento, lamento tanto, no haber estado allí para verlo en vida.

Elizabeth repitió también esas palabras. El rostro de Georgiana estaba bañado en lágrimas, pero sonreía entre lágrimas, con una sonrisa feroz y rota, tan propia de los Darcy.

—Y diles a los dos —dijo George— que su madre me está esperando. Puedo sentirla. Lleva seis años esperándome, y ya la he hecho esperar bastante.

La voz de Elizabeth se quebró en la última frase. A duras penas logró pronunciar las palabras. Darcy tendió la mano hacia la de

Georgiana. Georgiana se aferró a ella. Permanecieron juntos, hermano y hermana, frente a la ventana donde su padre se desvanecía en la luz de noviembre.

George miró a Elizabeth por última vez, y dijo una cosa más, solo para ella.

—Gracias, señora Darcy.

Ella no pudo hablar, pero hizo una reverencia, profunda y respetuosa, como la habría hecho ante el padre de su marido si se la hubieran presentado cuando aún vivía.

George Darcy miró más allá de Elizabeth. Más allá de Darcy. Más allá de Georgiana. Más allá de la ventana, de los terrenos y del cielo gris. Miró algo que Elizabeth no podía ver, y su rostro cambió. Todo el dolor, toda la ira, se disolvieron. Lo que quedó fue una alegría pura, sin mezcla. Dijo, con un tono de absoluto deleite:

—¿Annie?

Se fue. La galería estaba vacía.

Nana estaba en el umbral. Elizabeth no sabía cuánto tiempo llevaba allí. No dijo nada; con las pequeñas manos entrelazadas ante sí, miraba el lugar donde George había estado. Al cabo de un momento se arregló el gorro, dio media vuelta y se marchó. Había una casa que gobernar, y Nana se había mantenido ocupada en ello durante ciento treinta años.

Elizabeth lloró. Darcy le rodeó con el brazo y la sostuvo. Georgiana se apretó contra el costado de su hermano. Los tres permanecieron en la galería, llorando juntos: por el hombre que habían perdido, el hombre que habían encontrado, la mujer que lo había estado esperando al otro lado.



Anne de Bourgh encontró a Elizabeth aquella tarde, en el jardín de rosas.

Elizabeth había salido porque necesitaba aire, necesitaba cielo, necesitaba estar en cualquier sitio menos entre las paredes de Pemberley. El jardín de rosas estaba desnudo para el invierno, los parterres removidos y cubiertos de mantillo, los tallos podados hasta quedar en oscuros tocones. Lady Margaret sonreía desde su banco, como siempre. El frío de noviembre atravesaba la pelliza de Elizabeth, pero no le importaba. Se sentó en el banco de piedra frente a lady Margaret, contemplando a la dama del vestido Tudor con su gorguera rígida, sus faldas con verdugado. Se preguntó cómo habría sido la vida de lady Margaret, casada con sir Roderick.

Quizá había razones excelentes por las que el fantasma de lady Margaret nunca entraba en Pemberley.

Anne bajó por el sendero desde la casa, envuelta en un chal, su rostro delgado crispado por el frío. Se sentó junto a Elizabeth sin pedir permiso, lo cual era nuevo. La antigua Anne habría pedido permiso. La antigua Anne pedía permiso para todo.

Permanecieron sentadas en silencio durante un rato. Luego Anne dijo, en voz baja:

—Elizabeth. ¿Puedo preguntarte algo? No has de responderme si no lo deseas.

—Puedes preguntarme lo que quieras.
—Mi madre dijo muchas cosas sobre ti estas últimas semanas. La mayoría fueron crueles y equivocadas, y no las creí —Anne hizo una pausa—. Pero algunas de las cosas que describió, el hablar con habitaciones vacías, el saber cosas que no deberías saber... no estaban equivocadas. Yo también te he observado, Elizabeth. No para reunir pruebas. Porque tenía curiosidad. Y he llegado a mi propia conclusión, que es muy diferente de la de mi madre.
Elizabeth esperó.
—¿Viste por casualidad a mi padre en Rosings? —preguntó Anne—. ¿Cuando visitaste con el señor y la señora Collins?
Elizabeth la miró. Anne le devolvió la mirada, firme, sin miedo, y Elizabeth vio la inteligencia de lady Catherine en aquellos ojos, despojada de la malicia de lady Catherine.
—No lo vi —dijo Elizabeth. Podía ser sincera sobre esto, completamente sincera, y el alivio de ello fue dulce—. Rosings, pese a su antigüedad, es una casa tranquila. Creo que tu padre partió en paz. George Darcy me dijo una vez que sir Lewis era un buen hombre, feliz, y que te quería muchísimo. Creo que no tenía razón para quedarse.
Una emoción compleja cruzó el rostro de Anne. Alivio y pena y una pequeña pérdida íntima, todo a la vez. Había esperado, quizá, que su padre siguiera allí, velando por ella, como George había velado por Darcy y Georgiana. Y había esperado, quizá con igual intensidad, que no lo estuviera: que se hubiera librado del largo purgatorio en el que quedan atrapados los fantasmas de Pemberley, que hubiera encontrado la paz.

—Gracias —dijo Anne—. Por decírmelo con sinceridad.

—¿Cómo lo supiste?

Anne sonrió. Era una sonrisa pequeña, cuidadosa, la sonrisa de la hija de un dragón que había aprendido discreción viendo fracasar a su madre en ese arte.

—Mi madre lanzó sus acusaciones movida por sospechas y rencor. Yo llegué a las mías mediante la observación y la lógica. No estás loca, Elizabeth. Eres extraordinaria. Y guardaré tu secreto mientras me necesites.

Se puso de pie, se ciñó más el chal, regresó por el sendero hacia la casa. Elizabeth se quedó sentada en el jardín de rosas, acompañada solo por la sonrisa espectral de lady Margaret, y pensó: Esa chica va a ser mucho más formidable de lo que su madre fue jamás.



Aquella noche, Elizabeth y Darcy se sentaron juntos en su salón, el fuego reducido a brasas. Georgiana y Anne se habían ido a la cama. Kitty estaba con Lydia. Jane y Bingley se habían retirado discretamente, y los Matlock estaban en sus habitaciones. La casa estaba tranquila, y por primera vez en semanas, la tranquilidad parecía descanso y no amenaza.

—Lydia necesitará cuidados —dijo Elizabeth finalmente—. Es viuda a los dieciséis años. Necesitará un hogar, en Longbourn o con

nosotros. Requerirá tiempo, paciencia, personas que la quieran a pesar de todo.

—Lo tendrá. Ya he escrito a tu padre.

—¿Ya?

—Esta mañana. Le conté lo que sucedió, la versión pública. Dije que Lydia debería regresar a casa, a Longbourn, en cuanto esté lo bastante bien para viajar, porque creo que ahora necesita a su madre por encima de todo, y que yo me haría cargo de cualquier cosa que precisara.

Elizabeth lo miró. Este hombre, que el día anterior había descubierto que su esposa veía fantasmas y que su padre había sido asesinado, para luego presenciar cómo el asesino moría a manos de un antepasado que llevaba siglos durmiendo, se había levantado esa mañana y había escrito una carta sensata y bondadosa a su padre sobre el cuidado de Lydia.

—Te quiero —dijo, y no fue la torpe explosión del día anterior, pero fue igual de sincera.

Sus ojos se iluminaron, y se inclinó para besarla.

—Yo también te quiero, señora Darcy —murmuró contra sus labios.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella, después de unos momentos muy satisfactorios.

—Vivimos nuestras vidas —dijo Darcy—. Cuidamos de Georgiana, Anne, Kitty y Lydia. Dejamos que el mundo crea que Wickham cayó porque estaba borracho, y llevamos la verdad entre nosotros, y no permitimos que envenene lo que hemos construido.

Elizabeth se apoyó contra su hombro. El fuego ardía. La casa se asentaba a su alrededor, y por primera vez desde que había llegado

a Pemberley, esa quietud tenía el sabor de la satisfacción.

—Tu padre está en paz —dijo—. Lady Anne lo estaba esperando. Dijo su nombre, justo antes de irse, y su rostro...

Se detuvo, porque el recuerdo del rostro de George en aquel último momento, la alegría que lo iluminaba, aún era demasiado reciente para describirlo sin llorar, y ya había derramado suficientes lágrimas.

—Está con ella ahora. Después de dieciséis años, está con ella.

Darcy guardó silencio unos instantes, con pena y alegría luchando en su rostro mientras asimilaba lo que acababa de oír. Luego dijo: —Bien —y le besó la coronilla.

Se sentaron juntos a la luz del fuego. Pemberley los cobijaba. Los muertos descansaban. Los vivos continuaban.



Capítulo Veintinueve

TRES DÍAS DESPUÉS DEL baile, los Bingley partieron hacia Netherfield, llevándose a Lydia con ellos.

Había sido idea de Jane. Lydia no iría a Longbourn todavía; estaba demasiado frágil, y Jane y Elizabeth coincidían en que la particular —e histérica— empatía de la señora Bennet le haría más daño que bien. Netherfield era más tranquilo, Jane era serena, y Lydia necesitaba serenidad más que cualquier otra cosa. Kitty se fue con ellas. No se había apartado del lado de Lydia en tres días, y no la dejaría ahora. Se reuniría con el grupo de los Darcy cuando fueran a Londres para la Temporada, en primavera.

Elizabeth permaneció en los escalones de la entrada de Pemberley y observó el carruaje alejarse hasta que por fin se desvaneció entre

los árboles.

Los Matlock se habían marchado el día anterior. Lord Matlock prometió hacer indagaciones sobre la investigación judicial, que sería una formalidad, y lady Matlock prometió escribir. Anne se quedaba. Permanecería en Pemberley con Georgiana hasta que partieran a Londres, y tendría la vida que su madre nunca le había permitido desear. Elizabeth pensaba asegurarse de ello. La señora Annesley regresaría en unos días de su visita a su hermana, y tendría a las dos muchachas bien atendidas.

Pemberley estaba en silencio. La reunión de invitados había terminado. Los vestidos de baile habían sido guardados, el suelo del salón de baile fregado hasta quitar toda huella de tiza, el vino derramado, la sangre. La escalera de la galería de los músicos había sido inspeccionada por la señora Reynolds y dos carpinteros, que declararon la barandilla firme, la madera en buen estado; no podían explicar por qué un hombre había caído. Recomendaron añadir una baranda en lo alto de las escaleras, y Darcy estuvo de acuerdo, y ese fue el fin del asunto.

Elizabeth recorrió la casa.

Caminó despacio, del mismo modo en que había caminado el primer día como señora de Pemberley, aunque ahora todo era diferente. El vestíbulo estaba en silencio, el suelo de mármol limpio. Graves había vuelto a su puesto cerca del pie de la escalinata, la librea impecable, su compostura recobrada. Inclinó la cabeza cuando Elizabeth pasó, y ella inclinó la suya en respuesta, y ninguno de los dos mencionó el baile.

La biblioteca estaba cálida. La señorita Pardoe estaba en su silla, leyendo, como había estado leyendo durante sesenta años. No levantó la vista. Elizabeth no lo había esperado. La señorita Pardoe se había aventurado fuera de la biblioteca una vez, para el baile, y probablemente no volvería a hacerlo en otros sesenta años, y eso les convenía a ambas.

El salón amarillo estaba inmóvil. Sir Roderick dormía en su silla, la cabeza con peluca inclinada hacia un lado, exactamente como había estado desde que nadie podía recordar. Elizabeth se detuvo en el umbral y lo miró. No se movió. No volvería a moverse, esperaba ella, nunca más. Pasó de largo en silencio, cerró la puerta tras ella con delicadeza y continuó.

La galería larga estaba vacía. La luz de noviembre caía a través de las altas ventanas sobre el suelo donde George Darcy había caminado de un lado a otro, enfurecido, esperando a alguien que pudiera oírle. El aire estaba quieto ahora. No había punto frío, ni presión, ni presencia inquieta desgastando una huella en las tablas del suelo. George se había ido, y la galería lo sabía, y el vacío no era triste. Era apacible. Era la paz de una habitación que ha cumplido su propósito y puede descansar.

Edmund y Charlotte habían regresado. Pasaron corriendo junto a Elizabeth saludándola alegremente con la mano, persiguiéndose el uno al otro por la galería, sus risas ligeras y tenues en el aire de noviembre. La galería era suya de nuevo, y estaban disfrutándola al máximo.

El cuarto de la servidumbre estaba ocupado. La señora Alcott estaba reprendiendo a Graves por la plata después del baile. El pulido había

dejado que desear, decía. Los tenedores de pescado eran una vergüenza. Graves decía que los tenedores de pescado estaban perfectamente bien; la señora Alcott no reconocería un tenedor de pescado bien pulido aunque se le apareciera en la mano. La señora Alcott decía que había estado puliendo plata desde antes de que Graves naciera, lo cual era cierto, dado que había fallecido durante el reinado de la reina Ana mientras que él era tan solo georgiano. Graves decía que ese era precisamente el problema: los criterios habían sido claramente diferentes en su época. Elizabeth pasó junto a ellos, sonriendo. Ninguno de los dos se dio cuenta, porque estaban demasiado ocupados enfrascados en su eterna disputa para prestar atención a los vivos.

Sarah Dunn estaba quitando el polvo. Estaba en el rellano superior, quitando el polvo detrás del reloj que, según insistía, la nueva doncella nunca limpiaba bien, y levantó la vista cuando Elizabeth pasó y la saludó tímidamente con la mano. Elizabeth le devolvió el saludo.

Elizabeth tocó la pared mientras caminaba. La piedra estaba cálida bajo sus dedos, la calidez de una casa en reposo: cuatrocientos años de piedra, de madera, de las vidas que la habían llenado, asentadas y satisfechas, cobijando a quienes habitaban en ella.

Llegó a su saloncito privado y se sentó a su escritorio. El saloncito estaba en silencio, y la vela no parpadeaba. La temperatura no cambiaba. Por primera vez desde que había cruzado la puerta principal de Pemberley, la casa era simplemente una casa: hermosa, antigua, llena de fantasmas y completamente en paz.

Permaneció sentada unos cinco minutos, disfrutando del silencio, antes de que Nana carraspeara.

Elizabeth alzó la vista. Nana estaba en su sillón. Con los brazos cruzados. La barbilla levantada. La expresión de su rostro era la que adoptaba cuando había decidido que había llegado el momento de tratar un asunto de importancia.

—Lo has hecho bastante bien —dijo Nana—. Teniendo en cuenta las circunstancias.

—Gracias, Nana.

—El baile fue excelente. La cena fría, aceptable. El dibujo de tiza era, debo admitirlo, realmente notable. —El incidente del vino con la señorita Bingley fue desafortunado, para ella, aunque no lo lamento. Y el asunto de Sir Roderick fue... imprevisible.

—Es una forma de decirlo.

—Tengo otras, pero no son apropiadas para el salón de una dama.

Nana descruzó los brazos y volvió a cruzarlos, lo que significaba que se disponía a decir algo. Elizabeth esperó. A Nana no se la podía apremiar.

—No pienso irme a ninguna parte —dijo Nana—. Por si te lo estabas preguntando.

—No me lo estaba preguntando. Sé de sobra que no debo esperar que te marches.

—Bien. Porque mi trabajo no ha terminado.

Nana miró a Elizabeth y luego bajó la vista deliberadamente hasta su vientre.

Elizabeth se llevó la mano al vientre. No había... no había pensado... pero ahora que Nana había mirado, ahora que la pregunta estaba en

el aire, empezó a calcular, y los cálculos se demoraron más de lo debido, y la respuesta al final le cortó la respiración.

—Ay —dijo.

—En efecto —dijo Nana—. Oh.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—Desde antes de que tú lo supieras, que es el orden natural de las cosas. He visto muchísimos embarazos en esta casa, Elizabeth, y las señales son inconfundibles para una mujer de mi experiencia. Llevas días con náuseas. Lo has atribuido al baile, a que la casa estaba alterada, y no te equivocabas del todo en lo segundo. Pero te he estado observando. Las náuseas precedieron a la alteración, y sé distinguir entre una mujer que está angustiada y una mujer encinta.

Elizabeth se quedó mirando fijamente a Nana, atónita, con la mano sobre el estómago. Pensó en las náuseas que había achacado a la inquietud de Pemberley, en la comida que no había podido soportar, en el agotamiento que la había oprimido durante días. Había creído que era la casa. Había creído que eran los fantasmas, la investigación, el baile, el temor.

En parte lo había sido. Pero no del todo.

—Voy a ser tataratatarabuela —dijo Nana.

No sonrió, porque Nana no sonreía cuando podía parecer satisfecha en su lugar, pero su satisfacción era tan palpable que llenaba la estancia.

—Ese es precisamente el propósito. Mi misión, Elizabeth, si es que puede llamarse así, siempre ha sido ver nacer sanos y salvos a suficientes descendientes míos como para no tener que preocuparme de la continuidad de la estirpe. Llevo aquí ciento

treinta años y ninguno de mis descendientes ha conseguido tener más de un hijo, o a lo sumo dos.

Su expresión se volvió, si cabe, aún más significativa.

—¿Y cuántos descendientes, exactamente, considera usted que serían un número seguro? —preguntó Elizabeth. Su propia voz le sonó extraña.

—La verdad es que nunca me lo he planteado. No estoy fijando una cifra. Solo digo que Pemberley necesita herederos, y tengo la intención de estar aquí para asegurarme de que reciban los cuidados debidos.

Elizabeth miró a Nana. Nana le devolvió la mirada, implacable, eterna, con ciento treinta años y ni un ápice más cerca de marcharse.

—Vas a perseguir a mis hijos —dijo Elizabeth.

—Voy a asegurarme de que tus hijos se críen debidamente. Hay una diferencia.

Elizabeth pensó en discutir. Pensó en señalar que Nana no siempre había aprobado, según admitía ella misma con frecuencia, cómo se había criado a los Darcy de generaciones intermedias, y que, por tanto, sus antecedentes no eran impecables. Pensó en recordarle a Nana que la auténtica señora de Pemberley, entre los vivos, era Elizabeth, y que ella y Darcy criarían a sus hijos como estimaran conveniente.

No dijo ninguna de aquellas cosas. Las diría más tarde. Nana las ignoraría. Discutirían sobre cómo disponer el cuarto de los niños, los horarios de las tomas y si debía enseñarse al niño a montar a los tres o a los cuatro años, y sería exactamente igual que cualquier

otra discusión que Elizabeth hubiera tenido con Nana: feroz, agotadora, animada por un profundo afecto mutuo que ninguna de las dos admitiría jamás.

—Tengo que decírselo a Darcy —dijo Elizabeth.

—Sí, debes. Te dejaré hacerlo. Aunque sí creo que deberías saber que el cuarto de niños del ala este recibe la mejor luz por las mañanas y tiene los fuegos más cálidos, y ya le he metido en la cabeza a la señora Reynolds que debería empezar a revisar la ropa de cuna.

—Nana. Hace dos minutos que lo sé.

—Y yo lo sé desde hace bastante más tiempo, y no pierdo el tiempo. Ya están aireando la ropa de cuna. Ya me lo agradecerás más adelante.

Nana se levantó de su sillón, lanzó a Elizabeth una última mirada de profunda satisfacción y se deslizó a través de la estantería.

Elizabeth se quedó sentada ante el escritorio, con la mano sobre el vientre. Permaneció allí mucho tiempo, en el silencioso salón, preguntándose si el calor de las paredes se debía a que Pemberley sabía que estaba en camino un heredero.

Luego fue a buscar a Darcy, porque si Nana lo sabía, eso significaba que todos los demás fantasmas también lo sabrían, y era del todo injusto que Darcy estuviera de los últimos en enterarse.



Estaba en el despacho, ante su escritorio, ocupado con la correspondencia. Levantó la mirada cuando ella entró. Elizabeth cerró la puerta tras de sí. Debió de advertir algo en su rostro, porque dejó la pluma y se puso en pie.

—¿Elizabeth?

—Nana acaba de informarme de que no piensa irse a ninguna parte —dijo Elizabeth—. Su misión, tal como la describe, es ver llegar sanos y salvos al mundo a suficientes descendientes de Darcy como para no tener que preocuparse por la continuidad de la familia. Dice que lleva aquí ciento treinta años; se propone ver nacer a nuestro primer hijo y asegurarse de que esté debidamente cuidado. No quiere fijar cuántos Darcy serían suficientes. Creo posible que no haya nunca un número suficiente, y que ronde Pemberley para siempre. Pero, al menos, nuestro hijo tendrá a la guardiana más entregada del mundo.

Darcy la miró. Bajó la vista hasta donde la mano de ella descansaba sobre el vientre, y Elizabeth vio cómo llegaba a la conclusión correcta.

Soltó una carcajada. Fue el sonido más desconcertante que Elizabeth había oído jamás de Fitzwilliam Darcy: fuerte, libre de toda contención, jubiloso; el sonido propio de un hombre que acababa de sobrevivir a la peor semana de su vida y al que, acto seguido, le habían puesto en las manos la mejor noticia de todas. Se echó a reír, rodeó el escritorio, le sujetó el rostro entre las manos y la besó.

—Será mejor que mantengamos contenta a Nana —dijo, contra sus labios.

—Ya ha convencido a la señora Reynolds de que hay que airear la ropa de cama del cuarto del bebé; tuve el buen juicio de no preguntar exactamente cómo.

Él volvió a reír. Luego le tomó la mano y la condujo por la casa hasta su dormitorio, y los fantasmas de Pemberley, que tenían opinión sobre todo, se guardaron las suyas por una vez.



Más tarde, en la quietud de la tarde, Elizabeth recorrió de nuevo la casa.

Caminó despacio. Rozó las paredes al pasar, y la piedra estaba tibia, y la casa susurraba muy levemente, pero no de miedo ni de ira ni con aquella vibración desasosegada de los días anteriores al baile. Susurraba como susurra una casa cuando está contenta: el crujido de las viejas vigas, el murmullo del aire a través de ventanas que habían visto cuatro siglos de inclemencias, el sonido lejano de los criados ocupados en sus tareas. También había una sensación de expectación por el nuevo heredero. La vida, que continuaba.

Graves estaba en su puesto en el vestíbulo. La señora Alcott estaba en las cocinas, discutiendo con nadie en particular sobre la manera adecuada de guardar las conservas. Sarah Dunn estaba quitando el polvo. Edmund y Charlotte estaban en la galería, riendo. La señorita Pardoe estaba leyendo. Lady Margaret sonreía en el jardín de rosas. Sir Roderick dormía.

Elizabeth se detuvo en el vestíbulo de entrada y alzó la vista hacia el techo pintado, igual que había hecho en su primera visita a Pemberley, aquella tarde de verano con los Gardiner, cuando había llegado como una turista y procurado no pensar demasiado en el hombre que era su dueño. Había alzado la vista al techo y había quedado impresionada, y Nana, observándola desde alguna parte, había decidido que serviría.

Todavía miraba hacia lo alto cuando la voz de Nana llegó desde detrás de ella.

—La señora Reynolds desea que le diga —dijo Nana—, aunque, claro, no sabe que se lo estoy diciendo, que la ayudante de cocina, Ellen, no deja de coquetear con el ayudante del jardinero, Thomas. No lo aprueba. Yo tampoco lo apruebo. El ayudante de jardinero es un joven perfectamente decente, pero la pinche de cocina hace falta en la cocina. Si se casa con él, dejará el servicio, y la señora Reynolds ha pasado un año enseñándole; no desea empezar de nuevo. Ellen es demasiado joven para tomar decisiones tan trascendentales. Al menos tres años más, opina la señora Reynolds.

—Nana. Acabo de recibir la noticia más importante de mi vida, ¿y quieres hablar de la ayudante de cocina?

—La ayudante de cocina es una preocupación inmediata. El heredero tardará meses en nacer —Nana cruzó los brazos—. Prioridades, Elizabeth.

Elizabeth miró a Nana. Nana miró a Elizabeth y alzó una ceja imperiosa y fantasmal.

—Hablaré con la señora Reynolds —dijo Elizabeth.

—Procura hacerlo. Y ya que está en ello, la chimenea del salón amarillo vuelve a echar humo. Sir Roderick no lo advierte, porque está dormido, pero los invitados vivos sí lo advertirán, y no pienso permitir que las chimeneas de Pemberley echen humo cuando hay gente en la casa.

—No hay invitados en la casa, Nana. Ya se han marchado todos.

—Miss de Bourgh sigue aquí. Las normas no se relajan porque el público sea escaso.

Elizabeth inspiró hondo. Exhaló lentamente. Miró a su alrededor, al vestíbulo de entrada de su casa: el suelo de mármol, la escalera, los retratos, el fantasma de un ama de la casa que no encontraba reposo, los criados espectrales que no sabían dejar de cumplir con su deber, la casa que los sostenía a todos, vivos y muertos, en su abrazo ancestral.

Pemberley nunca estaría en silencio. Elizabeth nunca estaría sola en ella. Los muertos siempre estarían allí, discutiendo, quitando el polvo, leyendo, durmiendo, ofreciéndole opiniones que ella no había pedido sobre asuntos que era perfectamente capaz de manejar por sí sola.

No lo querría de ningún otro modo.

—Me ocuparé de la chimenea, Nana, y también de lo de la ayudante de cocina —dijo Elizabeth.

Fue a buscar a la señora Reynolds, y Pemberley susurró complacido a su alrededor, cálido y a la espera de su nuevo heredero.



Otros libros de Catherine Bilson

Las Novias Ruborizadas

Un Conde para Ellen
Un Marqués para Marianne
Un Duque para Diana
Un Capitán para Clarissa

Las Bellas de la Librería (series con Ebony Oaten)

La Viuda Acogedora de Matthew (¡Precuela gratis!)
El Ardiente Admirador de Estelle

El Caballero de Navidad de Marie

El Campeón de Navidad de Louise

El Encantador Doctor de Bernadette

Las Novias de Belle Haven

La Herencia de Belle Haven (¡Precuela gratis!)
¡Vaya, Señorita Molly!
Clara y el Marqués
El Paso en Falso de Anna
Eliza Toma las Riendas
Charlotte Causa un Caos
Laura Está Enamorada
Louise Se Entromete

Festejos Románticos

Su Querida Duquesa
El Secuestro de Lord Blaymire
La Novia Fugitiva del Capitán

La Apuesta del Corazón
La Reina de la Duodécima Noche

Novela ganadora del premio RUBY:

La Novia Dijo No

Exclusivo para suscriptores del boletín

San Jorge y el Monstruo del Río

Corazones por Correo

La Maestra y el Vaquero
Un Corazón para la Ranchera

Variaciones de Orgullo y Prejuicio

Las Mejores Relaciones

Relaciones Infames
La Esposa del Señor Bingley
Un Milagro de Navidad en Longbourn
Penas y Agravios
La Segunda Señora Bennet
Un Luto en Longbourn
Los Entrometidos Matlock
Posesión y Prejuicio
Lydia y el Coronel
Los Fantasmas de Pemberley

Trilogía Crime e Consequências

Maldad y Desgracia
Rivalidad y Ruina
Intrigas y Legado

Descubre todas las publicaciones de Shenanigans Press en nuestra página web.
O síguenos en las redes sociales; estamos en Facebook e Instagram.
Y no olvides suscribirte a nuestro boletín para enterarte de novedades, ofertas, sorteos y mucho más.